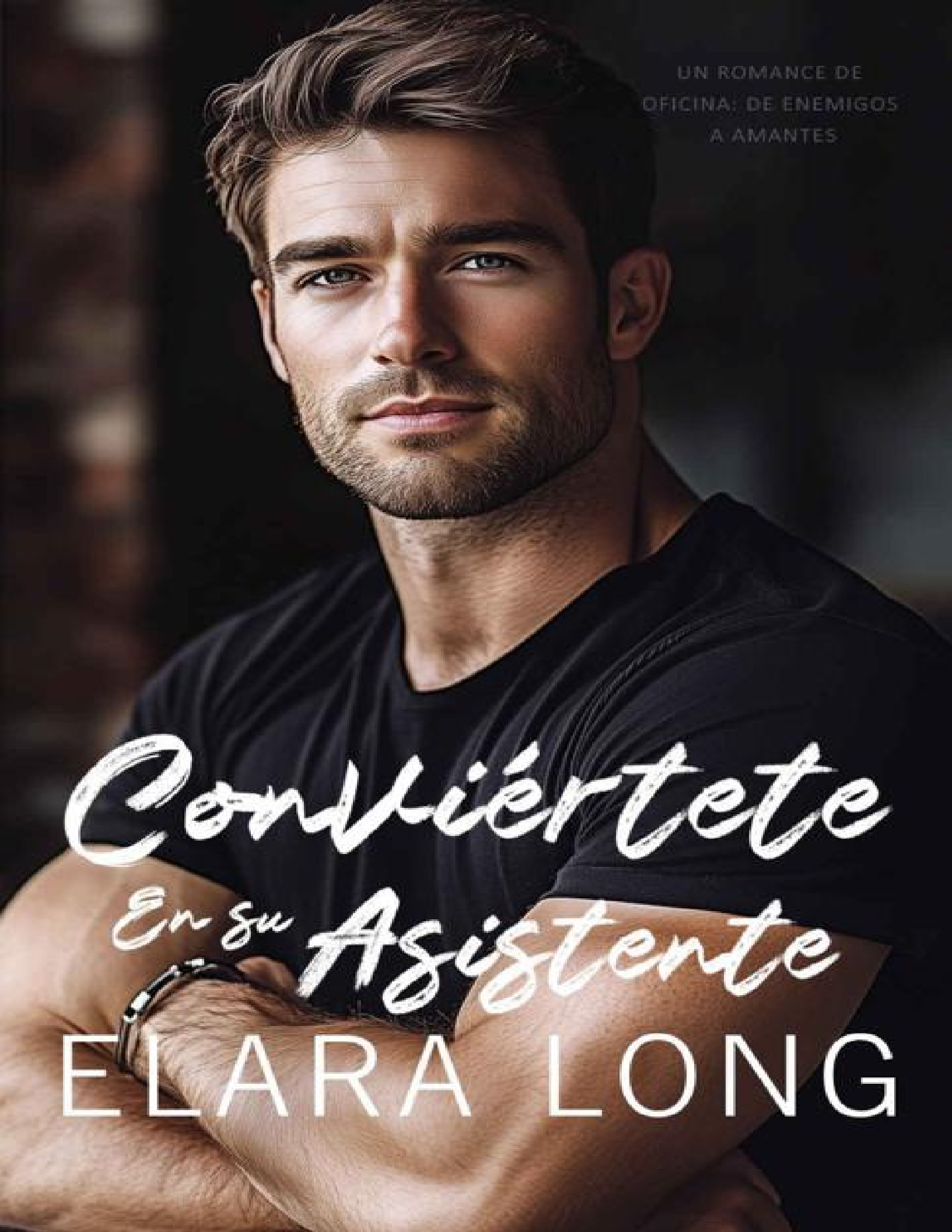

UN ROMANCE DE OFICINA: DE ENEMIGOS A AMANTES
Conviértete En su Asistente
ELARA LONG

CONVIÉRTETE EN SU ASISTENTE

Un romance de oficina: de enemigos a amantes

Elara Long

Copyright © 2025 por Elara Long
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.
Cualquier parecido con personas y cosas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es puramente coincidental.

CONVIÉRTETE EN SU ASISTENTE:
Diseñador de portada: Raymond A. Barth
Editora: Diana Karanja
Correctora: Lois Hall

CONTENIDOS

Capítulo 1: Mara
Capítulo 2: Adrian
Capítulo 3: Mara
Capítulo 4: Adrian
Capítulo 5: Mara
Capítulo 6: Adrian
Capítulo 7: Mara
Capítulo 8: Mara
Capítulo 9: Adrian
Capítulo 10: Mara
Capítulo 11: Mara
Capítulo 12: Adrian
Capítulo 13: Mara
Capítulo 14: Adrian
Capítulo 15: Mara
Capítulo 16: Adrian
Capítulo 17: Mara
Capítulo 18: Adrian
Capítulo 19: Adrian
Capítulo 20: Mara
Capítulo 21: Adrian
Capítulo 22: Mara
Capítulo 23: Adrian
Capítulo 24: Mara
Capítulo 25: Adrian
Capítulo 26: Mara
Capítulo 27: Adrian
Capítulo 28: Mara
Capítulo 29: Adrian
Capítulo 30: Mara
Capítulo 31: Adrian
Capítulo 32: Mara

Capítulo 33: Adrian
Capítulo 34: Mara
Capítulo 35: Adrian
Capítulo 36: Mara
Epílogo: Mara

Capítulo 1: Mara

—Felicidades —dice mi padre cuando entro en su despacho—. He oído que estamos entre las dos empresas preseleccionadas para las presentaciones finales.

Una oleada de orgullo y alivio me inunda mientras le beso la mejilla. —Gracias, papá. —Al girarme para sentarme, casi choco con Stacy, su esposa y mi madrastra. La irritación me recorre el cuerpo.

Ella fue quien me dejó entrar, pero, como era de esperar, me siguió hasta el despacho de mi padre y se acomodó en el reposabrazos de su sillón.

—Has trabajado duro para esto —continúa él, dedicándome una pequeña sonrisa, de esas que reserva para momentos de aprobación.

Stacy también sonríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos. Mi padre se casó con ella después de conocerla durante solo tres meses. Por más que intenté persuadirlo para que esperara, no lo conseguí. Era su segunda oportunidad en el amor y no iba a perderla.

Stacy se casó con mi padre por su dinero y nada más. Mi padre es el único que no lo ve. Lo odiaba, pero no lo culpaba del todo. Acababa de perder a su esposa y se sentía halagado de que una mujer de treinta y siete años estuviera enamorada de él.

—Felicidades, Mara —dice Stacy—. Aunque hay algo que me preocupa, ¿qué pasará si el contrato va a la otra empresa? ¿Qué haremos entonces?

Se me tensa el estómago. Miro a mi padre, esperando que salga en mi defensa, pero en lugar de eso, levanta la mirada de su escritorio y frunce el ceño. Está considerando sus palabras, evaluándolas.

—Stacy tiene razón —dice mi padre—. La propuesta de Strategic Agency es sólida. Son un competidor enorme. ¿Qué pasará si perdemos este contrato, Mara?

—No veo por qué deberíamos esperar. Necesitamos vender ahora mientras la empresa todavía vale algo. Si esperamos demasiado, lo perderemos todo —dice Stacy.

El pánico me sube por la garganta. Esto es lo que Stacy había estado impulsando desde el principio. Que mi padre vendiera Optimal Solutions, la empresa que él y mi madre construyeron desde cero.

Mi sueño siempre ha sido trabajar para mi padre y llevar la empresa a alturas aún mayores. Dejar mi huella. Y ahora, estoy a punto de perderla. Es mi culpa que estemos en una situación vulnerable.

La muerte de mamá me afectó profundamente y descuidé la empresa. También mi padre. Pero he lidiado con mi dolor lo mejor que he podido y estoy de vuelta en el ruedo.

Se me corta la respiración en la garganta. *No puedo permitir que esto ocurra.* No puedo dejar que todo por lo que mis padres trabajaron se nos escape entre los dedos.

Quiero gritar, gritarle a ella, decirle que no tiene derecho a decidir el destino de esta empresa. Pero sé que es mejor no hacerlo. No puedo perder los estribos con ella. He aprendido a contener mi ira, sabiendo que mi padre tiende a ponerse del lado de Stacy cuando pierdo la calma.

—Tengo muchas esperanzas de que ganaremos este contrato —digo.

Es un proyecto de dos años para mejorar la experiencia del cliente en múltiples puntos de contacto para una gran empresa minorista.

Elección equivocada de palabras. El rostro de mi padre se endurece mientras fija su mirada en mí. —La esperanza no es un plan.

Mi estómago da un vuelco. Sus palabras duelen.

Dibujo una sonrisa en mi cara. —Hemos abordado todas las preocupaciones que tenía el cliente en la ronda anterior. Tenemos una oportunidad real de cambiar las cosas con este proyecto. El cliente está entusiasmado, la propuesta es sólida, y una vez que entreguemos, estaremos en mejor posición de lo que hemos estado en años.

Papá asiente y el alivio me inunda.

—Además —continúo—. Tres meses no cambiarán el valor del negocio.

—Mara tiene razón —dice papá, suavizando su expresión—. Si estás segura de que tienes un plan, demuéstralo. Tráeme resultados.

La tensión en mi cuerpo disminuye, pero sé que es mejor no relajarme todavía. Esto es solo el comienzo. Tengo un largo camino por delante, pero no tengo miedo de recorrerlo.

—Lo haré —digo, aunque no tengo idea de cómo voy a asegurar que nuestra empresa consiga ese contrato. Me levanto y le beso para despedirme, mi mente ya dando vueltas con ideas.

Stacy me sigue fuera de la oficina, por el pasillo de lo que una vez fue mi hogar. Ya no se siente como tal. No desde que ella se mudó.

Abre la puerta principal con una mano y con la otra, se aparta su largo cabello negro. —Tres meses, Mara —dice con voz fría—. Es todo lo que tienes. Después venderemos.

No respondo. No puedo. La ira reemplaza el alivio que había sentido en el despacho de mi padre.

¿Vender qué? ¿La obra de toda la vida de mi padre? ¿La empresa que él construyó? Quiero decirle que no dejaré que suceda, que no tiene derecho a decidir esto por él, por nosotros.

Pero mantengo la espalda girada y salgo sin decir palabra. Necesito encerrarme en mi oficina y pensar. Elaborar un plan sólido. Una manera segura de conseguir ese contrato.

***

—Realmente odio lo que esa mujer le ha hecho a mi padre —digo, con la voz cargada de amargura apenas contenida.

Harper, Emma y yo estamos en el restaurante de The Vintage Villa, un pintoresco hotel boutique donde Emma es la gerente. Normalmente, me resulta relajante sentarme en el patio, observando a la gente. Esta tarde no.

Emma me mira, con una silenciosa comprensión en sus ojos. —No es el primer viudo que cae presa de una mujer más joven y hermosa que solo está con él por su dinero.

—Es verdad —digo, removiendo mi café—. Pero no lo hace más fácil. Ver cómo lo manipula es tan frustrante. Quiere que venda todo. No me quedaré de brazos cruzados mientras eso sucede.

Harper, que ha estado escuchando en silencio, se inclina hacia adelante y me mira con esos ojos calculadores. Harper siempre ha sido la que empuja los límites, la que encuentra el camino que no es obvio, la que hace que las cosas funcionen incluso cuando todo está en su contra. Es ambiciosa, y una estratega natural, por eso confío en sus instintos.

—Lo que quiero saber —dice ella— es cómo vas a conseguir ese contrato. ¿Cuál es tu plan?

Respiro profundamente. Tengo un plan. Es arriesgado, pero es la única opción que tengo. —

Tengo una idea —digo, mirando entre Emma y Harper—. Voy a aceptar un trabajo en Strategic Agency.

Harper levanta una ceja. —¿Te refieres a la competencia?

—Exactamente —digo, sintiendo la emoción burbujear dentro de mí—. Voy a entrar ahí y acercarme. Descubriré exactamente qué están planeando, qué están haciendo que nosotros no estamos haciendo.

Los ojos de Emma se ensanchan, su rostro palideciendo con incredulidad. —Eso es una locura, Mara —dice—. ¿Y si descubren lo que estás haciendo realmente? ¿Y si se vuelven contra ti?

Emma siempre ha sido la cautelosa, la que piensa en cada posible resultado antes de lanzarse. Y no puedo culparla. Lo que estoy sugiriendo es temerario, pero no tengo otra opción.

Harper hace un gesto para restar importancia a las preocupaciones de Emma. —Sigue hablando, Mara. ¿Cómo entrarás?

—Pasé toda la tarde revisando sus ofertas de trabajo, buscando algo que me diera acceso a los que toman las decisiones, a los que realmente mueven los hilos. La mayoría de los puestos son de nivel básico, nada que fuera útil. Pero entonces... —hago una pausa, asegurándome de tener su atención—. Había un puesto: asistente personal del CEO.

Harper me mira por un segundo, luego parpadea. —¿Asistente personal del CEO? —repite lentamente—. ¿Por qué elegirían a alguien fuera de su grupo de asistentes? ¿No es ese tipo de trabajo que generalmente se cubre dentro de la empresa?

—A mí también me desconcertó —admito—. Pero sus razones no importan. Lo que importa es conseguir ese trabajo.

—Mara, eso es peligroso —dice Emma, con líneas de preocupación en su frente.

A veces me pregunto cómo las tres nos convertimos en mejores amigas. Somos como Ricitos de Oro y los tres osos. Nuestras personalidades, incluso nuestros rasgos físicos, son tan diferentes, pero de alguna manera, encajamos perfectamente.

Emma es menuda y tranquila. Es el tipo de persona que te daría hasta la camisa de su espalda si la necesitaras, y es la primera persona a la que llamo cuando necesito consejo.

A pesar de su naturaleza calmada, sé lo feroz que es cuando se trata de su hija, Jodie; su pequeña es el centro de su mundo.

Harper, por otro lado, es alta y fuerte, con cabello castaño oscuro que generalmente mantiene recogido en una cola de caballo elegante. Es toda una mujer profesional. Una arquitecta, y como yo, trabaja en la firma de su padre.

Las tres nos conocimos en la universidad, pero nos unimos de maneras muy diferentes. Conocí a Harper en nuestro primer año, cuando nos asignaron ser compañeras de habitación. Al principio estaba escéptica. Ella era tan decidida, tan centrada en sus objetivos, y no sabía cómo relacionarme con alguien tan determinada.

Pero después de unas semanas, nos dimos cuenta de que trabajábamos bien juntas. Harper me ayudaba a estudiar para los exámenes, y yo la ayudaba a relajarse cuando la presión de ser la estudiante perfecta era demasiado. Nos convertimos en un equipo, cada una equilibrando a la otra a nuestra manera.

Emma entró en escena unos meses después. La conocí en una pista de running cerca del campus. Un día, noté a esta mujer trotando a mi lado con facilidad. Me alcanzó y sonrió.

Empezamos a hablar, y rápidamente me di cuenta de que ambas compartíamos un amor mutuo por el fitness. Corrimos el resto del sendero juntas, charlando sobre todo, desde nuestras experiencias universitarias hasta nuestras vidas personales. No pasó mucho tiempo antes de que intercambiáramos números y comenzáramos a reunirnos regularmente para correr.

Las tres somos tan diferentes, pero de alguna manera funciona. El impulso de Harper, la calma de Emma, y mi propia ambición se combinan en una amistad perfecta.

—Si puedes conseguir ese puesto de asistente personal, te acercarás al CEO, estarás justo en medio de la acción —dice Harper.

—Exactamente. Estaré allí mismo, en el ojo del huracán. Observaré, reuniré información, y aprenderé todo. Lo que están planeando, a qué nos enfrentamos, cómo podemos ganar —digo, rebosante de nervios y emoción.

Nunca he hecho, ni siquiera contemplado hacer algo tan loco. Pero estoy desesperada. A estas alturas, haré cualquier cosa.

Rachel, una asistente de gerencia, pasa por nuestra mesa, luciendo un poco agitada. Lleva una bandeja con bebidas, y se detiene cuando ve a Emma.

—Hola, Emma, perdón por interrumpir —dice, con tono de disculpa—. Pero hay un par de huéspedes que preguntan por el espacio para eventos. ¿Tienes un minuto?

—Por supuesto, Rachel. Ya voy —dice Emma, y volviéndose hacia nosotras, guiña un ojo —. Uno de los privilegios de ser gerente. Siempre hay algo que atender.

Harper sonríe. —No son solo los privilegios de ser gerente, son los privilegios de ser buena en lo que haces.

Emma es mi heroína. Ha estado compaginando ser madre soltera y gerente al mismo tiempo. Nunca habla del padre de Jodie, descartándolo como una de esas cosas que pasan cuando has bebido demasiado.

Nunca la he presionado ya que no es algo de lo que le guste hablar.

Harper vuelve su atención hacia mí, sus ojos serios. —¿Realmente crees que puedes lograrlo, eh? —pregunta, la preocupación en su voz ahora más medida que antes.

Asiento, mi determinación fortaleciéndose. —Tengo que lograrlo. No hay otra opción.

Harper sonríe. —Bueno, si alguien puede hacerlo, eres tú. Solo asegúrate de saber en qué te estás metiendo.

Respiro profundamente. —Lo sé —respondo—. Pero haré que funcione. Lo haré.

Harper sonríe con picardía, luego levanta su taza. —Por hacer que funcione —dice, y choco mi taza contra la suya.

Capítulo 2: Adrian

Golpeo el teléfono al colgarlo, el sonido retumbando por toda mi oficina. Maldita sea, esta es la tercera vez esta semana que la asistente personal temporal la ha fastidiado. La tercera vez.

Ya he tenido suficiente. No soy una especie de niñero, y desde luego no tengo tiempo para la incompetencia.

Me levanto de mi escritorio, mi silla raspando contra el suelo, y me dirijo a su oficina. Mi ira crece con cada paso que doy. El descaro de esta mujer.

¿Qué tan difícil es seguir instrucciones simples?

Empujo la puerta para abrirla. Ella levanta la mirada, sus ojos se ensanchan cuando me ve parado en el umbral.

—Señor Stone —balbucea, sus manos torpemente manipulando los papeles en su escritorio —. Estaba a punto de...

La interrumpo. —Lo has estropeado. Tercera vez hoy. Enviaste las invitaciones a las personas equivocadas, lo programaste para el día incorrecto, y ni siquiera te molestaste en hacer seguimiento de las confirmaciones.

La frustración se acumula en mi pecho. Esto son cosas básicas. Cosas que deberían haberse hecho bien a la primera. —¿Qué tan difícil es seguir instrucciones básicas? Tenías una tarea que hacer, y fallaste en ella.

Entre la preparación para una presentación final y el equilibrio de proyectos en curso, no puedo permitirme tener a alguien que no rinda al máximo. Los errores cuestan tiempo, y tiempo es algo que no tenemos.

Necesito a alguien que pueda seguirme el ritmo, mantenerse enfocado y hacer las cosas bien a la primera.

Su cara se sonroja, e intenta hablar, pero no le salen las palabras. Estoy harto. Ya he tenido suficiente de esto.

—Recoge tus cosas —le digo, ya descartándola de mi mente—. No voy a hacer de niñero de nadie. Esta es la tercera vez, y he terminado.

Abre la boca para protestar, pero la interrumpo antes de que pueda hablar.

—Vete. Ahora.

Su cara palidece, y puedo ver que está tratando de encontrar palabras para defenderse, pero no tiene sentido. Ya he tenido suficiente. Me doy la vuelta y entro en mi oficina, cerrando la puerta de un golpe tras de mí.

¿Es mucho pedir que alguien haga su trabajo? Francamente, es agotador.

Vuelvo a entrar en mi oficina y tomo mi teléfono para llamar a Chloe, la gerente de RRHH. Necesito que arregle esto. Ahora.

Unos cuantos tonos, y contesta. —Hola Sr. Stone, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Ven aquí —le espeto, sin molestarme con cortesías—. Necesito hablar contigo.

En cuestión de minutos, Chloe entra en mi oficina, su expresión ansiosa, y sus movimientos rígidos.

Se para frente a mi escritorio, moviéndose incómodamente, y no puedo evitar la irritación que siento ante su energía nerviosa. Es como si no pudiera respirar cerca de mí. Eso, por supuesto, solo me irrita más.

—¿Dónde está Luna? —pregunta—. No está en su escritorio.

Le doy una mirada vacía. —¿Quién es Luna?

—La mujer que estaba actuando como su asistente personal —dice Chloe.

Luna. Claro. La asistente personal temporal que se suponía iba a arreglar las cosas y, una vez más, fracasó espectacularmente. —Le dije que se fuera.

Las cejas de Chloe se disparan y cambia el peso de un pie a otro, claramente tratando de procesar esto. —¿Le dijo que se fuera? —pregunta—, Es la segunda en dos semanas, Sr. Stone. ¿No es eso un poco excesivo?

Mi mandíbula se tensa. —Todas son incompetentes. No puedo seguir perdiendo tiempo arreglando errores de otras personas. Es agotador, Chloe. Ya no puedo manejarlo.

Chloe se estremece ligeramente ante el tono de mi voz. He pasado por esto demasiadas veces ya, y estoy al límite. No tengo paciencia para la mediocridad.

—Lo siento, Sr. Stone —dice rápidamente, mirando hacia abajo, claramente incómoda bajo mi mirada—. Haré que RRHH encuentre a alguien nuevo...

—Quiero a alguien que realmente pueda hacer su trabajo, alguien que no requiera constante supervisión y correcciones. —Me paso una mano por la cara con frustración—. ¿Puedes conseguirme a alguien que sepa hacer esto?

Chloe asiente rápidamente, con los ojos muy abiertos. —Sí, por supuesto. Hay alguien cualificada, de hecho... viene para una entrevista más tarde esta mañana.

Mis ojos se entrecierran. —Quiero entrevistarla yo mismo.

Chloe vacila, claramente sorprendida. —¿Quiere entrevistarla usted, Sr. Stone?

—Sí —espeto, con mi paciencia al límite—. Si voy a perder otro minuto en esto, va a ser con alguien que realmente tenga la capacidad de manejar las cosas sin supervisión constante. Hazla pasar en cuanto llegue.

Chloe no dice nada por un momento, luego asiente. —Lo haré. También le enviaré una copia de su currículum por correo electrónico. Quedará impresionado.

La despido de mi oficina sin otra palabra. Espero que tenga razón sobre esta persona. Necesito a alguien que pueda pensar rápido, anticipar mis necesidades antes incluso de que las pida y, lo más importante, que haga el trabajo. No más errores.

Una hora después, estoy profundamente inmerso en el análisis de una campaña de marketing cuando hay un golpe en mi puerta. Un recordatorio de que cualquiera puede entrar en cualquier momento. Necesito una asistente personal, URGENTE.

James, el consultor de estrategia a cargo del proyecto Prestige Lights entra, sosteniendo un iPad.

—Adrian, ¿tienes un minuto? —dice James mientras entra, colocando el dispositivo en mi escritorio—. Hemos encontrado un pequeño problema con el cliente.

Me reclino en mi silla. —¿Cuál es el problema?

James va directamente al grano sin perder tiempo. Mi tipo de persona. —Bien, esta es la situación. Prestige Lights está presionando por una estética muy específica para el lanzamiento de su nuevo producto, pero el equipo de diseño y el director creativo del cliente están en desacuerdo sobre la dirección.

Me siento derecho, considerando la situación. —Haz que acuerden dos opciones claras. Una moderna, una tradicional. Presenta esas opciones junto con evidencia respaldada por datos:

tendencias del mercado, qué está funcionando para los competidores. Si están estancados, muéstrales un compromiso con visuales que combinen ambos estilos. Pero no vamos a dejar que esto se prolongue.

James parece aliviado, ya asintiendo. —Lo organizaré. Gracias, Adrian.

—Hazlo rápido —respondo—. El tiempo corre.

Se va, y vuelvo a mi análisis de marketing. El teléfono en la oficina de la asistente suena intermitentemente, pero lo ignoro. Entonces suena el teléfono en mi escritorio. Es Chloe.

—Adrian —dice rápidamente, su voz un poco demasiado ansiosa—. Mara Thornton, la mujer que se entrevista para el puesto de asistente personal está aquí.

Me doy cuenta de que no he revisado su currículum. —Gracias, Chloe. Envíala arriba.

Abro mi bandeja de entrada y veo que Chloe envió el currículum.

El currículum de Mara cumple con todas las marcas que necesito para este puesto. Ha trabajado como asistente personal en una agencia de marketing antes. Eso es una gran ventaja.

Sabe exactamente lo que se requiere en este entorno, desde manejar situaciones de alta presión hasta gestionar el constante malabarismo de reuniones, horarios y demandas de clientes.

Su experiencia en una agencia de marketing significa que ya está familiarizada con el ritmo y las expectativas de un lugar como Strategic Edge.

Ya estoy pensando en el futuro, imaginando la carga que podría quitar de mis hombros. No más plazos perdidos, no más estar atascado en la maraña de programación y logística.

Mientras cierro el correo electrónico y me preparo para su entrevista, mi pulso se acelera. Tengo un buen presentimiento sobre esto. Cuanto más lo pienso, más estoy seguro: ella es la indicada.

Ahora, es hora de conocer a la mujer en persona. Suena un golpe en la puerta y le digo que entre.

La puerta se abre, y ella entra. Mara Thornton. Es exactamente como su currículum sugería. Segura, elegante y compuesta. Pero hay algo en su presencia que me impacta más de lo que esperaba.

Es muy llamativa. Cabello rubio sucio largo. Ojos azules claros que se encuentran con los míos, sosteniendo mi mirada con una intensidad tranquila. Su figura atlética es evidente incluso bajo el traje a medida que lleva.

—Sr. Stone —dice, viniendo a estrechar mi mano, su voz suave, confiada—. Gracias por tomarse el tiempo de reunirse conmigo.

Sus dedos son delgados y largos pero fuertes. Cuando nuestros dedos se tocan, una atracción cruda corre a través de mí y mi miembro se agita. Es inmediata y poderosa, una sensación que no he experimentado en años.

Nunca he reaccionado de esta manera con una empleada; demonios, nunca he reaccionado así con nadie en la oficina. Es poco profesional, y es una de las razones por las que tengo políticas establecidas. No romance con empleados. Es una línea que nunca he cruzado, y nunca lo haré.

Lo atribuyo a mi celibato autoimpuesto. Es una reacción masculina normal hacia una mujer atractiva.

Asiento y señalo la silla frente a mi escritorio. —Por favor, tome asiento.

Empujo la repentina atracción al fondo de mi mente. Esto es trabajo. Tengo un trabajo que

hacer, y no puedo permitirme distraerme con nada, especialmente con una mujer.

Ella se mueve con propósito, sentándose con gracia, y me sorprendo a mí mismo notando la confianza en la forma en que se comporta. Es fácil ver que está cómoda en un rol como este.

No pierdo tiempo con charlas triviales. —He revisado su currículum, Mara. Ha trabajado como asistente personal en una agencia de marketing antes. Eso es una gran ventaja.

Su sonrisa se ensancha ligeramente, y sus ojos se iluminan al mencionar su experiencia. —Sí, lo he hecho. Era un entorno de ritmo rápido, pero prosperé en él. Estoy acostumbrada a manejar múltiples tareas y mantener todo funcionando sin problemas.

—Se trata de anticipar necesidades antes de que surjan y asegurarse de que los detalles no se pierdan en el camino.

Sus palabras son exactamente lo que quiero escuchar.

Me reclino en mi silla, tratando de no dejar que mi atención se desvíe a cómo su traje abraza su figura o cómo su cabello atrapa la luz perfectamente. Concéntrate, Adrian.

—Dígame —le digo—. ¿Cómo maneja el caos de un lugar como Strategic Edge? Nos movemos rápido, y las cosas cambian en un instante. ¿Cómo se las arregla cuando todo sucede a la vez?

Sin perder el ritmo, responde, su voz firme y clara. —Priorizo —dice—. Soy meticulosa con la gestión del tiempo. Me mantengo organizada y me comunico constantemente con los equipos involucrados para asegurarme de que todos estén en la misma página.

—No espero a que los problemas se acumulen. Los abordo tan pronto como surgen. He lidiado con horarios ajustados, momentos de alta presión y cambios impredecibles antes. He aprendido a adaptarme rápida y eficientemente.

Asiento, impresionado. Está diciendo todas las cosas correctas, y su confianza en lo que dice deja claro que ha pasado por esto antes.

Intento reprimir el creciente pensamiento de lo atractiva que es. Cómo sus ojos azules parecen brillar cuando habla de su trabajo, cómo usa sus manos para gesticular.

—Parece que tiene un buen manejo de las cosas —le digo, tratando de mantener el enfoque en el puesto—. Pero ¿por qué Strategic Edge? ¿Por qué este trabajo?

Sonríe y mi pulso se acelera. Realmente es hermosa, pero estoy seguro de que no soy el primer hombre que se ve afectado por ella, ni seré el último.

—Siempre he admirado su trabajo, Sr. Stone. Las campañas que maneja son creativas, innovadoras e impactantes. Quiero ser parte de un equipo que establece el estándar de excelencia en la industria. Creo que puedo aportar valor a su equipo, anticipar sus necesidades y hacer que su día a día sea lo más fluido posible.

Sus palabras dan en el blanco, y por un segundo, casi olvido respirar. Es exactamente lo que necesito.

La estudio por un momento, mi mente procesando todo lo que ha dicho. —Bien, Mara —digo, inclinándome ligeramente hacia adelante—. Creo que es exactamente lo que he estado buscando. Tiene la experiencia, la mentalidad y la confianza para manejar el puesto. Estoy listo para seguir adelante con usted.

Su sonrisa se suaviza, y veo un destello de alivio en sus ojos. —Gracias, Sr. Stone. Estoy deseando trabajar con usted.

—Una cosa más, Mara, ¿cuándo está disponible para comenzar? Necesito a alguien

inmediatamente. No estoy seguro si Chloe se lo dijo, pero actualmente no tengo asistente personal.

—Estoy feliz de comenzar de inmediato —dice.

El alivio me inunda. También es adaptable. —Perfecto. Baje a RRHH y arregle los asuntos oficiales con Chloe y luego regrese aquí arriba.

Se pone de pie y nos estrechamos las manos nuevamente.

—Bienvenida a bordo —digo sin poder evitar sonreír.

Capítulo 3: Mara

Dios mío. Dios mío. Repito las palabras para mí misma, una y otra vez, intentando respirar mientras el ascensor desciende bruscamente. Mis manos están sudando, mi corazón late con fuerza en mi pecho. No puedo creerlo. Realmente conseguí el trabajo.

Esto no debería haber pasado. Bueno, sí, pero no pensé que realmente obtendría el puesto, especialmente después de entrar a esa entrevista con el CEO de Strategic Edge. Pero, de alguna manera, lo he logrado.

Voy a trabajar directamente para Adrian Stone. El hombre mismo. El CEO.

Las puertas se abren, y salgo al vestíbulo, con mis pensamientos acelerados. Me siento eufórica y asustada a la vez. ¿Y si lo estropeo? ¿Y si descubren para qué estoy realmente aquí? *Concéntrate.* No pienses en eso ahora. Solo supera los próximos minutos.

Respiro profundamente y camino hacia las oficinas de Recursos Humanos, tratando de mantener cierta apariencia de calma. Todo es impecable, de alta gama, un reflejo del éxito de la empresa. Soy solo una persona más que trabaja aquí. Esa es mi nueva identidad.

Abro la puerta de RRHH, donde Chloe está sentada detrás del escritorio, tecleando en su ordenador. Levanta la mirada cuando entro, y hay una calidez inmediata en su sonrisa.

—Vaya, vaya, Mara —dice, levantándose y ofreciéndome la mano—. Felicidades, lo lograste. Estoy muy contenta de que vayas a trabajar con nosotros.

Sonrío a pesar del aleteo de nervios en mi estómago. —Gracias, Chloe. Estoy emocionada por empezar.

Me cayó bien desde el momento en que nos conocimos. Tiene un aire maternal y amable, y claramente se preocupa por los empleados de Strategic Agency.

Me hace un gesto para que me siente y desliza una pila de formularios oficiales sobre el escritorio. —Bien, estos son solo los formularios habituales. Impuestos, acuerdos de confidencialidad, ese tipo de cosas. Una vez que termines, podemos instalarte.

Mientras relleno los formularios, Chloe me explica los detalles. —Ahora, estarás en un período de prueba de tres meses, pero si logras superarlo, te ofrecerán un puesto permanente. Es la práctica estándar aquí.

Sonrío, tratando de parecer emocionada, aunque por dentro, mi mente ya está elaborando los detalles. Si todo va según lo planeado, tendré todo lo que necesito mucho antes de que terminen los tres meses.

Toda la información sobre el proyecto, y Optimal Solutions finalmente conseguirá el contrato. Pero primero, tengo que impresionar a mi nuevo jefe.

Adrian Stone es intimidante. Incluso con su apariencia de estrella de cine, hay un aire de autoridad que prácticamente irradia. Pero no estoy preocupada. Puedo manejarlo.

Termino de rellenar los formularios, y Chloe los toma, sonriendo. —Perfecto. Ya estás lista. Ahora, vamos a familiarizarte con los equipos.

Me guía por el pasillo hasta el ascensor, y cuando las puertas se cierran, se vuelve hacia mí con una expresión seria. —Siento que debería advertirte. El señor Stone es un jefe justo, pero es muy exigente. También puede tener mal genio, especialmente cuando las cosas no salen según lo previsto. Pero si haces bien tu trabajo, todo irá bien.

Hay un matiz de nerviosismo en su voz y me doy cuenta. Adrian Stone es un jefe difícil.

Chloe está tratando de suavizarlo, pero puedo notar que le tiene miedo.

Levanto una ceja. —¿Puedo adivinar que han ido y venido muchos asistentes personales?

El rostro de Chloe se sonroja ligeramente, y desvía la mirada, avergonzada. —Sí —admite en voz baja—. Pero realmente creo que estarás bien, Mara. Tienes las habilidades necesarias, y ya has impresionado al señor Stone. Es un buen comienzo.

Sonrío para tranquilizarla, aunque una parte de mí está intrigada. ¿Qué ha hecho para alejar a tantos asistentes? Pero rápidamente aparto el pensamiento. No importa. Solo estaré aquí por unos meses.

Cuando llegamos al segundo piso, Chloe me lleva a conocer a algunos de los equipos. Los consultores, los diseñadores y el resto del equipo de marketing.

Todos me miran con una mezcla de curiosidad y, para mi sorpresa, compasión. Tengo la sensación de que sienten lástima por mí. Tal vez sea porque estoy a punto de ser la asistente personal de Adrian. Seguramente, ¿no puede ser tan malo?

Si solo supieran cuánto estoy esperando esto. No hay nadie más emocionada por estar aquí que yo. Puede que esté nerviosa, pero también estoy decidida.

Después de las presentaciones, Chloe me muestra la cocina y luego me lleva de vuelta al tercer piso y a mi escritorio. Pasa algún tiempo mostrándome el sistema de programación, presentándome las herramientas internas y explicándome cómo funcionan las cosas en general.

—Como puedes ver —dice Chloe, señalando un horario en la pantalla—, el señor Stone y el equipo se van en una hora para una presentación con un cliente. Probablemente necesitará que vayas, solo para familiarizarte con el proyecto que están presentando. Será una excelente manera de sumergirte directamente.

La emoción me invade ante la perspectiva. Esto es. Voy a ver al equipo en acción, experimentarlo de primera mano.

Chloe se levanta para irse. —Si necesitas algo, solo llámame —dice, dándome una sonrisa alentadora—. Pero creo que te irá muy bien.

Tan pronto como se va, inmediatamente me sumerjo en los archivos del proyecto que Chloe dejó en la computadora. Abro la carpeta, ansiosa por ver en qué están trabajando.

El título del documento es Proyecto Eco.

El proyecto trata sobre la creación de una campaña de Responsabilidad Social Corporativa para Eco, una empresa en el sector de energías renovables y tecnología verde.

Escaneo el documento, asimilando los objetivos. Crear conciencia sobre sus prácticas sostenibles mientras se posicionan como líderes en tecnologías ecológicas.

Es un proyecto de seis meses, y la campaña se centrará en todo, desde comunicados de prensa hasta asociaciones con organizaciones sin fines de lucro ambientales.

Esto es un gran asunto para Strategic Edge.

La consultora a cargo del proyecto es Maria, un nombre que reconozco de mi presentación anterior. Ella dirigirá la presentación hoy.

Su equipo es responsable de coordinar con el equipo de relaciones públicas de Eco Solutions, crear todos los materiales promocionales y desarrollar una estrategia para interactuar con influencers en el espacio de la tecnología verde.

Es exactamente el tipo de proyecto de vanguardia en el que esperaba participar. Una oportunidad para presenciar de primera mano cómo el equipo de Strategic Edge maneja estas

campañas de alto perfil, para ver a Adrian y su equipo en acción.

Más tarde, el intercomunicador suena con brusquedad. Mi corazón da un vuelco. Es Adrian.

Rápidamente me enderezo y presiono el botón. —¿Sí, señor Stone?

Su voz llega, aguda y autoritaria. —Mara, ven a mi oficina. Ahora.

Trago saliva, los nervios se tensan en mi pecho. Me levanto, ajustándome la blusa mientras me dirijo hacia su oficina.

Abro la puerta para encontrar a Adrian de pie junto a la ventana, mirando hacia la ciudad. No se gira para reconocer mi presencia mientras entro.

—Me voy en quince minutos para una reunión de presentación —dice, con tono profesional —. Supongo que lo viste en el horario. Me gustaría que vinieras. Estate lista. Odio la impuntualidad.

La tensión crece en mi pecho. —Sí, señor Stone. Estaré lista.

Sin decir una palabra más, deja la ventana y se sienta en su escritorio. Está claro que la conversación ha terminado. Despedida.

Estoy emocionada y nerviosa mientras giro sobre mis talones y regreso a mi escritorio. Tengo poco menos de quince minutos para prepararme, pero ya he leído la mayoría de las notas del proyecto.

Quince minutos después, la puerta de Adrian se abre de golpe. Sin perder un segundo, me pongo de pie de un salto, con el corazón acelerado en mi pecho. No me dice ni una palabra, pero sé lo que eso significa. Necesito seguir su ritmo.

Lo sigo, acelerando mi paso para igualar sus largas zancadas. Ya se dirige al ascensor, sin dirigirme ni una mirada. Mantengo mi distancia, pero me quedo lo suficientemente cerca para no perderlo de vista.

En el ascensor, me paro detrás de él, viendo cómo la puerta se cierra con un suave timbre. El único sonido es el suave zumbido del ascensor mientras comenzamos a descender.

Intento concentrarme en mi respiración, pero la presencia de Adrian llena el pequeño ascensor. Su aroma es limpio, intenso, su loción para después de afeitar mezclándose con el más leve indicio de jabón.

Me paro detrás de él en el ascensor, mis ojos atraídos por sus anchos hombros que llenan perfectamente el traje hecho a medida. Hay algo innegablemente autoritario en él.

Me recuerda un poco a cómo solía ser mi padre. Antes de Stacy.

El ascensor suena, las puertas se abren en la planta baja. Él sale primero, y yo lo sigo rápidamente, tratando de asegurarme de no quedarme atrás.

Se mueve a través del vestíbulo hacia la salida. —Vendrás conmigo —dice Adrian mientras se dirige hacia un Range Rover negro estacionado junto a la acera.

El conductor ya está esperando, sosteniendo la puerta abierta.

Adrian me hace un gesto para que entre primero y, sorprendida, dudo solo por un momento, antes de entrar. No esperaba que fuera un caballero. Aun así, aprecio el pequeño gesto.

Me deslizo en el asiento trasero, y cuando Adrian me sigue, la puerta se cierra detrás de él con un suave golpe. Adrian saca su teléfono y comienza a escribir, claramente absorto en cualquier trabajo que aún necesite atención antes de la presentación.

Me recuesto, con las manos pulcramente dobladas en mi regazo, tratando de no dejar que mis nervios se noten. Ahora estoy en medio de todo, en el centro de la acción.

El Range Rover se detiene frente al edificio Eco. Adrian no levanta la mirada de su teléfono cuando la puerta se abre, pero su lenguaje corporal cambia. Hay un cambio en su presencia, más intenso, más centrado.

—Mantente cerca —me dice.

Entramos al vestíbulo, un espacio limpio y pulido con decoración minimalista. La recepcionista nos saluda y Adrian ofrece un gesto de reconocimiento, apenas dedicándole una mirada.

En la esquina del vestíbulo, Maria y su equipo están esperando.

Cruzo miradas con Maria mientras Adrian y yo nos acercamos, y ella hace un pequeño y educado gesto de saludo. Su equipo hace lo mismo, aunque hay una corriente subyacente de energía nerviosa en el grupo.

Puedo identificarme. Mi equipo y yo estamos así antes de una presentación. Es angustioso.

La recepcionista nos hace un gesto para que la sigamos, guiándonos a través de un conjunto de pesadas puertas de cristal y por un pasillo.

Llegamos a una sala de conferencias, las paredes revestidas de cristal, ofreciendo una vista panorámica de la ciudad. La larga mesa de conferencias ya está ocupada por los jefes de Eco Solutions.

Una vez que se hacen las presentaciones, Maria y su equipo se paran al frente de la sala y hacen su magia. La presentación es impecable, pero es el tiempo de preguntas el que me deja asombrada.

Las respuestas de Adrian son directas, medidas y llenas de autoridad. Está claro que no necesita persuadir para obtener el trabajo; su experiencia y confianza hablan por él.

Cada respuesta, cada movimiento que hace refuerza por qué ha llevado a Strategic Agency a donde está hoy. Sabe exactamente lo que está haciendo, y es intimidante e inspirador a la vez.

Me siento casi como una novata en comparación. Conseguí este trabajo para espiar, pero tengo la sensación de que aprenderé mucho más de mi nuevo jefe.

Capítulo 4: Adrian

Me encanta esta hora de la tarde cuando todos se han ido por el día y estoy solo en la oficina. Además de trabajar en las interminables tareas que demandan mi atención, me da algo de tiempo para pensar.

Strategic Agency está en su fase de crecimiento y necesito mantenerme al tanto de todo. Mantener nuestro crecimiento y no estancarme en tareas diarias. La única manera de hacer esto es tener algo de tiempo a solas. Tiempo para planificar.

El zumbido del aire acondicionado del edificio es el único sonido que rompe el silencio. Hay un suave golpe en la puerta, y levanto la mirada, sorprendido. La mayoría de la gente ya se ha marchado a esta hora. No esperaba que hubiera alguien más en la oficina tan tarde.

—Adelante —llamo, mi voz un poco áspera por haber estado en modo trabajo durante tanto tiempo.

La puerta se abre, y para mi sorpresa, es Mara. Parpadeo, momentáneamente desconcertado.

—¿Qué hace aquí? —pregunto, miro el reloj de nuevo, repentinamente consciente de la hora. 6:30 PM. Tengo cena con mis padres esta noche y ya voy tarde.

—Estaba a punto de irme —dice—. Me quedé hasta tarde para familiarizarme con los proyectos actuales en los que estamos trabajando. Quería tener una mejor comprensión de todo antes de mañana.

Me recuesto, impresionado. Es minuciosa, enfocada y determinada. Estoy muy contento de que ahora trabaje para nosotros.

—Tengo que admitir que estoy impresionado —digo, dándole un breve gesto de aprobación —. La mayoría de la gente estaría ansiosa por irse después de horas, pero claramente usted se ha tomado el tiempo para sumergirse en el trabajo. Eso demuestra iniciativa.

Ella se encoge de hombros. —Pensé que sería útil, dado el tamaño de los proyectos con los que estamos tratando. Hay mucho que absorber.

Mi mirada se detiene en ella por un momento, apreciando la aguda inteligencia en su expresión. Puedo ver cómo trabaja. Es metódica. Pero por mucho que aprecie su impulso, necesita descansar.

—Ha estado aquí el tiempo suficiente. Tenemos un largo día por delante mañana. Estamos preparando la presentación de un gran proyecto. Lo último que quiere es agotarse antes de eso.

—Gracias, señor Stone —dice, su voz más ligera ahora—. Me iré.

—Llámeme Adrian. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. ¿Qué demonios? Solo lleva un día aquí y ya estoy bajando la guardia.

—Lo haré, Adrian —dice y con un gesto, se va.

Me vuelvo para terminar algunas cosas de último minuto. Pero incluso mientras termino los últimos correos electrónicos, hay una parte de mi mente que sigue volviendo a Mara.

Ella es diferente. Eso es seguro.

Termino las últimas de mis tareas y recojo mis cosas, dirigiéndome a la puerta. La cena con mis padres será un cambio de ritmo bienvenido, aunque el bullicio de la oficina persiste en mi mente.

La noche me ayudará a desconectar, pero mañana, volveré a lo mismo, preparándome para la presentación. Tenemos que ganar ese contrato. Somos los mejores en lo que hacemos, pero no se

pueden dar estas cosas por sentadas. Es por eso que la preparación es crucial.

Mientras conduzco a casa de mis padres, mi mente vuelve a pensar en Mara. Tengo ganas de trabajar con ella. No recuerdo haberme sentido nunca tan positivo acerca de una asistente personal.

Conduzco hacia el antiguo barrio, el motor del coche ronroneando silenciosamente mientras me dirijo hacia mi hogar de infancia. Es una zona que ha cambiado tanto a lo largo de los años, pero no la casa de mis padres.

Los únicos cambios reales son el nuevo techo y una capa fresca de pintura. Mis padres no me dejarían hacer más. Incluso cuando intenté mostrarles las nuevas casas modernas en los suburbios, insistieron en que lo que tenían era suficiente. Cómodo.

Siempre ha sido suficiente para ellos.

Aparco en el mismo lugar que he usado durante años, justo fuera de los desgastados escalones de entrada que todavía crujen cuando subes.

Mientras subo los escalones, no puedo evitar sonreír. A pesar de todo, este lugar sigue siendo mi hogar. Es donde aprendí todo lo que sé, donde Amy y yo crecimos, donde mis padres nos inculcaron los valores que han guiado nuestras vidas.

Toco el timbre, y en cuestión de segundos, la puerta se abre.

—Por fin —dice mamá dramáticamente, lo que me hace reír.

La envuelvo en un abrazo. —Hola mamá. —Nunca deja de asombrarme que una mujer tan pequeña como ella haya dado a luz a hijos altos, como yo y Amy.

A pesar de su tamaño, es la persona más fuerte que conozco.

—Llegas tarde —me regaña con un tono juguetón, un ligero ceño en su rostro.

—Tenía cosas que terminar en la oficina —explico, frotándome la nuca.

—Siempre trabajando —bromea, guiando el camino hacia el comedor.

—Mejor tarde que nunca —digo. El aroma de la cocina de mi madre llena la casa, una mezcla de comodidad y nostalgia que siempre me hace relajarme.

Hasta que entro en el comedor y veo un rostro desconocido.

No otra vez.

La irritación burbujea dentro de mí. Esto tiene que parar. Incluso sin que me lo digan, ya sé lo que es esto. Uno de los intentos de mi madre de hacer de casamentera. Otra vez. Amy me mira y me guiña un ojo, confirmando lo que ya sospecho.

—Hola a todos —digo, intercambiando abrazos y apretones de manos. Allí está mi padre a la cabecera de la mesa, mi hermana Amy, y su futuro marido, Connor.

—Invité a Julie a cenar —dice mi madre, radiante.

Estrecho la mano de Julie. Es bastante bonita, con rasgos de muñeca y una sonrisa fácil. —Encantado de conocerla —digo educadamente.

—Igualmente —dice ella.

Me pregunto de cuál de las amigas de mi madre es hija.

Mientras nos sentamos a comer, la conversación se desvía hacia la próxima boda de Amy. La boda de mi hermana se ha convertido en un tema interminable de conversación.

—Finalmente nos decidimos por la distribución de las flores —dice Amy.

Mientras Amy, mi madre y Julie discuten los pros y contras de diferentes tipos de flores, Connor se inclina hacia mi oído.

—¿Sabes cuántos tonos de rosa hay? Todos me parecen iguales. Luego están las tarjetas. ¿Quién diría que elegir una maldita tarjeta sería una odisea de dos horas? Te juro que he pasado más tiempo eligiendo las palabras correctas para un trozo de cartón que decidiendo toda mi carrera profesional —dice y estallo en carcajadas.

—Puedo oírte, ¿sabes? —dice Amy desde el otro lado de la mesa.

—Y he disfrutado cada parte del proceso —dice Connor y todos nos reímos. No lo envidio.

Él niega con la cabeza. —Solo quiero presentarme y decir que sí quiero.

Amy le lanza un beso y Connor le corresponde. Una punzada me atraviesa. Debe ser agradable encontrar a esa persona especial que te hace sentir vivo. No es que ocurra con todo el mundo, aunque mi madre crea que sí.

Le he dicho innumerables veces que lo que me hace feliz y me hace sentir vivo es mi trabajo. Strategic Agency es mi vida, y es suficiente. Las mujeres van y vienen, pero aquello en lo que has volcado tu vida perdura.

—¿Estás seguro de que no quieres estar en la fila? No es demasiado tarde —continúa Connor.

Gimo ante la idea. —No, gracias. —¿Estar de pie frente a una multitud durante horas, sin hacer nada más que sonreír? Literalmente no hay nada que odie más—. Cualquier cosa menos eso.

Amy me mira con una mezcla de diversión y fingida seriedad. —Oye, no lo critiques hasta que lo pruebes.

Connor levanta su copa, brindando: —Gracias por la luna de miel, Adrian.

Lo descarto con un gesto. —No lo menciones —digo. Era lo mínimo que podía hacer. Dos semanas, todos los gastos pagados a Las Maldivas.

—¿Puedes creerlo, dos semanas enteras? —dice Amy, su voz llena de emoción—. De verdad, gracias Adrian.

Vuelvo a descartar sus agradecimientos con un gesto, sintiéndome ligeramente incómodo bajo la atención. Pero me alegra que estén felices. Eso es lo que importa.

Entonces mi madre cambia la conversación. —Si Julie está disponible —dice casualmente —, tal vez le gustaría ser tu acompañante para la boda.

¡De ninguna manera! Miro a Julie. Parece tan incómoda como yo me siento. Nadie quiere estar atrapado en una boda con un extraño. El silencio cae sobre la mesa y todos los ojos se vuelven hacia mí. Es sumamente incómodo, por decir lo menos.

Sonrío disculpándome a Julie, tratando de hacerlo lo más genuino posible. —Ya tengo acompañante —digo.

Julie asiente rápidamente, un leve sonrojo extendiéndose por sus mejillas. —Está bien, de verdad. De todos modos estoy ocupada.

Mi padre disipa el momento incómodo cambiando de tema. —Tuvimos a un tipo que vino a comprar pintura para su sala de estar. Le pregunté qué color tenía en mente, y dijo, algo que sea oscuro pero no demasiado oscuro. No marrón, sin embargo. Solo oscuro.

—Así que le sugerí un bonito gris carbón. Él entrecerró los ojos y dijo: '¿Gris? No, no. Necesito que sea verdoso'. Le dije: Hijo, el gris y el verde no van exactamente juntos a menos que estés en un pantano brumoso. Y él va y dice: '¡Perfecto! ¡Eso es exactamente lo que quiero!'

Todos nos reímos, incluida Julie, que parece un poco más relajada.

—Algunas personas simplemente tienen ideas diferentes sobre el color —dice papá, sacudiendo la cabeza.

Después de eso, la conversación fluye, pero inmediatamente después del postre, Julie agradece a mi madre por la cena y se excusa diciendo que tiene que madrugar al día siguiente.

Cuando mi madre regresa después de acompañarla a la puerta, se vuelve hacia mí, lanzándome una mirada molesta. —La incomodaste, Adrian.

—Esa fuiste tú —respondo con indiferencia, sin sentir ningún remordimiento.

—Tengo que estar de acuerdo con Adrian —interviene mi padre con una risita.

Amy me mira. —¿De verdad tienes acompañante? —pregunta, con una ceja levantada.

Miento descaradamente. —Sí. —Tengo dos semanas para averiguar quién demonios va a ser mi cita para esta boda. Y no puedo arriesgarme a que alguien se haga una idea equivocada, pensando que una cita para una boda significa algo más.

¿Dónde, en nombre de Dios, encontraré a alguien que no se me pegue después, esperando que su propia boda siga? Tengo dos semanas para resolverlo. Y no, no estoy deseando que llegue.

—Bueno, yo por mi parte estoy deseando conocerla —dice mamá.

Yo también, mamá. Yo también.

—Es solo una cita, no alguien con quien esté en serio —digo rápidamente. No puedo dejar que mi madre empiece a planear mi boda tan pronto como conozca a quien sea esta mujer.

—Adrian, no estás rejuveneciendo, ¿sabes? —continúa mi madre, como si pudiera leer mi mente—. Es solo cuestión de tiempo antes de que encuentres a la persona adecuada. Siempre he dicho, cuando la conozcas, lo sabrás.

Pongo los ojos en blanco, pero no discuto. Es más fácil así. Lo mejor que puedo hacer es dejarlo pasar, como siempre hago. No tiene sentido discutir con ella.

—Bueno, me aseguraré de enviarle tus saludos —digo, con tono ligero.

Todos excepto mi madre se ríen. —Está bien, está bien —dice, agitando la mano con fingida exasperación—. Solo digo que es agradable tener a alguien con quien compartir las cosas.

—Quizá algún día —digo, poniéndome de pie. La velada ya se ha prolongado lo suficiente. Es hora de irse antes de que me vea envuelto en más discusiones sobre bodas, citas, o Dios no lo quiera, Julie.

Después de agradecer a mamá por la cena, me despido, rápido e indoloro, justo como me gusta. Tras unos momentos de abrazos y cortesías obligatorias, finalmente soy libre.

Mientras conduzco hacia casa, mi mente ya está en el horario de mañana.

Capítulo 5: Mara

Llego a la oficina más temprano de lo habitual, dándome tiempo para revisar las actualizaciones del proyecto de Optimal Solutions. Me toma una hora examinar los informes del proyecto y responder correos electrónicos.

Luis, el director de operaciones, está supervisando todo, pero aún tengo que ocuparme de parte de la correspondencia.

Justo cuando estoy apagando mi portátil, mi teléfono vibra sobre el escritorio.

Es un mensaje de Luis. Él sabe que no debe llamarme. La única persona que sabe que estoy en Strategic Agency es Luis. Además de trabajar juntos, nos hemos convertido en buenos amigos a lo largo de los años y confío en él.

Pero ahora, su mensaje me provoca un escalofrío.

Mara, tu padre vino a la oficina ayer. Quería saber dónde estabas. Le dije que estarías fuera por unas semanas, gestionando todo de forma remota. Quizás debas hablar con él. Pensé que deberías saberlo.

Mierda. ¿Por qué ahora? Mi padre raramente va a la oficina estos días. No desde que él y Stacy se casaron. Espero que no haya cambiado de opinión sobre querer vender la empresa inmediatamente.

Mi corazón late con fuerza ante ese pensamiento y el pánico sube por mi garganta.

Respondo rápidamente. Gracias, Luis. Me encargaré de esto.

Pero, ¿cómo? Me estrujo el cerebro, pero nada explicaría mi ausencia excepto la verdad. Tendré que hacerle saber a mi padre lo que estoy haciendo. Antes de que pueda acobardarme, le envío un mensaje rápido, informándole que iré a cenar a su casa esta noche.

Me sacan de mis pensamientos el sonido de pasos acercándose a la oficina. Adrian entra con paso firme, su expresión ya fijada en ese modo serio que le gusta mostrar.

—Mara —dice, en tono cortante—. Tenemos esa sesión de lluvia de ideas con el equipo en veinte minutos. Sala de conferencias.

No espera mi confirmación, simplemente se dirige a su oficina y cierra la puerta. ¿Sin buenos días? Estoy un poco desconcertada, pero lo ignoro. No estoy aquí para ser la mejor amiga de Adrian Stone.

Agarro mi iPad, lista para tomar cualquier nota que Adrian pueda querer. Mi corazón late con fuerza mientras, diez minutos después, me dirijo a la sala de conferencias. Estoy a punto de obtener información sobre cómo se están preparando para el Proyecto A o Proyecto Lerose Stores, como lo llaman aquí.

La sala de conferencias bulle de actividad cuando entro. Los gerentes de proyecto ya están instalando sus portátiles. Intercambiamos saludos amistosos, luego tomo asiento.

Adrian entra unos minutos más tarde. La emoción me invade. Esto es para lo que vine. No puedo creer que realmente esté aquí.

Se sienta a la cabecera de la mesa, con el equipo acomodándose a su alrededor.

—Todavía no tenemos asegurado este proyecto. Necesitamos una estrategia que supere las expectativas del cliente. Lerose ha estado evaluando nuestra propuesta, pero necesitamos mostrarles por qué somos la elección correcta.

Mira a Stuart, uno de los consultores, quien supongo está a cargo del proyecto. —¿Qué

sabemos hasta ahora?

Stuart inmediatamente se sumerge en los hallazgos de las encuestas a clientes y grupos focales, explicando que los clientes objetivo de Lerose han expresado su frustración con la experiencia en tienda, pero más importante aún, con la falta de integración fluida entre la experiencia de compra en línea y en tienda.

Esto es algo que también hicimos nosotros, pero es interesante escuchar sus pensamientos y conclusiones.

—Necesitaremos impactarles fuerte con análisis de comportamiento —dice Adrian—. Necesitamos saber exactamente cómo interactúa la gente con su sitio web, su aplicación móvil, e incluso cómo se relacionan con las exhibiciones en tienda. Los puntos de fricción deben eliminarse.

Tomo notas rápidamente, absorbiendo en silencio el flujo de información.

Esta es la parte que necesito, la información que llevaré de vuelta a Optimal Solutions. Si puedo comparar esto con nuestros propios hallazgos, podríamos tener una ventaja en la licitación del proyecto.

Pero la culpa comienza a abrumarme a medida que avanza la reunión. Esto se siente tan incorrecto. En esencia, estoy robando ideas de ellos. Pero no es exactamente robar, me digo rápidamente. Se trata de identificar nuestras áreas débiles frente a las suyas.

Eso es todo.

La reunión termina poco después, y me marcho junto con todos los demás para dirigirme a mi escritorio. Me golpea de nuevo, justo lo que estoy haciendo. Sonaba fácil cuando lo hablaba con Harper y Emma. Pero ahora que realmente lo estoy haciendo, no estoy segura de cómo me siento al respecto.

Una cosa está clara, sin embargo. Estoy jugando un juego peligroso.

Mi corazón se acelera al escuchar los pasos de Adrian cuando entra en la oficina. Mantengo la mirada en la pantalla, temiendo que pueda leer la culpa en todo mi rostro.

Se detiene frente a mi escritorio y, por un momento, casi olvido respirar. Está ahí parado, con su intensidad habitual aumentada un nivel. Sus ojos se desvían hacia mí, y me enderezo en mi asiento, instintivamente esbozando la sonrisa profesional que he practicado tantas veces.

—Mara —dice, manteniendo mi mirada—. Noté que estabas tomando notas anteriormente. ¿Qué opinas sobre el análisis de comportamiento? ¿Alguna idea?

Parpadeo. ¿Me está preguntando a mí? Una descarga de sorpresa me recorre. Soy su asistente, no un miembro del equipo estratégico. Pero está esperando una respuesta. Trago saliva, preparándome, y mentalmente sacudo las emociones contradictorias que giran dentro de mí.

—Creo que los mapas de calor serán cruciales —empiezo, con voz firme.

Cruzo los brazos sobre el escritorio, tratando de proyectar confianza a pesar de la vocecita en mi cabeza que me dice que estoy cruzando una línea—. Si nos enfocamos en las tasas de conversión, podemos identificar exactamente los puntos donde los clientes abandonan. De esa manera, podemos optimizar la experiencia en cada paso. Si podemos eliminar la fricción en estos puntos clave, tendrá un impacto significativo en su satisfacción general.

Adrian escucha, asintiendo lentamente, sus ojos nunca abandonándome. Es desconcertante cómo me mira, como si mi opinión importara.

—Bien —dice, y exhalo un silencioso suspiro de alivio.

No parece molesto por mi respuesta, pero algo en su expresión cambia—. Me alegra que estés de acuerdo. Necesitaremos asegurarnos de que la integración sea impecable. Lerose no se conformará con menos.

Asiento, mi corazón todavía acelerado, pero logro mantenerme firme. No estoy aquí para sentirme intimidada. Estoy aquí para hacer mi trabajo, sea cual sea.

Él permanece allí por otro momento, el silencio entre nosotros extendiéndose. Luego, da un breve asentimiento y se aleja.

Mi corazón late tan fuerte que temo que saldrá volando de mi pecho.

***

Salgo de la oficina más temprano que el día anterior y me dirijo a casa de mi padre para cenar. Mi corazón late de nuevo por razones completamente diferentes. ¿Pensará que he perdido completamente la cabeza o finalmente entenderá que haría cualquier cosa por la empresa?

Llego a la casa de mi padre, con el familiar camino de entrada recibiéndome como un viejo amigo. La casa todavía se ve igual a como la recuerdo. Cálida, acogedora y un poco desgastada en los bordes.

A mi madre le encantaba decorar y cuidar de su hogar, pero con ella ausente, la casa, aunque enorme, comienza a mostrar signos de deterioro.

Respiro profundamente antes de salir del coche y caminar por el sendero de piedra hacia la puerta principal. La empleada abre, sonriéndome cálidamente.

—Buenas noches, señorita Mara —dice, haciéndose a un lado para dejarme entrar.

—Hola Beatrice, gracias —respondo, ofreciendo una rápida sonrisa antes de entrar en la casa.

Encuentro a mi padre ya sentado a la mesa del comedor, el suave crujido de un periódico siendo el único sonido que llena el espacio. Cuando escucha mis pasos, levanta la mirada, su rostro iluminándose con una sonrisa mientras deja el periódico.

—Ah, Mara, estás aquí —dice, levantándose para besarme en ambas mejillas.

—Lo siento por llegar tarde —digo, con la voz un poco más baja de lo normal, tensa por la conversación que se avecina—. ¿Dónde está Stacy?

Él señala hacia la puerta con un encogimiento casual de hombros—. Salió con sus amigas. Volverá más tarde.

La forma en que habla de ella, como si todo estuviera perfectamente bien, solo lo hace peor.

Puedo ver el dolor en sus ojos, aunque trata de ocultarlo con una sonrisa. Una ola de ira surge dentro de mí, dirigida a Stacy. Si quiere su dinero tan desesperadamente, al menos puede fingir ser una buena esposa.

Pero al menos, por esta noche, él está solo, y tal vez finalmente podamos tener una conversación real.

Me siento frente a él, y la cena es servida inmediatamente. Hablamos de cosas triviales y, para su mérito, mi padre no menciona su visita a la oficina.

Apenas toco la cena. Nunca he estado tan nerviosa por abordar ningún tema con mi padre. Pero este no es cualquier tema. Además, ya no compartimos la misma cercanía que solíamos tener.

Ya no estoy segura de qué lado está y la incertidumbre de su reacción me tiene al borde.

—Papá, hay algo que necesito decirte —digo, esperando haber escogido el momento

adecuado. Está casi terminando su cena y se ve relajado.

—¿Qué tienes en mente? —dice con esa voz cálida que recuerdo.

Me hace llorar. Con Stacy cerca, nunca siento que tengo toda su atención. He extrañado esto.

Dudo, con la mente acelerada. No hay una manera fácil de decir esto—. He conseguido un trabajo en Strategic Agency.

Se queda quieto pero no reacciona más allá de eso. Siempre ha sido así. No reacciona inmediatamente. Se toma su tiempo para absorber cualquier noticia que acaba de recibir. Sin embargo, no me engaño. Sé que es una sorpresa.

Se recuesta en su silla, esperando a que continúe.

—Estoy trabajando para Adrian Stone. Como su asistente, de hecho —digo, observando cuidadosamente su expresión—. Y he estado ayudándolo a prepararse para una presentación para Lerose Stores.

Su ceño se frunce ligeramente—. ¿Fuiste a trabajar para la competencia? —pregunta—. Supongo que hay una buena razón para esto.

Asiento—. Sí, he estado allí por unos días. He estado recopilando información sobre sus estrategias para el Proyecto A. Pensé que era la mejor manera de adelantarnos en la licitación del contrato.

Una expresión atónita aparece en su rostro y después de un momento, se ríe suavemente, sacudiendo la cabeza—. No pensé que llegarías tan lejos. Pero, de nuevo, quizás debería haberlo sabido. Siempre has tenido ese fuego.

Me mira con un destello de orgullo en los ojos, aunque trata de ocultarlo con el humor en su tono—. Admiro tu determinación, Mara. Pero recuerda, siempre hay una manera de hacer las cosas sin ensuciarte demasiado las manos.

—No tienes que jugar este juego doblando las reglas. Hay otras formas de ganar, incluso si significa hacerlo por el camino difícil.

Su reacción es mejor de lo que esperaba. Me había imaginado lo peor.

—Lo tendré en cuenta, papá —respondo, aunque en mi corazón, todavía no estoy segura de haber hecho lo correcto.

Extiende la mano a través de la mesa y aprieta la mía de manera tranquilizadora—. Siempre has tenido el coraje de ir tras lo que quieres. Solo asegúrate de no perderte a ti misma en el proceso. Estoy orgulloso de ti, Mara.

No sé por qué, pero escucharlo decir eso me hace llorar.

—Ahora, dime, ¿cuál es tu plan? —pregunta, su expresión volviéndose seria—. Hace tiempo, perdimos una licitación frente a Strategic Agency y, para ser honesto, me encantaría conocer sus secretos internos.

Sus palabras me toman por sorpresa. No esperaba que se adentrara en los detalles tan rápidamente. Sé que solo está tratando de entender, de tener una mejor comprensión de lo que exactamente he estado haciendo. Siempre ha sido práctico, pensando con anticipación, pero ahora, hay un nuevo filo en su voz.

Respiro profundamente, pensando cuidadosamente antes de responder—. Estoy tratando de aprender tanto como pueda sobre cómo abordan sus proyectos, especialmente el Proyecto A. Si puedo ver lo que están haciendo bien, podré aplicarlo a Optimal Solutions y ayudarnos a salir adelante.

Asiente lentamente, asimilando mis palabras, con el ceño fruncido en pensamiento—. Esta es una situación delicada. Si percibes que sospechan de ti, debes retirarte inmediatamente. Sin preguntas. No puedes dejar que se den cuenta, ni por un segundo.

Asiento, con la garganta apretada—. Lo sé, papá. Mantendré todo bajo control. Me aseguraré de que todo sea discreto.

Suspira suavemente—. Afortunadamente, no hay ninguna ley contra trabajar para la competencia.

—Lo prometo. Si algo sale mal, me iré.

—Bien. Espero actualizaciones regulares, Mara. Quiero saber qué está pasando, qué estás aprendiendo y qué tan cerca estás de Strategic Agency.

—Por supuesto. Te mantendré informado.

Suspira—. Extraño a tu madre. Estoy bastante seguro de que a ella no le gustaría esto, pero, entiendo por qué sentiste la necesidad de hacerlo.

Las lágrimas llenan mis ojos nuevamente. Es agradable escucharlo hablar de mi madre así. A veces, pienso que se olvidó completamente de ella.

Me alegra que no lo haya hecho.

Capítulo 6: Adrian

Ha sido un día sin parar. Reuniones una tras otra, llamadas telefónicas interminables y sin tiempo para respirar. El equipo creativo y de marketing acaba de terminar la presentación del rediseño de marca para el proyecto del hotel.

Tenemos un plazo muy ajustado, y el equipo apenas aguanta, tratando de mantenerse al día con la presión. Estoy haciendo todo lo posible por mantenerme concentrado, pero el agotamiento comienza a afectarme.

Miro el reloj. Mi próximo cliente debe llegar en diez minutos.

—Bien, buen trabajo a todos —digo, levantándome de mi escritorio—. Sigamos adelante. Necesitamos finalizar las propuestas para el final de la semana, así que enviadme vuestros comentarios lo antes posible.

Mi teléfono vibra, y rápidamente echo un vistazo a la pantalla para ver un mensaje de mi abogado sobre algunas revisiones de contratos. Envío una respuesta rápida antes de reclinarme en mi silla, masajeando la tensión en mi cuello.

Miro el reloj de nuevo. Faltan dos minutos.

Justo cuando estoy a punto de seguir con otro correo electrónico, alguien llama a la puerta. La irritación me invade. Lo último que necesito, especialmente hoy, son interrupciones.

—¿Sí? —espeto.

Mara entra con café y un sándwich. —Pensé que podría necesitar algo de sustento —dice mientras los coloca en mi escritorio.

Miro la comida por un momento, con el estómago rugiendo. Es un gesto amable, pero no puedo permitirme perder tiempo.

—Mi próxima reunión es en menos de dos minutos —digo, tratando ya de hacer malabarismos con la docena de otras cosas que necesito hacer.

—Tiene algo de tiempo libre. Retrasé sus reuniones para darle un respiro entre cada una —dice Mara.

Estoy sorprendido. Nunca he tenido un empleado tan considerado. Tan atento. Estoy atónito. —¿Lo hiciste?

Ella asiente, dirigiéndose hacia la puerta y luego hace una pausa con la mano en el pomo. —Tiene media hora.

El alivio me inunda. —No sabes cuánto necesitaba esto —digo, prácticamente salivando mientras miro el sándwich.

La puerta se cierra suavemente, dejándome con un raro y precioso momento de paz.

El sándwich de pollo está fantástico. Cocinado en su punto. Perfectamente crujiente con lechuga fresca. Doy un sorbo al café, el calor extendiéndose por mi cuerpo, y dejo escapar un lento y satisfecho suspiro.

Con el hambre saciada, mi mente comienza a aclararse y el agotamiento retrocede. Me levanto, sintiendo la necesidad de estirar las piernas. Mara está concentrada en la pantalla de su ordenador, con el ceño fruncido en concentración.

—Mara —digo, de pie al borde de su escritorio. Ella levanta la mirada, con expresión neutral.

—Gracias —digo, frotándome el estómago.

Ella se ríe, dejando escapar un sonido agradable y dulce. Me doy cuenta de que esta es la primera vez que la escucho reír.

—De nada —dice finalmente.

Regreso a mi oficina y me sumerjo de nuevo en responder algunos correos electrónicos antes de mi próxima reunión. El ritmo es implacable y al llegar la noche estoy agotado. Pero antes de irme, necesito revisar el estado final del día para algunos proyectos en curso.

Tomo notas, envío correos electrónicos y finalizo algunos detalles. Reenvío mis notas al correo de Mara con un mensaje para que las distribuya. Unas cuantas tareas más tarde y mi estómago gruñe. Miro el reloj. Las siete y media. No es de extrañar que tenga hambre. Es un recordatorio de que no he comido desde que Mara me trajo un café y un sándwich.

Termino la última de mis tareas y dejo escapar un largo suspiro, estirando los brazos por encima de mi cabeza. Ha sido uno de esos días. El tipo de día en que estás constantemente en movimiento, sin tiempo para detenerte y pensar, solo seguir pasando de una cosa a la siguiente. Pero ya casi termina. Por fin.

Recojo mis cosas y echo un vistazo rápido a la oficina, asegurándome de que todo esté en orden.

Salgo por la puerta con el sonido de tecleo. Mara está en su escritorio, todavía trabajando. Nunca pensé que llegaría el día en que me quejaría de que una asistente personal trabaje demasiado.

Aun así, no puedo evitar admirar su dedicación al trabajo.

—Mara —digo, apoyándome en el marco de la puerta—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Quería enviar esas notas de revisión antes de irme por la noche. Pensé que sería útil que todos las recibieran antes, en lugar de después —dice ella.

La culpa me invade. —Pretendía que las enviaras por la mañana. No deberías estar aquí todavía. Es tarde.

Ella se pasa una mano por su espeso cabello rubio. ¿Cómo se sentiría si fuera yo quien hiciera eso? ¿Es tan suave como parece? —Oh, solo pensé que sería mejor para todos verlas a primera hora de la mañana.

Jesús, Adrian. Contrólate.

—Está bien —continúa—. De todos modos no tenía previsto hacer mucho esta noche.

¿Qué significa eso? ¿Puede una mujer hermosa como Mara no tener a alguien especial en su vida?

Aparto ese pensamiento, recordándome a mí mismo que lo que ella hace en su tiempo libre no es asunto mío.

Sin pensarlo, digo: —¿Qué tal si te invito a cenar como disculpa y agradecimiento por quedarte hasta tarde?

Ella ríe suavemente, negando con la cabeza. —Claro, por qué no. Aunque ninguna de las dos cosas es necesaria.

Espero mientras ella se prepara para salir.

Desearía que no fuera mi empleada.

El pensamiento aparece en mi mente de la nada. Debe ser mi agotamiento lo que me está haciendo tener estos pensamientos insanos.

Pero incluso mientras lo pienso, no puedo dejar de notar lo fácil que hace imaginarla fuera

de esta oficina. ¿Cómo sería fuera de su eficiencia profesional?

Tiene una especie de gracia que me hace querer verla fuera de este espacio, quitar las capas y descubrir quién es realmente cuando no está de servicio.

Cuando no es Mara, la asistente de Adrian, la que responde a cada llamada y gestiona cada tarea como si fuera algo natural.

¿Cómo sería verla sin su traje de falda?

Pensamientos íntimos pasan por mi mente, pensamientos que sé que no tengo derecho a entretener.

Pero no se detienen.

Quiero verla sonreír sin restricciones, no porque sea parte de su trabajo, sino porque realmente quiere hacerlo. Quiero saber qué hay detrás de esos ojos, qué la motiva cuando termina la jornada laboral.

—Bien, estoy lista —dice Mara, poniéndose de pie.

Es una suerte que no pueda leerme la mente, o de lo contrario saldría de esta oficina y nunca regresaría. Le abro la puerta y nos dirigimos al ascensor. Intento que mis ojos no se fijen en su perfecto trasero mientras entra en el ascensor.

Cuando el ascensor suena, salimos y nos dirigimos al estacionamiento del sótano. Mara se dirige a un Porsche 718 Cayman plateado metálico, un hermoso coche compacto que grita sofisticación.

Sonrío para mis adentros, impresionado. —Bonito coche —digo.

Ella lo mira con un pequeño encogimiento de hombros. —Es práctico, para mí —dice, con un tono casual.

Es raro conocer a una mujer que tiene tan buen gusto en coches. Aun así, debe haberle costado una pequeña fortuna.

—Sígueme —digo, señalando hacia mi propio coche—. Te guiaré hasta el restaurante. —Había planeado llevarla a un modesto restaurante italiano, un lugar donde estuviera cómoda.

Pero después de ver su coche, se me abren los ojos al tipo de mujer que es Mara. Claramente es una mujer que disfruta de las cosas buenas de la vida. Antes de arrancar el motor, marco rápidamente a The Santol, un nuevo restaurante de un chef con estrella Michelin.

Hecho esto, salgo del estacionamiento del sótano, con Mara siguiéndome de cerca.

Llego a The Santol y entrego las llaves de mi coche al aparcacoches. Detrás de mí, Mara hace lo mismo y entramos juntos al restaurante.

—Por aquí, por favor —dice el anfitrión, guiándonos a través del laberinto de mesas cubiertas con manteles blancos y crujientes, hacia un rincón que ofrece una vista del horizonte de la ciudad.

Mara ni siquiera parpadea ante el entorno. Se acomoda en su asiento con una tranquila confianza, mirando a su alrededor solo por un breve momento antes de concentrarse en el menú. Parece estar a gusto aquí, como si perteneciera, sin inmutarse en lo más mínimo por el lujo del restaurante.

Tenía razón sobre ella. No es ajena a las cosas buenas de la vida. Me hace sentir curiosidad por ella.

—Tomaré la lubina a la plancha con verduras de raíz asadas y un glaseado de miso —dice Mara, en un tono tranquilo y seguro. Sin vacilación ni dudas.

Yo opto por un filete mignon con puré de patatas cremoso. Necesito algo sustancioso y sólido después del ligero almuerzo que tuve.

El camarero ofrece una carta de vinos. —Vamos con este —digo, eligiendo un tinto—. ¿Está bien? —le pregunto a Mara.

—Perfecto —dice ella.

El camarero se va y me vuelvo hacia Mara. —¿Cómo te estás adaptando? —pregunto, rompiendo el silencio—. ¿Le estás cogiendo el ritmo a las cosas en Strategic Agency?

Ella sonríe. —Ha sido bueno. Ajetreado, pero bueno.

—Me alegra que no tengas quejas sobre la cantidad de trabajo que te mando —digo. Es difícil de leer, manteniendo sus emociones bajo una expresión neutral, su profesionalismo nunca flaquea.

—Prospero en el caos —dice Mara con una risa.

Hablamos de trabajo, que es lo último de lo que quiero hablar, pero cambiar la conversación a asuntos personales está resultando difícil. Mara es claramente una persona muy reservada. No sé nada de ella aparte del coche que conduce.

—Entonces —me aventuro, reclinándome en mi silla—, ¿qué te hizo elegir este camino? Quiero decir, con tu formación, tu carrera, claramente eres capaz de mucho más que simplemente gestionar la agenda de alguien.

Una expresión de preocupación surca el rostro de Mara, pero desaparece en un segundo. No tiene sentido. Por lo que a mí respecta, acabo de hacerle un cumplido. Excepto que mi familia me ha dicho que a veces parezco brusco.

Espero no haber hecho eso aquí. Me encuentro repasando la pregunta en mi mente. ¿Fue ofensiva? Estoy bastante seguro de que no soy la primera persona en insinuar que podría estar desperdiciando su talento.

El camarero trae el vino, interrumpiendo el momento. Se va y Mara levanta la copa a su boca, su expresión neutral de nuevo en su lugar.

—Buena elección —dice, volviendo a dejar la copa.

—Gracias. No soy un gran bebedor, pero disfruto de una buena copa de vino —digo, esperando pacientemente a que responda a mi pregunta.

Capítulo 7: Mara

Esta fue una mala idea. No, borra eso. Fue una idea terrible. Empezando por él notando el coche. Simplemente nunca lo pensé. He tenido mi Porsche por casi dos años. Es parte de mí. Fue mi única compra lujosa, con mis bonificaciones de Optimal Solutions.

Vi a Adrian mirándolo, probablemente preguntándose cómo una asistente personal podía permitirse un coche tan caro.

—¿Tienes familia, Mara? —pregunta Adrian, sacándome de mi mente en pánico.

Inhalo profundamente, tratando de componerme. Al menos puedo ser honesta sobre eso. —Sí, mi padre y mi madrastra —una risa se me escapa antes de poder contenerla. Nunca he considerado a Stacy como mi madrastra.

Nada en ella grita madre o siquiera madrastra y ni siquiera finge intentarlo.

Adrian parece sobresaltado por mi risa. Otro error.

—Lo siento, es solo que la mujer con la que se casó mi padre... —mi voz se apaga mientras busco las palabras correctas—. Para que lo entiendas. Mi padre se volvió a casar menos de un año después de la muerte de mi madre, y Stacy, bueno... es diez años mayor que yo y muy guapa. Difícilmente el tipo de mujer que se casaría con un hombre de sesenta y tantos años.

Eso fue un bocado, pero Adrian no parece sorprendido. Lleva una expresión de preocupación.

Odio haber dejado que mis emociones se mostraran. Debería haber sido impasible. Darle los hechos. Tengo un padre y una madrastra. Fin de la historia. En cambio, tuve que ponerme a balbucear sobre cómo Stacy se casó con mi padre por su dinero. Quiero patearme a mí misma.

Alcanzo mi copa de vino y doy un trago en un esfuerzo por calmar mi corazón acelerado. Dios, soy un desastre. Debería haber rechazado la invitación a cenar de Adrian, pero había parecido tan inofensiva. Solo un jefe llevando a su asistente personal a cenar después de un largo día de trabajo.

—Lamento la pérdida de tu madre —dice Adrian en un tono suave.

Intento sonreír, pero las palabras se me atascan en la garganta. Mi respiración se entrecorta y, por un momento, regreso a ese lugar. Aquel donde tuve que despedirme de ella demasiado pronto. El vacío que he cargado desde ese día, la ira no resuelta, la culpa, todo cae sobre mí como olas.

Parpadeo rápidamente, obligándome a no llorar. *Mantén la compostura, Mara.* Pero es más difícil de lo que pensé, especialmente con Adrian mirándome así.

En su lugar, alcanzo mi vino nuevamente, tragando más de lo que pretendía, esperando que adormezca el dolor alojado en mi pecho.

Adrian asiente, sus ojos comprensivos, pero cautelosos, como si caminara sobre hielo delgado. Quiero asegurarle que estoy bien, que esto no es algo de lo que quiera hablar, pero no puedo encontrar las palabras.

Se mueve ligeramente en su asiento, todavía observándome, pero sin la lástima que la mayoría de las personas tienen cuando hablan del fallecimiento de mi madre. En cambio, hay una cualidad casi protectora en su mirada. Como si realmente le importara, pero no fuera a presionarme para revelar nada que no quiera.

—Lo entiendo —dice después de una pausa—. Perder a alguien tan repentinamente deja una

marca. No puedes simplemente superar algo así.

La gratitud me invade. No está tratando de arreglarlo ni ofrecer palabras vacías de consuelo.

—Gracias —digo suavemente, finalmente logrando una pequeña sonrisa. Aparto la mirada, fingiendo examinar el borde de mi copa—. Ha sido difícil, pero me las estoy arreglando.

Un momento de silencio se extiende entre nosotros, pero no es incómodo. Adrian no se apresura a llenar el espacio, y de alguna manera, eso hace que sea más fácil respirar.

El camarero elige ese momento para traer nuestra comida. Después de que se va, le sonrío a Adrian. —Cuéntame sobre tu familia.

Adrian se recuesta en su silla, una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca. —Vengo de una familia bastante común. Mi padre era director de instituto y mi madre era profesora. Ambos están jubilados de la enseñanza ahora. Mi hermana, Amy, está a punto de casarse, y yo tengo que fingir que escucho todos los planes de la boda.

Me río, imaginando a Adrian, el siempre serio CEO, hablando de planes de boda. Es difícil de imaginar, pero supongo que todos tienen sus puntos débiles. —Apuesto a que estás encantado —le digo, provocándolo un poco.

Él sonríe con suficiencia. —Absolutamente encantado.

Me río, imaginándolo sentado en una mesa, viéndose increíblemente fuera de lugar mientras Amy habla y habla sobre centros de mesa. —Eso suena como una tortura —digo, incapaz de contener mi risa.

Adrian se pone solemne —Es mi hermana pequeña, y haría cualquier cosa por ella, incluso si eso significa fingir que me importan los detalles.

—Eso es dulce —digo, captando la sinceridad en su voz—. Debe ser agradable tener una familia que es cercana.

—Demasiado cercana —dice Adrian con una risa—. Mi madre está constantemente metiéndose en mis asuntos personales tratando de emparejarme con las hijas de sus amigas.

Estallo en carcajadas. La imagen que Adrian está pintando de sí mismo es muy diferente de cómo imaginé que era su vida familiar. —¿No te ha gustado ninguna hasta ahora?

—No me gusta que me emparejen, y además, no tengo tiempo para relaciones. Estoy demasiado ocupado construyendo mi negocio como para pensar en citas serias.

Es una lástima. El pensamiento permanece incrustado en mi mente.

—Pero a mi madre no parece importarle lo que yo quiera —dice Adrian en un tono ligero que me dice que no se lo toma en serio. Me gusta este lado ligero y relajado de él.

—Estuve en casa para cenar hace un par de noches. Se suponía que sería una cena familiar, pero sorpresa, sorpresa, otra de las hijas de las amigas de mi madre estaba presente. Su nombre era Julie.

Me río. —¿Cómo fue eso?

Adrian hace una mueca. Realmente es guapo. De una manera masculina y sexy. —Tan bien como puedes imaginar. Mamá se ofendió porque me negué a invitarla a la boda de mi hermana como mi acompañante.

Estoy tan intrigada que casi olvido que se supone que debo estar comiendo. Tomo un bocado de mi comida. —Entonces, ¿por qué no quisiste invitarla a salir? ¿No era lo suficientemente guapa o interesante?

Adrian se encoge de hombros. —Era guapa.

Algo desagradable atraviesa mi pecho al oír sus palabras. Me avergüenza admitir que escuchar a Adrian describirla así despierta en mí una extraña punzada de celos.

¿En qué estoy pensando? Rápidamente desecho el sentimiento, diciéndome que es una tontería. No es como si estuviera interesada en Adrian de esa manera. Estoy aquí por el proyecto. Eso es todo.

—Simplemente no quiero dar a nadie la idea equivocada. Ya sabes cómo es. Si muestras algún interés, incluso solo cortesía, se malinterpreta —suelta un pequeño suspiro, sus ojos encontrándose brevemente con los míos antes de mirar hacia otro lado—. Y honestamente, no tengo tiempo para eso ahora mismo. Hay demasiadas cosas sucediendo en el trabajo.

Entiendo lo que quiere decir. Las relaciones han sido lo más alejado de mi mente durante mucho tiempo.

—No puedo culparte por eso —digo.

Adrian toma su copa de vino, girándola pensativamente antes de volverse hacia mí. —Sabes —dice con una sonrisa astuta—, si no estás demasiado ocupada, podrías venir conmigo como mi acompañante a la boda de Amy.

Mis cejas se alzan de sorpresa. —¿Yo? ¿Ir contigo? —me río, aunque suena un poco más nervioso de lo que pretendo. Rápidamente rectifico mi tono bromeando—. ¿Te refieres a ser tu cita de respaldo, ya que Julie no pasó el corte?

Adrian me mira con una sonrisa divertida. —Exactamente. Necesito a alguien que entienda cómo funcionan las obligaciones familiares, pero que no intente tomárselo demasiado en serio. ¿Qué dices? Podría ser divertido.

La palabra divertido resuena en mi mente. Es inofensivo, ¿verdad? Solo una noche fuera para ayudarlo a evitar preguntas incómodas.

Aun así, me siento un poco incómoda con la idea de acercarme demasiado a él. Se siente como un paso demasiado lejos, un límite que no estoy segura de deber cruzar. ¿Estoy pensando demasiado en esto? No es como si hubiera algo ahí.

Una parte de mí se siente como una impostora, y la verdad es que lo soy. Soy una espía. Si Adrian lo supiera, me haría echar de su empresa.

¿No es eso cruzar una línea? ¿Acercarme demasiado a alguien a quien no debería acercarme? Necesito recordarme por qué estoy aquí. He trabajado muy duro para llegar hasta aquí. No puedo permitirme difuminar esas líneas, no ahora.

La voz de Adrian interrumpe mis pensamientos. —Vamos, Mara. Es solo una boda. Vamos a divertirnos un poco. Hemos trabajado duro, y un poco de tiempo para relajarnos no hará daño —su tono es ligero y persuasivo.

Estoy tan tentada.

No puedo recordar la última vez que realmente me relajé. Harper, Emma y yo solíamos salir mucho, pero en estos días, no tanto. Todas estamos tan ocupadas con nuestras carreras y Emma está ocupada con su bebé, cuando no está trabajando.

Además, todo el trastorno de perder a mi madre y que papá se casara... he olvidado lo que es la diversión simple.

Después de la boda, volveré a mantener mi distancia, enfocándome en el trabajo en cuestión. Eso es lo que importa. Esto es solo un desliz temporal, un breve desvío. Me mantendré en control. Después de todo, la razón por la que estoy aquí es para recopilar información para el

proyecto. No puedo dejar que nada más me distraiga.

Asiento, tratando de sacudirme la incomodidad persistente. —Está bien, de acuerdo. Será divertido.

En el fondo, sé que cuanto más baje la guardia con Adrian, más difícil será mantener mi enfoque.

Adrian sonríe. —Genial. Ahora suena un poco más llevadero.

Hablamos por un tiempo, derivando por diferentes temas. La conversación fluye naturalmente, y me encuentro relajándome por completo.

Hablamos sobre la industria del marketing. Es divertido intercambiar opiniones con alguien que claramente está tan bien informado como Adrian. Sus perspectivas son agudas, y su punto de vista fresco.

—Tienes mucho conocimiento sobre la industria —comenta Adrian, sus ojos fijos en los míos con una mirada casi de aprobación.

—Leo mucho en mi tiempo libre —explico, moviéndome en mi asiento—. Me gusta mantenerme informada.

—Se nota —dice Adrian, mirándome con una expresión desconcertada—. ¿Has pensado alguna vez en dedicarte a la consultoría? Con tu conocimiento, realmente podrías hacerte un nombre.

Mi cara se calienta ante la pregunta. Me río de ello, pero por dentro, me maldigo por mi descuido. Una vez más. Es demasiado fácil hablar con él. Me hace olvidar mi papel.

Deja de hablar tanto, Mara.

—Estoy trabajando en ello —digo, esperando que sea una respuesta suficiente—. Estoy concentrada en aprender todo lo que pueda. Quiero asegurarme de tener una base sólida primero.

Adrian asiente. —Creo que te iría bien. Es raro conocer a alguien que realmente lo entiende.

Agradezco el cumplido, pero antes de que pueda decir algo más, mi teléfono vibra en mi bolso. Miro hacia abajo para ver el nombre de mi padre parpadeando en la pantalla. Mi estómago se hunde. Me doy cuenta, de golpe, de que olvidé llamarlo ayer.

Lo llamaré más tarde, cuando vaya de regreso a casa.

La cena llega a su fin poco después. Adrian pide la cuenta, y yo alcanzo mi cartera, pero él me detiene con un gesto de su mano. —Yo invito. Gracias por aceptar la cena.

—Gracias por invitarme. Realmente lo disfruté —las palabras salen automáticamente, pero la verdad es que no puedo recordar la última vez que disfruté tanto una cena con un hombre como he disfrutado esta noche.

Un dolor me invade al darme cuenta de que Adrian es una presencia temporal en mi vida. Después de que termine mi tiempo en Strategic Agency, nunca nos volveremos a encontrar. Tampoco querré hacerlo.

Mientras salimos, Adrian se vuelve hacia mí. —Has tenido un día largo. Puedes entrar tarde mañana. Te has ganado el descanso.

—Gracias, Adrian. Lo aprecio —digo. Eso me dará tiempo para tener una reunión largamente postergada con Luis sobre el proyecto de Lerose Stores.

Llamo a mi padre de vuelta mientras conduzco a casa.

—Mara —dice mi padre, sin molestarse con cortesías—. No me llamaste ayer. ¿Cómo van las cosas en Strategic Agency?

Gimo internamente mientras pienso en una respuesta. Mi padre estaría furioso si supiera que acabo de cenar con Adrian Stone. La competencia.

Capítulo 8: Mara

Estoy encorvada sobre mi escritorio, redactando un informe para uno de los proyectos en curso. Justo cuando termino de escribir un párrafo, la puerta de la oficina de Adrian se abre.

Adrian entra en mi oficina con un montón de papeles en las manos. —¿Podrías hacer llegar estos al equipo antes de que termine el día? —Su voz es más suave de lo que estoy acostumbrada —. Sé que estás haciendo malabarismos con muchas cosas, pero es importante. Te lo agradecería.

Parpadeo, procesando el cambio en su tono.

—Por supuesto —respondo, sonriendo mientras tomo el montón de papeles—. Me encargaré de ello.

—Gracias, Mara —añade, antes de darse la vuelta para regresar a su oficina.

Me quedo mirando su espalda mientras se aleja, preguntándome si alguien está suplantando a mi jefe. No es solo mi imaginación porque más tarde, Adrian vuelve a pasar por mi escritorio.

Se sienta en la silla de visitas y espero expectante, con mariposas en el estómago. Acaba de venir de una presentación con un cliente y lo primero que pienso es que las cosas han salido horriblemente mal.

Pero no parece molesto. De hecho, está sonriendo. Otra cosa que es diferente en mi jefe. Está sonriendo mucho más.

—La presentación fue genial, estoy bastante seguro de que lo conseguimos —dice, reclinándose en la silla como si no tuviera más preocupaciones en el mundo.

Su camisa se estira sobre su pecho, y no puedo evitar notar lo perfectamente que le queda, delineando los sólidos músculos debajo. Me pregunto cómo se sentiría apoyar mi cabeza en ese marco sólido, pasando mis manos sobre él.

—La presentación fue exactamente lo que necesitábamos. Hiciste un gran trabajo con los detalles —dice, poniendo fin a mis pensamientos inapropiados.

Parpadeo rápidamente. Adrian nunca me ha dicho algo así. Nunca me ha elogiado por mi trabajo.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

Niego con la cabeza. —Nunca habías dicho cosas tan buenas sobre mi trabajo antes.

Es su turno de parecer sorprendido y desconcertado. —Podría jurar que sí lo he hecho. Supongo que lo digo en mi cabeza pero no en voz alta. No sé cómo sobreviví sin ti, Mara. Gracias por dar el cien por cien en tu trabajo.

La culpa me invade, pero sonrío y digo todas las palabras correctas. Era más fácil cuando Adrian me ladraba. Cuando es amable y educado, la culpa se intensifica.

Hay un breve silencio, y luego Adrian se mueve en su asiento. —Mi familia no cree que tenga una cita. Así que, tengo que demostrarles que tú realmente existes.

Estallo en carcajadas. —¿Y cómo harás eso?

Él se encoge de hombros y parece como si preferiría estar en cualquier otro lugar menos aquí.

—Mi madre te ha invitado a cenar mañana por la noche —dice rápidamente, como para quitárselo de encima. Luego añade—: No tienes que hacerlo, Mara. Sé que es mucho pedir.

Sonrío ante su evidente incomodidad. Es una visión extraña, ver a Adrian Stone, el

compuesto y autoritario CEO, un poco inseguro de sí mismo.

Hago una pausa, sopesando la situación. No debería entretener pensamientos de pasar más tiempo con él fuera del trabajo. Pero hay algo en la forma en que lo pide.

—Lo haré —digo rápidamente antes de que pueda convencerme de lo contrario.

La cara de Adrian se ilumina de alivio con una sonrisa genuina. —Gracias. Eres increíble.

Se pone de pie, volviendo a su oficina silbando, y yo me cubro la cara con las manos. ¿Qué estoy haciendo? Necesito gente que me haga entrar en razón. Gracias a Dios que voy a reunirme con Harper y Emma esta tarde.

***

—¿El café de siempre? —pregunta Emma.

—Yo no —digo—. Quisiera una copa de vino, y que sea muy grande.

—Rayos, yo también —dice Harper, soltando una pequeña risa—. Me vendría bien una después de que mi cita me cancelara.

La vida amorosa de Harper es, bueno, una saga continua de casi aciertos. Es inteligente, exitosa y hermosa, pero de alguna manera, parece intimidar a la mayoría de los hombres que conoce. Ha tenido más primeras citas de las que puedo contar, pero muy pocas segundas.

Emma pide tres copas de vino al camarero y se sienta. Nos aseguramos de reunirnos al menos una vez cada quincena. Mayormente los jueves. Tener una fecha fija asegura que no nos ocupemos tanto con nuestras propias vidas que descuidemos nuestra amistad.

—Empieza tú —le digo a Harper, sabiendo que mis noticias lo detendrán todo.

Una expresión de frustración cruza el rostro de Harper mientras exhala dramáticamente. —Bueno, como de costumbre, mi situación amorosa es un desastre —comienza, sacudiendo la cabeza—. Tenía una cita con este chico, Ian, para mañana, ¿y adivinen qué? Me envió un mensaje antes para cancelar.

—¿Qué te dijo? —pregunta Emma.

Harper se encoge de hombros como si no importara, pero todas sabemos que le frustra. —Lo mismo que siempre dicen cuando están intimidados. «Simplemente no creo que vaya a funcionar.» —imita su voz, poniendo los ojos en blanco—. Pensé que nos llevábamos muy bien. Realmente conectamos la primera vez.

—Ugh, eso apesta —digo, sacudiendo la cabeza—. Los hombres pueden ser tan raros a veces.

Emma asiente en señal de acuerdo. —Vaya, qué alegría estar fuera de la escena de las citas. Jodie es el amor de mi vida.

Harper se inclina sobre la mesa. —¿Piensas en el padre de Jodie?

Todo el aire abandona mis pulmones. Emma se queda quieta y abre la boca para responder, pero antes de que pueda hacerlo, el camarero trae nuestro vino y alegremente lo coloca en la mesa.

—Disfruten sus bebidas, señoras —dice.

Murmuramos gracias, pero nadie le presta atención. Harper y yo estamos esperando escuchar lo que Emma dirá. Es extraño que nunca diga nada al respecto. Ni cuando estaba embarazada ni cuando dio a luz.

Toma un sorbo de su vino. —Está bien, sé que he sido reservada sobre esto y lo siento. Es solo que fue tan... aterrador. Ahí estaba, embarazada, soltera y con un trabajo exigente. Estaba

simplemente abrumada.

Mi corazón se contrae mientras imagino por lo que pasó. —Nunca lo dijiste.

Ella se encoge de hombros y esboza una pequeña sonrisa. —Todas teníamos muchos problemas. —Me mira—. Acabas de perder a tu madre. Mis problemas palidecían en comparación con eso.

La culpa me invade. —Siento que mis problemas tuvieran prioridad.

—Yo también lo siento —dice Harper, luciendo tan arrepentida como me siento—. Debería haber insistido más.

Emma agita una mano despectiva en el aire. —Está bien. Estaba bien, sobreviví y ahora —sonríe mientras sus rasgos se suavizan—. Tengo a Jodie y es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Todas nos tomamos un momento para beber nuestro vino.

—Entonces, ¿qué pasó con su padre? —pregunta Harper.

Emma inhala profundamente y luego dice: —Había ido a un taller de gestión y nos conocimos en un bar esa noche. Algo conectó entre nosotros. Era divertido y dulce y terminamos pasando la noche juntos. Estaba segura de que algo saldría de eso, pero cuando me desperté a la mañana siguiente, se había ido.

Tomo otro sorbo de mi vino, todavía procesando sus palabras. —Eso es duro —digo en voz baja, sintiendo el dolor de su experiencia.

—¿Así que simplemente desapareció? —dice Harper.

Emma asiente, girando el vino en su copa. —Sí, me desperté y él ya no estaba. Sin nota, sin explicación. Traté de buscarlo pero ni siquiera sabía su apellido. Me quedé con nada más que un corazón roto y un vientre creciente.

Hubo una pausa, y luego Emma me miró. —Bueno, suficiente sobre mi pasado. ¿Qué hay de ti, Mara? Has estado muy callada esta noche.

Me congelo mientras Harper y Emma centran su atención en mí. Escuchando a Emma, olvidé completamente mis propios problemas.

—¿Por dónde empiezo? —digo. Han pasado tantas cosas desde la última vez que hablamos en profundidad. Las actualizo sobre el chat grupal, principalmente cosas relacionadas con el trabajo, pero no les he contado el resto.

—Acaba con el suspenso —dice Harper y todas nos reímos, la tensión dentro de mí se disipa.

—Bueno, salí a cenar con Adrian después del trabajo la semana pasada —digo y anticipándome a sus reacciones, rápidamente añado—: Nada especial, solo una cena.

El ceño de Emma se frunce. —¿Qué tiene de malo una cena? Los compañeros de trabajo salen a cenar juntos, ¿verdad?

Harper sonríe con suficiencia. —Reservaré mis comentarios hasta escuchar el final de esto.

—Aquí es donde se volvió confuso —digo—. Adrian me pidió que fuera su acompañante en la boda de su hermana.

—Oh no —dice Harper—. Espero que hayas dicho que no, gracias.

La vergüenza me invade y el calor sube a mi cara. Miro hacia abajo a mi copa, evitando sus miradas. —Dije que sí —confieso, luego levanto la mirada, con un tono defensivo en mi voz.

—Pensé que lo ayudaría. Necesitaba una cita para apaciguar a su familia y pensé, ¿por qué

no? Es inofensivo. —Las palabras suenan falsas incluso para mis propios oídos.

Emma sacude la cabeza lentamente. —Sabes que no es inofensivo, ¿verdad? No es justo para ti, ni para él, salir así.

—Hay más —digo.

Harper gime. —Empiezo a pensar que esto fue una muy mala idea.

—¿Qué más? —insiste Emma.

Respiro profundamente, mirando con anhelo mi copa vacía de vino. —Bueno, hoy Adrian me dijo que su familia en realidad no cree que tenga una cita para la boda. Quieren conocerme. Así que, mañana por la noche, voy a ir a casa de sus padres a cenar.

Harper y Emma me miran, enmudecidas. Ver su reacción me hace darme cuenta de la gravedad de lo que he aceptado.

Harper sacude la cabeza lentamente, con los labios apretados en una fina línea. —¿Su familia? Eso es otro nivel. —Hace un gesto al camarero—. Creo que necesitamos otra copa de vino para esto.

—Lo sé, Harper —digo cuando el camarero se va—. No planeé nada de esto. Pensé que sería solo una cena sencilla, pero ahora, no sé lo que estoy haciendo.

Emma extiende la mano por la mesa y coloca una mano reconfortante sobre la mía. —Mara, eres una mujer fuerte. Solo recuerda que no le debes nada a nadie. Ni a Adrian. Ni a su familia. Tienes tus metas. No te desvíes.

El camarero regresa con nuestro vino, e inmediatamente alcanzo el mío, necesitando lavar el mal sabor de mi boca.

—Cancela —dice Harper con firmeza—. No tienes que ir.

Respiro profundo y niego con la cabeza. —Es injusto cancelar ahora. Probablemente ya le ha dicho a su familia que estaré allí. Parecería extraño si me retractara a última hora.

—Qué lío —murmura Emma. Luego me mira, su mirada suavizándose con preocupación—. Está bien, lo hecho, hecho está. Pero después de la boda, Mara, mantente alejada. Hablo en serio. Solo terminarás herida.

Trago con dificultad, la realidad de sus palabras calando hondo. —Lo sé —digo, tomando otro sorbo de mi vino—. Mantendré la distancia después de la boda. No más cenas con Adrian, y definitivamente no más derramar mi corazón ante él.

—¿Le abriste tu corazón? —pregunta Emma.

No digo que nunca me he sentido tan comprendida como aquella noche cenando con Adrian. No digo cuán atentamente escuchó, como si yo fuera lo más importante para él, y definitivamente no les digo a mis amigas cómo Adrian me hace sentir cálida por dentro. O las fantasías sobre él que tengo cada noche antes de dormir.

Capítulo 9: Adrian

Me despierto con una rara sensación de ligereza, un zumbido silencioso de felicidad que me recorre a pesar del millón de cosas que esperan ser hechas. Pero antes de dejar que el caos del día tome el control, hago lo único que se ha convertido en mi ancla. Mis flexiones.

Me muevo al borde de mi cama, me dejo caer al suelo y me pongo en posición. Mis brazos trabajan con ritmo, empujando mi cuerpo hacia arriba y hacia abajo. No cuento. No tengo que hacerlo. Sé exactamente cuándo llego a cien.

Es algo que he hecho todos los días, incluso si significa perderme una sesión de entrenamiento en el gimnasio. Esto, resulta, es todo lo que necesito para mantenerme centrado.

El esfuerzo físico despeja mi mente de la somnolencia persistente, dejándome completamente despierto y listo para enfrentar el día.

Al terminar, me levanto, limpiándome el sudor de la cara con una toalla, y echo un vistazo al espejo. No está mal para un tipo que ha estado más tiempo en su escritorio que en el gimnasio últimamente. Agarro una taza de café y me dirijo a la ducha.

Mientras salgo, mi mente vuelve a la cena con Mara de esta noche. Es lo único que espero con ansias hoy. La idea de presentarla a mi familia es emocionante.

No es gran cosa, solo es una cena. Pero aun así, se siente condenadamente bien.

Soy consciente de que lo está haciendo por amabilidad, por supuesto. Pero aun así, no puedo ignorar el aleteo de emoción en mi pecho. He estado rodeado del mundo empresarial todo el día, todos los días, durante meses. Pero ¿esto? Esto es diferente.

Mara está en su escritorio cuando llego a la oficina. Ha batido el récord como la única persona en mi empleo que ha llegado a la oficina antes que yo.

—Buenos días —digo, sonriendo a pesar de la hora temprana.

Mara levanta la mirada de su ordenador, sus labios curvándose en una sonrisa educada. —Buenos días, Adrian —dice, con un tono profesional pero agradable.

Me quedo un momento más de lo que debería, observando cómo alterna entre sus pantallas, claramente malabarando diez cosas a la vez.

Me asombra cómo Mara siempre está al tanto de todo, sin rastro de las expresiones abrumadas que mis anteriores asistentes solían tener incluso antes de que el día comenzara.

—¿Hay algo urgente que deba saber? —pregunto, acercándome a su escritorio.

Mi mirada cae en sus labios. Son suaves y atractivos, con una curva natural que mantiene un indicio de sonrisa, incluso cuando está concentrada.

Me sacudo mentalmente. Son las siete de la mañana, por el amor de Dios. ¿Qué demonios estoy haciendo, parado aquí como un adolescente enamorado? Tengo una empresa que dirigir y un horario completo.

Mara mira su agenda, luego su pantalla. —Tienes una llamada con un cliente a las nueve, seguida de la reunión de preparación final para la campaña GreenTech a las diez. Ya he imprimido los materiales actualizados y los he dejado en tu escritorio.

Eficiente como siempre. Asiento. —Gracias, Mara. Eres un salvavidas.

Su sonrisa se suaviza. —Solo hago mi trabajo.

Mientras me dirijo a mi oficina, siento que la ligereza de esta mañana se asienta más profundamente en mi pecho. Hay algo en su presencia que hace que el día parezca manejable.

El día es un flujo interminable de reuniones consecutivas, llamadas con clientes y correos electrónicos sin parar. Alrededor del mediodía, salgo de mi oficina y veo a Mara en su escritorio.

Está al teléfono, con el ceño fruncido en concentración. La luz baila en su cabello rubio, resaltando mechones dorados, cayendo como seda líquida sobre sus hombros.

Contrólate, Adrian.

Aclaro mi garganta, y ella termina la llamada rápidamente. —¿Qué puedo hacer por ti?

—Solo quería comprobar. ¿Se enviaron las notas actualizadas para la campaña GreenTech? —pregunto.

—Sí —dice ella—. Las envié al equipo justo después de que firmaras las revisiones. También hice un seguimiento para confirmar que todos las habían recibido.

—Eficiente como siempre —digo—. Gracias por estar al tanto.

—Por supuesto —dice, manteniendo un tono profesional—. ¿Algo más?

—No, eso es todo. Solo quería asegurarme de que todo esté listo para la reunión. —Vuelvo a mi oficina.

Eso fue completamente innecesario. No había razón para preguntarle a Mara sobre las revisiones. Ella siempre está al tanto de todo. No necesitaba comprobarlo.

¿Qué demonios me está pasando?

Me acomodo en mi silla y miro fijamente la pantalla, pero mi mente se niega a concentrarse. En cambio, vuelve a Mara. La verdad me golpea con una claridad sorprendente.

Solo quería mirarla. Perderme en esos claros ojos azules por un momento. Quería buscar en ellos, ver si ella está sintiendo siquiera una fracción de las cosas locas que estoy sintiendo yo.

Gimo y me froto la cara con una mano. Esto no está bien. Ella es mi asistente, y estoy cruzando límites. Pero no importa cuánto me diga a mí mismo que pare, parece que no puedo evitarlo.

Miro el reloj y me obligo a concentrarme. El día está lleno, y no puedo permitirme distracciones. Pero incluso mientras me sumerjo en correos electrónicos y llamadas con clientes, Mara permanece en el fondo de mi mente.

Estoy en problemas. Grandes problemas.

Y por primera vez en años, no estoy seguro de que me importe. Ya estoy contando las horas hasta la cena de esta noche.

Alrededor de las 5 de la tarde, el cansancio comienza a infiltrarse. Termino el día, lo más temprano que he salido de la oficina. Me levanto, estiro y recojo mis cosas.

—Mara —digo, saliendo de mi oficina—. Te recogeré a las 6:00 PM, ¿te parece bien? —Ya estoy imaginando mentalmente cómo se verá vestida para la cena.

Ella duda por un momento. —No es necesario —dice, con el más leve rastro de incertidumbre en su voz—. Puedo conducir yo misma.

—Está bien, no me importa recogerte.

Ella asiente. —De acuerdo. Te enviaré mi dirección por mensaje.

El alivio me inunda. Por un momento, pensé que había cambiado de opinión. —Nos vemos más tarde. —Silbo mientras me voy.

El sonido me sorprende, y río suavemente, sacudiendo la cabeza. La última vez que recuerdo haber silbado fue cuando conseguí mi primer gran proyecto, el que puso a Strategic Agency en las grandes ligas. Ese había sido un hito, un momento definitorio de mi carrera.

¿Y ahora? Es una cena con una mujer. Ni siquiera una cita. Solo una cena. Aun así, se siente condenadamente bien.

El viaje a casa es corto, pero mis pensamientos están por todas partes. Un desastre y un estado mental que nunca antes había experimentado. La verdad es que me gusta Mara. Más que gustarme. Es como si hubiera invadido completamente mi mente.

Cada vez que cierro los ojos, la veo. Cada conversación que tenemos se me queda grabada. No puedo dejar de pensar en ella. La forma en que habla, cómo se comporta... todo sobre ella. Es consumidor, y está empezando a molestarme.

Debería importarme que sea mi empleada, pero no me importa. Ya no. No puedo dejarla escapar entre mis dedos por eso. Estoy cansado de luchar contra esto y cuanto más trato de reprimirlo, más fuerte se vuelve.

Abro la puerta de mi apartamento y tan pronto como la cierro, tomo una decisión. Voy a ver adónde lleva esto. No voy a luchar más contra mis sentimientos por ella.

Normalmente, soy rápido al vestirme, poniéndome lo que funcione, pero esta noche, soy más deliberado. Elijo una camisa azul que espero le guste a Mara y me aseguro de que mi cabello esté bien peinado.

Mientras termino de prepararme, miro el reloj. Son casi las seis. Agarro mis llaves y vuelvo al coche.

Llego al edificio de apartamentos de Mara, deteniendo mi coche frente a la entrada. Una sacudida de sorpresa me recorre. El lugar de Mara es mucho más lujoso de lo que esperaba. Es elegante y moderno, y todo grita lujo.

Un portero está junto a la entrada. Apago el motor, mi curiosidad despertada. Ya sé que Mara tiene buen gusto. Su Porsche fue una pista, pero ¿esto? Esto es otra cosa completamente distinta.

Un portero. Definitivamente no es el tipo de lugar donde esperarías que viviera una asistente. Un salario como el suyo no compra este tipo de estilo de vida.

Ahora está claro. Mara viene de dinero. Su familia debe ser adinerada. No hay otra explicación. El coche que conduce, el apartamento donde vive, la forma en que se comporta, todo apunta a riqueza.

No es solo una asistente. Mi respeto por ella sube un nivel. Claramente, no tiene que trabajar, pero lo está haciendo. Y trabajando como asistente también, lo que definitivamente no es el más fácil de los trabajos.

Salgo del coche, ajustando mi camisa y pasando una mano por mi cabello. Esta nueva perspectiva sobre Mara me pone aún más nervioso.

Me dirijo hacia la entrada y me acerco al portero, quien me saluda educadamente.

—Estoy aquí por la señorita Thornton —digo.

Los ojos del portero se iluminan. —Oh, sí, señor Stone. Le haré saber que está aquí.

Va detrás del mostrador de recepción y hace la llamada, luego, volviéndose hacia mí, dice: —La señorita Thornton bajará en breve.

Unos minutos después, el ascensor suena y Mara sale.

Por un segundo, me quedo paralizado. No se parece en nada a la mujer que veo en el trabajo. En la oficina, siempre está tan compuesta, tan profesional, pero esta noche... está impresionante.

Lleva un vestido azul medianoche que acaricia sus curvas. Es elegante y sexy sin ser

demasiado revelador. Mi pulso se acelera con anhelo. Quiero quitarle el vestido y desenvolverlo como un regalo.

—Mara —digo con voz ronca que suena como si hubiera estado conteniendo la respiración —. Te ves increíble.

Me avergüenza lo mucho que me está afectando. He construido una empresa desde cero, me he dirigido a cientos de personas, pero ahora mismo, me siento como un niño frente a su amor platónico.

—Gracias, Adrian —dice con una sonrisa.

—¿Vamos? —Le ofrezco mi brazo y ella desliza su mano a través de él. El portero mantiene la puerta abierta y hace una ligera reverencia mientras pasamos.

—Después de todo lo que me has contado, no puedo esperar para conocer a tu familia —dice Mara una vez que ambos estamos acomodados en el coche.

—Pueden ser difíciles de manejar, pero son buenas personas —digo, mirando a Mara mientras nos detenemos en un semáforo en rojo—. Han sido increíblemente solidarios. No habría podido iniciar Strategic Agency sin ellos.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de iniciar tu propia agencia? Es una gran empresa —dice Mara.

Los recuerdos de aquellos primeros días vuelven como una avalancha. —Fue después de la universidad. Trabajé para un par de agencias, aprendí las cuerdas, pero quería algo más. Mi propia visión, mis propias reglas. Trabajar para alguien más no estaba funcionando para mí.

—Fue una movida audaz —dice, su voz impregnada de admiración—. Y arriesgada.

Me río. —Oh, fue arriesgada, por supuesto. No tenía nada más que una visión y mucha ambición. Mis padres pidieron un préstamo para ayudarme a empezar. No habría tenido una oportunidad sin ellos.

Los ojos de Mara se ensanchan. —Oh, vaya.

—Sí —digo—. Creyeron en mí cuando nadie más lo hizo. Mi padre se encargó del papeleo, y mi madre fue mi mayor animadora. Y luego estaba Amy.

—¿Tu hermana? —pregunta.

Asiento, riendo al recordar. —Amy venía a trabajar para mí durante su tiempo libre. Ayudaba con cualquier cosa. Contestando llamadas, organizando archivos, incluso haciendo recados. Todo por una miseria. Nunca se quejó.

—Suena increíble —dice Mara, sonriendo.

—Lo es —digo—, pero no le digas que lo dije.

Mara se ríe. —No lo haré.

Me pongo serio. —Mi familia creía en lo que estaba haciendo, incluso cuando yo dudaba de mí mismo. Mirando atrás ahora, no sé cómo lo hicimos funcionar. Fue una operación con recursos mínimos durante años. Pero de alguna manera, lo logramos.

Mara está callada por un momento, antes de hablar. —Tu familia suena como el tipo de personas que moverían montañas el uno por el otro.

—Lo son —digo, sintiendo una oleada de gratitud que no suelo expresar.

Llegamos a la casa de mis padres, y aparco en mi lugar habitual. —¿Lista para el caos? —pregunto con una sonrisa.

Mara me devuelve la sonrisa. —No puedo esperar —dice, su voz rebosante de genuina

emoción.

Capítulo 10: Mara

Decir que estoy sorprendida es quedarme corta. No puedo evitar comparar la extensa y casi intimidante mansión de mi padre con el hogar de los padres de Adrian. Esta casa no es nada como esperaba.

No es grandiosa ni ostentosa, sino encantadora, acogedora y claramente amada. El porche blanco está bordeado de exuberantes plantas en macetas, sus hojas prácticamente resplandecen bajo la cálida luz del porche. Alguien ha dedicado mucho tiempo a cuidarlas.

Adrian sube al porche y toca el timbre. Mi corazón da un vuelco, y agarro mi bolso un poco más fuerte. ¿Por qué estoy nerviosa? No es como si estuviera conociendo a mis futuros suegros ni nada. Solo es una cena.

La puerta se abre de par en par, y una mujer menuda con ojos cálidos y sonrientes está en el umbral. Apenas mide un metro y medio, pero irradia un tipo de energía que la hace parecer más grande que la vida misma.

—Adrian —exclama, atrayéndolo en un abrazo antes de que pueda siquiera entrar.

Contengo una sonrisa. Nunca podría haber imaginado a alguien tratando a Adrian con tanta naturalidad. Ni siquiera su madre. Esperaba una relación más formal, como la que tengo con mi padre.

—Hola, mamá —dice él, riendo mientras se inclina para devolverle el abrazo.

Después se vuelve hacia mí, sonriendo cálidamente. —Y tú debes ser Mara.

Sonrío y extiendo mi mano. —Es un placer conocerla, señora Stone.

Ella aparta mi mano con un gesto y me atrae hacia un cálido abrazo en su lugar. —Nada de señora Stone por favor. Llámame Patricia.

Ciertamente es diferente de lo que esperaba. —Es un placer conocerte. Tu casa es preciosa.

—Oh, gracias, querida —dice, conduciéndonos al interior—. Pero no es nada lujoso, solo es nuestro hogar. Pasa, pasa. Todos están en la sala.

Desliza su brazo a través del mío como si nos conociéramos desde hace años y me guía hacia adentro.

Miro por encima de mi hombro a Adrian, con las cejas levantadas en señal de sorpresa. Él me sonríe, encogiéndose de hombros juguetonamente como para decir, te lo dije.

—Todos están entusiasmados por conocerte —continúa Patricia, su voz llena de alegría mientras caminamos por el acogedor y cálido pasillo—. Han estado hablando sin parar sobre Adrian trayendo a alguien especial para la cena. Nos ha mantenido a todos en suspenso.

Mis mejillas arden ante sus palabras, pero mantengo mi sonrisa. —Espero estar a la altura de las expectativas —digo ligeramente.

—Oh, no digas tonterías —dice Patricia, dándome una palmadita afectuosa en la mano—. Ya eres un éxito, querida.

El aroma de verduras asadas y especias me recibe al entrar en la sala donde todos están reunidos.

Patricia sonríe radiante. —Todos, ella es Mara.

Todas las miradas se dirigen hacia mí, tres pares de ojos me estudian. Pero no hay juicio aquí, solo calidez y curiosidad.

—Y Mara, permíteme presentarte a la familia —continúa Patricia, señalando al hombre

sentado junto a la chimenea—. Este es mi esposo, Aaron.

El padre de Adrian se levanta con una amplia sonrisa. Veo de dónde sacó Adrian su constitución alta y robusta. El cabello sal y pimienta de Aaron está cortado corto, y sus ojos brillantes centellean con la misma energía traviesa que he visto en Adrian cuando está fuera de la oficina.

—Es un placer conocerla, Mara —dice Aaron, estrechando mi mano cálidamente—. No se ponga nerviosa con nosotros. Somos un grupo muy animado.

Me río. —No lo haré y es un placer conocerlo también.

—Y esta —continúa Patricia, señalando a una joven con los ojos oscuros y el pelo negro azabache de Adrian—, es mi hija, Amy.

Amy se adelanta y sonríe cálidamente. —Hola, Mara —dice—. Es un placer conocerte.

—Igualmente —digo, devolviéndole la sonrisa.

—Y este es mi prometido, Connor —continúa Amy, señalando al hombre alto que está a su lado.

Connor es atractivo de una manera ruda, con una mata de pelo rubio despeinado y un carácter despreocupado que inmediatamente me pone a gusto.

—Encantado de conocerte, Mara —dice Connor con una rápida sonrisa—. No dejes que Amy te engañe, ha estado molestando a Adrian sobre ti desde el momento en que mencionó que traería a alguien esta noche.

Amy golpea juguetonamente el brazo de Connor, y todos se ríen. Su broma es ligera y llena de afecto, y me encuentro sonriendo, mis nervios iniciales comenzando a desvanecerse.

—Vamos, sentémonos —dice Patricia, guiándonos hacia los sofás—. La cena estará lista en unos minutos. El menú de esta noche es cordero asado, patatas y algunos de mis acompañamientos especiales.

Todos se sumergen en la conversación. La familia de Adrian bromea fácilmente entre ellos, su energía es contagiosa. Participo aquí y allá, pero sobre todo, observo.

Está claro cuánto se preocupan el uno por el otro, y su dinámica me atrae, haciéndome sentir menos como una intrusa.

Cuando hay una pausa en la conversación, digo: —Felicidades, por cierto, por su próxima boda —digo, mirando a Amy y Connor—. Debe ser muy emocionante.

Connor resplandece, con la mano apoyada casualmente en la de Amy. —Gracias, Mara. No puedo esperar para empezar a llamarla mi esposa.

Una punzada golpea mi pecho, repentina e inesperada. Debe ser bonito sentirse así por alguien. Estar tan seguro, tan completamente enamorado. Aparto el pensamiento y sonrío cálidamente. —Ustedes dos parecen la pareja perfecta.

Amy aprieta la mano de Connor y se vuelve hacia mí. —Me gusta pensar que sí. Me alegra que vengas a la boda.

Asiento, aunque sus palabras despiertan un destello de culpa. Si tan solo supiera. No soy quien todos piensan que soy, y por enésima vez, desearía haber conocido a Adrian en circunstancias diferentes.

La voz de Patricia me saca de mis pensamientos. —Bien, todos, la cena está lista. Vamos al comedor.

El ambiente durante la cena es igual de alegre. La mesa está cargada con deliciosos platos,

todos caseros. Hay cordero asado con costra de hierbas, puré de patatas cremoso, verduras asadas y una ensalada fresca del jardín.

Todo se sirve al estilo familiar, con platos pasando alrededor y manos buscando repetir antes de que se terminen las primeras porciones.

Aaron, el padre de Adrian, toma el centro del escenario con sus historias, deleitándonos con cuentos de la ferretería que él y Patricia administran juntos.

Por un momento, olvido que soy una impostora, atrapada en la alegría y el amor que irradia esta familia.

Finalmente, la cena termina, y la madre de Adrian ofrece postre: una tarta de manzana que horneó más temprano en el día. Está caliente y perfectamente condimentada, servida con una bola de helado de vainilla.

Cuando finalmente es hora de irse, casi lamento tener que marcharme. Hay algo en Patricia que me recuerda tanto a mi madre. Mi madre tenía el don de hacer que todos, incluidas las personas que acababa de conocer, se sintieran perfectamente en casa.

—Esto ha sido maravilloso —digo sinceramente—. Muchas gracias por la encantadora cena y por hacerme sentir tan bienvenida.

Patricia me atrae hacia otro abrazo. —Eres bienvenida en cualquier momento, querida. Fue un placer tenerte.

Aaron sonríe cálidamente. —Fue genial conocerte, Mara. No dejes que Adrian te haga trabajar demasiado.

Me río ligeramente, mirando a Adrian, quien levanta una ceja ante el comentario de su padre. —Haré lo posible.

Mientras me despido de Amy y Connor, Amy se inclina hacia mí. —Te veré en la boda —dice nuevamente.

—Les deseo lo mejor —digo.

Adrian apoya su mano en la parte baja de mi espalda mientras caminamos hacia el coche. No hablamos mucho en el camino de regreso a mi casa, pero es un silencio cómodo.

Detiene su coche frente a mi edificio de apartamentos, aparcando suavemente junto a la acera. Es solo un viaje a casa y sin embargo mi corazón está acelerado. Adrian sale y rodea el coche para abrirme la puerta antes de que pueda siquiera desabrocharme el cinturón.

El aire fresco de la noche me recibe al salir. Adrian camina a mi lado mientras nos acercamos a la entrada del edificio. Su presencia se siente abrumadora como si todo en él de repente se magnificara.

Cuando llegamos a la entrada del edificio, me vuelvo hacia él. —Gracias por lo de esta noche. Tu familia es maravillosa y fue divertido conocerlos.

Él sonríe. —A ellos también les gustaste, pero, sabía que sería así.

Hay una pausa, de esas que se alargan demasiado y se llenan de cosas no dichas. Su mirada es constante sobre la mía, sus manos metidas casualmente en sus bolsillos, pero hay una tensión cargada en el aire entre nosotros.

—Mara —dice, con voz baja, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—. He estado pensando en ti, más de lo que debería.

Mi respiración se entrecorta.

Antes de que pueda decir algo, él se acerca más, cerrando el pequeño espacio entre nosotros.

Su mano se levanta, acunando suavemente mi rostro, y su pulgar acaricia mi mejilla.

Sé que debería apartarme, decir algo para romper este momento, pero no puedo.

Y entonces sus labios están sobre los míos.

El beso es cálido y buscador, su tacto suave, pero firme, como si tuviera miedo de que pudiera desaparecer. Por un latido, estoy congelada, cada terminación nerviosa cobrando vida. Luego, contra toda lógica, le devuelvo el beso.

Empieza lento, tentativo, pero la intensidad aumenta, robándome el aire de los pulmones. Mi mano libre se levanta, rozando ligeramente su pecho, y puedo sentir el latido constante de su corazón bajo mis dedos.

El mundo se desvanece. Solo está él. Solo esto.

El calor inunda todo mi cuerpo, comenzando en el punto donde su mano acuna mi rostro, extendiéndose como un incendio forestal a cada rincón. Mi corazón late con fuerza, mi piel hormiguea, y mi mente, que suele ser aguda y llena de demasiados pensamientos, se queda completamente, felizmente en blanco.

Nada importa excepto este beso. No mis razones para estar aquí, no la culpa que me ha estado carcomiendo durante semanas, ni siquiera la parte racional de mí que grita que esto es una mala idea.

Sus labios son cálidos y firmes, moviéndose con una confianza que me hace débil de rodillas. Un sonido suave se me escapa y me inclino hacia él sin pensar, queriendo —no, necesitando— más.

Más de su tacto. Más del calor y la intensidad que está corriendo a través de mí como una ola de marea.

Me pierdo completamente. Durante esos pocos segundos, no hay plan, no hay pretensión, no hay mentiras. Solo Adrian y la abrumadora, innegable atracción entre nosotros.

Y quiero más.

El pensamiento me atraviesa, sorprendente y emocionante a la vez. Pero el momento se rompe cuando la realidad se filtra. Me aparto, sin aliento y aturdida, con la cabeza dando vueltas.

Esto es peligroso.

Me aparto, mi respiración entrecortada. Su mano permanece en mi mejilla, y por un segundo, pienso que podría besarme de nuevo.

—Debería irme —digo, con voz temblorosa.

Adrian asiente, su expresión indescifrable.

—Buenas noches —logro decir, y antes de poder dudar de mí misma, me giro y abro la puerta de mi edificio.

En el ascensor, me apoyo contra la pared de espejo, mis dedos rozando mis labios. Mi mente corre, reproduciendo el beso una y otra vez. *¿Qué estoy haciendo?*

La culpa me inunda, pero está enredada con algo más, una necesidad de algo mío propio. Presiono mis dedos contra mis labios, sintiendo el calor que aún permanece allí.

Ese beso se sintió demasiado real, demasiado intenso.

Cierro los ojos, tratando de calmar la tormenta dentro de mí. *No puedo dejar que esto suceda. No puedo permitirme perder el enfoque.*

Excepto que ya no tengo tanta convicción como tenía cuando empecé a trabajar para Adrian.

Capítulo 11: Mara

Es jueves por la mañana, y estoy en mi escritorio, clasificando una pila de documentos, cuando Adrian entra en mi oficina. Mi corazón da un vuelco, igual que lo ha hecho cada vez que lo he visto esta semana.

No hemos hablado en absoluto sobre aquel beso. Todo ha seguido como siempre desde el lunes, pero he sorprendido a Adrian mirándome más veces de las que puedo contar.

Se apoya en el marco de la puerta. —Mara —dice con un tono suave, casi casual—. El equipo que trabaja en Lerose envió los resultados iniciales de su encuesta de grupos de clientes. Ya los he revisado, pero te he incluido en el correo electrónico. Te agradecería cualquier idea que puedas aportar.

Asiento, manteniendo mi expresión neutral, aunque mi estómago da un pequeño vuelco. —Por supuesto, le echaré un vistazo.

Su mirada se detiene en mí por un momento antes de enderezarse. —Además, me preguntaba, ¿te apetece cenar esta noche?

La pregunta queda suspendida en el aire y, por un momento, olvido cómo respirar. Cenar. A solas con Adrian. Después de ese beso. Cada parte lógica de mí grita que diga no, que detenga esta fantasía antes de que vaya más lejos.

Pero parece injusto decirle que no aquí, en la oficina, donde no puedo explicarme completamente.

—Claro —digo antes de poder detenerme.

Los labios de Adrian se curvan en una sonrisa, una tan cálida y genuina que hace que mi corazón se tambalee. —Genial.

Lo observo mientras regresa a su oficina, su alta figura desapareciendo por la puerta. Mis manos tiemblan ligeramente mientras alcanzo el teclado. ¿Cómo me enfrentaré a él esta noche y le diré que no estoy interesada en mantener una relación cuando es una mentira?

Mi corazón duele ante la idea. Él es todo lo que una mujer podría desear. Amable, inteligente, serio cuando debe serlo, y ese beso...

Sacudo la cabeza, tratando de concentrarme en la tarea que tengo entre manos. Al abrir mi bandeja de entrada, encuentro el correo electrónico que mencionó Adrian. El informe está adjunto y, conforme empiezo a leerlo, me doy cuenta de lo detallado que es.

No sabía que el equipo había realizado encuestas presenciales a clientes. Es fascinante, y ya puedo ver las valiosas perspectivas que han descubierto.

Pero la culpa me carcome. Si quisiera, podría tomar estos resultados y utilizarlos en Optimal Solutions. Nos daría una ventaja innegable en la licitación para el proyecto Lerose. Pero eso sería robar, de manera flagrante y directa.

Decido hacer algo que se ajusta mejor a mi conciencia. Organizaré nuestra propia encuesta de clientes en Optimal, usando estos resultados como referencia. De esa manera, puedo hacer una comparación honesta sin cruzar ninguna línea ética.

Mientras estoy sumida en mis pensamientos, Adrian sale de su oficina, con la chaqueta del traje colgada sobre su brazo. —Me voy a reunirme con un cliente —dice de paso—. Nos vemos luego.

—Nos vemos —respondo, manteniendo un tono ligero.

Una vez que se ha ido, tomo mi teléfono y abro mi correo electrónico de Optimal Solutions durante el almuerzo. Redacto un plan para la encuesta, detallando preguntas y logística. Se siente bien ser proactiva, saber que estoy manejando esto de la manera correcta.

Adrian regresa a primera hora de la tarde, deteniéndose en mi escritorio mientras termino una tarea. —¿Saliste a comer? —pregunta, con la voz más suave de lo habitual.

Niego con la cabeza, mirando los restos del sándwich que pedí. —No, solo compré algo rápido.

Su expresión cambia, un destello de preocupación brilla en sus ojos. —Mara, necesitas cuidarte mejor —dice suavemente.

Parpadeo, sorprendida por su repentina ternura. —Estoy bien, de verdad.

—No —dice, inclinándose sobre mi escritorio. Su voz baja, y el aire entre nosotros se espesa —. Me importas.

Antes de que pueda procesar sus palabras, roza mis labios ligeramente con los suyos, apenas un roce fugaz. Termina en un segundo, y luego se aleja, con la mirada fija en mí.

—Nos vemos luego —dice antes de regresar a su oficina, dejándome aturdida y sin aliento en mi escritorio.

Me quedo congelada en mi asiento, la sensación persistente de los labios de Adrian sobre los míos hace que mi piel hormiguee. El beso fue breve, apenas más que un susurro, pero fue suficiente para hacer que todo mi cuerpo vibrara.

Y, sin embargo, un agudo dolor me atraviesa cuando la realidad de la situación me golpea. Después de la cena de esta noche, después de decirle a Adrian que no estoy interesada en nada más allá de una relación profesional, esto nunca volverá a suceder.

Nunca más sentiré esos labios firmes, pero suaves, contra los míos. Nunca volveré a experimentar el calor de su mirada cuando estamos tan cerca. Nunca volveré a inhalar esa mezcla embriagadora de loción de afeitar y su propio aroma natural.

Me recuerdo a mí misma que tiene que ser así. Mi vida ya es bastante complicada y, cuanto más deje que esta fantasía se prolongue, más difícil será alejarme.

Apartando las emociones, me obligo a volver al trabajo. Las tareas de mi lista de pendientes ofrecen una distracción bienvenida, sacándome de mi cabeza y devolviéndome al mundo de horarios, plazos y logística.

Las horas pasan en un suspiro y, antes de darme cuenta, el día está llegando a su fin. Mi escritorio está despejado, mis correos electrónicos enviados y, finalmente, la oficina está tranquila. Respiro profundo, me levanto y me sacudo pelusas imaginarias de la falda antes de dirigirme a la oficina de Adrian.

Llamo suavemente, y él levanta la vista de su portátil con una sonrisa. —¿Te vas?

—Sí —digo, con un tono sereno, a pesar de la tormenta de emociones que gira dentro de mí.

Adrian se recuesta en su silla. —¿Te recojo a las 6:30?

Asiento. —Sí, por favor.

Una pequeña sonrisa tira de sus labios, y es desarmante, como siempre. —Estoy deseando cenar —dice—. Es lo único que me ha mantenido en pie hoy.

Mi respiración se entrecorta ante la sinceridad en su tono. —Nos vemos a las 6:30 —digo, correspondiendo a su sonrisa.

Mientras salgo de la oficina y conduzco hacia mi apartamento, solo puedo pensar en lo que

tengo que decirle a Adrian. La ironía de todo esto. Es el primer hombre con el que he imaginado un futuro y, sin embargo, es el último hombre con el que debería tener tales pensamientos.

Adrian es muchas cosas. Brillante, amable, encantador cuando quiere, y totalmente cautivador. Pero esta noche, tendré que dejarlo ir.

Por el bien de ambos.

Me dirijo directamente a la ducha tan pronto como llego a casa. Lava la tensión del día, pero no hace nada por los nervios que dan vueltas en mi estómago.

Después de secarme, me pongo un vestido negro. Es perfecto para dar noticias decepcionantes. Añado un par de tacones y mantengo mis joyas simples, optando por pendientes y una pulsera discretos.

Reviso mi teléfono. Aparecen algunos mensajes de Harper y Emma, preguntándome cómo estoy. Al menos no hay nada de mi padre. Él y Stacy se fueron de vacaciones cortas a Florida, lo que es una bendición. Los informes diarios que ha estado exigiendo son agotadores, especialmente porque no hay nada sustancial que informar.

Mirando el reloj, veo que son casi las 6:30. Tiempo perfecto. Aliso mi vestido y paso a la sala de estar. Un golpe en la puerta me sobresalta, y gimo interiormente. El portero debe haber dejado subir a Adrian, ya que ahora es una cara conocida.

Abro la puerta y se me corta la respiración. Adrian está impecablemente vestido con un traje azul marino a medida que lo hace ver tan guapo. Pero son sus ojos los que me dejan sin aliento. La forma en que me recorren, deteniéndose brevemente antes de fijarse en los míos.

Una necesidad cruda y salvaje pasa entre nosotros.

—Te ves hermosa —dice, con voz baja y ronca.

Va directamente entre mis piernas, asentándose en un dolor palpitante. —Gracias —apenas puedo hablar. Lo deseo tanto.

Me hago a un lado para dejarlo entrar antes de hacer alguna tontería que hará más difícil decir las cosas que necesito.

Me entrega un ramo de flores, una mezcla de rosas y lirios. —Esto es para ti.

Tomo el ramo e inhalo el aroma fresco. —Son preciosas. Gracias.

Adrian me sigue a la cocina mientras busco un jarrón, cada nervio de mi cuerpo sintonizado con su presencia. Mis manos tiemblan ligeramente mientras arreglo las flores, tratando de concentrarme en cualquier cosa menos en el hombre que está a solo un pie de distancia.

Una vez que las flores están arregladas, me doy la vuelta para encontrarlo más cerca de lo que esperaba. Su mirada encuentra la mía, intensa e inquisitiva, y mi corazón galopa en mi pecho.

—De nada —dice Adrian, sin apartar la mirada de la mía.

Mi cuerpo vibra con conciencia, cada terminación nerviosa encendida. Me agarro al borde de la encimera detrás de mí.

—Mara... —dice Adrian. No necesita terminar la frase. Sé que está sintiendo todo lo que yo estoy sintiendo.

Se acerca más, su mano suavemente apartando un mechón de cabello de mi cara. Mi corazón se acelera y, antes de que pueda pensar, antes de que pueda detenerlo, sus labios encuentran los míos. El mundo a nuestro alrededor se desvanece en la nada, lo único que existe es este momento, esta conexión.

Profundiza el beso, su mano deslizándose a mi cintura, acercándome más. Mis dedos encuentran su camino hacia su pecho, y me maravillo por un breve segundo con la firmeza cálida bajo mi tacto. Esto se siente tan bien. Peligroso, pero correcto.

Adrian se aparta, su respiración desigual, su frente apoyada contra la mía. —Si no detengo esto ahora —murmura, su voz áspera con contención—, no iremos a cenar.

Una risa brota de mí. —Entonces supongo que será mejor que vayamos —digo, dando un paso atrás para recuperar algo de compostura.

Sonríe, ofreciéndome su mano para guiarme hacia afuera. Lo sigo, con el sabor del beso aún persistente, mi cuerpo zumbando de conciencia.

Mientras entramos en el ascensor, mil pensamientos giran en mi mente. ¿Sería tan terrible dejarme disfrutar de esto? ¿Fingir por un corto tiempo que algo realmente podría funcionar entre Adrian y yo?

La otra parte de mí, la parte racional, grita más fuerte, *No, es una mala idea*. Por un lado, me encariñaría. Y en segundo lugar, no es justo para Adrian ilusionarle, hacerle creer que una relación es posible.

Para cuando llegamos a su coche, estoy prácticamente en guerra conmigo misma. Adrian me abre la puerta del pasajero con una sonrisa, su caballerosidad haciendo que mi corazón duela un poco más.

Una vez que estamos en la carretera, estira la mano y toma la mía. No me aparto. Sus dedos se envuelven alrededor de los míos, mientras su otra mano hábilmente conduce el coche.

Lo miro de reojo, su perfil iluminado por las luces de la calle. Se ve relajado, incluso contento. Mientras tanto, mis pensamientos son un desastre. No debería dejar que esto suceda, no debería dejar que sostenga mi mano de esta manera.

Llegamos a un encantador restaurante con luces centelleantes colgando en el área de asientos al aire libre. Adrian estaciona el coche, aprieta suavemente mi mano y sale para abrirme la puerta.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—Mucha —respondo, tratando de concentrarme en el momento en lugar del tumulto en mi corazón.

Al entrar, el murmullo apagado de otros comensales nos envuelve. El anfitrión nos lleva a nuestra mesa.

Adrian pide un chardonnay después de verificar conmigo que está bien. El camarero toma nuestro pedido. No mentía cuando le dije a Adrian que estaba hambrienta, pero no soporto la idea de comer.

—Tomaré una ensalada de jardín verde, por favor.

Las cejas de Adrian se arquean. —¿Una ensalada? ¿Eso es todo? —Se inclina hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa, su expresión suave pero insistente—. Mara, pide algo más sustancioso. Por favor. Has tenido un día largo y dijiste que tenías mucha hambre.

Me está tratando como si ya fuera suya. Como si fuera alguien que importa. Dios, lo que no daría por ser eso.

Finalmente me decido por pollo a la parrilla con verduras asadas. La mirada de satisfacción en su rostro cuando doy mi pedido modificado envía una calidez que se extiende a través de mí.

La mujer que termine con Adrian será la mujer más afortunada del mundo.

Momentos después, el camarero regresa con el vino, sirviéndole expertamente un sorbo a Adrian para que lo apruebe. Adrian hace girar la copa, huele y da un pequeño sorbo antes de asentir. —Perfecto.

Bebemos en un cómodo silencio, el rico sabor del vino calmando mis nervios.

—Entonces —digo—. ¿Por qué no puedes mantener un asistente personal?

Adrian se atraganta con su vino, riendo mientras alcanza su vaso de agua. —Vaya, directo al grano.

Sonrío. —Solo tengo curiosidad.

Deja su copa, con un brillo en el ojo. —Digamos que tengo estándares altos.

Pongo los ojos en blanco. —Quieres decir que eres exigente.

—Eficiente —corrige con una sonrisa burlona—. Pero no he recibido quejas de ti. Todavía.

—Todavía —repito juguetonamente, sacudiendo la cabeza.

Me observa por un momento, luego inclina la cabeza hacia un lado. —Sé muy poco de ti fuera del trabajo.

—Soy solo una persona normal —digo.

—Difícilmente —dice Adrian, sus ojos sintiéndose como si me estuvieran acariciando—. ¿Qué te gusta hacer?

—¿Aparte de trabajar? —digo con una sonrisa—. Soy aburrida y un poco adicta al trabajo. Probablemente ya lo sabes.

—Dos guisantes en una vaina —dice Adrian.

—Sí —digo, sintiendo una calidez que me invade. Es agradable conocer a alguien que no me critica por las horas que paso en el trabajo.

Ese es un problema que siempre he tenido al salir con alguien. Al principio, los chicos quedan impresionados por mi ética de trabajo, luego, las quejas llegan rápidas y abundantes.

Veamos —digo, preguntándome qué decir y qué no decir—. Me encanta correr. Siempre me ha gustado desde la universidad. Me aclara la mente. De hecho, así es como conocí a una de mis mejores amigas.

El camarero sirve nuestra cena. De repente estoy hambrienta y el pollo a la parrilla se ve delicioso.

—¿Correr, eh? —dice Adrian cuando el camarero se va—. Solía hacerlo religiosamente cada mañana, pero últimamente, me he limitado a hacer flexiones.

La imagen de un Adrian sin camisa haciendo flexiones cruza por mi mente, y rápidamente la aparto, concentrándome en cortar un trozo de pollo. —Deberías volver a hacerlo. No hay nada como una buena carrera para reiniciar tu cerebro.

—Cierto —dice Adrian—. Además de correr, ¿cómo pasas tu tiempo libre?

—Mis mejores amigas, Harper y Emma —digo—. Nos aseguramos de reunirnos de vez en cuando, incluso si todas estamos ocupadas.

Caemos en un ritmo fácil, nuestra conversación fluyendo naturalmente. Adrian me cuenta sobre sus días universitarios y yo le hablo sobre mi infancia, teniendo cuidado de no mencionar la ocupación de mi padre.

Hablamos de una manera que se siente sin esfuerzo. Casi como la conversación con Harper y Emma se siente. Casi olvido la razón por la que estoy aquí.

Entonces mi teléfono vibra en la mesa. Miro la pantalla y veo el nombre de Luis

parpadeando. Extraño. Él sabe que nunca debe llamarme. Acordamos desde el principio que solo me enviaría mensajes de texto, luego yo le devolvería la llamada cuando estuviera sola.

—Discúlpame —digo, tomando el teléfono. No hablo, solo escucho.

La voz de Luis lleva un tono urgente. —Mara, ha surgido algo. Necesito hablar contigo.

Mi estómago se anuda, pero mantengo mi expresión neutral mientras Adrian me observa. —Dame un momento —le digo con una pequeña sonrisa, levantándome y moviéndome a una esquina más tranquila del restaurante.

—Continúa —digo, imaginando todo tipo de cosas que podrían haber salido mal.

—Tenemos una situación —dice Luis—. ¿Recuerdas a Carter Lewis?

—Sí. —Lo despedimos hace unas semanas por la simple razón de que no estaba rindiendo bien, entre otros comportamientos poco profesionales.

—Ha presentado una demanda contra la empresa. Está alegando despido injustificado y una violación de contrato. Cita violaciones de su acuerdo de indemnización y trato injusto.

La sangre se drena de mi cara, y agarro el teléfono con más fuerza. —¿Cuándo pasó esto?

—Recibimos la notificación esta tarde —responde Luis.

Mi estómago se hunde. Este es exactamente el tipo de desastre que no necesitamos ahora, no conmigo en Strategic Agency y mi padre y Stacy disfrutando de sus vacaciones en Florida.

Publicidad negativa, potenciales gastos legales. Será suficiente para descalificarnos del proyecto Lerose.

De una forma u otra, tendremos que limpiarlo antes de que la prensa lo recoja.

—Está bien —digo, forzando calma en mi tono—. Programa una reunión con el equipo legal mañana a las nueve. Quiero que me envíen por correo electrónico esta noche todos los documentos relevantes: su contrato, acuerdo de indemnización, cualquier correspondencia.

—Lo haré —dice Luis—. Te mantendré informada.

—Gracias, Luis —digo antes de terminar la llamada. Respiro profundamente, obligando a mis pensamientos acelerados a calmarse. Mi apetito ha desaparecido por completo. Todo lo que puedo pensar es en cuánto podría costarnos esta demanda.

Regreso a la mesa, pegando una sonrisa en mi cara mientras me siento.

—¿Todo bien? —pregunta Adrian, con preocupación grabada en sus rasgos—. Pareces haber visto un fantasma.

—Estoy bien —miento, agitando una mano desestimando—. Solo algo que necesito manejar. No es nada.

Cada escenario del peor de los casos está reproduciéndose en mi mente con vívido detalle. El circo mediático, el drenaje financiero, las preguntas que planteará sobre nuestra gestión interna. Lerose.

Adrian me estudia, frunciendo el ceño. —Te has quedado callada —comenta después de un momento—. ¿Estás segura de que estás bien?

Fuerzo una pequeña sonrisa. —Solo estoy cansada. Ha sido un día largo.

No parece convencido, pero no presiona más. En cambio, hace señas para pedir la cuenta, su preocupado comportamiento haciendo que mi corazón duela aún más.

El viaje de regreso a mi apartamento es silencioso. Mi mente se niega a dejar de dar vueltas con ideas y estrategias para lidiar con la demanda de Carter.

Cuando se detiene frente a mi edificio, desabrocha su cinturón de seguridad y se estira para

aflojar el mío. Luego roza sus labios sobre los míos.

Por un momento, me dejo perder en él. El sabor del vino en su boca, el calor de su toque. Todo lo que quiero es enterrarme en su pecho, dejar que la fuerza de su abrazo me proteja de todo.

Pero no puedo.

A regañadientes, me aparto. —Gracias por la cena.

Sus ojos buscan los míos, luego dice: —Cuando quieras. Buenas noches, Mara.

Me deslizo fuera del coche y entro en mi edificio, mi mente ya cambiando de nuevo a la montaña de trabajo que necesito hacer esta noche. Por mucho que desee haberle pedido que suba, no hay tiempo para indulgencias. No cuando todo está en juego.

En el ascensor, dejo escapar un suspiro tembloroso, y me doy cuenta de que no le dije a Adrian que nada puede suceder entre nosotros. No puedo preocuparme por eso ahora. Se lo diré después de la boda. Probablemente sea un mejor momento entonces.

Por ahora, tengo que concentrarme en el control de daños. Después de todos los esfuerzos que he hecho, no perderemos el contrato de Lerose.

Capítulo 12: Adrian

La oficina se siente vacía sin Mara. Es extraño lo rápido que me he acostumbrado a su presencia. El sonido de su voz cuando está al teléfono, la forma en que siempre parece saber lo que necesito antes de que lo pida.

Me envió un mensaje temprano por la mañana preguntando si podía tomarse la mañana libre para ocuparse de algunos asuntos personales. Desearía que hubiera confiado en mí para contarme qué necesitaba resolver. Tal vez podría haberla ayudado, quitarle algo de la carga de sus hombros.

Pero no lo hizo, y yo no quise extralimitarme preguntando.

Miro mi teléfono, luchando contra el impulso de enviarle un mensaje, solo para verificar si está bien. Pero no es quien soy.

Las horas pasan lentamente. Me dirijo a una reunión con un cliente, pero incluso allí, no puedo concentrarme. Mis pensamientos siguen desviándose hacia Mara. Lo que está haciendo, si está bien. Nunca me había enamorado de alguien así. Es frustrante cuánto ocupa mis pensamientos.

Cuando regreso a la oficina, ella todavía no ha vuelto. Mi teléfono vibra y veo una llamada perdida de Connor. Deja un mensaje de voz preguntando si quiero almorzar en el club. Le respondo con un rápido sí.

Trabajo un poco más, pero mi concentración está perdida. Justo cuando salgo de mi oficina, Mara entra. El alivio y la preocupación me golpean en igual medida. Se ve estresada, todo su cuerpo parece tenso.

—Hola, lo siento mucho por llegar tarde —dice, con voz apresurada y arrepentida.

Lo descarto con un gesto. —Está bien. Ya estás aquí. ¿Espero que todo esté bien?

Ella asiente rápidamente, pero hay una distancia en sus ojos. —Sí. Gracias por entender.

Espero, pero cuando está claro que no dirá nada más, digo: —Si hay algo que pueda hacer, házmelo saber.

Ella niega con la cabeza esbozando una pequeña sonrisa. —Lo tengo bajo control.

Asiento y me marcho, sintiendo una punzada de decepción.

En el club de socios, Connor ya me está esperando en una mesa. Sonríe cuando me ve.

—Ya era hora —bromea—. ¿Ocupado con esa linda asistente tuya?

Suelto una risa falsa. —No exactamente.

Mientras comemos, la conversación naturalmente gira hacia la boda, luego Connor lleva la conversación de vuelta a Mara, la última persona de la que quiero hablar.

—Es inteligente y bonita —dice Connor—. ¿Qué más podrías pedir? Amy decía que nunca te había visto mirar a una mujer así.

—¿Cómo? —pregunto divertido.

—Como si quisieras devorarla ahí mismo. Palabras de Amy, no mías —dice Connor.

—Es diferente —admito, un poco avergonzado, pero incapaz de negarlo.

—¿Progresando las cosas? —pregunta Connor, con un tono más serio ahora.

Niego con la cabeza. —No lo sé. Parece estar conteniéndose. La conozco, y a la vez no.

—Invítala a salir —sugiere Connor—. Llévala a algún lugar que no sea una cena o la oficina. Amy y yo alquilamos bicicletas en nuestras primeras citas. No hay nada como un poco

de actividad física para llegar al corazón de una mujer.

Me río. —No puedo imaginarme a Mara en una bicicleta.

—Te sorprenderías —dice Connor.

Para cuando regreso a la oficina, estoy entusiasmado con la idea que Connor sugirió. Se siente fresca, como algo que ambos podríamos disfrutar.

Cuando entro en la oficina, Mara levanta la mirada de su escritorio, con su sonrisa habitual. Ya no se ve tan estresada, y tomo eso como una buena señal.

—¿Te gustaría ir a andar en bicicleta conmigo el sábado? —pregunto, con un tono casual a pesar de la anticipación que burbujea dentro de mí.

Su rostro se ilumina por una fracción de segundo, pero luego se apaga. —Lo siento, no puedo —dice.

—¿El domingo? —intento de nuevo.

Ella niega con la cabeza. —Tampoco puedo. Este fin de semana está lleno.

La decepción me invade, pero me obligo a sonreír. —¿En otra ocasión?

Ella asiente con una pequeña sonrisa. —Me gustaría.

De vuelta en mi oficina, me siento pesadamente, el entusiasmo abandonándome. ¿Qué acaba de pasar? ¿Por qué se sintió como un rechazo? Si realmente estuviera interesada, pero ocupada, ¿no habría dicho algo, cualquier cosa, sobre lo que la mantiene ocupada?

Me froto la cara, la frustración me carcome. Tal vez he estado interpretando mal sus señales todo este tiempo. Tal vez esto que hay entre nosotros solo está en mi cabeza.

Mi teléfono celular suena, interrumpiendo el enredo de mis pensamientos. Miro la pantalla. Martin.

—Adrian —dice en el momento en que contesto, su voz teñida de entusiasmo y urgencia—. Necesito tu capacidad mental esta noche. Tengo algunas ideas para la expansión, pero necesito una mente aguda para encontrarles fallas.

Una sonrisa tira de mis labios. Martin siempre sabe cómo apelar a mi lado competitivo. —¿Cena? ¿O vamos a resolver esto por teléfono?

—Cena. Oasis, 7:30. Yo invito.

—Bien —digo, reclinándome en mi silla—. Te veré entonces.

Cuelgo y exhalo lentamente, agradecido por la distracción. Si alguien puede sacarme de mi mal humor, es Martin. Es un pensador implacable, el tipo de persona que ataca un problema desde todos los ángulos hasta que lo resuelve. Empezó como cliente, pero con los años, nos hemos hecho amigos.

A las 7:25 PM, entro al restaurante, saludando al maître mientras me guía por el comedor. Después del día que he tenido, será agradable relajarme y hablar de negocios. Me abro paso entre las mesas y vacilo cuando veo un rostro familiar.

Mara.

Está sentada en una mesa cerca de la esquina, inclinándose ligeramente hacia adelante mientras habla con un hombre en traje azul marino. Mi pecho se tensa, y los celos me atraviesan antes de que pueda detenerlos.

¿Quién es él? ¿Por qué no mencionó nada sobre esto?

Estoy tan desprevenido que me detengo a mitad de paso, ganándome una mirada curiosa del maître. Obligándome a recuperarme, asiento hacia la mesa de Mara y le digo: —Dame un

momento.

Me acerco, manteniendo mi expresión neutral. —Mara —digo mientras me aproximo.

Ella levanta la mirada, sus ojos azules abriéndose ligeramente, un destello de incomodidad cruzando su rostro. —Adrian —dice con voz cautelosa. A estas alturas la conozco lo suficientemente bien como para saber cuándo no está cómoda.

El hombre a su lado me mira, su expresión curiosa. Espero, creyendo que me lo presentará, pero no lo hace. El silencio se cierne torpemente entre nosotros.

—Me alegro de verte —digo, dirigiendo un asentimiento cortés hacia el hombre—. Disfruta tu velada.

Sin esperar una respuesta, me doy la vuelta y sigo al maître hasta mi mesa, con cada nervio de mi cuerpo en tensión. Me siento, pero mi atención sigue desviándose hacia la mesa de Mara.

Se ve animada, sus manos gesticulando mientras habla. El hombre la escucha atentamente, inclinándose ligeramente hacia ella.

El menú de vinos se vuelve borroso frente a mí mientras mi mente corre. ¿Por qué no me dijo que estaba viendo a alguien? ¿Por qué dejarme creer que estaba libre para verme? Mi estómago se revuelve de dolor.

Minutos después, Mara y el hombre se levantan, intercambiando algunas palabras en voz baja. Ella no mira en mi dirección cuando salen juntos del restaurante. Mi pecho se tensa mientras los veo irse.

—Adrian. —La voz de Martin corta mis pensamientos, devolviéndome al momento. Camina hacia la mesa con su energía habitual, su mano extendida.

Me pongo de pie y estrecho su mano, forzando una sonrisa que no siento. —Martin.

—Espero no haberte hecho esperar —dice mientras nos sentamos.

—Para nada —respondo, obligándome a centrarme mientras Martin se sumerge directamente en sus ideas. Pero por más que lo intento, una parte de mi mente permanece con Mara, repitiendo la escena y dejándome con más preguntas que respuestas.

***

El fin de semana pasa en una nebulosa de trabajo. El sábado por la mañana, estoy en mi oficina de casa antes de que el sol salga por completo, sumergiéndome en proyectos que necesitan atención.

Para cuando llega la tarde del domingo, me dirijo a casa de mis padres para cenar. Mi madre abre la puerta antes de que pueda tocar, atrayéndome a un abrazo que huele a especias.

—Adrian —dice, sonriéndome—. Has estado trabajando demasiado, ¿verdad? Te ves cansado.

Me río, quitando importancia a su preocupación. —Siempre, mamá.

Dentro, la casa está tan animada como siempre. Mi padre está en la cocina, revisando el asado, mientras que Amy y Connor están en la sala de estar.

—Adrian —me llama Amy, haciéndome señas para que me acerque—. Ven a resolver esta discusión. Connor quiere que sus padrinos lleven pajaritas, y yo digo que no. Es demasiado tarde para hacer cambios. La boda es el próximo sábado, por el amor de Dios.

Connor adopta una expresión herida. —Ella cree que se verán demasiado rígidos. Yo creo que se verán elegantes.

—Ninguno de los dos está equivocado —digo diplomáticamente, ganándome una dramática

puesta de ojos por parte de Amy.

—Típica respuesta de Adrian —murmura antes de que su expresión se suavice—. Y, ¿cómo está Mara? ¿Vendrá esta noche?

La pregunta me toma desprevenido, pero me recupero rápidamente, manteniendo mi tono ligero. —Está ocupada, con su familia.

Amy abre la boca para hacer otra pregunta, pero afortunadamente, Connor la distrae con otra cuestión relacionada con la boda. Exhalo lentamente, agradecido por el respiro.

Durante la cena, las preguntas sobre Mara surgen nuevamente. Mi padre, siempre inquisitivo, se recuesta en su silla y dice: —No hemos visto a esa joven desde la última cena. No se estará escondiendo de nosotros, ¿verdad?

—Tiene muchas cosas que hacer —respondo, manteniendo mi tono neutral mientras alcanzo la canasta de pan—. El trabajo ha estado agitado.

Mi madre interviene, su voz llena de calidez. —Es encantadora, Adrian. Deberías traerla más a menudo.

Asiento, dando un murmullo no comprometido, y dirijo la conversación hacia terreno más seguro. La boda, la ferretería de papá, cualquier cosa menos Mara.

Pero no puedo dejar de pensar en ella. La expresión cautelosa que tenía en el restaurante. El hombre con quien estaba. ¿Cómo pudo haberme besado, dos veces, sabiendo que tenía a alguien más en su vida? ¿Qué tipo de mujer es?

Capítulo 13: Mara

Estoy sentada en mi escritorio, mirando fijamente la pantalla de mi ordenador. Mi cuerpo se siente pesado, cada músculo adolorido por las interminables reuniones legales. Estoy esperando ansiosamente noticias del equipo legal sobre si Carter Lewis aceptará el acuerdo que le ofrecimos.

Son apenas las 9:00 a.m. y ya quiero volver a la cama. Mi mente sigue regresando al sábado por la noche, al momento en que Adrian entró en el restaurante. La expresión de su rostro cuando me vio con Luis. Quería que la tierra se abriera y me tragara entera.

Dolor. Es la única forma de describir ese breve destello de emoción que cruzó su rostro antes de ocultarlo. Debió pensar que Luis era una cita.

El sonido de unos pasos me saca de mis pensamientos. Levanto la mirada justo cuando Adrian entra. Está tan sereno como siempre, con su traje impecable y su pelo perfectamente peinado. Pero hay algo en sus ojos, una frialdad que antes no estaba.

—Buenos días —dice, con un tono educado pero distante—. ¿Puedes venir a mi oficina? Me gustaría revisar mi agenda.

Parpadeo, sorprendida por su tono formal.

—Por supuesto. Dame un momento para coger mi iPad.

Asiente y se aleja sin decir una palabra más. Mi estómago se anuda mientras me apresuro a recomponerme. Esto es malo. Realmente malo. Sabía que estaba molesto, pero esta versión fría y distante de Adrian es peor que cualquier cosa que hubiera imaginado.

En su oficina, me siento frente a él, repasando su agenda con toda la profesionalidad que puedo reunir. Él asiente, con respuestas cortantes. Cuando terminamos, me despide sin una segunda mirada.

No menciona la noche del sábado, no pregunta por Luis.

El resto de la semana es más de lo mismo. Adrian mantiene las distancias, y siento que camino sobre cáscaras de huevo cada vez que estoy cerca de él. No dice nada sobre la boda, y empiezo a preguntarme si ha decidido ir solo.

Para el viernes por la tarde, la tensión es insoportable. Decido arriesgarme e ir a su oficina. Mis manos tiemblan ligeramente cuando llamo a su puerta y entro.

Levanta la mirada de su escritorio, con una expresión indescifrable.

—¿Qué ocurre?

La brusquedad de su tono duele, pero continúo.

—El gran día de Amy y Connor finalmente ha llegado.

Adrian se recuesta en su silla, estudiándome con una mirada penetrante.

—Sí, ha llegado.

—Tengo ganas de asistir —digo, con voz un poco temblorosa.

Arquea una ceja.

—Me sorprende que quieras ir. ¿No tienes una cita para cenar mañana?

Ahí está. Respiro hondo, aliviada de que finalmente el tema esté sobre la mesa.

—Era alguien con quien hago negocios —digo, sosteniendo su mirada—. Se llama Luis. No era mi cita.

La mandíbula de Adrian se tensa, y lo veo tragar visiblemente.

—No sé qué pensar, Mara. Hay muchas cosas sobre ti que no conozco.

Asiento.

—Realmente tenía ganas de ir a la boda —digo, ignorando la última parte de su frase.

Me mira durante un largo momento, y contengo la respiración, esperando su respuesta.

—De acuerdo —dice por fin—. Comienza a las tres. Pasaré a buscarte.

—Genial —digo, intentando inyectar algo de brillo a mi tono, pero suena forzado.

Al salir de su oficina, el nudo en mi estómago solo se aprieta más. Siento como si me hubiera impuesto a sus planes, como si realmente no quisiera ir conmigo. El dolor oprime mi corazón.

Quizás debería haberlo dejado pasar. Habría sido la forma más fácil de terminar las cosas con Adrian, pero odiaría que terminara con una nota tan amarga. Odiaría que pensara que lo engañé. No soy ese tipo de persona.

***

Harper: ¡Estás deslumbrante!

Emma: Preciosa. Me encanta el maquillaje. ¿Estás intentando seducir al hombre?

Harper: ¿Qué debería haberse puesto para una boda, un hábito de monja?

Me río mientras sus mensajes iluminan mi pantalla. Acabo de enviarles una selfie de mi look final para la boda de Amy. El vestido verde esmeralda con los hombros descubiertos me queda perfecto y se ajusta en la cintura.

El escote añade el toque justo de sofisticación, y mi maquillaje, una mezcla de tonos dorados y marrones para los ojos, un sutil iluminador en los pómulos y un labial rosa intenso, completa todo el conjunto.

Mara: Gracias, chicas. Y no, no estoy intentando seducir a nadie.

Harper: Buena suerte convenciéndonos de eso.

Emma: ¿Verdad? Ese vestido grita "Mírame, Adrian". En serio, Mara, no dejes que piense que podría pasar algo entre ustedes.

Mara: Lo sé.

Harper: O acuéstate con él una vez y luego termínalo. Lo mejor de ambos mundos.

Mara: Jaja. No lo haré.

A decir verdad, estoy emocionada. Las bodas siempre me han hecho sentir alegre, como si todo estuviera bien en el mundo, aunque solo sea por un momento. Desafortunadamente, no asisto a muchas.

Miro el reloj. Ya casi es hora. Agarro mi clutch dorado, meto mi teléfono dentro y lo pongo en silencio.

Mara: Bueno, chicas, deséenme suerte. Apagando el teléfono ahora.

Emma: Diviértete y no olvides tomar notas mentales para nosotras.

Harper: O simplemente toma fotos. Muchas.

Mara: Adiós.

Bajo las escaleras para esperar a Adrian. Mis tacones resuenan contra el suelo de baldosas del vestíbulo mientras salgo, sintiendo el aire fresco contra mis hombros.

El Range Rover negro de Adrian se detiene junto a la acera, y mi pulso se acelera. La puerta se abre y él sale.

Está vestido con un traje azul marino a medida, cuyas líneas acentúan sus anchos hombros y

su figura esbelta. Una camisa blanca impecable asoma bajo la chaqueta, combinada con una corbata plateada. Parece recién salido de una portada de revista.

—Vaya —digo, sonriendo—. Qué elegante estás.

Se ríe. La expresión fría y distante que ha mostrado toda la semana ha desaparecido, reemplazada por una ligereza que he echado de menos.

Su mirada me recorre, y algo destella en sus ojos.

—Serás la mujer más hermosa allí.

—Excepto por la novia —respondo, aunque el cumplido me reconforta.

Sonríe, ofreciéndome su brazo.

—¿Vamos?

Deslizo mi mano por su brazo, sintiendo su calor sólido a través de la tela de su traje. Nos dirigimos al coche, y él me abre la puerta del copiloto con un gesto caballeroso.

A medida que nos acercamos a las afueras, el paisaje cambia, dando paso a una serena vegetación.

El lugar es absolutamente impresionante. Es una finca vinícola anidada entre colinas ondulantes, con interminables hileras de viñedos que se extienden hasta el horizonte. La ceremonia está dispuesta en el corazón de la finca, con sillas blancas ordenadas en filas ordenadas bajo un dosel de viejos robles.

El arco al final del pasillo está adornado con flores blancas y rosa pálido, entrelazadas con enredaderas frondosas.

Al bajar del coche, una suave brisa se desliza, agitando las cintas atadas a las sillas. Los invitados ya están mezclándose, vestidos con sus mejores galas, mientras el murmullo de risas y conversaciones llena el aire.

Caminamos juntos hacia la entrada, con la mano de Adrian descansando ligeramente en la parte baja de mi espalda. Hay tantas cosas que deberían preocuparme, incluyendo si Carter Lewis ha aceptado nuestro acuerdo. Se está tomando su tiempo y cuanto más se queda, más preocupada me pongo. Aparto esos pensamientos y me concentro en el pintoresco entorno.

Las notas de una guitarra acústica anuncian el comienzo de la ceremonia y todos nos dirigimos a nuestros asientos. Connor y sus padrinos lucen absolutamente apuestos con sus esmóquines negros mientras se dirigen al frente.

Adrian se inclina hacia mí y susurra:

—Connor nunca ha estado tan nervioso en su vida. Juro que lo vi ensayar cómo atarse la pajarita diez veces esta mañana.

Sofoco una risa.

—No parece nervioso. Parece listo.

Adrian sonríe.

—Lo está. Está loco por Amy.

Las damas de honor comienzan a caminar por el pasillo, una por una, luciendo tan hermosas. Un suspiro colectivo se eleva de la multitud mientras toman sus lugares.

Luego la música cambia, creciendo con una melodía romántica, y todas las miradas se dirigen hacia atrás. Amy aparece, con su brazo enlazado con el de su padre, y una ola de emoción me atraviesa. Se ve impresionante en su vestido de encaje, con la cola deslizándose suavemente detrás de ella.

—Dios mío —susurro, con un nudo formándose en mi garganta—. Está preciosa.

—Lo está —dice Adrian en voz baja, con la mirada fija en su hermana.

Cuando Amy pasa junto a nosotros, su rostro se ilumina al vernos. Levanta la mano y nos lanza un beso.

Ambos reímos mientras pasa, y Adrian menea la cabeza con cariño.

—Va a hacerle llorar —murmura con una sonrisa burlona.

El rostro de Connor lo dice todo. En el momento en que ve a su novia, es como si el mundo desapareciera. Sus labios se separan como si estuviera a punto de decir algo, pero las palabras se le escapan. Simplemente la observa con asombro, su amor por ella escrito en cada línea de su expresión.

Mi pecho se aprieta inesperadamente. ¿Cómo se sentiría tener a alguien que me mirara así? Específicamente, Adrian. Ser el centro de su universo, aunque solo fuera por un momento. Sentirme tan valorada.

Alejo rápidamente ese pensamiento, tratando de reprimir el dolor que lo acompaña. Eso es un sueño. Un sueño lejano, imposible. El día que Adrian descubra por qué estaba realmente en Strategic Agency, el deseo que ahora capto en sus ojos desaparecerá. No, se transformará en algo mucho peor.

Odio.

El pensamiento me hace estremecer, y aprieto mis manos fuertemente en mi regazo. Para entonces, espero estar lejos. Me destrozaría ver esa mirada en sus ojos.

El oficiante se aclara la garganta y comienza:

—Queridos amigos y familiares...

Los votos son personales, sinceros y emotivos. Connor toma un respiro profundo antes de comenzar, su voz llena de emoción.

—Amy, el día que te conocí, supe que mi vida nunca sería la misma. Eres mi mejor amiga, mi mayor apoyo y el amor de mi vida. Hoy, prometo estar a tu lado, en cada momento bueno y cada momento difícil...

Amy parpadea para contener las lágrimas.

—Connor, has sido mi roca, mi refugio y mi mayor alegría. Prometo amarte, reír contigo y construir una vida junto a ti...

Cuando el oficiante los declara marido y mujer, Connor atrae a Amy hacia un beso que gana vítores y aplausos de todos nosotros. Se giran, tomados de la mano, y regresan por el pasillo, sonriendo como si fueran las únicas dos personas en el mundo.

Mientras los recién casados se dirigen a tomar fotos con el cortejo nupcial, Adrian y yo nos unimos a los otros invitados dentro del salón de recepción. La decoración es impresionante, con luces de hadas doradas brillando sobre nosotros y elegantes centros de mesa de rosas y peonías adornando cada mesa.

Encontramos nuestros asientos, y la familia extendida de Adrian no pierde tiempo en entablar conversaciones. Son cálidos, divertidos y acogedores.

Cuando comienzan los discursos, el padre de Amy ofrece un brindis conmovedor.

—Connor, sé que la felicidad de mi hija significa todo para ti, y eso lo significa todo para mí. Bienvenido a la familia.

El padrino hace que todos estallen en carcajadas con sus relatos de los días universitarios de

Connor, y el discurso de la dama de honor de Amy nos deja a todos llorando.

Cuando la música comienza y todos son invitados a bailar, me sorprende cuando Adrian se pone de pie y extiende su mano.

—¿Bailas conmigo?

Nunca lo imaginé como bailarín. Supongo que hay muchas cosas que no sé sobre él.

En la pista de baile, me rodea con sus brazos, manteniéndome cerca, y nos balanceamos al son de la música.

—Eres un gran bailarín —digo.

—Tú también —murmura, rozando sus labios contra mi cuello.

El mundo se difumina a nuestro alrededor, dejando solo la música y el contacto de Adrian. Es tan fácil olvidar todo lo demás.

La música cambia a un ritmo más rápido, indicando el final de los bailes lentos. A regañadientes, Adrian afloja su agarre sobre mí, pero no sin antes presionar un suave beso en mi sien. La multitud a nuestro alrededor estalla en risas y vítores mientras Amy y Connor ocupan el centro de la pista de baile nuevamente, dirigiendo a todos en un alegre baile grupal.

La noche pasa volando en un torbellino de baile y risas, y antes de darme cuenta, el DJ anuncia el lanzamiento del ramo. Amy toma su lugar al frente de la sala, con una sonrisa traviesa iluminando su rostro.

—Vamos, Mara —me anima Adrian suavemente.

Riendo, me uno a las otras mujeres reunidas detrás de Amy, el aire zumbando con anticipación. Amy guiña teatralmente un ojo por encima de su hombro antes de lanzar el ramo alto en el aire.

El tiempo parece ralentizarse mientras se arquea hacia nosotras. Apenas registro mis manos elevándose, y luego, sorprendentemente, el ramo aterriza directamente en mis manos.

Risas y vítores estallan a mi alrededor, y miro a Adrian, cuya expresión es de sorpresa divertida.

—¡Vaya, mira eso! —bromea Adrian, cuando regreso a la mesa.

Me río, levantándolo en un gesto de triunfo fingido.

—Pura suerte.

A medida que la noche avanza y Amy y Connor hacen su gran salida, Adrian se vuelve hacia mí, con una expresión repentinamente seria.

—¿Te gustaría continuar la celebración en mi casa? —pregunta en voz baja.

Mi respiración se entrecorta. Sé lo que está pidiendo y sé lo que significa. Por una vez, silencio todas las razones por las que no debería, todas las dudas y la culpa.

—Me encantaría —digo, en contra de mi mejor juicio.

Adrian sostiene mi mano durante el trayecto a su casa, su pulgar acariciando mis nudillos con movimientos lentos y suaves. El simple toque envía escalofríos por mi columna, dejándome incapaz de pensar en otra cosa.

Entramos al estacionamiento subterráneo de su edificio, y Adrian estaciona el Range Rover en un lugar reservado cerca del ascensor. Sale, viene a mi lado y me abre la puerta.

Todo se siente discreto, pero caro. Por supuesto, es exactamente lo que esperaría de Adrian.

Las puertas del ascensor se cierran, y Adrian se vuelve hacia mí, con sus ojos intensos, buscando los míos. Apenas tengo tiempo de registrar el calor en su mirada antes de que su mano

acune mi mejilla, inclinando mi rostro hacia el suyo.

Suelto un suspiro que había estado conteniendo, como si todo el día mi cuerpo hubiera esperado este momento.

Sus labios capturan los míos, lentos al principio, probando, persuadiendo, hasta que respondo, igualando su intensidad. Su otra mano se desliza a mi cintura, acercándome más. Cada parte de mí cobra vida bajo su toque.

Un gemido escapa de mi boca, mientras nuestras lenguas se entrelazan.

Cuando el ascensor suena, Adrian se aparta.

—Te quiero en mi cama.

Tiemblo y no es por el frío. Suena tan diferente del Adrian risueño con quien pasé el día y muy diferente del hombre que es mi jefe.

Cada centímetro de mí se enciende con la necesidad ardiente y urgente de poseerlo.

Toma mi mano y me guía por el pasillo que lleva a su apartamento tipo ático. Dentro, me recibe una amplia sala de estar, iluminada por las luces de la ciudad. La sala de estar de planta abierta es espaciosa pero acogedora, decorada en tonos apagados con detalles de la personalidad de Adrian.

Una manta de sofá, que es una sorpresa, pero agradable, un conjunto de libros en la mesa de café y enormes piezas de arte abstracto en la pared.

—Esto es hermoso —digo.

Camina detrás de mí, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo.

—No tan hermoso como tú.

Me giro para mirarlo, con el corazón martilleando en mi pecho. La forma en que me mira me hace sentir como si fuera la única persona en el mundo.

Las manos de Adrian se deslizan a mi cintura mientras me acerca. Sus labios encuentran los míos nuevamente, y esta vez, no hay vacilación, no hay contención. Es profundo, consumidor y completamente abrumador.

Por una vez, me dejo caer.

Cada beso es más profundo, más hambriento, y yo devuelvo exactamente lo mismo.

Cuando finalmente nos separamos, estoy sin aliento. Aparta un mechón de pelo de mi cara, sus dedos se detienen contra mi mejilla. Su voz es baja y ronca.

—Mara, ¿estás segura de esto?

Trago con dificultad, con el corazón acelerado.

—Sí —la palabra sale más fuerte de lo que esperaba, pero lo digo en serio. En este momento, no hay nada más que nosotros.

Me busca con la mirada un momento más, como dándome la oportunidad de cambiar de opinión. Cuando no lo hago, toma mi mano y me conduce por un pasillo. Mi corazón late tan fuerte que siento que va a salirse de mi pecho.

He soñado con este momento tantas veces, sin pensar que realmente sucedería. Que tomaría un riesgo tan grande. Ponerme en la línea directa de salir herida más adelante. Pero no puedo pensar en eso ahora.

Lo deseo tanto.

El dormitorio de Adrian es tan minimalista como su sala de estar, pero es íntimo. Sin embargo, no es la habitación en lo que me centro; es él.

Adrian se vuelve hacia mí, su expresión más suave ahora, su intensidad templada con algo casi vulnerable.

—No tienes idea de cuánto tiempo he deseado esto.

El calor sube por mi cuello, pero sostengo su mirada.

—Yo también.

Sonríe entonces, una curva lenta y devastadora de sus labios que me roba el aliento. Se acerca, sus manos se posan en mis caderas.

—Entonces déjame demostrártelo.

Me gira suavemente y baja la cremallera de mi vestido.

Cierro los ojos, la anticipación crece dentro de mí mientras lentamente desliza el vestido por mis hombros. Cuando el vestido cae a mis pies, me encuentro frente a él solo en lencería, mi cuerpo temblando de deseo.

Me giro para enfrentarlo. Con ojos ardientes, los dedos de Adrian trazan el encaje de mi sostén, haciendo que mis pezones se endurezcan.

Con un gemido, junta mis pechos y los besa ferozmente. Mi cuerpo responde a su contacto, surgiendo con una energía ardiente que recorre mis venas.

Necesitando sentir sus manos sobre mí, alcanzo atrás y desabrocho mi sostén, permitiendo que caiga de mi cuerpo. Los ojos de Adrian se ensanchan en apreciación, su mirada en mi pecho expuesto.

Baja su boca a mi pecho izquierdo y con otro gemido, lo toma en su boca, mientras acaricia el otro con el pulgar.

Un gemido torturado escapa de mi boca. Grito cuando provoca mis sensibles pezones con sus dientes y lengua.

—¡Dios mío! —Olas de placer me inundan, y me inclino hacia su toque, deseando más.

Mientras continúa prodigando atención a mis pechos, alcanzo y bajo la cremallera de sus pantalones, revelando su erección tensándose contra la tela. Meto la mano y la envuelvo alrededor, sintiendo su dureza y tamaño.

Con un gruñido, Adrian empuja contra mi mano, sus caderas moviéndose contra mí.

—Quiero saborearte —le digo y me arrodillo.

—Jesús, Mara —gruñe Adrian cuando lo tomo en mi boca, saboreando su pre-semen. Su miembro tiene un grosor considerable y relajo mi boca para tomar más de él.

Capítulo 14: Adrian

Nunca había tenido a una mujer chupándome la polla con tanto placer evidente. Es tremendamente excitante. Pero si continúa, voy a correrme en su boca. Ese no es el plan. He esperado demasiado tiempo para esto como para apresurarlo. Necesito estar dentro de ella, sentirla alrededor de mí.

—Me toca probarte a ti —le digo a Mara, sacándome suavemente de su boca.

La ayudo a levantarse y la guío hasta la cama, recostándola con delicadeza, absorbiendo cada curva de su magnífico cuerpo. La he desnudado tantas veces en mi mente, pero incluso mis fantasías más salvajes no se acercan a la realidad.

Beso mi camino bajando por su estómago, sintiéndola estremecerse bajo mi tacto mientras trazo un sendero hacia el sur. Su respiración se entrecorta cuando beso y lamo su ombligo, provocándola mientras desciendo más.

Al llegar al borde de sus bragas de encaje, salpico besos sobre su monte antes de deslizar la prenda por sus caderas y quitársela por completo. Su cuerpo es perfecto.

—Abre las piernas, cariño —digo, y el término de afecto suena natural en mi boca.

Mara obedece, abriendo ampliamente las piernas para mí, y puedo ver cómo reluce de excitación. Hundo mi cabeza entre sus muslos, inhalando su aroma almizclado. Recorro con mi lengua su hendidura, saboreando su dulce néctar. Ella tiembla debajo de mí, gimiendo suavemente.

La provoco por un momento, besando y lamiendo alrededor de su entrada. Luego, con un gruñido, la tomo en mi boca, moviendo mi lengua contra su clítoris. Sus caderas se levantan para encontrarse con mi boca.

Succiono suavemente su clítoris, sintiéndolo hincharse en mi boca. Sabe tan bien, y quiero probar cada centímetro de ella. Deslizo dos dedos dentro de su humedad, sintiendo la suavidad de su coño mientras los muevo hacia dentro y hacia fuera.

Los gemidos de Mara se intensifican mientras trabajo su clítoris y empujo dentro y fuera de ella al mismo tiempo. Ella extiende su mano hacia abajo, agarrando mi pelo y guiándome a donde me quiere, con sus caderas embistiendo contra mi cara.

—Oh, Adrian, justo ahí —exclama, su cuerpo tensándose debajo de mí—. Estoy tan cerca.

Sigo provocándola y sus gemidos se hacen más fuertes. El sonido de sus gritos llena la habitación, y el aroma de su excitación me consume mientras continúo haciendo mi magia.

Finalmente, Mara grita con fuerza, su cuerpo temblando bajo el mío mientras llega al orgasmo. Su coño se aprieta alrededor de mis dedos, espasmódico mientras ola tras ola de placer recorre su cuerpo.

Mi polla está tan dura que duele, y no deseo nada más que estar dentro de ella. Después de plantar un suave beso en su sexo, me levanto y me desnudo rápidamente.

Mara extiende la mano y traza sus dedos por mi pecho, bajando hacia mis abdominales y luego hacia mi polla erecta.

—Eres tan hermoso —susurra, su voz ronca por el deseo.

—Y tú eres lo más hermoso que he visto jamás —le digo, sintiendo cada palabra.

Vuelvo a la cama y me acomodo entre sus piernas. —Te necesito —susurro.

Mara asiente, sus ojos sin apartarse de los míos. —Yo también te necesito.

Con eso, empujo dentro de ella, sintiendo el calor de su coño envolviéndome. Ella gime suavemente mientras la lleno por completo, nuestros cuerpos encajando perfectamente.

Envuelve sus brazos a mi alrededor y me acerca más, instándome a moverme. Comienzo a embestir lentamente, profundizando con cada movimiento. Sus gemidos se hacen más fuertes, coincidiendo con el ritmo de mis movimientos.

Bajo mi cabeza para besarla.

—Se siente tan bien —susurra contra mis labios.

—Tú se siente aún mejor —digo, con la voz ronca de deseo.

Cada embestida me llena de una sensación de placer y satisfacción que nunca creí posible. Los gemidos de Mara se vuelven más fuertes y urgentes, su cuerpo apretándose alrededor de mí.

—Estoy cerca —jadea.

Gracias a Dios porque no estoy seguro de cuánto tiempo puedo mantener mi autocontrol.

Empujo con más fuerza, sintiendo cómo sus estrechas paredes me agarran, extrayendo cada gota de placer. —Córrete para mí —la insto, mi voz entrecortada por la necesidad.

—Oh Dios, sí —grita, arqueando su cuerpo.

La visión de ella deshaciéndose me lleva al límite. Empujo una última vez, el placer me recorre como una ola. —Joder —exclamo, mientras me derramo en ella.

Colapsamos juntos, nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros cuerpos húmedos de sudor. Descanso mi cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón debajo de mí.

—Eso fue increíble —digo, levantando mi cabeza. Fijo mi mirada en la suya—. Dime que sientes lo mismo —pregunto.

—Esa fue la mejor experiencia de mi vida, Adrian —dice Mara, entonces una expresión afligida cruza su rostro—. No usamos protección, pero estoy segura.

—Joder. —Nunca he olvidado usar protección, jamás—. Yo también estoy seguro. Nunca había dejado de usar protección.

Se ve visiblemente aliviada. —Bien.

Me tumbo de espaldas, llevándola conmigo para que su cabeza descanse en mi pecho. Tengo tanto que quiero decir, pero no quiero asustarla. En su lugar, acaricio su espalda, contento con el silencio.

Mara se duerme primero y yo permanezco despierto un poco más, sin querer dormir. Quiero quedarme así para siempre.

***

Me despierta la luz que se filtra por las ventanas. Con mi apartamento a tanta altura, nunca he necesitado cortinas, y me encanta el panorama del amanecer cuando me despierto. Hoy es mucho más tarde.

Me estiro, la felicidad extendiéndose por mi cuerpo. Las últimas 24 horas han sido inolvidables.

Miro a mi lado para encontrar un espacio vacío junto a mí. Mi corazón se hunde un poco antes de escuchar el débil sonido de movimiento desde la sala. Me froto la cara con las manos y me siento, tratando de alejar los nervios.

¿Por qué diablos estoy nervioso?

Poniéndome unos pantalones de chándal y una camiseta, me refresco y luego salgo a buscar a Mara. Está de pie junto a la ventana, sosteniendo una taza humeante de café, con el pelo

cayendo sobre sus hombros en suaves ondas. Lleva puesta mi camisa. Verla así, en mi cocina, se siente correcto.

—Buenos días —digo.

Ella se gira y sonríe. —Buenos días. Hice café.

Asiento, moviéndome por la cocina para servirme una taza. —¿Dormiste bien?

Da un sorbo a su café, sus ojos encontrándose con los míos. —Sí. Tu cama es ridículamente cómoda.

Me río. —Ventajas de pensar demasiado en todo, incluso en los colchones.

La expresión de Mara es pensativa. Doy un sorbo a mi café mientras me apoyo en la encimera. —Entonces, ¿qué pasa por tu mente?

Su sonrisa vacila. —¿Por qué piensas que algo pasa por mi mente?

—Ya te conozco —digo.

Su mirada cae a su taza, y exhala. —Supongo que solo estoy procesando.

—¿Procesando? —insisto, acercándome—. ¿Fue demasiado lo de anoche?

Sus ojos se abren. —No, pero no estoy lista para algo serio ahora mismo. Tengo muchas cosas pasando.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, pero mantengo mi rostro calmado, mi expresión serena. Dentro, sin embargo, estoy entrando en pánico. Lo de anoche no fue solo increíble, fue todo. La idea de perderla ahora es insoportable.

—De acuerdo —digo, manteniendo un tono ligero—. Lo tomaremos con calma. Sin emociones intensas, sin presiones. ¿Cómo suena eso?

Me mira, sus ojos buscando en los míos algo, aunque no puedo decir qué. —¿Estás seguro? No quiero complicar las cosas.

¿Complicadas? No tengo ni idea de lo que está hablando, pero asiento. —Mara, no me voy a ninguna parte. Lo que necesites, lo resolveremos. Sin expectativas, sin presiones.

Sus hombros se relajan, y ofrece una pequeña y tentativa sonrisa. —Está bien. Puedo manejar eso.

El alivio me inunda, aunque mantengo mis emociones bajo control. —Bien —digo, acercándome para apartar un mechón de pelo de su cara.

Ella aparta la mirada, sus mejillas sonrojándose, y me pregunto qué está pensando. ¿Siente la misma atracción, la misma conexión magnética que me hace querer tirar la precaución por la ventana?

—Entonces, ¿qué te apetece hacer hoy? —pregunto, queriendo que la tensión entre nosotros se alivie.

Sonríe ampliamente. —¿Qué tal ese paseo en bicicleta? Si puedes seguirme el ritmo.

Su sonrisa me toma por sorpresa, pero es contagiosa. Me río, cruzando los brazos sobre mi pecho y levantando una ceja. —¿Seguirte el ritmo? Me estás subestimando.

Ella ríe, el sonido ligero y fácil, y me llega a todos los lugares correctos. —Ya veremos. Iré suave contigo, al principio.

—Espero que estés lista para tragarte tus palabras.

Sus ojos brillan con diversión. —Reto aceptado.

Mira la camiseta que lleva puesta. —Necesito ir a casa y cambiarme.

—Sin problema —digo—. Te llevaré. Pero primero, desayuno. Quédate tranquila. Prepararé

algo.

Mara levanta una ceja. —¿Cocinas?

—No suenes tan sorprendida. Puedo arreglármelas con el desayuno —respondo, sacando huevos, pan y algunos otros ingredientes del refrigerador—. Ahora, observa y quédate asombrada.

Mientras me pongo a trabajar, ella se apoya en la encimera, bebiendo su café y observándome. Es agradable, este ritmo casual en el que hemos caído. Se siente tan normal tenerla en mi cocina. En mi cama.

Unos minutos después, coloco dos platos en la mesa con huevos revueltos, tostadas y algo de fruta fresca. —Voilà.

Ella da un bocado y emite un sonido de apreciación. —Vale, estoy impresionada. Quizás te subestimé.

—Aceptaré el cumplido.

Comemos, hablando de todo y de nada. Después del desayuno, Mara se levanta y se estira. —Bueno, debería ir a casa, cambiarme y prepararme para este paseo en bicicleta.

Vuelve al dormitorio para refrescarse, reapareciendo con el pelo cepillado, el maquillaje del día anterior y aún así, luciendo impresionante con ese vestido. Tomo mis llaves del coche mientras salimos del apartamento. En el ascensor, Mara mira su reflejo en las paredes espejadas y suspira dramáticamente.

—Sí. Definitivamente una caminata de la vergüenza —dice.

Me río, negando con la cabeza. —Mara, si esto es una caminata de la vergüenza, entonces diría que la has redefinido por completo.

Ella se ríe mientras salimos al vestíbulo, y entrelaza su mano con la mía.

Minutos después, estoy aparcando frente al edificio de apartamentos de Mara.

—Subiré contigo —digo, sin querer separarme de ella ni siquiera por unos minutos.

Esta vez, tengo la oportunidad de mirar alrededor de su apartamento mientras ella va a su dormitorio a cambiarse. Mi atención se dirige a una mesa consola llena de fotos enmarcadas. Una foto de grupo me llama la atención.

Unas diez personas están apretadas juntas, todas riendo o sonriendo a la cámara. Mara está en el centro, su sonrisa amplia. Su lenguaje corporal es relajado, el tipo de comodidad que viene de estar con personas en las que confías.

Me encuentro mirándola, atraído por la alegría en su rostro. Se ve feliz.

—¿Qué estás mirando? —Su voz corta el silencio, y levanto la vista para verla parada en la puerta. Ahora lleva mallas y una camiseta sin mangas, con el pelo recogido en una cola de caballo.

—Esto —digo, sosteniendo la foto—. ¿Compañeros de trabajo?

Sus ojos se dirigen hacia el marco, y juro que hay una sutil tensión en su expresión. Es rápida, casi imperceptible, pero la capto.

—Sí —dice con ligereza, acercándose—. Ese era mi antiguo equipo.

—Te ves feliz —observo, mirando nuevamente la foto—. ¿Por qué te fuiste? —Luego, con una pequeña risa, añado—: No me malinterpretes, me alegro de que lo hicieras.

Cruza los brazos, apoyándose contra la pared. —Era hora de un cambio. Quería explorar nuevas oportunidades.

Su tono es uniforme, pero hay una mirada cautelosa en sus ojos. Probablemente sea un tema sensible para ella. Vuelvo a colocar la foto en su lugar. —¿Lista?

Capítulo 15: Mara

La tienda de alquiler huele ligeramente a grasa y goma cuando Adrian y yo entramos. Las paredes están llenas de bicicletas de todas las formas y colores, sus brillantes cuadros reflejando la luz del sol que se filtra por las ventanas.

—¿Y bien, qué será? —pregunta Adrian, señalando la alineación como si fuera el presentador de un concurso.

Sonrío, caminando a lo largo de la fila, dejando que mis dedos rocen el frío metal de las bicicletas.

—Algo rápido. No quisiera que te quedaras atrás.

Él se ríe, cruzando los brazos.

—Realmente estás insistiendo con eso, ¿eh? Bien, veamos si puedes manejar esta —señala una elegante bicicleta azul con acabado mate.

Inclino la cabeza, fingiendo evaluarla.

—No está mal. Pero creo que esta es más mi estilo —señalo una bicicleta negra con detalles amarillo brillante.

Adrian se ríe, negando con la cabeza.

—Elección atrevida. Veamos cuán atrevida eres en el sendero.

La dependienta se acerca con una sonrisa en su rostro.

—Parece que ustedes ya saben lo que quieren. Déjenme preparárselas.

Unos minutos después, estamos fuera ajustando nuestros cascos. Adrian juega con la correa bajo su barbilla, lanzándome una mirada burlona.

—¿Segura que estás lista para esto?

Sonrío con suficiencia, saltando sobre mi bicicleta.

—La pregunta es, ¿lo estás tú?

Él se sube a su propia bicicleta, sus movimientos suaves y seguros. Adrian hace que montar una bicicleta se vea sexy.

—Averigüémoslo.

Comenzamos despacio, los neumáticos crujiendo contra el camino de grava mientras nos dirigimos hacia el sendero del río. El sol está alto, proyectando un brillo dorado sobre el agua, y el aire huele ligeramente a hierba y tierra fresca.

El sendero está salpicado de corredores, familias con carriolas y otros ciclistas, todos disfrutando del domingo perfecto.

A pesar de mis alardes, no recuerdo la última vez que monté en bicicleta, pero mis piernas parecen saber qué hacer.

Adrian aumenta la velocidad, mirando por encima de su hombro.

—¿Vienes, Mara?

Me río, pedaleando más fuerte para cerrar la brecha.

—No te preocupes por mí, Stone. Solo intenta no caerte.

Serpenteamos por el sendero, esquivando ramas bajas y navegando curvas cerradas. El sonido de nuestras risas se mezcla con el susurro de las hojas y el suave gorgoteo del río a nuestro lado.

Por primera vez en semanas, me siento completamente libre, la tensión del trabajo y la

empresa de mi padre se desvanece.

Adrian reduce la velocidad en un claro junto a la orilla del río, bajándose de su bicicleta.

—Tiempo de descanso —anuncia, apoyando su bicicleta contra un árbol cercano.

Me detengo junto a él, respirando con dificultad pero sonriendo.

—¿Qué pasó con eso de mantener el ritmo?

Él sonríe, alcanzando la pequeña bolsa atada a su bicicleta y saca dos botellas de agua.

—Solo me aseguro de que no te desplomes antes de la línea de meta.

Pongo los ojos en blanco pero acepto la botella, dando un largo sorbo. El agua fría es el cielo contra mi garganta seca.

—Bien, ganas esta ronda.

Adrian se apoya contra el árbol, observándome.

—Eres buena en esto. Estoy impresionado.

—No actúes tan sorprendido —digo, con tono juguetón—. ¿Crees que no sé montar en bicicleta?

—No sorprendido —dice, suavizando su voz—. Solo contento de verte así.

—¿Así cómo? —pregunto, aunque creo que lo sé.

—Relajada. Feliz.

Tiene razón. Así es exactamente como me siento. Adopto una expresión severa fingida.

—Bueno, no te acostumbres. Tengo una reputación que mantener.

Adrian se ríe, un sonido cálido y rico, y por un momento, me permito disfrutar de la simplicidad de este instante, el sol y el hombre de pie junto a mí. El hombre que nunca podrá ser mío.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta Adrian—. Por un momento, parecías casi triste.

Dibujo una sonrisa en mi rostro, tratando de desalojar la repentina tristeza.

—Estoy bien. ¿Lista para la segunda ronda? —le pregunto, devolviéndole la botella de agua.

—Oh, por supuesto —dice Adrian, saltando de nuevo sobre su bicicleta.

Y así, estamos fuera otra vez, el mundo desdibujándose mientras corremos a lo largo del río.

Quince minutos después, Adrian reduce la velocidad, lo cual está bien porque mis piernas están ardiendo. Sigo su mirada y sonrío cuando veo el carrito de helados. Exactamente lo que necesito para calmar mi sed.

—¿Pausa para un helado? —pregunta.

Me detengo a su lado, apoyándome en el manillar.

—Realmente sabes cómo tratar a una chica —bromeo, y él se ríe, desmontando con gracia.

Estacionamos nuestras bicicletas bajo un árbol cercano y caminamos hacia el carrito. El aire está impregnado con el aroma dulce de los conos de gofre y la charla de las familias que deambulan.

Adrian se acerca al vendedor.

—Uno de chispas de chocolate y uno de... ¿cuál es tu sabor? —Se vuelve hacia mí.

Echo un vistazo a las opciones, mordiéndome el labio. Soy pésima eligiendo sabores. Me decido por fresa. Nunca puedes equivocarte con ella.

Él asiente al vendedor.

—Uno de chispas de chocolate y otro de fresa.

Adrian me entrega el cono.

—Gracias. Ahora, ¿dónde está ese asiento VIP que prometiste?

Adrian señala hacia un trozo de césped bajo un gran roble junto al río.

—Por aquí, señorita.

Nos sentamos en el césped, el río brillando bajo el sol a nuestro lado. Está más fresco en la sombra, una suave brisa agita las hojas sobre nuestras cabezas. Doy una lenta lamida a mi helado, saboreando la dulzura.

Adrian se reclina sobre un brazo, su cono en la otra mano.

—Nunca había hecho esto antes.

—¿Sentarte en el césped comiendo helado? —pregunto, levantando una ceja.

Él se ríe.

—Sí. Es simple. Refrescante.

Asiento, entendiendo exactamente a qué se refiere.

—A veces las cosas simples son las mejores.

Desde ayer, me he sentido como Cenicienta. Solo por un fin de semana, quiero ser una mujer que realmente pueda tener una relación con Adrian. La realidad volverá de golpe mañana.

—Sigues siendo un enigma, Mara —dice Adrian, mirándome intensamente.

Suelto una risa.

—Créeme, no lo soy. Pregunta lo que quieras saber —mis entrañas se tensan mientras espero su pregunta.

—Hay tanto que quiero saber, pero empezaré simple —dice Adrian—. ¿Cuál es tu lugar de vacaciones favorito?

Exhalo un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Eso es fácil.

—España —mi familia tiene una villa en España y siempre fue mi lugar favorito para vacacionar.

No he vuelto desde que perdimos a mi madre, por miedo a que estar allí traería de vuelta los dolorosos recuerdos. A ella también le encantaba. Mi padre era diferente también en España. Se reía más, colmaba a mi madre de atenciones.

—Hay algo en la energía vibrante, la comida, la historia. Fui a Barcelona un par de veces, y se sentía como entrar en otro mundo —digo en tono nostálgico.

Adrian inclina la cabeza, su curiosidad despertada.

—¿Barcelona, eh? ¿Hiciste todas las cosas turísticas, o exploraste fuera de lo común?

—Una mezcla de ambas —admito, animándome con el tema—. Visité La Sagrada Familia, por supuesto. Es impresionante. Pero lo que más me gustaba era vagar por el Barrio Gótico, encontrando pequeños cafés y tiendas escondidas en esas estrechas calles. Era como si cada esquina tuviera una historia esperando ser descubierta —esas eran las cosas favoritas de mi madre.

—Suena increíble —dice Adrian, su mirada fija en la mía—. Puedo verte encajando perfectamente allí. Te queda bien.

Me río, un poco tímida bajo su atención.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu lugar favorito para escapar?

Él se reclina, pensando.

—Los Alpes suizos —dice finalmente—. Hay algo en la quietud de las montañas, la nieve, el aire limpio. Es el único lugar donde puedo verdaderamente desconectar.

Asiento, imaginándolo allí.

—Puedo verlo. Tú, en una acogedora cabaña, probablemente aún revisando tus correos.

Se ríe, un sonido profundo que hace que mi pecho se estreche.

—No te equivocas. Pero trato de desconectarme cuando estoy allí. Mayormente.

El momento se extiende entre nosotros, cálido y fácil. Por solo un segundo, me permito creer en esta ilusión. Que soy solo una mujer, sentada junto al río con un hombre que está tan cautivado por mí como yo por él.

—Bien, es hora de regresar —dice Adrian, poniéndose de pie. Me ofrece una mano y deslizo la mía en la suya. Me levanta, pero en lugar de soltarme cuando ya estoy de pie, me atrae hacia sus brazos y me envuelve en un beso estremecedor.

—Me haces espontáneo, Mara Thornton —dice cuando finalmente nos separamos.

—Tú me haces lo mismo a mí —digo, con el corazón acelerado por el miedo y la emoción. Esto ha ido demasiado rápido. Se siente como si me hubiera subido a un tren que avanza a toda velocidad sin detenerse en ninguna parte.

Regresamos a la tienda de alquiler de bicicletas a un ritmo más lento. Mi corazón está pesado sabiendo que el mágico fin de semana ha llegado a su fin.

Al devolver las bicicletas, la mano de Adrian roza la mía, y siento la ya familiar emoción de su tacto.

El viaje a mi apartamento es tranquilo, pero no incómodo. La mano de Adrian descansa sobre la palanca de cambios, lo suficientemente cerca de la mía como para que el aire entre nosotros vibre con energía no expresada. Cuando nos detenemos frente a mi edificio, apaga el motor pero no se mueve.

Se vuelve hacia mí, su expresión indescifrable, aunque sus ojos oscuros parecen arder.

—Ese día no fue suficiente.

Mi pulso se acelera mientras él continúa:

—Estoy abierto a pasar la noche. O —añade con una lenta y burlona sonrisa—, podemos ir a mi casa.

Mi corazón late con fuerza mientras niego suavemente con la cabeza.

—No puedo —digo, tratando de mantener mi voz firme—. Tengo una reunión temprana para desayunar con mi padre.

Eso es cierto. Mi padre me envió un mensaje durante la boda, citándome para desayunar a primera hora del lunes. Espera una actualización, y no tengo más remedio que estar preparada.

Adrian suspira, pero no hay frustración en su voz cuando dice:

—Qué lástima. Pero la familia es importante —hace una pausa, sus ojos encontrándose con los míos—. Me gustaría conocer a tu padre algún día.

Mi corazón da un vuelco, y fuerzo una sonrisa.

—Claro —digo, esperando que mi voz no me delate.

Él se inclina, acariciando mi mejilla con una mano que se siente posesiva y gentil a la vez. Sus labios encuentran los míos, y el beso es apasionado, enviando una ola de calor a través de mí que no puedo controlar.

Mis dedos se enredan en su camisa mientras le devuelvo el beso, perdiéndome en el momento.

Cuando finalmente nos separamos, estoy sin aliento, y él también. Apoya su frente contra la

mía por un momento, su mano aún en mi mejilla.

—Buenas noches, Mara —murmura, su voz baja y llena de algo que me deja sin aliento.

—Buenas noches —digo, abriendo la puerta del coche. Al salir, me giro para despedirme con la mano, captando su sonrisa antes de desaparecer en mi edificio.

Capítulo 16: Adrian

Estoy vibrando con un tipo de felicidad que me resulta extraña. Las luces de la ciudad centellean a través de las ventanas del suelo al techo, pero mi atención está en otra parte. Mara.

Me doy una ducha rápida, dejando que el agua caliente caiga sobre mí mientras imágenes de ella destellan en mi mente. La forma en que se reía, la manera en que me miraba, como si yo fuera la única persona en el mundo.

Si esto es lo que se siente al estar enamorado, estoy completamente dentro. Sonrío como un idiota mientras salgo de la ducha.

Vestido con un pantalón de chándal y una camiseta, agarro mi portátil y me acomodo en el sofá. Me río mientras abro mis correos electrónicos, recordando la broma de Mara sobre que revisaría mis emails incluso en los Alpes.

Lo que realmente me encantaría es llevarla allí. A la acogedora cabaña que poseo, pero que nunca he compartido con nadie más. La idea de nosotros allí, con nieve afuera y un fuego crepitante adentro...

Mi teléfono vibra en la mesa de café, sacándome de mis pensamientos. Es Amy.

—Hola, hermana —digo, sonriendo mientras contesto.

—Estamos en el aeropuerto, en la sala VIP —grita ella, su felicidad burbujeando a través del teléfono—. Connor está ridículamente emocionado. Gracias por el regalo, hermano. En serio.

—Cuando quieras —digo, recostándome en los cojines—. Te lo mereces.

—Entonces —dice Amy, con un tono juguetón—. ¿Cómo fueron las cosas después de la boda? ¿Pudiste pasar tiempo con Mara?

No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro. —Sí, acabo de dejarla en su casa.

—Vaya, hermano —hace una pausa, y puedo escuchar la sonrisa maliciosa en su voz—. Eso es una novedad en ti. Normalmente, tus mujeres duran una noche.

Me río, sacudiendo la cabeza. —Ella es diferente, Amy. Nos entendemos a otro nivel. Creo que Mara es la indicada, hermana.

Hay un momento de silencio antes de que diga: —Me alegro mucho por ti, Adrian. Te lo mereces.

—Bueno, ya basta de sensiblerías —digo, aunque sus palabras calientan algo profundo dentro de mí—. Ve a disfrutar de tu luna de miel. No hagas que me arrepienta de mi regalo.

Amy se ríe. —Gracias, hermano. Hablamos pronto.

Colgamos y dejo el teléfono. Me invade un impulso de conectar con Mara y vuelvo a coger el móvil. Mis dedos se ciernen sobre la pantalla antes de escribir: **Pensando en ti.**

Pasan los minutos sin respuesta. Me digo a mí mismo que probablemente está en la ducha o poniéndose al día con sus amigas. Cuando finalmente llega su respuesta, solo dos palabras —**Yo también**— es suficiente para que mi corazón se acelere.

Más tarde, en la cama, el sueño es esquivo. Mi mente divaga hacia un futuro que nunca imaginé para mí mismo. Mara en mi vida, despertando a mi lado, su risa llenando los espacios que alguna vez se sintieron demasiado silenciosos. Nos veo viajando juntos, ella burlándose de mí mientras planifico itinerarios hasta el último detalle.

En la bruma onírica de mis pensamientos, la imagino caminando por la cabaña en los Alpes, envuelta en uno de mis suéteres, con una taza de café en la mano. La nieve cae suavemente

afuera, y estamos envueltos en el tipo de calidez que he perseguido toda mi vida pero que nunca encontré realmente... hasta ahora.

Cierro los ojos, dejando que la imagen se asiente. Por primera vez en años, me quedo dormido sin pensar en el trabajo o en mi próximo movimiento, sino en Mara.

***

Mi buen humor me acompaña durante toda la mañana mientras me preparo para el día. Silbo mientras entro en el edificio de oficinas relativamente tranquilo.

Me pongo a trabajar tan pronto como entro en la oficina, ocupándome de los correos electrónicos que Mara marcó para mí esta mañana. Son las siete, lo que significa que debe haber trabajado desde casa, levantándose temprano para organizar mi bandeja de entrada.

La eficiencia, la atención al detalle, Mara es un regalo del cielo, en todos los sentidos posibles. Honestamente, no sé cómo me las arreglé antes de ella.

Sintiendo una oleada de gratitud, envío un correo rápido a Chloe en Recursos Humanos.

Asunto: Puesto Permanente para Mara Thornton

Chloe, por favor prepara una oferta para hacer permanente el puesto de Mara, con efecto inmediato. Es excepcional, y quiero que forme parte oficial del equipo. Avísame cuando el papeleo esté listo.

-Adrian

Pulso enviar, satisfecho. Esto se siente correcto.

A las ocho, hay un leve crujido de papeles y el sonido de pasos desde la oficina de al lado. Mara. Está aquí.

Eso es todo lo que se necesita para que mi ánimo se eleve un poco más. Empujo mi silla hacia atrás, ignorando el resto de los correos, y camino hacia su oficina.

Ella levanta la vista cuando me acerco, su expresión tranquila y serena suavizándose cuando sonríe. —Buenos días —dice.

No me molesto en responder. En su lugar, rodeo su escritorio, tomo su rostro entre mis manos y la beso. Sus labios se separan contra los míos, cálidos y acogedores. Ella me devuelve el beso, sus manos agarrando mis brazos. Es perfecto y, por un momento, el mundo fuera de esta oficina deja de existir.

—Buenos días —digo.

Me aparto con reluctancia y, al hacerlo, un movimiento llama mi atención. Chloe entra a grandes zancadas, perdiéndose el beso por un latido. Mi pulso se dispara, pero Mara no pierde el ritmo. Se mueve sin problemas, volviendo a su computadora como si nada hubiera pasado. Tranquila bajo presión, como siempre.

Hace un par de meses, la idea de que uno de mis empleados me sorprendiera en una situación tan comprometedora me habría provocado palpitaciones.

Ahora, no me importa quién sepa sobre Mara y yo. Eventualmente, todos en la oficina lo sabrán y estaré orgulloso de presumirla.

—Buenos días, señor —dice Chloe, con tono firme—. ¿Puedo verlo un momento?

Asiento, señalando hacia mi oficina. —Claro, hablemos adentro.

Una vez que estamos sentados, Chloe va directo al punto. —Recibí su correo sobre Mara.

—Bien —digo con brusquedad—. Entonces sabes lo que hay que hacer.

Ella duda. —Es solo que Mara no ha estado aquí durante los tres meses estipulados que se

requieren antes de ofrecer un puesto permanente.

Me reclino en mi silla. —Es buena en su trabajo. La mejor asistente que he tenido. No veo por qué tenemos que esperar.

Chloe asiente, claramente leyendo la finalidad en mi tono. —Muy bien, señor. Tendré la oferta lista para el final del día.

—Perfecto —digo. Mientras Chloe sale, no puedo evitar que una sonrisa satisfecha cruce mi rostro.

En el momento en que Chloe sale de mi oficina, empiezo a redactar un correo, pero mis pensamientos siguen volviendo a Mara. Me imagino su reacción cuando vea la oferta.

Tal vez sonría, esa curva pequeña pero genuina de sus labios que siempre se siente como una victoria. Tal vez bajará la guardia lo suficiente como para dejarme ver un atisbo de la mujer de la que me estoy enamorando.

El sonido de un golpe me saca de mis pensamientos. Mara entra, llevando una taza de café en una mano y su iPad en la otra. Coloca el café en mi escritorio y me da esa sonrisa tranquila.

—Hola —dice—. ¿Deberíamos revisar tu agenda?

—Claro —respondo, indicándole que se siente.

Nos sumergimos en el programa del día. Es minuciosa, destacando puntos clave y anticipando preguntas antes de que siquiera las haga. Como siempre, estoy impresionado por su profesionalismo.

—¿Hay algo más? —pregunto cuando hemos cubierto todo.

—Hay algo —dice, con la voz un poco temblorosa, sus manos retorciéndose ligeramente en su regazo. Eso llama mi atención.

—¿Qué es, Mara? —pregunto, inclinándome hacia adelante.

Ella vacila, luego me mira directamente. —Me gustaría que mantuviéramos las cosas profesionales en la oficina.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Me reclino, enmascarando el dolor con un tono casual. —Yo soy el dueño de la empresa, Mara.

—Lo sé —dice ella, con voz firme—. Pero yo no. Y odiaría que la gente me viera como la... del jefe... —Su voz flaquea y desvía la mirada.

—¿Novia? —sugiero.

Ella asiente, con expresión tensa.

—Entiendo —digo, manteniendo un tono ligero, aunque sus palabras duelen en el interior—. Respetaré eso.

—Gracias —dice, con alivio inundando sus facciones. Se levanta, alisando su falda, y sale de mi oficina sin mirar atrás.

La puerta se cierra con un clic, y dejo escapar un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Ella tiene razón, por supuesto. Pero no disminuye el dolor. Se siente como si estuviera avergonzada de nosotros.

El día pasa en un borrón de reuniones. El equipo del proyecto Green Tech va a toda máquina, y el almuerzo con un cliente potencial va lo suficientemente bien, aunque, durante todo ese tiempo, mis pensamientos siguen desviándose hacia Mara.

La veo cada vez que entro y salgo de mi oficina, y siempre estoy tentado a detenerme en su escritorio, solo para hablar o ver su sonrisa. Pero prometí mantener las cosas profesionales, y por

ahora, cumpliré con eso.

A unos minutos de las cinco, Chloe me llama. —Le envié la oferta a Mara a las dos —dice —, pero aún no ha respondido.

Eso me sorprende. —Gracias, Chloe. Yo me encargo.

Camino hasta la puerta de al lado y encuentro a Mara en su escritorio, concentrada en su computadora. Ella levanta la vista cuando me acerco.

—¿Recibiste la oferta? —pregunto, apoyándome contra el marco de la puerta.

—Sí —dice, con tono sereno.

—¿Y? —insisto.

Ella vacila y luego dice: —Tengo que pensarlo.

Parpadeo, atónito. No es la respuesta que esperaba. —¿La remuneración no es suficiente?

—No es eso —dice rápidamente, pero hay algo en su tono que me dice que está ocultando algo.

Quiero insistir, pero cambio de tema. —¿Cena esta noche? En mi casa. Puedo preparar algo.

—En otra ocasión —dice, sin ofrecer explicación ni alternativa.

Mi frustración estalla. —Estás soplando caliente y frío, Mara.

—No es eso —dice, con la voz más suave ahora—. Solo tengo muchas cosas en mi vida que necesito resolver.

—Me gustaría ayudar —digo, acercándome más.

—Gracias, pero estaré bien —dice, con un tono definitivo.

Viéndola volver a su trabajo, no puedo evitar sentirme excluido nuevamente. Necesita tiempo, me recuerdo a mí mismo. Pero maldita sea, es difícil dárselo cuando todo lo que quiero es acercarla más.

Capítulo 17: Mara

—Lo que necesitamos reforzar para nuestra propuesta final es mostrar cómo rediseñaremos el recorrido del cliente para garantizar una experiencia fluida en todos los puntos de contacto digitales y físicos —dice María, con voz clara y segura.

—Simplificar el proceso del carrito de compras y mejorar la funcionalidad de búsqueda —añade uno de los miembros del equipo, con un tono lleno de energía.

—Crear un sistema integrado donde los clientes puedan moverse sin problemas entre los puntos de contacto en línea y fuera de línea —interviene otro, sus palabras puntuadas con firmes asentimientos.

Las ideas vuelan de un lado a otro tan rápidamente que resulta casi mareante. No puedo evitar comparar esto con las sesiones de lluvia de ideas en Optimal. Mis equipos allí son inteligentes, pero les falta este fuego, esta pasión cruda y contagiosa que María y su equipo irradian.

La sala zumba, viva de creatividad.

Adrian y yo cruzamos miradas a través de la mesa de conferencias y mi corazón da un vuelco. Mantener la distancia se está volviendo muy difícil. Quiero decir que sí a todo. Sí a la cena, a pasar noches con él.

Su expresión dolida cuando le dije que no a cenar anoche me ha perseguido desde entonces. Pero no es el único problema que tengo.

Strategic Agency me ofreció un puesto permanente. La ironía de esto me dan ganas de soltar una risa histérica. ¿Cómo demonios voy a manejar eso? Tendré que decir que no, por supuesto, pero ¿qué excusa usaré?

—Servicios de click-and-collect —dice alguien más, sacándome de mis pensamientos.

Me obligo a concentrarme en la reunión.

—Permitir que los clientes verifiquen el inventario en línea para artículos en tienda en tiempo real —añade otro miembro del equipo.

—Facilitar devoluciones e intercambios en línea o en tienda.

Es una idea brillante, una que ni siquiera había considerado antes. Escucharlos se siente como asistir a una clase magistral de estrategia e innovación, el tipo que nunca obtendrías sentada en un aula.

Para cuando termina la sesión, mis manos tiemblan ligeramente mientras recojo mis notas. Estoy temblando con una mezcla de emociones: emoción porque finalmente estoy consiguiendo lo que vine a buscar, miedo porque la traición me está carcomiendo como un persistente dolor de muelas.

Me dirijo de vuelta a mi escritorio, con mis pensamientos hechos un lío. Momentos después, Adrian entra a grandes zancadas en la oficina, su habitual presencia dominante hace que mi pulso se dispare.

Se detiene en mi escritorio, sus ojos penetrantes pero rebosantes de entusiasmo.

—Necesito un resumen de la reunión —dice, inclinándose ligeramente sobre mi escritorio—. Concéntrate en lo que se discutió para incluirlo en la propuesta.

—Por supuesto —respondo, manteniendo mi voz firme aunque por dentro estoy hecha un lío.

—Y —añade—, también necesito un informe breve sobre la otra empresa preseleccionada. Quiero saber todo a lo que nos enfrentamos. Sé que es una empresa pequeña, no mucha competencia, pero me gustaría ver a las personas detrás del Proyecto Lerose.

Mi corazón da un vuelco, y por un momento, creo que voy a vomitar. No sé si puedo seguir haciendo esto. Olvido cómo respirar. Nunca anticipé que Adrian estaría interesado en la empresa de mi padre.

Este es el momento. Este es el momento de decirle todo. La verdad sobre quién soy, por qué estoy realmente aquí.

Pero entonces repaso mentalmente el desayuno con mi padre. Su impaciencia, su frustración apenas velada por mi falta de informes procesables. Casi puedo oír su voz, aguda y exigente: "¿Qué te está llevando tanto tiempo, Mara? Necesitamos resultados."

Trago con dificultad, reprimiendo el nudo en mi garganta.

Adrian todavía me está mirando, esperando mi respuesta. Me pongo una sonrisa, una que espero esconda la guerra que se libra dentro de mí.

—Sí —digo como si nada estuviera mal—. Me pondré en ello de inmediato.

Adrian asiente, aparentemente satisfecho. —Bien. Hazme saber si necesitas algo —hace una pausa por un momento, su expresión suavizándose ligeramente—. Las ideas del equipo fueron fantásticas.

—Sí, lo fueron —logro decir insertando una nota alegre en mi voz.

Mientras se aleja, el peso de mis decisiones cae sobre mí. Mi pecho se oprime, y la traición - a él, a mí misma- amenaza con abrumarme.

Miro mis notas, las palabras se difuminan. Me recuerdo a mí misma por qué estoy aquí, pero cada vez es más difícil creer en la justificación.

Endurezco mi corazón, obligándome a recordar por qué estoy haciendo esto. La empresa de mi padre está en juego. El desayuno con mi padre vuelve a mi mente. Pero no son sus palabras las que más me duelen.

Es la expresión presumida que Stacy llevaba mientras mi padre me reprendía por no entregar resultados lo suficientemente rápido. Esa imagen por sí sola es suficiente para fortalecer mi resolución.

Vuelvo a mi pantalla y me pongo a trabajar. La otra empresa preseleccionada, Optimal Solutions. Abro el sitio web. Afortunadamente, mi nombre y cara no se mencionan en ninguna parte.

Es un sitio antiguo, uno que debería haberse renovado hace años. Normalmente, eso me frustraría, pero ahora mismo, es una bendición. Si Adrian decide investigar, no hay nada allí que me vincule directamente con ellos.

Redacto un resumen, teniendo cuidado con mis palabras. Cito a Louis como el gerente del proyecto e insinúo sutilmente que no es una empresa grande, ciertamente no una de la que Adrian o el equipo deban preocuparse.

Necesito que descarte Optimal como un no-competidor, que lo deje de lado como algo secundario.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Miro y veo que es de Emma en nuestro chat grupal.

Emma: ¿Alguien disponible para tomar algo esta noche? Por favor. Organizar el cumpleaños de Jodie está resultando ser un dolor de cabeza más grande de lo que pensaba.

Me doy una palmada en la cabeza. Olvidé por completo que el cumpleaños de Jodie es este mes. Reviso rápidamente mi calendario. Sí. Es el sábado. Soy pésima con las fechas.

Harper: Tiene dos años. ¿Qué tan difícil puede ser?

Emma: Te sorprenderías.

Respondo rápidamente.

Yo: Cuenten conmigo.

Emma: Necesito un cambio de ambiente. ¿Qué tal The Vine?

Yo: Suena bien.

Harper: Estaré allí. ¿A las 6?

Mis amigas van a matarme cuando descubran lo que he estado haciendo con Adrian. Las copas de esta noche probablemente se convertirán en una sesión de interrogatorio. Lo estoy esperando. Necesito desahogarme.

Me estoy ahogando bajo el peso de todos estos secretos.

Aparto ese pensamiento y me concentro de nuevo en mi trabajo. Reviso el borrador con ojo crítico, asegurándome de que cada palabra se alinee con la historia que quiero que Adrian crea. Para cuando le doy a enviar, siento el pecho oprimido, pero aparto la culpa a un lado.

Unas semanas más. Luego habré terminado. Lo repito como un mantra, tratando de convencerme de que es cierto.

Recojo mis cosas, cierro mi portátil y me aliso el vestido. Ha sido un día largo, y estoy más que lista para encontrarme con Emma y Harper para tomar algo. Mientras me dirijo a la oficina de Adrian, mis nervios revolotean inesperadamente.

Llamo y su voz profunda responde: —Adelante.

Está sentado en su escritorio, concentrado en su ordenador, pero levanta la vista cuando entro. Una leve sonrisa toca sus labios. —Mara.

—Me voy a tomar algo con mis amigas —digo, de pie junto a la puerta—. Solo quería avisarte.

Su sonrisa no vacila, pero noto la ligera caída en sus ojos, el débil destello de decepción. —Diviértete —dice, con tono despreocupado, pero hay una nota de algo más... ¿dolor, quizás?

Siento que le debo más, algún tipo de explicación. —Estamos planeando la fiesta de cumpleaños de la hija de mi amiga —suelto—. Jodie cumple dos años.

Adrian se recuesta en su silla y sonríe. —Me gustan las fiestas de cumpleaños de los niños pequeños —dice, con una nota juguetona en su voz.

Se me corta la respiración. ¿Por qué tiene que hacer todo tan difícil? Estoy tratando de alejarme lentamente, de crear cierta distancia, pero él sigue atrayéndome con su encanto.

No puedo decir que no, no sin hacer las cosas incómodas. Así que, en cambio, fuerzo una sonrisa y digo: —En ese caso, estás invitado.

Su rostro se ilumina, su sonrisa tan amplia que me hace sentir instantáneamente culpable. —Lo espero con ansias —dice calurosamente.

Asiento, lanzando una pequeña risa. —Buenas noches, Adrian.

—Buenas noches, Mara —dice, sus ojos siguiéndome mientras salgo.

La culpa se aferra a mí mientras salgo de la oficina. La sacudo lo mejor que puedo y me dirijo a The Vine, decidida a disfrutar de unas horas con mis amigas.

***

—El problema es que no puedes tener niños de dos años sin sus padres, así que esta fiesta está resultando ser un gran evento de gente y niños —dice Emma, bebiendo su copa de vino.

Parece un poco exasperada pero divertida, su cabello rubio miel destacando bajo la tenue luz de The Vine.

—Suena a caos —dice Harper, dando un sorbo a su martini—. Pero del tipo adorable.

—Puedo ayudar con las decoraciones —ofrezco, girando mi propia copa de vino—. Algo brillante y alegre, ¿tal vez algunos globos con forma de animales?

Emma sonríe. —Perfecto. Y Harper, tú te encargas de los juegos de la fiesta.

—¿Yo? ¿Juegos de fiesta? —Harper gime dramáticamente—. Apenas puedo organizar mi agenda, y mucho menos entretener a niños pequeños. Pero, está bien, lo haré. ¿A qué juegan los niños pequeños? ¿Ponerle la cola al burro?

—No exactamente —dice Emma con una risa—. Piensa en burbujas, rompecabezas simples y quizás una piñata. Te enviaré algunas ideas.

—De acuerdo, pero si me golpea una pelota de plástico perdida, te enviaré la factura de la tintorería —bromea Harper y todas nos reímos.

—La buena noticia es que el hotel se encargará de la comida y el pastel —dice Emma—. Lo mantendremos simple pero divertido. Mini sándwiches, bandejas de frutas, magdalenas. Nada demasiado loco.

—¿Hay algo más que necesites que hagamos por ti? —pregunto, realmente queriendo ayudar.

Emma niega con la cabeza. —Que ustedes se encarguen de las decoraciones y los juegos es más que suficiente. Honestamente, solo quiero asegurarme de que Jodie la pase bien. Es su día.

—Y lo hará —digo con una sonrisa tranquilizadora—. Tiene una madre increíble organizando todo esto.

Las mejillas de Emma se sonrojan, y me hace un gesto para que pare. —Detente, vas a hacerme llorar. Es solo una fiesta.

—Claro, solo una fiesta —bromea Harper—. Una que claramente está ocupando la mitad de tu capacidad cerebral.

Emma se ríe, su tensión visiblemente disminuyendo. —Vale, bien, es un poco abrumador. Pero me alegra tenerlas a ustedes dos para ayudar.

Alzamos nuestras copas, entrechocándolas ligeramente. —Por el épico segundo cumpleaños de Jodie —brinda Harper.

—Por Jodie —repetimos Emma y yo.

Tomo otro sorbo de mi vino y me muevo incómodamente en mi silla. —Puede que haya invitado a un invitado a la fiesta de cumpleaños de Jodie...

Emma y Harper se congelan a mitad de sorbo, sus cabezas girando hacia mí.

—¿Quién? —pregunta Emma, entrecerrando los ojos.

—Adrian —admito, con las mejillas ardiendo.

Harper deja su copa con un ademán exagerado. —¿Y cómo surgió eso?

Suspiro y me froto la sien. —Me sentí culpable porque le he estado dando un poco la espalda. Y... bueno, simplemente se me escapó. No pude decir que no cuando parecía genuinamente interesado.

—¿Y? —presiona Harper.

Suelto un suspiro. —Y he estado pasando más tiempo con él. Después de la boda, fuimos a su casa. Tuvimos sexo. Luego el domingo, fuimos a andar en bicicleta —mi voz suena tan miserable como me siento.

Emma se inclina hacia adelante, con curiosidad dibujada en su rostro. —¿Fue tan malo?

—No —digo, casi atragantándome con la palabra—. Al contrario, fue el mejor fin de semana de mi vida. Quería que pasáramos la noche del domingo juntos también, pero dije que no.

Harper inclina la cabeza con conocimiento. —Está enamorado de ti.

Mi corazón se encoge. —Temo que así sea.

—No he terminado —dice Harper, levantando una ceja—. Y tú te estás enamorando de él, si no lo has hecho ya.

—Sí —susurro, odiando cuánta verdad lleva esa palabra—. Es tan gentil y divertido, y cuando llegas a conocerlo, es simplemente... perfecto.

Los ojos de Emma se suavizan, pero su tono es firme. —Oh, Mara. Vas a salir lastimada. Te queremos y deseamos que seas feliz, pero tienes que recordar cómo reaccionará Adrian cuando descubra quién eres realmente.

—A menos que planees renacer con padres diferentes —añade Harper, con voz práctica.

—Sé todo eso —digo, con mi frustración burbujeando a la superficie.

—¿Y? —insiste Harper.

—Habré desaparecido de su vida antes de que lo descubra —digo, con voz teñida de derrota —. Pero ¿por qué no puedo disfrutar por una vez? Nunca me he sentido tan libre o tan feliz. Sé que tiene un tiempo limitado, pero por ahora, solo quiero ser feliz.

Emma y Harper intercambian una mirada. Finalmente, Harper dice: —En ese caso, estaremos aquí para recoger los pedazos.

Emma sonríe y añade: —Por lo que vale, estoy deseando conocerlo el sábado. ¿Sabe hacer trucos de fiesta?

Me río a pesar de mí misma. —Lo averiguaré.

Sé lo que están haciendo. Me están apoyando incluso cuando no están de acuerdo conmigo, y eso hace que mi pecho se apriete. —Las quiero tanto —digo, con voz temblorosa.

—Nosotras también te queremos —dice Emma.

—Verrugas y todo —añade Harper, haciéndonos reír a todas.

Capítulo 18: Adrian

Es mediodía. Hora de salir.

Me pongo la chaqueta y agarro el informe del cliente, ya repasando mentalmente la posible conversación. Heli Time. No todos los días un cliente me contacta para una reunión.

El correo de Jonathan fue directo, solicitando una reunión para discutir una posible colaboración. Me intrigó e inmediatamente le pedí a Mara que investigara sobre él.

Es el nuevo director ejecutivo de Heli Time, tomando el relevo de su padre, quien dimitió hace unos meses. Jonathan tiene fama de ser audaz, casi temerario, en sus decisiones.

Salgo de mi oficina y me dirijo al escritorio de Mara. —Me voy. Jonathan Haines pasará a recogerme para almorzar.

—Vale, nos vemos luego, y mucha suerte —dice ella.

—Gracias. Y —añado, entregándole mi tarjeta—, ¿podrías comprar algo para Jodie? Algo bonito. Usa mi tarjeta.

Mara toma la tarjeta, sus dedos rozando brevemente los míos. Asiente, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa. —No hay problema. Me encargaré de ello.

Estoy muy tentado de acercarme a ella; besarla, abrazarla. Cualquier cosa. Pero prometí mantener las cosas privadas y simples. Sin emociones intensas. Me despido con un gesto y una sonrisa, que Mara me devuelve.

Mientras bajo en el ascensor, mi mente está con Jonathan Haines y en lo diferente que es esta reunión. Por un lado, fue Jonathan quien me contactó, no al revés. Eso es inusual.

Cuando las puertas del ascensor se abren, lo veo de inmediato. Está apoyado casualmente contra un Mercedes oscuro, con una sonrisa confiada en su rostro. —Adrian —dice, extendiendo una mano.

—Jonathan —respondo, estrechando su mano con firmeza.

—Gracias por reunirte conmigo —dice—. ¿Vamos?

Lo sigo hasta el coche, donde el chofer nos abre la puerta. Una vez dentro, Jonathan no pierde tiempo en sumergirse en sus planes para Heli Time.

—Quiero llevar la empresa al siguiente nivel —dice, con voz teñida de entusiasmo—. La aviación privada está evolucionando, y creo que apenas hemos arañado la superficie de lo que es posible. Piensa en colaboraciones, experiencias de lujo que comienzan incluso antes de abordar, personalizando cada detalle para nuestros clientes.

Mientras habla, no puedo evitar sentirme impresionado. Su visión es ambiciosa, pero está fundamentada en una estrategia. Para cuando nos detenemos, ya estoy trazando potenciales ideas en mi cabeza.

La puerta se abre, y salgo, dándome cuenta de que estamos frente a un hangar de helicópteros.

Jonathan sonríe ante mi expresión sorprendida. —Pensé que si vas a considerar trabajar con nosotros, deberías experimentar de verdad lo que hacemos.

Lo sigo al interior, donde espera un helicóptero nuevo. El asiento del piloto, sin embargo, está vacío.

—Espera, ¿tú vas a pilotarlo? —pregunto.

Asiente, con un brillo en los ojos. —Tranquilo. Estoy certificado. Confía en mí, Adrian, te

encantará.

Abordamos el helicóptero y, momentos después, estamos en el aire. La ciudad se despliega debajo de nosotros, extendiéndose de una manera que resulta a la vez humillante y emocionante.

Jonathan señala puntos de referencia, pero mi mente divaga mientras contemplo la vista.

Mara. Su sonrisa destella en mi mente, y pienso en su apartamento, su coche, su costoso estilo de vida. He intentado mantener las cosas simples con ella, paseos en bicicleta, cena con mis padres, pero ¿y si eso no es suficiente?

Quizás la he decepcionado sin darme cuenta. ¿Y si prefiere algo más extravagante, más acorde con su mundo? Un sentido de urgencia crece en mí. Quiero que sepa lo en serio que voy con ella, hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

La voz de Jonathan me devuelve a la realidad. —¿Estás bien? —pregunta, sonriendo.

Asiento, formándose una idea en mi mente. Después de la fiesta de Jodie, tal vez sea hora de mostrarle a Mara algo extraordinario. Algo grande. Algo que no deje lugar a dudas sobre lo mucho que significa para mí.

El paseo en helicóptero me deja energizado, con ideas rebotando en mi cabeza.

Para cuando regreso a la oficina, estoy prácticamente vibrando. No solo conseguí a Jonathan como cliente, sino que también tengo un plan: una forma audaz e innegable de mostrarle a Mara lo en serio que voy.

Al pasar por su escritorio, suelto un rápido: —Buenas tardes, Mara.

Ella levanta la vista de su pantalla. —Buenas tardes, Adrian. ¿Reunión exitosa?

—Mucho —respondo, guiñándole un ojo antes de dirigirme a mi oficina.

Me siento en mi escritorio, agarro mi teléfono y marco a una florista que he utilizado antes. —Hola, quisiera pedir rosas, docenas de ellas. No, no una docena, más bien... cuatro docenas. Sí, rojas. Entrégalas en esta dirección para esta tarde. —Recito rápidamente la dirección de Mara. Esto es solo el principio.

Cuando la florista confirma la entrega, cuelgo y vuelvo al trabajo, el resto del día volando en una nebulosa de correos electrónicos, reuniones y planificación.

A las seis, Mara entra para despedirse.

Me quedo atrás, atando cabos sueltos para mañana.

Treinta minutos después, mi teléfono vibra sobre el escritorio. Es un mensaje de Mara.

Mara: Son preciosas. No tenías por qué hacerlo.

Una sonrisa tira de mis labios, y rápidamente respondo.

Adrian: No puedo imaginar a quién más me encantaría enviárselas.

Su respuesta llega casi al instante.

Mara: Gracias.

El intercambio es breve, pero me deja sintiéndome como si acabara de conquistar el mundo.

***

La chaqueta se siente un poco demasiado formal, pero, por otro lado, no voy solo a la fiesta de cumpleaños de una niña; también llevaré a Mara después, para una sorpresa que ha estado dando vueltas en mi cabeza toda la semana.

Miro al espejo una última vez, alisando el frente de mi camisa blanca. Perfecto.

Agarro mis llaves y salgo. El plan para después de la fiesta es sólido. He hecho todos los arreglos y no puedo esperar a ver la reacción de Mara. Aunque tengo ganas de conocer a sus

amigos hoy, es la noche lo que realmente me emociona.

Esta noche, le mostraré lo en serio que voy.

Al llegar a su edificio, la veo de pie junto a la acera, sosteniendo dos grandes cajas envueltas. Va vestida de manera casual, pero impresionantemente hermosa con una blusa verde suave y unos vaqueros oscuros que abrazan sus piernas a la perfección.

Verla hace que algo se mueva en mi pecho. ¿Cómo es que logra verse tan bien haciendo algo tan simple como estar parada en una acera?

Aparco y salgo. —Hola, preciosa. —La beso ligeramente, tratando de ignorar la ráfaga de emoción que me recorre.

—Hola —responde con tono suave.

Asiento hacia las cajas que sostiene. —¿Qué has comprado? Parecen pesadas.

Ella se ríe, negando con la cabeza. —No están tan mal. Solo un par de cosas para Jodie.

Tomo los regalos de ella, colocándolos cuidadosamente en el asiento trasero del coche. —¿Un par de cosas? —La miro con una sonrisa burlona—. Parece que podrían contener la mitad de una juguetería.

—¿Qué puedo decir? —Se encoge de hombros, con un brillo juguetón en los ojos—. Quizás me excedí un poco.

—Me gusta eso de ti —digo—. Te entregas por completo. —Excepto cuando se trata de nosotros.

Ella vuelve a reír, un sonido ligero y cálido.

En el camino a la fiesta, la conversación fluye con la misma facilidad de siempre. Hablamos sobre Jodie, las decoraciones que Mara y sus amigas planearon, y los juegos que Harper aceptó organizar a regañadientes.

Le echo un vistazo, maravillándome de cómo se ha instalado en mi vida tan naturalmente. Si nota que la miro, no dice nada, solo mantiene su mirada enfocada hacia adelante.

Hoy es para Jodie, pero ¿esta noche? Esta noche es nuestra.

El hotel boutique, Vintage Villa, es encantador y discreto, con hiedra trepando por su fachada de ladrillo y un elegante letrero junto a la puerta. Es el tipo de lugar que se siente como un hogar mientras sigue siendo impresionante.

—Emma es la gerente aquí —dice Mara mientras nos acercamos a la entrada principal, su voz llevando un toque de orgullo.

En el interior, el sonido de risas y charlas llena el aire, mezclándose con el leve zumbido de música alegre. El espacio del evento está decorado con gusto, con globos vibrantes y manteles temáticos.

Hay una pequeña área de juegos en la esquina con colchonetas coloridas, juguetes y una piscina de bolas que claramente es un éxito entre los niños pequeños. Las mesas están dispuestas con aperitivos, cupcakes y bebidas tanto para niños como para adultos.

Diviso la esquina donde están los regalos y coloco cuidadosamente nuestros dos regalos allí.

Mara me hace señas desde donde está con dos mujeres cerca de la mesa del bufé.

—Emma, Harper —llama Mara—. Me gustaría presentaros a Adrian.

Emma es la primera en volverse, su amistosa sonrisa ensanchándose mientras me mira. Su cabello rubio miel está recogido en un moño pulcro, y ella irradia eficiencia y encanto.

Harper, una morena alta con un brillo travieso en los ojos, me examina de una manera que se

siente en partes iguales evaluadora y burlona.

—Así que este es el famoso Adrian —dice Harper con una sonrisa—. Mara nos lo ha estado ocultando.

—Harper —dice Mara, su tono una mezcla de mortificación y diversión.

Me río, ofreciendo mi mano. —Es un placer conocerlas a las dos. Mara las ha mencionado mucho.

—Cosas buenas, espero —dice Emma mientras estrecha mi mano cálidamente.

—Por supuesto —digo, mirando a Mara, que está tratando de no parecer nerviosa.

Mara se ríe más en compañía de sus amigas, y parece completamente a gusto. Es un lado de ella que no suelo ver a menudo, y hace que me enamore aún más de ella.

—Vamos —dice Mara, tirando de mi brazo—. Hay alguien más a quien tienes que conocer.

Me lleva hacia un grupo de niños pequeños reunidos alrededor de una pequeña área de juegos. Una niña, vestida con un vestido rosa brillante y un gorro de fiesta, es claramente el centro de atención.

Mara se agacha, su voz suave y llena de afecto. —Hola, Jodie. Este es mi amigo Adrian.

Jodie mira hacia arriba, sus grandes ojos azules llenos de curiosidad. Abraza un pequeño conejo de peluche, sus deditos aferrados a sus orejas.

—Hola, Jodie —digo, agachándome junto a Mara—. Feliz cumpleaños.

Jodie inclina la cabeza, estudiándome. Luego ofrece una sonrisa tímida, y algo en mi pecho se aprieta. —También es el cumpleaños de Conejito —dice, levantando el juguete.

—¿El cumpleaños de Conejito? Bueno, espero que a Conejito le gusten los cupcakes porque vi unos muy buenos por allá —digo, señalando la mesa de postres.

Ella ríe, su timidez desapareciendo. —A Conejito le encantan los cupcakes.

—Bueno, Conejito tiene un gusto excelente —digo con una sonrisa.

Antes de darme cuenta, estoy atrapado en un juego con Jodie y sus amigos. Me encuentro agachado en el suelo, rodando pelotas de un lado a otro y fingiendo ser un monstruo torpe cuando me las lanzan.

Los niños se ríen, sus risitas contagiosas, e incluso los padres, que miran desde cerca, parecen divertidos.

—Se te dan bien los niños —dice Mara desde detrás de mí.

Miro por encima de mi hombro, sonriéndole. —Son honestos. Si no les gustas, te lo hacen saber.

La mirada de Mara se suaviza, y por un momento, parece que el resto de la habitación se desvanece. La fiesta sigue zumbando a nuestro alrededor, pero todo lo que puedo pensar es en lo perfecta que se ve allí, observándome.

—Bueno —dice, rompiendo el momento—, no te pongas demasiado cómodo. Estoy segura de que Emma tiene más tareas de fiesta para ti.

Me río, volviendo a Jodie y sus amigos, sintiéndome como un niño.

Mara no estaba bromeando. Acabo ayudando con los niños pequeños, pero es divertido y me mantiene ocupado para no obsesionarme con lo de esta noche.

Capítulo 19: Adrian

El sol apenas empieza a ponerse cuando caminamos hacia el coche, el cielo surcado por tonos naranja y rosa. Mara lleva su bolso de mano en una mano, mientras su otro brazo está entrelazado suavemente con el mío.

La fiesta fue genial, mejor de lo que esperaba, pero esto, esto es lo que he estado esperando todo el día.

Le abro la puerta del pasajero, observándola mientras se desliza con gracia. Su risa de momentos atrás aún resuena en mi mente, haciéndome sonreír. Mientras rodeo el coche y me acomodo en el asiento del conductor, me giro hacia ella.

—La noche aún no ha terminado —digo.

Ella inclina la cabeza, entrecerrando los ojos juguetonamente. —¿No?

—No —respondo, arrancando el motor—. Apenas son las seis.

—¿Adónde vamos? —pregunta, con una risa burbujeante en su voz.

—Es una sorpresa —digo con una sonrisa, manteniendo los ojos en la carretera pero lanzándole una mirada. Está intrigada. Puedo notarlo por la forma en que se mueve ligeramente, con su curiosidad despertada.

—No puedo esperar —dice finalmente Mara. Apoya su mano en mi muslo—. Gracias por lo de hoy, estuviste genial. ¿Quién hubiera pensado...?

—¿Pensado qué? —pregunto, complacido con su elogio.

—Que el gran Adrian sería tan bueno con los niños. Eras como el flautista de Hamelín allí —dice Mara.

Me río, manteniendo los ojos en la carretera pero saboreando su elogio. —Siempre me han gustado los niños.

Ella ríe suavemente. —Pues fuiste todo un éxito. Especialmente cuando jugaste al corro de la patata con ellos.

—Eso fue táctico —respondo, sonriendo—. Pensé que un poco de mareo podría quemar parte de su subidón de azúcar.

La risa de Mara resuena, y se siente como una melodía que nunca quiero dejar de escuchar. —Bueno, misión cumplida. Jodie prácticamente estaba pegada a ti al final.

La miro brevemente. —Es una niña encantadora. Emma ha hecho un gran trabajo con ella.

—Realmente lo ha hecho —dice Mara—. Jodie tiene suerte de tenerla.

Caemos en un cómodo silencio por un momento antes de que yo pregunte: —¿Y qué hay del padre de Jodie? ¿Está presente?

Mara duda, sus dedos tamborileando ligeramente sobre su muslo. —No realmente —dice finalmente—. Emma no habla mucho de ello, pero por lo que entiendo, nunca lo ha estado.

—Eso es duro —digo, sintiéndolo de verdad—. Pero Emma es claramente una estrella. Jodie tiene todo lo que necesita.

—Lo tiene —asiente Mara, recuperando su sonrisa—. Y ahora tiene un tío increíble, aparentemente.

Me río, sacudiendo la cabeza. —No me des tanto crédito. Solo seguí su iniciativa.

Minutos después, entro en el hangar privado, donde el helicóptero brilla bajo los focos. Ella mira por la ventana, frunciendo ligeramente el ceño. —Espera un segundo...

Sonrío, pero no digo nada, disfrutando del suspenso.

Su jadeo es audible. —Adrian, ¿hablas en serio?

—Totalmente en serio —respondo, saliendo del coche y rodeándolo para abrirle la puerta—. Dijiste que te gustaban las sorpresas.

Sale lentamente, sus ojos muy abiertos mientras asimila la escena. —Esto es... ni siquiera sé qué decir.

—No tienes que decir nada. —Tomo su mano, guiándola hacia el helicóptero que nos espera.

El piloto nos saluda, y después de una breve explicación de seguridad, estamos abrochados. Cuando las aspas empiezan a girar, miro a Mara. Su emoción es palpable, sus ojos brillan mientras observa la ciudad debajo.

Tomé la decisión correcta. Este es el tipo de mujer que es: alguien que prospera con las experiencias, con lo extraordinario. Esta noche, me aseguraré de que sea un recuerdo que ninguno de los dos olvidará.

El helicóptero despega suavemente, la ciudad desplegándose debajo de nosotros en un deslumbrante despliegue de luces. Mara se inclina ligeramente hacia adelante, sus ojos abiertos con asombro. —Esto es increíble —dice, su voz llena de admiración.

Sonrío, observándola tanto como la vista. —Pensé que te gustaría.

—¿Gustarme? —Se gira hacia mí, riendo—. Esto es asombroso. Nunca he hecho algo así antes.

Sobrevolamos la ciudad, las calles de abajo reluciendo como venas de oro. Es fascinante, pero su reacción es lo que mantiene mi atención. Está feliz, genuinamente feliz, y siento una ola de orgullo sabiendo que tuve algo que ver en ello.

Cuando el helicóptero se acerca al hotel, la azotea entra en vista. Está elegantemente iluminada, con una pequeña e íntima mesa preparada para dos. El piloto aterriza suavemente, y cuando salimos, Mara mira alrededor, sus ojos brillando.

—¿Cena en una azotea? —pregunta, con voz teñida de incredulidad. Echa un vistazo a su ropa—. Debería haberme vestido mejor para esto.

—No —digo, atrayéndola a mis brazos para darle un breve beso—. Estás perfecta tal como estás.

La noche es perfecta. La comida, el vino, la atmósfera... todo palidece en comparación con ella. Mara está radiante, su risa llenando el espacio entre nosotros mientras hablamos. Cuando la sorprendo echando un vistazo a la vista, con una expresión nostálgica en su rostro, me doy cuenta de algo.

No solo le gustan las cosas más finas; las merece. Todas y cada una de ellas.

Mara inclina la cabeza hacia un lado. —Dime, ¿es así como tratas a todas tus novias?

—Nunca he conocido a alguien que me haga querer ir más despacio. Alguien que valga la pena el tiempo. Hasta ahora —digo.

Los labios de Mara se abren ligeramente, como si quisiera decir algo, pero en lugar de eso, alcanza su copa y toma un pequeño sorbo.

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. —Esto —señalo la azotea, la mesa iluminada por velas, la impresionante vista de la ciudad—. Esto no se trata de impresionar a alguien con quien estoy saliendo casualmente. Se trata de ti. De hacerte sonreír, hacerte reír, y ver esa chispa en tus ojos.

Mara está callada mientras sus dedos recorren el tallo de su copa de vino. Entonces me mira, su voz más baja que antes. —Me lo estás poniendo muy difícil, Adrian.

—¿Difícil para qué? —pregunto, mientras mi corazón acelera.

—Para mantener las cosas sin complicaciones —dice, bajando brevemente la mirada antes de volver a la mía—. Esto, todo esto, es increíble. Pero también es abrumador.

Extiendo el brazo por encima de la mesa, tomando su mano en la mía. —La vida ya es bastante complicada, Mara. ¿Qué hay de malo en dejarse llevar por un rato y disfrutar de esto? Disfrutar de nosotros?

Ella duda, sus muros visiblemente vacilando. Contengo la respiración, esperando, esperando que venga a mi encuentro.

Finalmente, aprieta ligeramente mi mano, con una pequeña y melancólica sonrisa en sus labios. —Lo haces sonar tan fácil.

—Contigo —digo, con voz firme—, lo es.

La tensión se alivia, y el resto de la cena fluye sin esfuerzo.

Cuando terminamos el postre, el piloto regresa para llevarnos de vuelta. En el viaje de regreso, Mara apoya su cabeza ligeramente contra mi hombro, su satisfacción evidente.

Así es como debería ser siempre. Solo ella y yo, creando momentos como este.

Cuando aterrizamos de nuevo en el helipuerto, y la ayudo a salir del helicóptero, ella se gira hacia mí, su sonrisa suave y cálida. —Gracias, Adrian. Por todo.

—Cuando quieras —digo, diciéndolo más en serio que nunca.

El viaje de regreso al apartamento de Mara es tranquilo, pero es el tipo de silencio que se siente pleno, cargado con el recuerdo de la velada.

Cuando nos detenemos frente a su edificio, apago el motor, girándome para mirarla. —Espero que esta noche haya sido todo lo que necesitabas después de ese caos de niños pequeños.

Ella se ríe. —Fue más de lo que jamás podría haber esperado. Gracias, Adrian. De verdad.

Luego, se mueve ligeramente en su asiento, sus ojos encontrándose con los míos. —¿Te gustaría subir?

Asiento, con una sonrisa tirando de mis labios. —Me encantaría.

Nos dirigimos al interior del edificio de apartamentos. Tan pronto como entramos, tomo su rostro entre mis manos y nuestros labios se encuentran. Sabe tan malditamente bien.

El beso se profundiza, una oleada de emoción y necesidad inundando cada centímetro de mí. Mara responde con igual fervor, sus manos deslizándose por mi pecho, acercándome más.

Nos separamos, sin aliento y desesperados. Mara toma mi mano, llevándome a su habitación.

Nuestra ropa cae al suelo en un frenesí de necesidad y deseo, el tiempo se desvanece mientras nos entregamos a la pasión que ha estado creciendo entre nosotros todo el día.

Piel contra piel, latidos sincronizados, nos perdemos el uno en el otro, una danza de fuego y llama que nos consume a ambos. Y en ese momento, solo existe Mara, solo yo, y la promesa tácita de lo que está por venir.

La segunda vez que hacemos el amor esa noche, es más lento, más tierno. Me tomo mi tiempo, queriendo saber qué le complace. Tomando un pezón a la vez, lo succiono suavemente, sintiéndola estremecerse debajo de mí.

Recorro su cuerpo, besando cada centímetro de su piel. Cuando llego a su centro, saboreo cada gusto y aroma, memorizando la forma en que responde a mi contacto.

Sus gemidos llenan el aire, música para mis oídos mientras la asalto con mis labios y lengua.

Mientras continúo mi exploración, las manos de Mara agarran las sábanas con fuerza, sus caderas arqueándose hacia mí en súplicas silenciosas por más.

—Te quiero, Adrian —dice finalmente.

Me coloco sobre ella y, provocándola con mi miembro, lo froto sobre sus pliegues empapados.

—Por favor —susurra Mara, sus ojos suplicándome.

Incapaz de resistir más, me introduzco en ella, sintiendo sus paredes estrecharse a mi alrededor. Hago una pausa por un momento, saboreando el calor y la estrechez antes de empezar a moverme de nuevo.

A medida que nuestra pasión alcanza su punto máximo, los gemidos de Mara se vuelven más fuertes y desesperados. La cama cruje debajo de nosotros mientras mantengo mi ritmo, cada movimiento haciendo que Mara grite de placer.

Sus dedos se clavan en mi espalda, sus uñas arañando mi piel mientras se aferra a mí como si fuera un salvavidas.

Llegamos al borde y caemos juntos, nuestros cuerpos temblando con el intenso placer que nos recorre.

Nuestros ojos se encuentran mientras alcanzamos el clímax, nuestros corazones acelerándose al unísono mientras culminamos juntos de una manera que es a la vez íntima y poderosa.

***

La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, proyectando un resplandor dorado a través de su dormitorio. Mara se mueve a mi lado, su cabello una cascada salvaje contra las almohadas.

Por un momento, solo la observo, mi pecho apretándose con algo que no puedo definir. Se ve tranquila, satisfecha. Desearía poder congelar este momento y aferrarme a él para siempre.

Quiero decirle tanto. Que me he enamorado de ella. Que quiero estar con ella para siempre. Pero sé que es demasiado, demasiado pronto para ella. Tengo que tener cuidado de no asustarla.

Su teléfono suena en la mesita de noche, rompiendo la quietud. Ella lo alcanza, gruñendo suavemente antes de contestar. —¿Hola?

No puedo escuchar el otro lado de la conversación, pero la repentina tensión en sus hombros me dice lo suficiente. Murmura algunas palabras antes de colgar, luego se vuelve hacia mí, con expresión apologética.

—Era mi padre —dice—. Quiere que vaya a cenar esta noche.

Me siento, apoyando mi brazo en el cabecero. —¿Está todo bien?

Ella asiente, echándose el pelo hacia atrás. —Sí, solo... cosas de familia. Ha pasado un tiempo desde que cenamos juntos. Realmente no podía negarme.

Extiendo la mano, colocando un mechón suelto detrás de su oreja. —Espero que vaya bien.

—Gracias —dice suavemente, su sonrisa sin llegar realmente a sus ojos. Por un momento, me pregunto si hay algo más, pero no insisto. En cambio, me inclino, presionando un beso en su frente.

—¿Quieres que te prepare el desayuno antes de irme? —ofrezco.

Ella ríe ligeramente, sacudiendo la cabeza. —La última vez tú hiciste el desayuno. Es mi turno. —Con eso, se levanta y se dirige al baño.

Tengo curiosidad sobre la familia de Mara. Sus llamadas con su padre son rápidas y apresuradas. Me gusta que se vean a menudo, pero no suena como un tiempo familiar relajado. El único indicio de que no todo está bien es lo que Mara me contó sobre su madrastra.

Debe ser ella quien la hace sentir incómoda. Hace que sea una prueba pasar tiempo con su padre. Mi corazón se encoge al imaginar una cena donde Mara se sienta no deseada.

Ella sale del baño, con una toalla envuelta alrededor.

—¿Tu madrastra hace que las cosas sean incómodas para ti? —le pregunto.

Mara pone los ojos en blanco mientras se viste con unos shorts y una camiseta. —Es su especialidad.

Sí, es justo como sospechaba. No es de extrañar que nunca parezca feliz de ir a casa.

—¿A qué hora te vas? —le pregunto.

—Me iré a las seis —dice Mara—. Tenemos mucho tiempo hasta entonces. ¿Quieres dar un paseo después del desayuno?

Planeo estar fuera de su apartamento a las seis. La llevaré a cenar a casa de sus padres. Dependerá de Mara decir quién soy, pero no dejaré que nadie intimide a mi mujer o la haga sentir menos.

—Magnífica idea —digo—. Un paseo suena fantástico. —La atraigo de nuevo a mi lado. Si esta mañana es todo lo que tenemos, planeo aprovecharla al máximo.

Capítulo 20: Mara

Alisé mi vestido mientras estaba sentada en mi mesa de comedor, con el informe pulcramente impreso frente a mí. Mis ojos recorren nuevamente el plan de acción, y mi estómago se retuerce de culpa. Las estrategias son brillantes, incluso innovadoras, pero no puedo atribuirme todo el mérito.

Algunas de las ideas no son mías. Son de Adrian. O, más precisamente, de Strategic Agency.

Me siento enferma, el peso de mi traición me oprime. Adrian confía en mí, se preocupa por mí, y aquí estoy, utilizándolo a él y a su empresa para asegurar un acuerdo para la compañía de mi padre.

Doblo el informe y lo meto en mi bolso, forzándome a contener las náuseas que me arañan la garganta.

Yo me metí en este lío. Ahora tengo que afrontar las consecuencias.

Agarro mis llaves del coche, respiro hondo y salgo por la puerta. Mientras desciendo en el ascensor, mi mente se acelera, llena de planes para la noche y temor por lo que está por venir.

Cuando las puertas del ascensor se abren, mi corazón casi se detiene.

Adrian está de pie en el vestíbulo, apoyado casualmente contra una columna, vestido con una elegante chaqueta azul marino y una camisa blanca impecable. Parece en todo aspecto el hombre seguro del que me enamoré, y verlo me llena de terror.

—¿Qué haces aquí? —suelto, con un tono más cortante del que pretendía.

Él se endereza, una sonrisa lenta y despreocupada se extiende por su rostro mientras se acerca a mí. —Pensé que te vendría bien algo de apoyo —dice, inclinándose para presionar un suave beso en mi mejilla—. Así que decidí llevarte a cenar a casa de tu padre.

El pánico se eleva como una ola gigante, estrellándose sobre mí. *No. No, no, no.* Esto no puede estar pasando.

—Oh, Adrian, eso es muy considerado —logro decir, con voz temblorosa—. Pero realmente no tenías que hacerlo.

Él toma ligeramente mi brazo, guiándome hacia la salida. —Por supuesto que sí —dice, con un tono cálido pero firme—. ¿Qué clase de novio sería si no lo hiciera?

Novio. La palabra me atraviesa como un cuchillo, y mis pasos vacilan. Me obligo a seguir moviéndome, mi mente buscando desesperadamente una salida a esta situación.

Salimos y veo mi coche estacionado justo enfrente. Adrian me acompaña hasta él, su mano todavía reposando ligeramente en mi brazo. Estoy entumecida por la conmoción, mis pensamientos acelerándose mientras busco una excusa plausible para evitar que venga conmigo.

—Adrian —comienzo, deteniéndome y volviéndome para mirarlo—. Aprecio esto, de verdad, pero esta noche es más bien algo familiar. Es complicado.

Él frunce el ceño, inclinando la cabeza mientras me estudia. —¿Está todo bien? Has estado tensa toda la semana.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y asiento rápidamente, demasiado rápido. —Sí, todo está bien. Es solo que mi padre puede ser difícil, y no quiero meterte en eso.

—Puedo manejar lo difícil —dice con una sonrisa, abriendo la puerta del pasajero para mí —. Vamos, Mara. Déjame estar ahí para ti.

Trago saliva, subiéndome al coche mientras el temor se asienta en mi pecho. Adrian cierra la

puerta y rodea el coche hasta el lado del conductor. Mientras se desliza en el asiento y arranca el motor, agarro mi bolso con fuerza, sintiendo los bordes del informe presionando contra mis dedos.

¿Cómo se supone que voy a navegar por esto? ¿Cómo puedo evitar que descubra la verdad esta noche? Las mentiras que he construido amenazan con derrumbarse, y Adrian no tiene idea de que está caminando directamente hacia el medio de todo esto.

Adrian me mira mientras arranca el coche. —¿Cuál es la dirección de tu padre?

Busco torpemente una excusa, un último intento desesperado para evitar que este desastre ocurra. —Adrian, de verdad, no tienes que hacer esto. Es una cena familiar. Te sentirás fuera de lugar...

Él me interrumpe con una sonrisa confiada. —Quiero conocerlo, Mara. Además, estoy seguro de que todo saldrá bien. Ahora, ¿la dirección?

Lo miro fijamente, con el pulso acelerado. No hay forma de salir de esto, no sin levantar sospechas. Me entrega su teléfono y con manos temblorosas lo tomo e introduzco la dirección de mi padre en el GPS.

La sonrisa de Adrian se profundiza, completamente ajeno a la tormenta que se avecina dentro de mí.

—Perfecto —dice mientras empieza a conducir, con un tono ligero y despreocupado. ¿Cómo puede estar tan tranquilo cuando yo siento que estoy a punto de combustionar espontáneamente?

En el momento en que está concentrado en la carretera, saco mi teléfono y abro el chat grupal con Harper y Emma. Mis dedos tiemblan mientras escribo un mensaje frenético.

Yo: Pánico. Estoy de camino a casa de mi padre con Adrian a cuestas. Insistió en venir para apoyarme. ¿Qué hago??

La respuesta es casi instantánea.

Emma: ¡¿QUÉ?! ¿Cómo pasó esto?

Harper: Mara. ¿Cómo? ¡¿Por qué?!

Mara: Simplemente apareció. No podía decir que no sin que pareciera extraño. Cree que es solo una cena familiar casual.

Emma: Vale, respira hondo. Actúa con normalidad. Finge que solo es tu jefe que viene a cenar contigo.

Harper: Apoyo eso. Actúa como si no fuera gran cosa. Mantén a Adrian lejos, muy lejos, de cualquier cosa incriminatoria.

Trago con dificultad, mi corazón martilleando. ¿Fingir que no es gran cosa? Fácil decirlo para ellas.

Adrian me mira brevemente. —¿Algo que deba saber sobre tu padre? ¿Algo que le apasione? Podría ayudarnos a conectar.

Fuerzo una sonrisa, mi voz más firme de lo que me siento. —Los negocios. Todo gira en torno a los negocios para él.

Adrian asiente pensativo. —Bueno saberlo. Me aseguraré de dar lo mejor de mí.

Mientras tanto, estoy gritando por dentro. La casa se acerca cada vez más con cada momento que pasa, y todo lo que puedo pensar es en abrir la puerta ante la mirada perpleja de mi padre, los ojos inquisitivos de Stacy, y Adrian caminando hacia un campo minado del que no tiene idea.

Agarro la manija de la puerta, cruzando por mi mente un pensamiento fugaz. Si saltara

ahora, tal vez podría evitar todo este desastre. Pero el coche desacelera, y el GPS anuncia: —Has llegado a tu destino.

Adrian estaciona el coche y se vuelve hacia mí, con una expresión confiada, casi ansiosa, en su rostro. —Vamos allá.

Asiento débilmente, esbozando una sonrisa mientras alcanzo la manija de mi puerta. Esto está bien, me digo a mí misma. Esto está totalmente bien.

Pero en el fondo, sé que esto es todo menos estar bien.

—Bonita casa —dice Adrian mientras lo guío por los anchos escalones de piedra—. Debe haber sido divertido crecer en un lugar como este.

—Gracias —digo débilmente, apenas encontrando mi voz. Cada paso más cerca de la puerta principal se siente como si estuviera marchando hacia mi perdición.

Adrian nota mi silencio. —¿Estás bien? —pregunta, su mano rozando ligeramente mi brazo.

—Sí, estoy bien —fuerzo una sonrisa, enderezando mis hombros e intentando tragar mi miedo. ¿La verdad? Me siento a punto de desmayarme. Pero no puedo dejar que él lo vea.

La puerta se abre de golpe, y la criada nos recibe con su habitual profesionalidad. —Buenas noches, señorita Mara. Buenas noches, señor —dice con un educado asentimiento hacia Adrian. Luego se hace a un lado para dejarnos entrar—. Todos están en el comedor.

Yo lidero el camino, mis pasos se sienten como pesas de plomo que me arrastran hacia abajo. Oigo los pasos de Adrian justo detrás de mí.

¿Cómo puede estar pasando esto?

—Mara, por fin estás aquí —dice mi padre cuando entramos al comedor. Levanta la vista desde su asiento en la cabecera de la mesa, con impaciencia dibujada en su rostro.

—Hola, padre —me inclino para besar su mejilla rápidamente antes de volverme hacia Stacy —. Stacy —la saludo, manteniendo mi voz neutra.

Stacy está mirando a Adrian, con la boca ligeramente abierta por la sorpresa. Sus ojos van de uno a otro mientras añado: —Padre, Stacy, he traído un invitado para la cena. Este es Adrian Stone, mi jefe en Strategic Agency.

Adrian da un paso adelante, extendiendo su mano hacia mi padre. —Buenas noches, señor. Es un placer conocerlo.

Mi padre toma su mano, su expresión oscilando entre confusión y cautela. —Buenas noches —responde, con un tono medido.

Adrian no parece notar la tensa incomodidad que cuelga en la habitación. En cambio, sonríe cálidamente y saluda a Stacy, que logra un débil "Hola" a cambio.

La criada nos dirige a nuestros asientos, y mientras me siento, noto a mi padre lanzándome una mirada interrogante. Los ojos de Stacy están prácticamente pegados a Adrian.

Mientras se sirve la comida, Adrian llena sin esfuerzo el silencio con conversación, elogiando el vino y el hermoso entorno. —Es una casa preciosa —dice, mirando alrededor con aprecio—. Puedo ver de dónde saca Mara su buen gusto.

—Siempre ha sido especial —interviene Stacy, su voz llevando un matiz sarcástico que dudo que Adrian capte.

—Me di cuenta de eso desde el principio cuando vino a trabajar con nosotros. Somos muy afortunados de tenerla —Adrian se vuelve hacia mí y toca mi brazo en un gesto cariñoso.

Un gesto que le dice a todos que hay sentimientos involucrados. Debería haberle advertido

que mantuviera en secreto lo que está pasando entre nosotros. Excepto que estaba tan concentrada en buscar formas de evitar que viniera conmigo, que nunca se me pasó por la mente.

—La ética de trabajo de Mara es incomparable —continúa Adrian, sonriendo—. Es la única que llega al trabajo más temprano que yo.

—Esa es nuestra Mara —dice Stacy dulcemente, pero la mirada que me lanza es todo menos dulce.

Adrian no pierde el ritmo. —Le hemos ofrecido un puesto permanente en Strategic Agency, pero aún no lo ha aceptado. Es increíblemente talentosa, y tenemos suerte de tenerla.

—Entonces, Mara —dice Stacy—. ¿Por qué te resistes a aceptar el trabajo? Encontrar una buena posición así no es fácil. Deberías estar saltando de alegría.

La fulmino con la mirada, pero cuando noto que Adrian me está observando, rápidamente compongo mis facciones en una sonrisa educada. —Estoy esperando otra oportunidad, como bien sabes —digo, con un tono ligero pero directo.

Stacy sorbe su vino y dice con fingida inocencia: —A veces pierdes el cuatro mientras vas por el ocho.

—Stacy —dice mi padre bruscamente, su tono llevando una advertencia.

Pero luego se vuelve hacia Adrian, su mirada penetrante fijándose en él. —Parece que hay algo más entre ustedes dos que solo jefe y empleada.

Adrian no vacila. —Sí, señor. Voy en serio con su hija. Nunca he conocido a nadie como Mara.

Mi pecho se aprieta dolorosamente, y mantengo la mirada firmemente en mi plato. No puedo soportar mirar a mi padre o a Stacy. La mano de Adrian encuentra la mía, sudorosa, nuevamente.

—Mi familia también la adora —continúa Adrian, su voz llena de calidez—. Nunca me han visto tan feliz.

Mi estómago se revuelve. Voy a enfermarme. Mi padre permanece en silencio, su tenedor detenido en el aire, y Stacy esconde una sonrisa presumida detrás de su copa. Me obligo a tomar un bocado de comida, aunque siento que podría ahogarme.

Por favor, que esta cena termine pronto. No sé cuánto tiempo más puedo mantener esta farsa.

La cena parece interminable. Adrian, siempre el conversador, lleva la mayor parte con facilidad. Su encanto llena los silencios incómodos, dejándome para empujar silenciosamente mi comida alrededor del plato.

Cuando la cena termina, dejo mi tenedor, tratando de mantener mi voz firme. —Probablemente deberíamos irnos ya. Ha sido un día largo.

Adrian me mira, sorprendido. —¿Tan pronto? Pensé que podríamos quedarnos un poco más.

Mi padre se aclara la garganta, y siento su mirada posarse en mí. —En realidad, Adrian, ¿por qué no tomamos una copa en el estudio antes de que te vayas? Mara puede unirse a Stacy para un café en la sala de estar.

El pánico se enciende en mi pecho. Fuerzo una sonrisa, aunque mi corazón está acelerado. —Eso suena bien, pero...

—Perfecto —interrumpe Adrian, su sonrisa amplia y despreocupada—. Me encantaría.

Mi padre se levanta, su expresión ilegible, y hace un gesto para que Adrian lo siga. —Por aquí.

Adrian me mira, claramente disfrutando, y yo asiento, de alguna manera logrando no dejar que las comisuras de mi boca tiemblen. Cuando los dos hombres salen de la habitación, Stacy se levanta, su sonrisa transformándose en algo presumido y triunfante.

—Vamos, querida —dice, haciendo un gesto hacia la sala de estar—. Tengamos una pequeña charla.

A regañadientes, la sigo, mi estómago atándose en nudos más apretados con cada paso. La sala de estar está tan prístina y fría como siempre, con sus muebles perfectamente dispuestos y superficies estériles y pulidas.

Stacy cambió los muebles tan pronto como se mudó, reemplazando los asientos cálidos y acogedores de mi madre con cosas de diseñador más adecuadas para una casa de exhibición.

Se sienta con gracia practicada, cruzando las piernas mientras recoge una taza de café de la bandeja que la criada ha dispuesto.

—Debo decir, Mara —comienza, con un tono meloso pero afilado—, ciertamente sabes cómo sorprendernos. ¿Traer a tu jefe a cenar? Bastante audaz.

—No estaba planeado —digo uniformemente, agarrando mi taza de café con fuerza—. Adrian insistió.

—Por supuesto que lo hizo —responde, su sonrisa fina como una navaja—. Y por la forma en que habla de ti, claramente está enamorado. Pero dime, Mara, ¿lo sabe él? ¿Sabe quién eres realmente?

Mi pulso se acelera, y rezo para que mi cara no me delate. —No sé a qué te refieres.

—Oh, vamos —Stacy se inclina hacia adelante, su voz baja y conspiratoria—. Es solo cuestión de tiempo antes de que la verdad salga a la luz. Espero que estés preparada para las consecuencias.

Dejo la taza de café cuidadosamente, aunque mis manos tiemblan ligeramente. —Lo que hago y cómo manejo mi vida no es asunto tuyo, Stacy.

—Quizás —dice con un encogimiento de hombros exagerado—. Pero tu padre ciertamente tendrá algo que decir al respecto. ¿Y Adrian? Bueno, no puedo imaginar que se lo tome a la ligera. Una cosa es trabajar en su empresa bajo falsos pretextos, pero ¿hacer que el hombre se enamore de ti?

—Estoy segura de que sabes mucho sobre eso —digo ácidamente, y luego inmediatamente me arrepiento de mis palabras. Palabras que le serán repetidas a mi padre y en este momento, no puedo permitirme antagonizarlo más.

Mis palabras dan en el blanco cuando la boca de Stacy se reduce a una línea fina. —Te diré esto, disfrutaré viendo cómo se desarrolla todo esto.

Mi corazón se siente como si estuviera siendo apretado en un tornillo. —Si tienes algo que decir, Stacy, dilo de una vez.

Su sonrisa se ensancha, su ceño fruncido desaparecido. —Oh, creo que he dicho suficiente. Disfruta el resto de tu noche, querida.

Me levanto abruptamente, necesitando alejarme antes de decir algo más de lo que me arrepentiré. —Con permiso —murmuro, saliendo de la sala de estar y dirigiéndome al estudio.

El sonido de risas me llega antes de abrir la puerta: la de Adrian y la de mi padre. Es ligera, fácil. Odio imaginar de qué han estado hablando.

Vacilo por un momento, mi mano en la manija, insegura de en qué me estoy metiendo. Pero

no puedo quedarme aquí, clavada al suelo. Respirando profundamente, abro la puerta.

Adrian y mi padre levantan la mirada, sus expresiones relajadas. Adrian parece cómodo, su sonrisa cálida, pero la mirada de mi padre es aguda, diseccionándome con una expresión ilegible.

—Siento interrumpir —digo, mi voz cortante, a pesar de mis mejores esfuerzos por sonar normal—. Adrian, realmente deberíamos irnos.

Adrian me mira con un destello de sorpresa pero no discute. Se levanta, extendiendo su mano hacia mi padre. —Gracias por la bebida, señor Thornton.

Mi padre sonríe levemente, aunque sus ojos permanecen fijos en mí. —Fue un placer, Adrian. Conduce con cuidado.

Adrian coloca una mano en la parte baja de mi espalda mientras nos vamos, y el contacto envía una mezcla de anhelo y tristeza a través de mí. Afuera, el aire fresco de la noche roza mi piel, pero no hace nada para calmar el desánimo que se ha instalado dentro de mí.

Él no merece ser engañado de esta manera.

—¿Todo bien? —pregunta Adrian mientras entramos al coche.

Asiento rápidamente, forzando una sonrisa. —Sí. Solo vámonos.

Capítulo 21: Adrian

En el camino de regreso al apartamento de Mara, no puedo dejar de repetir mentalmente la cena con su padre y Stacy. Estoy de acuerdo con lo que Mara dijo hace unas semanas. La única razón por la que Stacy se casó con su padre fue por motivos materiales.

Ella no muestra ningún amor hacia él, mientras que se puede ver el amor que el padre de Mara tiene por ella. Una triste situación, pero no hay nada que nadie pueda hacer al respecto.

El padre de Mara fue educado pero reservado durante la cena. Noté las miradas punzantes que Stacy seguía lanzando a Mara, y la extraña tensión que llenó la habitación cuando mencioné que iba en serio con ella.

¿Su padre lo aprobaba? ¿O estaba receloso?

Odiaría pensar que no aprueba que salga con su hija. Agarro el volante con un poco más de fuerza, mirando a Mara. —Tu padre es interesante —digo, tratando de sonar casual—. Es un hombre difícil de leer.

Ella gira levemente la cabeza, encontrándose brevemente con mi mirada. —Es así con todo el mundo. No te lo tomes como algo personal.

—No lo hice —digo rápidamente—. Pero cuando le dije que iba en serio contigo, no pude distinguir si estaba contento o listo para echarme.

Una pequeña sonrisa tira de sus labios, pero no llega a sus ojos. —Es protector, eso es todo.

—Es comprensible —respondo, dejando el tema descansar por un momento. Pero hay algo más que me inquieta, algo que no puedo dejar pasar—. Sin embargo, lo que dijiste durante la cena... sobre esperar otra oportunidad. ¿Es por eso que no has aceptado el puesto permanente?

Ella no contesta inmediatamente y el silencio se prolonga. El zumbido del motor es el único sonido entre nosotros durante unos largos momentos. La miro de nuevo, y se está mordiendo el labio inferior como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado.

Finalmente, exhala. —Es más que eso, Adrian.

Espero, dándole espacio para que se explique.

Se gira para mirarme, con la voz más baja ahora. —No creo que sea una buena idea que sigamos trabajando juntos. No cuando estamos involucrados románticamente.

Mi primera reacción es negativa. Quiero verla todo el día y toda la noche, si es posible. Es extrañamente doloroso que ella no sienta lo mismo. Sin embargo, mi mente racional sabe que Mara tiene mucho sentido.

—Ya veo —digo cuidadosamente—. Tiene sentido.

—¿Lo tiene? —pregunta.

—Lo tiene —repito, manteniendo un tono ligero—. Me dice que vas en serio con esto... con nosotros. Que estás pensando a largo plazo. Me hace feliz, Mara.

Sus labios se separan como si estuviera a punto de decir algo, pero los cierra de nuevo, con una expresión indescifrable.

—Mara —digo—. Sé que eres cautelosa, pero no tienes que serlo. Estamos bien juntos, y estoy dispuesto a hacer cualquier cambio que necesitemos para que esto funcione.

Siento que hemos dado un giro. Mara está pensando en nosotros seriamente; no sugeriría dejar Strategic si no fuera así.

Me detengo junto a la acera frente al apartamento de Mara y pongo el coche en punto

muerto. La calle tranquila está iluminada por farolas, su resplandor reflejado en sus ojos. Me mira, con una pequeña sonrisa en sus labios, pero hay algo en su expresión, ¿vacilación, tal vez? No puedo identificarlo del todo.

—Gracias por esta noche —dice desabrochándose el cinturón—. Nos vemos mañana en el trabajo.

Me inclino y suavemente tomo su mano antes de que pueda alcanzar la manija de la puerta. —Mara.

Ella se vuelve hacia mí, sus ojos buscando los míos. No suelto su mano mientras me acerco, rozando mis labios contra los suyos. El beso es suave, prolongado, como si estuviera tratando de decirle todo lo que no puedo expresar con palabras.

Cuando me retiro, sus mejillas están ligeramente sonrojadas y su respiración es irregular. —Te veré mañana.

Su sonrisa se profundiza, aunque todavía hay algo reservado en sus ojos. —Buenas noches, Adrian.

—Buenas noches, Mara —respondo, soltando su mano con reluctancia.

La observo mientras sale del coche y camina hacia el edificio. Justo antes de desaparecer dentro, ella mira por encima de su hombro, ofreciéndome una última sonrisa. Me quedo sentado, mirando hasta que la puerta se cierra tras ella, mi pecho apretado con emociones que ni siquiera puedo empezar a desenredar.

No puedo esperar a que llegue mañana.

***

Mara se sienta frente a mí, con su iPad preparado, leyendo la agenda de hoy. Está tranquila, serena y tan malditamente hermosa.

—Tienes una reunión con el equipo de Lerose a las diez —dice, con un tono eficiente—. Y no olvides que asistirás a la cena de Filantropía y Networking esta noche.

Levanto una ceja. —¿Es esta noche?

Ella asiente. —Pensé en recordártelo ahora, por si necesitas ajustar tu horario.

—Buena idea. —Me recuesto en mi silla, considerándolo—. Ven conmigo.

Ella levanta la mirada, sorprendida. —Paso.

Frunzo el ceño, dolido por el rechazo directo. —No es personal, Mara. Es trabajo. Esto es importante para ti también. ¿No me dijiste que tu sueño es trabajar en una agencia en el futuro? Esta es una buena oportunidad para ti.

Ella duda, luego asiente. —De acuerdo, si insistes. Es solo que pensaba adelantar algo de trabajo esta noche.

Me río, conmovido por su dedicación. —Tu horario termina a las cinco, como el de todos los demás.

Ella esboza una pequeña sonrisa y se levanta. —Entendido. Estaré lista.

Mientras se va, sacudo la cabeza, divertido. Si hay algo que caracteriza a Mara es que siempre da más de lo requerido. Odio la idea de que vaya a trabajar para otra agencia, luego me recuerdo que está haciendo esto por nosotros.

Estoy inmerso en el trabajo de clientes cuando suena el intercomunicador. —Adrian —dice Mara—. María quiere verte.

—Que pase.

Un momento después, María entra en mi oficina, con expresión sombría.

Mi estómago se tensa. —¿Qué sucede?

—Se trata de Steve —comienza, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Deja la agencia. Con efecto inmediato.

Me siento más erguido, asimilando el peso de sus palabras. —¿Se va? ¿Por qué?

—Razones personales —dice María, aunque su tono implica que hay más.

—Razones personales —repito, recostándome en mi silla—. Qué conveniente.

—Sé que es un contratiempo —dice rápidamente—, pero la mayor parte del trabajo preliminar para Lerose está hecho. Nos las arreglaremos.

—Bien —digo bruscamente—. Asegúrate de que así sea.

María asiente y se va. Exhalo bruscamente, tratando de controlar mi frustración. El momento elegido por Steve no podría ser peor. Es uno de nuestros mejores miembros del equipo, lleno de ideas y energía.

A las diez, salgo de mi oficina hacia la sala de conferencias, con Mara siguiéndome. Mientras caminamos, la miro. —Steve acaba de renunciar.

Sus pasos vacilan. —¿Renunciar? ¿Así sin más?

—Sí. —Mi voz es tensa—. Sin aviso, sin explicación. Razones personales.

Entramos en la sala de conferencias, y el equipo queda en silencio. La noticia ya se ha propagado, a juzgar por las miradas incómodas y los susurros silenciosos.

No pierdo tiempo. —Acabamos de perder a Steve —anuncio, con tono cortante—. Con efecto inmediato. No va a volver.

Murmullos recorren la sala.

—¿Dijo por qué? —se aventura alguien con cautela.

—Razones personales —respondo bruscamente—. Pero todos sabemos que eso es solo un código para algo más.

Una voz desde el fondo murmura: —Escuché que lo captó Optimal Solutions.

Una capa de hielo cubre mi piel. Mi mandíbula se tensa. —Si eso es cierto, no estamos tratando solo con una renuncia. Esto es sabotaje.

La sala queda en silencio, con la tensión espesa en el aire. Mi mirada recorre la mesa, posándose en Mara. Ella encuentra mis ojos, su expresión tan consternada como la mía. Todos sabemos lo que significa cuando un empleado se va a trabajar para la competencia.

Lo están captando, y en este caso solo puede ser por el Proyecto Lerose. Se ha llevado toda nuestra inteligencia, todo nuestro trabajo a Optimal. Si es cierto.

—Esto es lo que vamos a hacer —digo, reenfocándome. Asigno las responsabilidades de Steve a los miembros restantes del equipo, redistribuyendo la carga de trabajo de manera uniforme—. No podemos permitirnos perder impulso. Todos deben estar en su mejor momento.

Al terminar la reunión, cruzó miradas con Mara. —¿Puedes asegurarte de que todos tengan lo que necesitan para seguir adelante? —pregunto.

—Por supuesto —responde, y por un momento, siento que el nudo en mi pecho se afloja. Si hay alguien que puede mantener las cosas en orden, es ella.

De vuelta en mi oficina, llamo a Chloe. —Necesito que averigües si Steve se ha unido a Optimal —digo sin preámbulos.

Chloe duda. —Eso podría ser difícil. Si es cierto, lo negarán.

—Entonces sé discreta —insisto—. Usa contactos de la industria, lo que puedas. Quiero respuestas.

Desconecto la llamada y me recuesto, con pensamientos acelerados. Si Optimal ha captado a Steve, podrían tener información crítica sobre nuestra propuesta. Las apuestas nunca han sido tan altas.

El resto del día es un borrón de llamadas, correos electrónicos y reuniones. Presiono más al equipo, apretando los plazos y redoblando la supervisión. Mi frustración alimenta mi determinación. No podemos perder este proyecto.

A las cinco, un ligero golpe en la puerta de mi oficina me saca de las profundidades de mi bandeja de entrada. Levanto la vista para ver a Mara asomándose.

—Me voy para prepararme para la cena —dice, con un tono neutral pero sus ojos escaneando mi rostro como si estuviera evaluando mi humor.

—¿Cena? —Parpadeo, momentáneamente confundido, luego gimo cuando me doy cuenta—. Maldición, lo olvidé por completo.

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa. —Bueno, es una suerte que me tengas para recordártelo.

Me froto la cara con una mano, debatiendo si puedo salirme con la mía cancelando. Pero no, es importante, no solo para mí, sino para la agencia. Solo las oportunidades de networking hacen que valga la pena el esfuerzo. Exhalo bruscamente y sacudo la cabeza.

—No, vamos a ir —digo firmemente—. Pasaré a recogerte a las seis y media.

Mara asiente. —De acuerdo. No llegues tarde. —Se queda un momento, como si estuviera a punto de decir algo más, luego simplemente ofrece un pequeño saludo antes de salir.

Cuando la puerta se cierra, me recuesto en mi silla y miro la hora. Menos de una hora para terminar mi día.

Me aparto de mi escritorio, decidiendo que si quiero que esta noche valga la pena, necesito despejar mi mente. No más pensamientos sobre Steve, Optimal o el proyecto Lerose, por ahora.

Esta noche, se trata de mostrarle a Mara que la valoro, no solo como empleada o incluso como mi cita, sino como alguien que se ha vuelto esencial. Ella ha estado manejando más de lo que le corresponde últimamente, y aun así, ha aceptado acompañarme esta noche.

Eso no pasa desapercibido para mí.

Para cuando salgo de la oficina, ya estoy planeando mentalmente la noche que nos espera. Será agradable relajarse y divertirse con Mara.

En casa, me meto en la ducha, dejando que el agua caliente lave la tensión del día. Ha sido toda una montaña rusa: desde la renuncia de Steve, la reunión, hasta la incesante frustración que me ha consumido.

Pero ahora, mi enfoque cambia. Esta noche no se trata del caos en el trabajo, esta noche es sobre Mara.

Al salir, me seco con la toalla y me dirijo al armario. Una fila de trajes y esmóquines me recibe, pero esta noche requiere algo especial. Me decido por un esmoquin negro, perfectamente a medida, el tipo de cosa que grita sofisticación sin esforzarse demasiado.

Mientras me abrocho la camisa blanca y almidonada, capto mi reflejo en el espejo. Mi pelo está ligeramente húmedo, cayendo lo justo para hacerme parecer menos el tipo corporativo y más accesible.

Me sonrío en el espejo. *Vamos, Adrian, has hecho esto cientos de veces. Es solo otro evento.*

Excepto que no lo es.

Esta vez, no asisto solo o con un colega. Esta vez, voy con Mara. Mi Mara. Este pensamiento me envía una ola de placer, del tipo que no he sentido en años.

Agarro una pajarita de seda negra, luchando con ella por un momento antes de finalmente atarla perfectamente. La chaqueta se desliza suavemente, y completo el look con zapatos de cuero negro pulido.

Por un momento, me quedo ahí, ajustando mis gemelos, debatiendo si cambiarlos por algo más elegante. Me río de mí mismo. ¿Desde cuándo me importan los gemelos?

Desde Mara.

Agarro mi billetera, llaves y teléfono y me dirijo a la puerta, deteniéndome una última vez para comprobar mi reflejo. Me veo bien. Digno de la hermosa mujer que estará en mi brazo esta noche.

En el camino al apartamento de Mara, me encuentro tamborileando con los dedos en el volante, con las luces de la ciudad pasando borrosas. No puedo esperar para verla.

Cada vez que la veo, se supera a sí misma. Esta noche, quiero que se sienta apreciada, valorada, no solo como mi cita, sino como alguien que rápidamente se está volviendo indispensable en mi vida.

Me detengo frente a su edificio y la veo inmediatamente. Está parada en la acera, vistiendo un vestido verde esmeralda profundo que atrapa la luz perfectamente. Sostiene un pequeño bolso de mano, y su pelo está peinado elegantemente, pero no excesivamente elaborado.

Se ve perfecta.

Salgo del coche, mi corazón latiendo salvajemente cuando sus ojos se encuentran con los míos. Mara es la única mujer capaz de hacerme olvidar todo lo demás que está pasando en mi vida solo con su presencia.

—Te ves impresionante —digo, con la voz ligeramente ronca.

Ella sonríe, sus ojos iluminándose. —Tú también te ves muy guapo.

Abro la puerta del pasajero para ella, extendiendo mi mano para ayudarla a entrar. Ella la toma, sus dedos cálidos contra los míos, y le doy un rápido beso en la mejilla antes de que se acomode en el asiento.

Mientras me deslizo de vuelta al asiento del conductor y me alejo de la acera, la miro de nuevo, mi pecho apretándose. —Estoy muy agradecido de tenerte en mi vida —le digo, con emociones amenazando con abrumarme.

Ella sonríe. —Me alegro de que estés en la mía también.

Capítulo 22: Mara

No hay necesidad de entrar en pánico.

Lo más probable es que no conozca a nadie en la cena, y nadie me reconocerá. No soy precisamente una mariposa social. Pero mientras Adrian nos conduce al lugar, mis manos no pueden quedarse quietas en mi regazo.

—Estás callada —dice Adrian, mirándome de reojo.

—Siempre estoy callada —respondo con ligereza, esperando que mi voz no traicione los nervios que burbujean justo bajo la superficie.

Él se ríe. —Cierto. Pero esto se siente diferente. ¿Estás nerviosa?

—No —digo demasiado rápido, luego fuerzo una pequeña risa—. Bueno, tal vez un poco. Un gran evento elegante, muchos desconocidos. Ya sabes, lo habitual.

La mentira sale de mis labios con facilidad. Es triste en lo que me he convertido con Adrian, en una mentirosa. He asistido a eventos sociales de alto perfil desde que tengo memoria. Los eventos elegantes no me ponen nerviosa. Mi apellido sí.

—Estarás bien —dice Adrian, y suelta el volante con una mano para apretar la mía—. Solo quédate conmigo.

El gesto, su dulzura, todo me dan ganas de llorar. Desearía poder empezar de nuevo. Nunca habría entrado encubierta en Strategic Agency. Pero, por otro lado, no habría conocido a Adrian.

Asiento, mirando por la ventana mientras entramos en el Dolce Verona. El edificio es impresionante, iluminado como una joya contra el cielo nocturno. Un aparcacoches abre mi puerta, y salgo, ajustándome el vestido. Adrian está a mi lado en un instante, ofreciéndome su brazo.

—Te ves increíble, por cierto —dice, recorriéndome con la mirada.

Normalmente esa mirada y el tono de voz de Adrian evocarían deseo dentro de mí. Esta noche no. Mi cuerpo está más tenso que un resorte a punto de saltar.

—Gracias —logro decir.

Dentro, el evento está en pleno apogeo. La sala zumba con charlas y risas, el tintineo de copas se mezcla con música en vivo. Las arañas de cristal proyectan un resplandor dorado sobre los invitados elegantemente vestidos que circulan alrededor de mesas adornadas con centros florales y cristal reluciente.

Adrian se inclina cerca mientras nos movemos entre la multitud. —¿Ves? Nada de qué preocuparse.

—Fácil para ti decirlo. Este es tu ambiente.

Él sonríe. —Quédate conmigo, y también será el tuyo.

Un camarero pasa con una bandeja de champán, y Adrian me entrega una copa. —Por sobrevivir a esta noche ilesos —dice, levantando su copa.

Dios, si solo supiera cuánta razón tiene. Miro alrededor sin hacerlo demasiado obvio. Hasta ahora todo bien. Ninguna cara familiar.

Choco mi copa contra la suya, forzando una sonrisa. —Brindo por eso.

Adrian toma mi brazo y me lleva hasta un grupo de personas que lo saludan calurosamente, intercambiando apretones de manos y palmadas en la espalda. Me presenta, y sonrío, asintiendo educadamente.

La conversación fluye fácilmente, principalmente sobre tendencias de la industria y proyectos futuros. Dejo que Adrian tome la iniciativa, participando con algún comentario educado de vez en cuando.

—Mara, Adrian no nos dijo que traería a una cita tan encantadora esta noche —dice una mujer con un vestido negro con una sonrisa cómplice.

—Oh, solo estoy aquí como apoyo moral —digo, manteniendo un tono ligero.

Adrian me mira, su mirada se detiene de una manera que hace que mi corazón se salte un latido. —Está siendo modesta. Mara es mi roca en la oficina.

Hay un destello de orgullo en su voz que me hace desviar la mirada, acalorada.

La noche avanza, y me encuentro relajándome un poco mientras me mezclo con Adrian y sus contactos de la industria. Pero cuando mi mirada capta un rostro familiar entre la multitud, se me cae el alma a los pies. Luis.

¿Qué hace él aquí?

Me disculpo en voz baja y saco mi teléfono del bolso. Le envío un mensaje a Luis.

Encuéntrame en el balcón. Ahora.

Uso el baño como excusa para Adrian y me fundo con la multitud. Momentos después, estoy apoyada en la barandilla del balcón, mirando sin ver los paisajes de abajo.

Luis aparece, con el rostro tenso, y mi pecho se aprieta mientras se acerca.

—No me dijiste que vendrías —siseo, manteniendo mi voz baja, aunque no hay nadie más en el balcón.

Luis se encoge de hombros. —Tu padre me lo pidió.

—¿Por qué? —exijo, mi voz más afilada de lo que pretendo—. Nunca asistimos a estos eventos.

Luis mira por encima de su hombro antes de hablar. —Quería a alguien aquí para vigilar las cosas. Asegurarse de que no nos perdemos nada crítico.

Cruzo los brazos, tratando de contener mi frustración. —Bien. Pero dime esto: ¿robamos a alguien de Strategic? ¿Es cierto que hay alguien de la empresa de Adrian trabajando ahora en Optimal?

Luis asiente, con aspecto afligido. —Fue tu padre quien lo trajo.

—¿Mi padre? —repito, bajando la voz.

Luis asiente sombríamente. —Le ofreció el doble de lo que estaba ganando en Strategic.

El pánico se extiende por mi pecho. ¿Por qué mi padre haría algo así sin consultarme? Pensé que éramos un equipo. Saco mi teléfono para llamarlo.

Contesta al segundo timbre. —Mara.

—Acabo de enterarme de lo de Steve —digo, tratando de mantener la calma en mi voz—. ¿Por qué traerías a alguien de Strategic a Optimal sin decírmelo?

Hay una larga pausa antes de que responda, su tono frío. —Tenía que hacer algo, Mara. No estás trayendo resultados. Parece que has olvidado por qué estás allí.

Todo el aire abandona mis pulmones. La cena con Adrian. Eso es lo que lo provocó. Trago la saliva excesiva en mi boca. —No lo he olvidado —digo, apretando el teléfono.

—¿No? —contraataca—. Desde donde estoy sentado, parece que has cambiado tu objetivo. Tienes la mira puesta en tu jefe en lugar del contrato.

—Eso no es cierto —replico, más por culpa que por ira.

—Entonces explica por qué estás jugando a la casita con Adrian Stone mientras no has hecho ningún progreso significativo en el proyecto —dice.

—Solo estoy allí por una cosa —digo, con la voz quebrada—. Para asegurarme de que ganemos ese contrato.

—Lo haremos —dice confiadamente—. Steve ha venido con toda la información que necesitamos.

Sus palabras me golpean como un puñetazo, y aprieto los puños, con la bilis subiendo por mi garganta. —Esto está mal —digo.

Ya es bastante malo que esté trabajando en Strategic, pero robar a uno de sus empleados más valiosos es declarar la guerra entre las dos empresas. Además, ha puesto a Optimal en el radar de Adrian. Una empresa a la que había descartado como no digna de preocupación.

El movimiento desagradable de mi padre me ha puesto en una situación muy aterradora. ¿No puede ver eso? Sé que Stacy lo incitó a esto. Mi padre es astuto en los negocios, pero nunca ha recurrido a robar empleados de nuestros competidores.

—Lo que está mal es perder la oportunidad de salvar nuestra empresa —contraataca—. Recuerda eso, Mara. Haz tu trabajo.

La línea se corta, dejándome allí, con el teléfono aún presionado contra mi oreja.

Luis se acerca, con preocupación grabada en su rostro. —¿Estás bien?

Niego con la cabeza, parpadeando para contener el escozor en mis ojos. —No. Ni de lejos.

Respiro profundamente y me preparo antes de volver adentro. Necesito poner una sonrisa durante el resto de la noche, pero por dentro, siento que el suelo debajo de mí se está desmoronando.

Lo que hizo mi padre me duele. Debería haberme consultado. Haber valorado mi opinión.

Regreso a la mesa justo cuando comienza la subasta en vivo. Sonriéndole a Adrian, me siento, con la mirada en la subasta, pero mi mente está en la conversación con mi padre.

Dios, qué lío.

Cuando comienza la subasta en vivo, Adrian se acerca más. —¿Ves algo que te guste?

Niego con la cabeza, riendo. —Solo estoy aquí para observar a la gente.

Pero a medida que avanza la subasta, aparece una escapada de fin de semana al valle de Napa.

Un fin de semana entero con Adrian. Sin Strategic Agency. Sin Optimal. Sin fechas límite de propuestas inminentes. Sin estrés. Solo nosotros. La idea es tan embriagadora como imposible.

—¿Te gusta ese? —pregunta Adrian, sacándome de mis fantasías.

Niego rápidamente con la cabeza. —No, es...

—Dos mil dólares —grita Adrian, interrumpiéndome.

Mi mandíbula cae. —Adrian. —La gente a nuestro alrededor se ríe. Es demasiada atención. Lo último que necesito.

Adrian sonríe, completamente impenitente. —Tres mil.

—Para —le siseo, pero él solo me guiña un ojo mientras la puja sube más.

Cuando finalmente cae el martillo, Adrian parece inmensamente satisfecho consigo mismo. —Es tuyo y tu elección a quién llevarás —dice.

—No tenías que hacer eso —digo, agitada.

—Quería hacerlo —dice simplemente—. Además, es por una buena causa.

La subasta continúa y cuando llega a su fin, justo cuando empiezo a respirar mejor, alguien se acerca a nosotros. Mi corazón se hunde al reconocer el rostro. Un antiguo cliente de mi padre, alguien que sabe exactamente quién soy.

—¿Mara Thornton? —dice, arqueando las cejas sorprendido.

Adrian nos mira, con expresión curiosa.

Fuerzo una sonrisa tensa, tratando de ocultar mi pánico. —Hola, señor Calloway. Ha pasado tiempo.

Adrian mira entre nosotros, frunciendo ligeramente el ceño. —¿Ustedes se conocen?

—Su padre y yo vamos muy atrás —dice Calloway, en tono amistoso—. ¿Cómo está Arthur estos días?

—Está bien —digo suavemente, esperando que la conversación no vaya más allá.

—Necesito tomar aire —digo rápidamente, dejando mi copa—. Discúlpenme. Le transmitiré sus saludos.

Camino rápidamente hacia el baño. Voy directamente a los lavabos y miro mi reflejo. Estoy pálida. Como si hubiera visto un fantasma. Gotas de sudor se han acumulado en mi frente. Tomo un pañuelo, lo humedezco y me limpio la frente.

Me quedo hasta que me convenzo de que nadie más me reconocerá y la velada está llegando a su fin.

Solo unos minutos más, Mara, y saldrás de aquí.

Adrian me está esperando justo fuera del baño. Me sonríe, pero hay una expresión perpleja en su rostro.

—¿Qué fue todo eso? —pregunta.

—Nada —digo, forzando una sonrisa—. Solo un viejo conocido de la familia.

Sus ojos buscan los míos, y puedo ver las preguntas arremolinándose allí. Pero para mi alivio, no insiste más.

—¿Lista para irnos? —pregunta en cambio.

El alivio me invade y esta vez mi sonrisa no es forzada. —Sí.

Mientras Adrian nos lleva a casa, siento como si hubiera pasado por un escurridor y sobrevivido.

—Me alegro de que hayamos salido esta noche —dice Adrian—. Necesitábamos un descanso del estrés de la oficina.

—Steve —digo, las palabras salen de mi boca sin control.

—Vamos a estar bien, Mara. Perder a Steve es un golpe, pero no es el fin del mundo. Rediseñaremos la propuesta, empezaremos de nuevo si es necesario.

Quiero hundirme en mi asiento y derretirme en él. Soy una persona horrible y no hay manera de deshacer el daño que he causado. Había estado tan decidida a salvar Optimal que no pensé en las posibles consecuencias.

—Sé que has estado haciendo malabarismos con más de lo que te corresponde —continúa Adrian, suavizando su voz—. Pero podemos con esto. Confío en ti y confío en el equipo.

Asiento, el nudo en mi garganta creciendo hasta que siento que no puedo respirar.

Para cuando llegamos a mi apartamento, siento que estoy a punto de desmoronarme. Adrian estaciona, apaga el motor y se vuelve hacia mí, con una expresión cálida y tranquilizadora.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta.

Dudo, y antes de que pueda detenerme, las palabras salen en tropel. —¿Quieres subir? —Necesito escapar y ahora mismo, Adrian es mi escape.

Sus cejas se levantan sorprendidas, pero luego sonríe. —Si tú quieres.

—Quiero —digo.

Salimos del coche y lo guío escaleras arriba. Abro la puerta y la empujo para abrir. En el momento en que la puerta se cierra detrás de nosotros, me muevo a los brazos de Adrian.

—Mara —dice Adrian suavemente—, no te preocupes tanto. La empresa va a...

Detengo el flujo de sus palabras con un roce de mis labios contra los suyos. —No más charla.

El deseo arde en sus ojos y deja escapar un gemido. —No más charla —dice.

Capítulo 23: Adrian

Mara toma la iniciativa en cuanto entramos en su dormitorio. Desabrocha los botones de mi camisa sin prisa. Con cada botón que abre, planta un beso en la piel expuesta de mi pecho.

Sus labios son suaves y cálidos contra mi piel y cierro los ojos, saboreando cada suave caricia. Cuando llega al último botón, Mara desliza la camisa por mis hombros y la deja caer al suelo.

Sus dedos recorren mi clavícula y bajan por mis brazos. —Eres hermoso —susurra, sintiendo su aliento hacerme cosquillas en la oreja. Abro los ojos para encontrarla mirándome con intenso deseo.

Alcanzo los tirantes de su vestido, deslizándolos lentamente por sus hombros. La tela sedosa se desliza por su cuerpo, acumulándose a sus pies. Se me corta la respiración al contemplarla.

Mara se acerca más, presionando su cuerpo contra el mío. El calor de su piel enciende un fuego dentro de mí. Paso mis manos por la curva de su cintura, deleitándome con la suavidad bajo mis dedos.

Mara es diferente esta noche. Es como si las barreras que mantenía finalmente hubieran desaparecido. Es un pensamiento emocionante y vertiginoso. Quiero que tengamos una relación real. Sin secretos entre nosotros.

Quiero que acuda a mí cuando me necesite, de la misma manera que yo acudo a ella cuando la necesito.

Levanta la cabeza y yo me inclino para capturar sus labios con los míos. El beso se profundiza, apasionado y urgente. Mis manos se enredan en su cabello mientras las suyas recorren mi espalda, atrayéndome más cerca.

Mara alcanza entre nosotros y desabrocha mi cinturón. Sus manos rozan mi pene erecto mientras me quita los pantalones. El placer recorre cada parte de mi cuerpo.

Estoy intoxicado por esta mujer. Podría decirme que saltara de un acantilado y lo haría. Felizmente. Soy un tonto enamorado.

Tropezamos hacia la cama, ninguno queriendo romper el contacto. Mientras caemos sobre las sábanas, Mara me mira, sus ojos oscurecidos por el deseo. —Te deseo —suspira.

Se mueve de debajo de mí y suavemente me empuja para que me acueste de espaldas, luego se sienta a horcajadas sobre mí. Inclinándose, sus labios encuentran los míos de nuevo, más insistentes esta vez. Deslizo mis manos por sus muslos, su piel suave bajo mis palmas.

Rompe el beso, incorporándose ligeramente.

Lenta y deliberadamente, alcanza detrás de su espalda para desabrochar su sujetador. Cuando cae, estoy hipnotizado por la visión de sus pechos, con los pezones duros y tentadores.

—Eres increíble —digo, con voz ronca por el deseo.

Alcanzo para acariciarlos suavemente, y Mara deja escapar un suave gemido, arqueándose ante mi tacto. Sus ojos se cierran mientras la acaricio, mis pulgares circundando sus sensibles cimas.

Mara mueve sus caderas contra las mías, la fricción enviando chispas de placer por todo mi cuerpo. Puedo sentir su calor a través de la fina tela de sus bragas y mis bóxers.

Se inclina de nuevo, dejando un rastro de besos a lo largo de mi mandíbula y bajando por mi cuello. Sus dientes rozan mi piel, y tiemblo de deleite.

Nunca había visto este lado de ella donde toma la iniciativa. Es tremendamente excitante.

Engancha sus dedos en la cintura de mis bóxers, tirando lentamente de ellos hacia abajo. Levanto mis caderas para ayudarla, y mi pene salta, duro y pulsante.

Sus ojos recorren mi cuerpo, con una mirada de hambre en ellos. Se muerde el labio inferior, un gesto que me vuelve loco. Lenta y provocativamente, se quita sus propias bragas, revelándose completamente ante mí.

Mi mirada cae sobre su monte de Venus y estiro la mano hacia ella, queriendo atraerla cerca, pero ella aparta mis manos suavemente. —Déjame a mí —susurra, con voz baja y sensual.

Mara se coloca sobre mí, su calor flotando tentadoramente cerca. Toma mi miembro en su mano, guiándome hacia su entrada. Lenta, tortuosamente lenta, se desliza sobre mí.

Está apretada y completamente húmeda. Se siente como el cielo tener sus paredes apretando mi pene tan estrechamente.

Ambos jadeamos mientras la lleno, la sensación es abrumadora. Mara hace una pausa por un momento, adaptándose a la sensación de plenitud. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de una mezcla de deseo y algo más profundo, más tierno.

Comienza a moverse, estableciendo un ritmo lento y sensual. Agarro sus caderas, guiando sus movimientos mientras me cabalga. La visión de ella sobre mí, con la cabeza echada hacia atrás en placer, es algo que quedará grabado en mi mente.

Empujo hacia arriba para encontrarme con ella, igualando su ritmo. La habitación se llena con el sonido de nuestras respiraciones entremezcladas y gemidos. Mara se inclina hacia adelante, apoyando sus manos en mi pecho mientras aumenta su velocidad.

Deslizo una mano por su cuerpo para acariciar su pecho, rodando su pezón entre mis dedos. Ella gime en respuesta, sus músculos internos apretándose a mi alrededor.

—Dios, se siente increíble —gimo.

Ella responde con un gemido entrecortado, acelerando el ritmo.

Los movimientos de Mara se vuelven más urgentes, sus caderas moviéndose contra las mías con intensidad creciente. La tensión se acumula dentro de ella, un rubor extendiéndose por su pecho y su frente fruncida en concentración.

Deslizo mi mano entre nosotros, mis dedos encontrando su sensible botón. Lo rodeo suavemente, igualando el ritmo de sus movimientos. Mara jadea, sus ojos abriéndose de golpe para encontrarse con los míos.

—Oh Dios —gime, su voz temblando—. No pares.

Aumento la presión de mis dedos, observando maravillado cómo el placer se apodera de ella. Sus movimientos se vuelven erráticos, su respiración entrecortada y agitada. Mi propio clímax se acerca, un espiral de calor apretándose en mi miembro.

Mara echa la cabeza hacia atrás, su cuerpo arqueándose hermosamente mientras grita. La visión de ella deshaciéndose me empuja al límite. Empujo una última vez, mi liberación estremeciéndome en oleadas de intenso placer. Gimo su nombre mientras me derramo dentro de ella, mi cuerpo temblando con la fuerza de mi orgasmo.

Mara se desploma sobre mi pecho, ambos respirando pesadamente. La rodeo con mis brazos, manteniéndola cerca mientras descendemos de nuestro éxtasis compartido. Su piel está húmeda con sudor, su cabello salvajemente enredado alrededor de su rostro.

Por un largo momento, yacemos allí en perfecto silencio, disfrutando del resplandor

posterior. Acaricio su espalda suavemente, sintiendo el subir y bajar de su respiración contra mí. Mara se acurruca en la curva de mi cuello, depositando un suave beso allí.

Finalmente, levanta la cabeza para mirarme, con una sonrisa jugueteando en sus labios. —Eso fue... —se detiene, aparentemente sin palabras.

—Increíble —termino por ella, sonriendo.

Asiente, una pequeña risa escapando de sus labios. —Sí, increíble.

Mara se mueve ligeramente, acostándose a mi lado. Me giro de costado para enfrentarla, mi mano descansando en su cintura. Ella alcanza para trazar mi mandíbula con su dedo.

Su toque es gentil, casi reverente, y envía una calidez directamente a través de mí.

—¿Sabes? —comienza, con una pequeña sonrisa en sus labios—. La escapada de fin de semana que conseguiste para mí...

—¿Mmm? —murmuro, observándola atentamente.

Inclina la cabeza, sus ojos brillando con traviesa picardía. —Creo que tengo una idea de a quién quiero llevar.

Levanto una ceja, igualando su tono de broma. —¿Oh, en serio? ¿Debería preocuparme?

—Tal vez —responde, su sonrisa ensanchándose.

Finjo una expresión herida, agarrando mi pecho. —No sé si puedo soportar este suspenso, Mara. Solo dime, ¿quién es la persona afortunada?

Su mano descansa en mi mejilla ahora, su pulgar acariciando suavemente mi piel. —A ti, Adrian —dice, su voz suave—. Quiero ir contigo.

Mi corazón se hincha, y sonrío, atrayéndola más cerca. —Esperaba que dijeras eso.

Ella ríe, el sonido ligero y melodioso, antes de que su expresión se vuelva seria. —¿Sabes que te amo, verdad?

Las palabras me golpean como una ola gigante, derribando cada muro que jamás he construido. —Mara —susurro, mi voz espesa de emoción—. Yo también te amo. Más de lo que jamás creí posible.

Sus ojos brillan mientras se inclina, sus labios rozando los míos. El beso es tierno, lleno de promesas no pronunciadas y el tipo de amor que nunca pensé que encontraría.

Se aparta ligeramente, apoyando su frente contra la mía. —Lo siento por todo en el trabajo —dice en voz baja—. Los problemas con Steve, el proyecto... es demasiado.

—Eres dulce, pero no hay nada por lo que disculparse —le digo, sosteniendo su rostro—. Además, esta noche contigo, ahora mismo... me ha hecho darme cuenta de que no es el fin del mundo. Quiero este contrato, no me malinterpretes, pero incluso si no lo conseguimos, habrá otros.

Hago una pausa, dejando que el momento se asiente. —Lo que importa somos nosotros. Nuestro futuro.

La beso de nuevo, suavemente, dejando que mis palabras penetren. Ella sonríe contra mis labios, su tensión disminuyendo.

—Las próximas semanas serán intensas —continúo—, con las presentaciones acercándose. Pero lo superaremos.

Asiente, sus ojos buscando los míos. —Necesitaremos un fin de semana para recargar energías después de todo eso. ¿Qué te parece la escapada de fin de semana a Napa Valley el fin de semana antes de las presentaciones finales en Lerose?

Mi sonrisa se ensancha. —Suena perfecto. Solo nosotros dos, lejos de todo.

Trazo círculos perezosos en la espalda de Mara. Ella se apoya en un codo, su barbilla descansando en su mano, una sonrisa juguetona en sus labios.

—Entonces —dice—, ¿cómo va la ferretería?

Parpadeo, tomado por sorpresa, antes de estallar en risas. —¿La ferretería? ¿Eso es lo primero que quieres preguntarme después de un momento tan increíble?

Sonríe, sin arrepentimiento. —Tu padre siempre tiene las mejores historias sobre sus clientes. He echado de menos a tus padres.

Sacudo la cabeza, aún riendo. —Es igual que siempre. La última vez que los visité, estaba quejándose de un tipo que intentó devolver un martillo porque no 'solucionó' su problema.

Mara ríe. —Por favor, dime que tu padre le dio una lección.

—Oh, puedes apostarlo —digo—. Se lanzó a una diatriba total sobre cómo las herramientas no arreglan mágicamente las cosas... que realmente tienes que saber cómo usarlas. Asustó al tipo.

Ella ríe, sus ojos brillantes. —Tu padre es el mejor. Y tu madre... es tan dulce. Honestamente, cuando te conocí por primera vez, pensé que venías de una familia elegante.

Suelto una carcajada. —¿Elegante? ¿Yo?

Mara se encoge de hombros, sonriendo. —Eres refinado, bien vestido y adinerado. Imaginé que creciste en alguna enorme mansión con niñeras y mayordomos.

Sonrío con picardía, pasándome una mano por el pelo. —Lamento decepcionarte. Solo una educación de clase media normal. Padres maestros y mucho trabajo duro.

—No te disculpes —dice, su voz suavizándose—. Te hace aún más impresionante.

Inclino la cabeza, estudiándola. —¿Sabes qué? No me sorprendió tu origen.

Sus cejas se fruncen. —¿No te sorprendió?

—No después de ver tu apartamento y tu coche —digo con una sonrisa burlona—. Está claro que estás acostumbrada a las cosas más finas de la vida.

Se sonroja ligeramente pero mantiene mi mirada. —¿Quieres saber cuál es la cita que más he disfrutado?

Sonrío. —Puedo adivinar. ¿El paseo en helicóptero?

—Incorrecto —dice Mara, su sonrisa ensanchándose.

Mis cejas se elevan. —¿En serio? ¿Entonces cuál?

—El paseo en bicicleta —dice—. Esa fue la mejor cita de mi vida.

Parpadeo, atónito. —Estás bromeando.

Niega con la cabeza. —Para nada. Fue simple, divertido y completamente sin pretensiones. Me sentí libre.

La miro fijamente, con una sonrisa tirando de mis labios. —Eso es bueno saberlo. Lo anotaré para futuras citas. Entonces, ¿no más paseos en helicóptero?

Me da un golpecito en el pecho. —Nunca dije eso.

Ambos reímos. Dios, esto se siente bien.

—Tienes una familia increíble —dice—. Y me alegra haberlos conocido.

—Hey, no suenes tan melancólica. Los verás una y otra vez, hasta que te canses de las historias de mi padre.

Mara simplemente sonríe, pero hay una sombra de tristeza en sus ojos.

Hago una pausa, apartando un mechón de pelo de su rostro. —Ellos también te extrañan. No

he querido presionarte con nada, como prometí. Quiero tomar las cosas con calma. Así que siempre estoy rechazando las invitaciones a cenar de mi madre en tu nombre.

Su mirada se suaviza, y tomo aire antes de continuar. —Lo que tenemos es lo mejor que me ha pasado, Mara. Y no quiero estropearlo.

Lágrimas llenan sus ojos, brillando en la tenue luz, y mi corazón se agita.

—¿Por qué lloras? —pregunto, mi pulgar atrapando suavemente una lágrima perdida.

Sonríe, su voz temblando ligeramente. —Solo estoy feliz.

La atraigo hacia mí, abrazándola fuertemente. Estamos aquí, juntos, y nada más importa.

Capítulo 24: Mara

La sala de conferencias late con tensión, ceños fruncidos mientras Adrian ejerce más presión sobre todos.

María está sentada en la cabecera de la mesa, con las cejas fruncidas, mientras Adrian permanece de pie cerca de la pizarra, con los brazos cruzados.

—Necesitamos algo diferente —dice Adrian, con voz firme pero controlada—. Ya sabemos lo que Optimal va a presentar. Esa es nuestra ventaja. Ahora tenemos que desviarnos de eso. Sorprenderlos. Adelantarnos a ellos.

Murmullos de aprobación recorren el equipo, pero nadie habla. Echo un vistazo alrededor, con mi bolígrafo suspendido sobre mi bloc de notas. Normalmente, me mantendría en silencio, anotando diligentemente todo lo que se dice en la sala. Pero hoy, algo se agita dentro de mí.

Aclarándome la garganta, hablo antes de perder el valor.

—Si está bien, tengo una idea, dos en realidad.

Todas las miradas se dirigen hacia mí. La mirada de Adrian se suaviza, pero hay una intensidad detrás de ella.

—Por supuesto, Mara. Necesitamos toda la ayuda posible.

Siento el peso de su atención, pero continúo.

—Primero, nos hemos centrado en beneficios transaccionales —descuentos, ofertas— pero hemos pasado por alto el potencial de las recompensas basadas en el compromiso.

Las cejas de Adrian se elevan.

—Continúa.

Mi voz se estabiliza mientras prosigo.

—¿Y si incorporamos un programa de fidelización innovador que integre las experiencias de compra tanto online como en tienda?

—Los clientes podrían ganar puntos no solo por compras, sino por su interacción. Escribir reseñas, compartir productos en redes sociales, asistir a eventos en tienda... todo sería recompensado.

María se inclina hacia adelante, su interés despertado.

—Eso es intrigante. ¿Cómo se vería eso en la práctica?

Hago una pausa, mirando mis notas antes de hablar.

—Al vincular la fidelidad con la conexión emocional e incentivos personalizados, Lerose puede impulsar una mayor participación del cliente y visitas repetidas. Se trata de hacer que los clientes sientan que forman parte de algo más grande, no solo que están comprando.

La sala bulle de emoción, los murmullos crecen mientras mis palabras calan.

Adrian se acerca, sus ojos iluminándose.

—Esto añade un nivel de adherencia que no estaba en nuestra propuesta inicial.

María sonríe.

—Es brillante. Mara, ¿puedes ayudarnos a mapear el recorrido del cliente y preparar simulaciones de cómo se vería el programa?

—Por supuesto —respondo, con voz tranquila aunque mi corazón late aceleradamente.

¿Qué estoy haciendo?

María se gira hacia Adrian.

—¿Podemos pedirle prestada a Mara durante las próximas dos semanas para perfeccionar la propuesta? Sus ideas son invaluables.

Adrian duda una fracción de segundo antes de asentir.

—Tendré que buscar un reemplazo temporal, pero puedo arreglármelas.

Su mirada encuentra la mía, cálida y llena de algo que hace que mi pecho se tense. Me invade una punzada de culpabilidad al darme cuenta de lo profundamente que quiero que Strategic gane este contrato. Se lo han ganado. Se lo merecen.

Y sin embargo, soy yo quien los ha puesto en riesgo.

—Mencionaste dos ideas —dice Adrian, en tono alentador—. ¿Cuál es la segunda?

Respirando profundamente, miro mi iPad. Estas son ideas que debería llevar a Optimal, no a Strategic.

—Hemos estado pensando a nivel nacional —en el panorama general— pero hemos pasado por alto el poder del compromiso hiperlocal.

María inclina la cabeza.

—Explica.

Levanto la mirada, encontrando la suya.

—¿Y si creamos campañas de marketing personalizadas para tiendas individuales? Cada una adaptada a tendencias locales, eventos y demografía. Las tiendas podrían tener sus propios presupuestos y herramientas para crear contenido específico para su comunidad.

Un miembro más joven del equipo interviene.

—Eso haría que Lerose se sintiera personal y accesible, creando conexiones más fuertes con los clientes locales.

María asiente pensativa.

—Esto podría diferenciarnos como una empresa que realmente conoce a sus clientes.

La sonrisa de Adrian es de orgullo y aprobación.

—Eso es exactamente lo que necesitamos. Mara, te has superado a ti misma.

Acepto los elogios de todos, mi cara se calienta con las palabras amables. No saben que fui yo quien los puso en esta posición en primer lugar.

Pero lo sabrán. En menos de tres semanas, todos sabrán qué traidora he sido. El pensamiento me enferma, pero me obligo a mantener una expresión alegre.

Después de la reunión, el equipo se dispersa, energizado y optimista. Adrian se queda rezagado, captando mi mirada.

—Eso fue increíble —dice suavemente, su mano rozando la mía mientras salimos juntos.

Sonrío, pero por dentro, estoy todo menos calmada. Se supone que debo trabajar para Optimal, pero aquí estoy, dándole a Strategic la ventaja que necesitan. Me recuerdo de nuevo que se lo merecen. Han trabajado por ello.

No me hace sentir menos traidora. Con Adrian y con mi padre.

Y sin embargo, cuando los dedos de Adrian rozan los míos, cuando me mira con esa fe inquebrantable en sus ojos, todo lo que quiero es seguir caminando a su lado, sin importar a dónde nos lleve.

De vuelta en la oficina, Adrian se gira hacia mí cuando entramos.

—Mara, ¿podrías comunicarme con Chloe, por favor?

—Por supuesto —respondo, ya alcanzando mi teléfono mientras él entra a grandes zancadas

en su oficina y cierra la puerta tras de sí.

Realizo la llamada a Chloe, dejando un breve mensaje con su asistente. Después de eso, me acomodo en mi escritorio, tratando de concentrarme en la montaña de correos electrónicos que me esperan. Pero mi mente sigue volviendo a la reunión, a las ideas que compartí y a mi nuevo rol, que no debería haber aceptado.

Debería haber dicho, no, gracias. Me estoy enterrando aún más profundo. En dos semanas, estaré fuera de aquí y fuera de la vida de Adrian. Debería empezar a alejarme, en cambio, todo lo que quiero es estar cerca de él.

Quiero ayudar a la agencia Strategic, tal vez incluso redimirme en el proceso. Pero eso es pensar con ilusión. Traicioné la confianza de dos empresas y, sobre todo, de Adrian. Cada palabra amorosa, cada mirada prolongada, cada momento que compartimos se siente como un tesoro robado que no tengo derecho a poseer. Y sin embargo, no puedo obligarme a dejarlo ir.

El teléfono suena, sacándome de mis pensamientos en espiral. Contesto rápidamente, agradecida por la distracción.

—Mara al habla.

—Hola, Mara. Soy Chloe —llega su voz alegre—. Solo llamo para avisarte que Kayla subirá en unos minutos. Ya ha trabajado con Adrian antes, así que conoce las reglas. Solo está un poco aterrorizada.

Me río suavemente.

—Yo también estaba aterrorizada. A veces todavía lo estoy.

Chloe se ríe.

—Es bueno saber que no es solo ella. En fin, creo que será una buena opción. Avísame si necesitas algo más.

—Gracias, Chloe. Le pasaré el mensaje a Adrian.

Después de colgar, me dirijo a la oficina de Adrian. Golpeo ligeramente, y su voz responde:

—Adelante.

Adrian levanta la mirada de su escritorio, su expresión suavizándose cuando me ve.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llamar Chloe. Kayla está en camino. Ya ha trabajado contigo antes, pero al parecer, está un poco nerviosa.

Se reclina en su silla, con una pequeña sonrisa tirando de sus labios.

—¿Nerviosa, eh? Debo haber causado una gran impresión.

Sonrío con ironía, acercándome.

—Eso parece.

Los ojos de Adrian brillan con algo cálido y no expresado.

—Ven aquí —dice, su voz baja e invitadora.

—Adrian —empiezo, mirando hacia la puerta. Pero la forma en que me mira me atrae. Contra mi mejor juicio, rodeo su escritorio, y él me atrae suavemente a su regazo.

Sentarme en su regazo se siente tan natural ahora, como entrar en un ritmo familiar.

Sus brazos me rodean.

—Eres increíble, ¿lo sabes? —murmura, sus labios rozando mi sien.

¿Cómo diablos voy a alejarme del hombre más especial que he conocido? Un hombre del que me he enamorado; corazón, mente y alma?

—No me siento increíble —le digo. Me siento fatal. Cada día, hora y minuto que pasa, me acerco más a despedirme de Adrian.

—Lo eres —insiste, su voz firme. Y luego sus labios encuentran los míos, lentos y deliberados, como si estuviera saboreando cada segundo. Me pierdo en el beso, en la forma en que sus manos trazan suaves patrones en mi espalda, en el calor de su tacto.

Pero entonces, el leve sonido de pasos en la oficina exterior nos devuelve a la realidad.

—Esa debe ser Kayla —digo, levantándome rápidamente y alisando mi falda.

Adrian me observa con una pequeña sonrisa divertida, pero su tono se vuelve serio.

—Hice que alguien preparara una oficina temporal para ti. Está junto a la de María. A menos, por supuesto, que hayas cambiado de opinión y quieras quedarte permanentemente.

Sonrío, negando con la cabeza.

—Ambos sabemos que no puedo.

—Lo sé —dice suavemente—. En fin, todo está listo para ti.

—Gracias —digo, con voz sincera.

—Estoy tan orgulloso de ti —añade, y hay una calidez en sus ojos que hace que mi pecho se tense.

Le lanzo un beso mientras me marcho, saliendo a la oficina principal donde Kayla está parada nerviosamente cerca de mi escritorio. Es joven, con ojos grandes y una sonrisa tentativa.

—Hola, Kayla —la saludo cálidamente—. No te veas tan nerviosa, él no muerde. El señor Stone está bien siempre que hagas el trabajo.

Sus hombros se relajan ligeramente, y ofrece una sonrisa.

—Gracias. Haré mi mejor esfuerzo.

Asiento alentadoramente antes de recoger mis cosas y dirigirme a mi nueva oficina temporal. Es un espacio modesto, pero se siente increíble.

Me acomodo en la silla, dejando que mi mirada recorra la oficina modesta pero acogedora. El escritorio está despejado, excepto por una pequeña pila de carpetas y ahora mi portátil, que coloco cuidadosamente.

La luz del sol se filtra a través de las persianas, proyectando cálidas rayas a través de las paredes. No es nada grandioso, pero se siente como mío.

Y me lo he ganado.

El pensamiento se hincha en mi pecho, llenándome de una mezcla de orgullo e incredulidad. Me he ganado este espacio, esta oportunidad, este momento. No por mi apellido o la posición de mi padre, sino porque he trabajado muy duro.

Adrian y el equipo de Lerose ven mi valor, no como una contratación por legado o un gesto simbólico, sino como alguien que pertenece aquí. Quieren que forme parte de esto. No porque tengan que hacerlo, sino porque creen en mí.

Es una sensación embriagadora, una que nunca antes había experimentado. Siempre he sido la hija del jefe. Entré en la empresa de mi padre y empecé directamente desde arriba. Trabajé duro, pero nunca tuve que demostrar mi valía. Me lo dieron sin más.

Esto, por otro lado, es mío, y me lo he ganado con puro trabajo duro.

Mis dedos rozan el borde del escritorio mientras me recuesto, saboreando el triunfo silencioso. Es agridulce. No estaré aquí para siempre —dos semanas, quizá tres— pero por ahora, voy a empaparme de esta sensación. Haré todo lo posible para contribuir, para dejar

huella.

Capítulo 25: Adrian

Observé la última presentación simulada desarrollándose en la pantalla de mi ordenador. El equipo ha hecho un trabajo sólido: diapositivas pulidas, mensajes claros y una entrega confiada. Pero falta algo.

Mara.

Se ha negado completamente a presentar la propuesta final junto con el equipo, a pesar de mucha persuasión. Incluso Maria vino a verme, suplicándome que convenciera a Mara. No entiendo por qué no quiere hacerlo. Es una oportunidad increíble.

No tiene sentido. Mara fue quien se le ocurrieron estas ideas, pero se niega a presentar junto a los demás. No me parece bien.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—Adelante —digo, levantando la mirada.

Mara entra en la habitación, con una hermosa sonrisa en su rostro. Lleva el pelo recogido y viste una blusa color crema y una falda negra que termina por encima de sus rodillas. Se ve impresionante sin esfuerzo.

—Hola —dice, cerrando la puerta tras ella.

—Mara —digo, señalando la pantalla—. Estoy viendo la presentación simulada del equipo. Son buenos, pero tú eres la pieza que falta.

Sus mejillas se sonrojan ligeramente, pero ella niega con la cabeza.

Me recuesto en mi silla, estudiándola. —No te conozco como alguien tímida, Mara. ¿Por qué te niegas tanto a presentar?

Evita mi mirada, sus labios curvándose en una leve sonrisa. —En otra ocasión —dice en ese tono con el que me he familiarizado. El que indica que no va a ceder.

Mi mujer es exasperantemente testaruda. ¿No sabe lo increíble que es? ¿Lo talentosa que es?

Cambio de tema a algo que ha estado en mi mente durante días. Mi último intento de convencer a Mara para que se quede en Strategic Agency.

—He estado pensando —digo, juntando las manos sobre el escritorio—. Y estoy seguro de que todos están de acuerdo conmigo. Nos encantaría tenerte en el equipo de Maria permanentemente. ¿Qué dices, Mara? Nuestra relación no interferirá con nuestro trabajo.

Estoy hablando rápido, las palabras saliendo atropelladamente de mi boca. Contengo la respiración y espero su respuesta.

Sus ojos se abren ligeramente y, por un momento, guarda silencio. Sé que le preocupa que trabajemos juntos mientras salimos.

—No ha sido así hasta ahora —añado, con un tono desesperado en mi voz. Ya es bastante difícil que esté en otra oficina. Que no vea su hermoso rostro cuando salgo de mi oficina, pero al menos está a solo unos metros. Sin embargo, ¿irse a otra organización por completo? Eso no podría soportarlo—. Y nada cambiará.

Ella exhala, bajando la mirada al suelo. —Las cosas cambian, Adrian —dice finalmente, con un tono que no logro identificar del todo—. Ahora mismo, todo es perfecto entre nosotros, pero ¿quién sabe cómo te sentirás dentro de unos meses?

Inclina la cabeza juguetonamente. —Podrías cansarte de mí. ¿Y dónde me dejaría eso? ¿La ex novia del jefe? Sería humillante.

La sola idea me sorprende. ¿Cansarme de ella? No tiene idea. No tiene idea de cuánto la amo, cuánto la quiero en mi vida... para siempre.

—Mara —digo—. Te quiero en mi vida permanentemente.

Ella sonríe, pero hay duda en sus ojos. Es sutil, pero está ahí, y me hiere más profundo de lo que esperaba.

—De todos modos —dice, con un tono más animado—. Gracias por la oferta de trabajo. Significa mucho para mí. De verdad.

Me inclino hacia adelante, escudriñando su rostro. —¿Entiendo que es un no?

Asiente, con una sonrisa suave pero firme. —Un no muy agradecido.

Suspiro, recostándome. Sabía que era arriesgado, pero tenía que intentarlo. —¿Has decidido adónde irás después?

—Hay algunas posiciones de prácticas que estoy considerando —dice, con un tono reservado.

Trago el nudo de decepción en mi garganta y me fuerzo a sonreír. Si esto es lo que ella quiere, entonces la apoyaré. Siempre.

—De acuerdo —digo, tratando de sonar casual—. Oye, voy a casa de mis padres a cenar esta noche. ¿Quieres venir?

Su rostro se ilumina, y verlo hace que me duela el pecho.

—Me encantaría —dice, con voz cálida.

Parpadeo, sorprendido pero encantado. —Genial. Pasaré a recogerte a las seis y media.

Ella asiente y se gira para salir. Mientras la puerta se cierra tras ella, me encuentro repasando la expresión en su rostro cuando dije que la quería en mi vida permanentemente. Ese destello de incredulidad.

Me duele pensar que lo duda... que me duda.

No puedo permitir que eso continúe.

Necesito hacer algo drástico. Algo para acabar con esas dudas de una vez por todas. Mara necesita saber que ella lo es todo para mí. Que soy suyo.

Ahora y siempre.

A las cuatro de la tarde, después de despedirme de Mara con un beso, salgo de la oficina con sus palabras aún resonando en mi cabeza. *Podrías cansarte de mí*. La idea es absurda. Ella no entiende que es mi futuro. No hay nadie más. Nunca lo habrá.

No puedo dejar que sus dudas persistan. Necesito demostrarle, inequívocamente, que ella es la elegida.

Por eso me encuentro de pie frente a una joyería exclusiva, con el corazón palpitando más fuerte que durante cualquier presentación de alto riesgo.

La puerta se abre con un tintineo, y una dependienta bien vestida se acerca, con una sonrisa cálida y profesional.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué podemos ayudarle hoy?

Echo un vistazo a las brillantes vitrinas, cada una mostrando una variedad de anillos, collares y pendientes. —Estoy buscando un anillo de compromiso.

La sonrisa se ensancha ligeramente, y me hace un gesto para que la siga. —Por supuesto. ¿Tiene algo específico en mente?

¿Lo tengo? Hago una pausa, imaginando las manos de Mara: delgadas, elegantes, siempre

moviéndose con propósito. No usa muchas joyas, solo una pulsera simple y ocasionalmente un par de pendientes. Nada ostentoso.

—Algo atemporal —digo—. Elegante. No demasiado llamativo.

La dependienta asiente, guiándome hacia una vitrina llena de anillos que brillan bajo la iluminación. —Tenemos varias opciones que se ajustan a esa descripción. ¿Le gustaría un diamante solitario, o quizás algo con un engaste único?

Me inclino hacia adelante, examinando las opciones. Uno capta mi atención: una banda de platino con un único diamante redondo, cuyo brillo discreto pero cautivador.

—Este —digo, señalándolo.

—Excelente elección —dice la dependienta, sacando el anillo de la vitrina y colocándolo en una bandeja de terciopelo—. Es un diseño clásico, perfecto para alguien con gusto refinado.

Asiento, pero mi estómago se tensa al darme cuenta del siguiente obstáculo. —¿Cómo averiguo su talla de anillo?

La dependienta sonríe con complicidad, como si ya hubiera escuchado esto antes. —Si no conoce su talla, podemos estimar según su complexión, o podría tomar prestado uno de sus anillos para comparar.

Niego con la cabeza. Esto debe ser una sorpresa. La sorpresa de esta noche. Mara no usa anillos. —¿Podemos adivinar?

—Claro —dice la dependienta—. ¿Puede describirla?

—Es delgada —digo, formándose vívida la imagen de Mara en mi mente—. Manos esbeltas, dedos largos. —Es lo mejor que puedo hacer.

La dependienta asiente, anotando algo. —Menuda y esbelta. Yo estimaría una talla cinco o seis. Podemos ajustarlo más tarde si es necesario.

Recojo el anillo, girándolo entre mis dedos. Es perfecto. Simple, hermoso... como ella.

—Perfecto —digo.

La dependienta sonríe radiante. —Estupendo. Lo prepararemos para usted.

Mientras ella se aleja para guardar el anillo en su caja, me encuentro aferrándome al mostrador, con la mente acelerada. Esto es. El momento que lo cambiará todo.

Cuando imagino el rostro de Mara mientras deslizo este anillo en su dedo, me invade una certeza abrumadora. Ella es la indicada para mí. Nunca he sentido nada parecido por otra mujer. He encontrado a mi compañera de vida, algo que nunca imaginé que sucedería.

Es cursi, pero es cierto lo que dicen sobre el amor. Te golpea cuando menos lo esperas.

***

El anillo quema un agujero en el bolsillo de mi chaqueta. Mi corazón late como loco mientras me dirijo al apartamento de Mara.

El portero me reconoce con un gesto cortés. —Buenas noches, Sr. Stone. Puede subir directamente.

—Gracias —digo.

El ascensor se mueve demasiado lento y para cuando llego a su puerta, ya estoy sudando de los nervios. No he planeado exactamente el momento en que le haré la pregunta. Estoy improvisando aquí.

La puerta se abre y allí está ella.

Mara está en el umbral, con un impresionante vestido azul que abraza perfectamente su

figura y hace que sus ojos parezcan aún más brillantes. Su cabello cae en suaves ondas sobre sus hombros, y verla me deja sin aliento.

—Vaya —digo, recorriéndola con la mirada.

Sus labios se curvan en una sonrisa tímida. —Hola.

Me acerco, acuno su rostro en mis manos y la beso profundamente. Ella se derrite contra mí, sus brazos rodeando mi cuello, y por un momento, el resto del mundo se desvanece.

El impulso de arrodillarme aquí mismo, ahora mismo, casi me abruma. Pero me digo a mí mismo que espere. Aún no. Tiene que ser perfecto.

Cuando finalmente me separo, ella me mira, con las mejillas sonrojadas. —¿Y eso por qué ha sido?

—¿Necesito una razón? —bromeo, acariciando su mejilla con el pulgar.

Su sonrisa se ensancha, pero me estudia detenidamente, frunciendo ligeramente el ceño. —Te ves diferente esta noche.

Me río, tomando su mano entre las mías. —¿Diferente cómo?

Entrecierra los ojos juguetonamente. —No sé. Más ligero. Más feliz.

Me inclino, presionando un beso en su frente. —Solo estoy feliz —digo. Y es verdad. *Y emocionado. No tienes idea de cuánto.*

—¿Lista para irnos? —pregunto, y ella asiente, cogiendo su abrigo y su bolso.

El viaje a casa de mis padres está lleno de conversación fácil, pero mis pensamientos siguen desviándose hacia el anillo. Para cuando llegamos a la casa, casi me he convencido de abandonar mi plan y proponerle matrimonio después de la cena, cuando estemos solo nosotros dos.

Mamá abre la puerta e inmediatamente se acerca a Mara, atrayéndola hacia un abrazo. —Te ves encantadora, querida. Ese vestido te queda precioso.

—Gracias, señora Stone —dice Mara, devolviendo el abrazo.

—Patricia —corrige mi madre suavemente, por lo que debe ser la centésima vez.

Mi padre se acerca después, estrechando mi mano firmemente antes de volverse hacia Mara con una cálida sonrisa. —Me alegra verte de nuevo, Mara. Espero que Adrian no te haya hecho trabajar demasiado.

Mara se ríe. —Ha sido bueno. Sin quejas.

Entramos, la familiar calidez del hogar de mis padres envolviéndonos. El aroma de pollo asado y hierbas llena el aire, y mi madre nos conduce al salón para tomar algo antes de la cena.

Mientras nos acomodamos, observo a Mara interactuar con mis padres. Está tan a gusto, su risa mezclándose perfectamente con la de ellos. Ella pertenece aquí. Conmigo. Con nosotros.

Mamá se levanta. —La cena debería estar lista.

Mara se pone de pie de un salto. —Yo ayudaré.

—Gracias, querida —dice mi madre, y las dos mujeres se dirigen a la cocina, dejándome a solas con mi padre.

—Pareces inquieto —dice papá, haciendo girar el líquido ámbar en su vaso—. ¿Algo en mente, hijo?

Me conoce demasiado bien. Dejo escapar un suspiro. —Sí, hay algo.

Levanta una ceja, recostándose en su silla. —¿Esto no tendrá nada que ver con esa joven que está en la cocina, verdad?

Me río suavemente, pasando una mano por mi pelo. —¿Es tan obvio?

—¿Para mí? Siempre. —Sus labios se curvan en una sonrisa—. Has estado resplandeciendo como un niño en Navidad desde que ella entró en tu vida. Entonces, ¿qué está pasando?

Meto la mano en mi bolsillo y saco la cajita de terciopelo rojo, sosteniéndola en la palma de mi mano.

Los ojos de mi padre se abren y se inclina hacia adelante. —¿Es lo que creo que es?

Asiento, abriendo la caja para revelar el anillo. Capta la luz, brillando magníficamente, pero todo lo que puedo ver es el rostro de Mara cuando finalmente se lo entregue.

—Voy a proponerle matrimonio —digo.

Papá deja escapar un silbido bajo, su expresión suavizándose. —Es un gran paso, Adrian. ¿Estás listo para esto?

—Lo estoy —digo rápidamente, pero luego mi pecho se tensa—. Al menos, creo que lo estoy. La amo, papá. Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida.

—¿Y ella te ama? —pregunta.

Asiento. —Sí, creo que sí. Pero es cautelosa. Siempre está preocupada por lo que podría salir mal, por lo que podría pasar si las cosas cambian.

Papá sonríe comprensivamente. —Chica inteligente. La vida sí cambia, hijo. Pero el amor, ¿el tipo de amor del que estás hablando? Eso no se desvanece así como así. Si eres honesto con ella, si le muestras que estás en esto para el largo plazo, lo verá. Lo sentirá.

Exhalo, parte de la tensión aliviándose de mis hombros. —Eso es exactamente lo que pienso. —Los nervios seguían ahí, pero atenuados por sus palabras—. Gracias, papá.

—Cuando quieras —dice con una sonrisa—. Ahora, superemos esa propuesta.

Me río, guardando el anillo en mi bolsillo. —Intentaré mantener la compostura.

—Bien hecho —dice, recostándose con una sonrisa satisfecha—. Ahora, veamos qué ha preparado tu madre para nosotros.

Capítulo 26: Mara

—Hemos oído que pronto dejarás la Agencia Estratégica —dice Patricia, con tono ligero pero curioso, mientras coloca un cuenco de verduras asadas sobre la mesa.

La miro, sorprendida de que lo sepa. Aunque no debería estarlo. Familias como la de Adrian —unidas, solidarias— lo comparten todo. Mi propia familia era así una vez, antes de que mi madre falleciera.

—Sí —digo, forzando una sonrisa—. Pero aún no he decidido adónde iré después.

Adrian se recuesta en su silla, con una expresión indescifrable. —Mara no cree que sea buena idea que una pareja trabaje junta.

Aaron, sentado a la cabecera de la mesa, ríe suavemente. —Es complicado, debo admitirlo.

Patricia levanta una ceja, fingiendo sentirse ofendida. —¿Ah sí? ¿Cómo?

—Bueno —dice Aaron, sonriendo—, está la supervisión constante. Y el hecho de que nunca me dejas ganar una discusión en el trabajo.

Patricia ríe, con los ojos brillantes. —Eso es porque siempre tengo razón, querido.

Aaron me guiña un ojo. —¿Ves a lo que me refiero?

La mesa estalla en risas, y por un momento, me permito disfrutar del calor de esta familia. Se siente tan fácil, tan natural.

Luego Patricia se vuelve hacia mí, con expresión suavizada. —Cualquier camino que elijas, ustedes dos estarán bien.

Sus palabras me provocan un nudo en la garganta, y la forma en que me mira con tanto cariño genuino, me llena los ojos de lágrimas.

¿Qué pensarán cuando descubran lo que le he hecho a su hijo? ¿Cómo le he hecho enamorarse de mí, sabiendo todo el tiempo que estaba en su vida bajo falsos pretextos?

Son personas tan buenas. Personas sin una pizca de maldad. Abiertas, amables, cariñosas. Me han aceptado, me han acogido en sus vidas, me han tratado como familia.

Una profunda tristeza me invade, y las lágrimas cosquillean en las esquinas de mis ojos. No puedo dejar que me vean así.

—Disculpen —digo rápidamente, levantándome y forzando una sonrisa—. Vuelvo enseguida.

Patricia asiente, con evidente preocupación, pero no insiste.

Me dirijo al baño, cierro la puerta tras de mí y me apoyo contra ella. Las lágrimas llegan rápido, calientes e implacables. Probablemente esta sea la última vez que esté en esta casa, la última vez que me siente a su mesa, ría con ellos, sienta que pertenezco aquí.

Me echo agua fría en la cara, esforzándome por mantener oculta la tristeza. Cuando finalmente me miro al espejo, mi reflejo parece compuesto, aunque mi corazón no lo esté.

Cuando regreso al comedor, hay una extraña atmósfera flotando en el aire. Todos me miran con expresiones que no puedo descifrar del todo: expectantes, divertidas, quizás incluso un poco nerviosas.

Probablemente sea mi imaginación, me digo. Todas las emociones que remolinen dentro de mí esta noche están jugando con mi cabeza.

Hay una porción de pastel frente a mí, rico y decadente, con una cucharada de crema batida al lado. Tomo mi tenedor y cuchillo, y lo corto. El primer bocado se derrite en mi boca, pero no

puedo quitarme la sensación de que algo no está bien.

Levanto la mirada y noto que nadie más está comiendo. Todos me están observando.

—¿Ocurre algo? —pregunto.

Patricia hace un gesto con la mano, con una sonrisa demasiado brillante. —No, querida. Nada en absoluto.

Aaron se aclara la garganta, como si estuviera tratando de no reír. Adrian, sentado a mi lado, tiene una pequeña sonrisa cómplice en su rostro, pero no dice nada.

¿Qué demonios está pasando?

Corto el pastel nuevamente y, esta vez, un agudo tintineo resuena por la habitación: metal contra metal.

Perpleja, separo el pastel con mi cuchillo y tenedor.

Y entonces lo veo.

Un anillo.

Mi corazón se detiene. Dios, no. No puede ser lo que creo que es. Miro a Adrian y tiene esa amplia sonrisa en su rostro. Mis piernas se vuelven agua y mi corazón galopa en mi pecho.

—¡Dios mío! —exclama Patricia, su voz una mezcla de risa y alivio—. Tenía tanto miedo de que te lo fueras a tragar.

Quizás eso habría sido mejor que este momento incómodo donde todos esperan ver alegría en mi rostro.

La habitación estalla en risas, todos excepto yo. No puedo fingir alegría. Estoy paralizada, mirando fijamente el anillo anidado en el pastel, con la mente acelerada.

No va a hacer esto realmente.

Antes de que ese pensamiento pueda formarse por completo, Adrian arrastra su silla hacia atrás, el sonido fuerte y chirriante para mis oídos.

Oh no. Dios, no.

Está de rodillas antes de que pueda procesar lo que está sucediendo.

—Mara —comienza Adrian, con una expresión intensa en su rostro.

Sus ojos encuentran los míos, y me obligo a dibujar una sonrisa en mi cara. —Desde el momento en que te conocí, pusiste mi vida patas arriba de la mejor manera posible. Me has desafiado, me has inspirado y has hecho que quiera ser un hombre mejor. Te amo más de lo que jamás pensé que sería posible amar a alguien.

Inhalo con un respiro tembloroso. Esto está sucediendo de verdad. Adrian me está proponiendo matrimonio. Quiero que la tierra me trague.

—Quiero tenerte a mi lado, siempre. ¿Te casarías conmigo?

Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo oír nada más.

No puedo decir que sí. No puedo. Haría que todo fuera cien veces peor.

Pero sus padres están observando, sus rostros iluminados por la alegría y la emoción. Patricia junta las manos, con los ojos húmedos. Aaron parece orgulloso, como si ya supiera cuál será mi respuesta.

Y luego está Adrian.

Esa mirada expectante en su rostro, tan llena de amor y esperanza.

Abro la boca, pero no salen palabras.

¿Qué se supone que debo hacer?

Fuerzo una risa, ligera y nerviosa, y sacudo ligeramente la cabeza. —Adrian —digo, con la voz temblorosa a pesar de mis mejores esfuerzos—. Me has pillado completamente desprevenida. Quiero decir... ni siquiera sé qué decir ahora mismo.

Inclina la cabeza, su sonrisa vacila un poco. —Di que sí —dice suavemente, su voz una súplica.

—Necesito pensar —suelto, mis manos agarrando el borde de la mesa—. Es tan repentino. No esperaba... esto.

Los padres de Adrian intercambian una mirada, sus sonrisas disminuyen pero no desaparecen. La expresión de Adrian cambia, la preocupación parpadea en sus ojos.

—Por supuesto —dice después de un momento, poniéndose de pie y deslizando el anillo en su bolsillo con un movimiento rápido y fluido—. Tómate todo el tiempo que necesites.

La habitación se siente insoportablemente tensa, el calor y la risa anteriores reemplazados por una silenciosa incomodidad. Odio esto. Odio lo que le estoy haciendo a él, a todos ellos.

—¿Alguien quiere más postre? —dice Patricia de repente, con un tono excesivamente alegre mientras trata de salvar el ambiente.

Asiento rápidamente, agradecida por la distracción. —Sí, por favor.

La conversación cambia, pero apenas puedo escucharla por encima del rugido de mis pensamientos. La mano de Adrian roza la mía bajo la mesa, y me estremezco antes de poder evitarlo.

Sus dedos se curvan suavemente alrededor de los míos, y cuando lo miro, su sonrisa es suave, comprensiva. No merezco a este hombre. Es demasiado bueno. Demasiado amable. Acabo de rechazar su propuesta y todavía quiere tocarme.

La velada se arrastra, la atmósfera antes cálida y fácil es reemplazada por una conversación forzada y sonrisas fingidas. Cada mirada amorosa que Adrian me dirige se siente como un fraude. Sus padres intentan mantener las cosas ligeras, pero puedo ver que mi respuesta los desconcertó y decepcionó.

Cuando Patricia nos acompaña a la puerta, me da un cálido abrazo, su voz baja y amable. —La respuesta correcta llegará con el tiempo, querida —dice.

Asiento, incapaz de articular una respuesta. La mano de Adrian descansa ligeramente en mi espalda mientras nos vamos, pero la conexión parece colgar de una rama débil.

El viaje en coche de regreso a mi apartamento es tenso, el silencio espeso y sofocante. Miro por la ventana, con la mente acelerada y la culpa arañándome.

Cuando nos detenemos frente a mi edificio, me desabrocho el cinturón pero no me muevo para salir. Su decepción es palpable, a pesar de sus esfuerzos por actuar como si estuviera bien. Tengo que decir algo.

—Es demasiado pronto —digo con voz temblorosa.

Adrian se vuelve hacia mí, su expresión una mezcla de dolor y confusión. —¿Pero cómo te sientes acerca de nosotros?

Encuentro su mirada, mi corazón doliéndose ante la vulnerabilidad en sus ojos. —Te amo —digo honestamente, las palabras temblando con emoción—. Nunca he amado a nadie como te amo a ti.

Sus hombros se relajan ligeramente, pero la tensión no lo abandona por completo. —Entonces, ¿a qué le temes? —pregunta, inclinándose más cerca, su voz tranquila pero insistente.

No sé cómo responder. No puedo decirle la verdad.

—Mis padres se casaron al mes de conocerse —continúa, suavizando el tono—. Cuando lo sabes, lo sabes.

Cierro los ojos, sus palabras cortándome. —Lo sé —admito, con la voz quebrada.

—Entonces, ¿qué? —pregunta, con frustración deslizándose en su tono—. ¿Te preocupa la reacción de tu padre?

Me aferro a la excusa como a un salvavidas. —Sí —digo rápidamente, asintiendo—. No nos conocemos desde hace mucho. Mi padre es tradicional y pensará que es demasiado rápido.

Adrian exhala, pasando la mano por su cabello. —Tu padre solo quiere que seas feliz, ¿verdad?

Asiento, aunque siento la garganta apretada. —Así es.

—Entonces háblale —dice Adrian, con voz firme—. Muéstrale cuánto te amo. Lo serio que soy sobre nosotros.

El pánico crece en mi pecho. —Solo dame tiempo —digo, con la voz temblorosa—. Por favor.

Adrian me estudia por un largo momento, con una expresión indescifrable. Finalmente, asiente, aunque puedo ver la decepción en sus ojos. —De acuerdo —dice en voz baja.

Extiendo la mano, rozando la suya. —Gracias.

Él no responde, y el silencio se extiende entre nosotros mientras salgo del coche. Mientras camino hacia mi edificio, miro hacia atrás y lo veo todavía sentado allí, con las manos agarrando el volante.

Quiero volver corriendo hacia él, contárselo todo. Pero no puedo. Porque no está bien y solo empeorará.

Capítulo 27: Adrian

La reunión concluye con un aplauso, el cliente sonriendo ampliamente mientras estrecha mi mano. Siempre es satisfactorio salir de una sala con la sensación de que lo has clavado. El equipo sale delante de mí, lleno de energía e intercambiando discretas felicitaciones.

Fuera de las oficinas del cliente, reúno a todos. —Buen trabajo ahí dentro —digo—. La propuesta fue sólida. Respondieron a sus preguntas con confianza, y soy optimista sobre hacia dónde se dirige esto.

Algunos sonríen, y Ben, el líder del equipo, da una palmada en la espalda a uno de los asociados junior. —No podríamos haberlo hecho sin las sesiones de preparación —dice, y yo asiento, reconociendo el esfuerzo que han puesto.

Mientras se dispersan hacia sus coches, me dirijo al mío, aflojándome la corbata mientras me deslizo en el asiento del conductor. No arranco el motor de inmediato.

En cambio, me quedo sentado, con las manos apoyadas en el volante, mirando fijamente el tablero.

He echado de menos a Mara.

Entre la propuesta de Greystone, la preparación para la presentación de Lerose y malabarear con otros proyectos en curso, apenas la he visto. Sé que ha estado trabajando incansablemente en el proyecto de Lerose, volcando su creatividad y concentración en cada detalle.

Pero es más que solo extrañar su presencia. Algo ha cambiado entre nosotros.

Hemos llegado a un punto muerto.

Me recuesto en el asiento, cerrando los ojos. La propuesta. El anillo. La forma en que lo esquivó durante la cena. Todo sigue reproduciéndose en mi mente.

Me ama. Ella misma lo dijo. Pero su padre la está reteniendo.

El pensamiento se asienta en mi mente como una nube oscura. No sé mucho sobre su relación, pero está claro que él tiene una influencia significativa sobre sus decisiones.

Quizás sea porque él financia su estilo de vida. Quizás ella teme que corte su financiación si le dice que quiero casarme con ella.

Odio la idea de que no sea dueña de sí misma. Mara es fuerte, independiente y brillante. Pero, ¿realmente es libre para tomar sus propias decisiones?

El pensamiento me retuerce las entrañas.

Miro mi teléfono, tentado a llamarla. A preguntárselo directamente. Pero sé que no es una conversación para tener por teléfono.

En su lugar, le mando un mensaje, **¿Cenamos esta noche?**

Su respuesta llega segundos después. **Me encantaría.**

Le respondo sugiriendo que probemos un nuevo restaurante italiano no muy lejos de su apartamento.

Voy a reunirme con su padre antes. No sé cuánto tiempo tomará esta reunión con su padre, pero, de repente, he decidido contárselo todo. En mi mente, lo imagino descorchando una botella de champán para brindar por nuestro futuro.

Me hace sonreír y facilita mi decisión. Voy a ver al padre de Mara para pedir la mano de su hija en matrimonio. Debería haber hecho eso primero. Tal vez entonces, Mara habría dicho que sí.

Una vez que Mara y yo estemos casados, ella nunca tendrá que preocuparse por el dinero de nuevo.

Cuanto más lo pienso, más veo que es el mejor curso de acción a tomar ahora mismo. No soy un blanco sentado. Nunca lo he sido. Ni en los negocios ni en mi vida personal.

Tengo un objetivo, que es hacer a Mara financieramente independiente. Sin ataduras, sin obligaciones. Podría depositar una cantidad sustancial en una cuenta para ella, algo que generaría suficientes intereses para que viva cómodamente.

Puede usarlo como quiera: libertad, seguridad, sin hacer preguntas.

Pero antes de todo eso, necesito hablar con su padre.

Miro el reloj en el tablero. 4:00 PM. Es una apuesta, pero recuerdo que Mara mencionó que él suele trabajar desde casa.

En nuestro primer encuentro, el Sr. Thornton fue reservado, educado, pero con una intensidad silenciosa que te hace sentir como si siempre estuviera analizando. No dijo mucho, pero su presencia era inconfundible. Es el tipo de hombre alrededor del cual caminas con cuidado.

Mis dedos se tensan en el volante mientras salgo del estacionamiento. Pedir la mano de una hija a su padre es inquietante, pero me recuerdo que he hecho cosas mucho más difíciles.

En el camino, ensayo lo que diré. Respeto al hombre. Mara me ha contado sobre su ética de trabajo, su éxito y cuánto ha hecho por su familia. Pero si él es la razón por la que ella se está conteniendo, entonces necesito resolver ese problema.

Me detengo en la entrada con portón de la finca y presiono el botón del intercomunicador.

—¿Sí? —responde una voz nítida.

—Soy Adrian Stone —digo—. Me gustaría hablar con el Sr. Thornton. ¿Está disponible?

Hay una pausa, y me imagino a alguien dentro debatiendo si dejarme entrar o no.

—Un momento —dice la voz.

Espero, con el corazón acelerado. Unos momentos después, los portones se abren, y subo por el largo y sinuoso camino de entrada. Aunque ya he estado aquí antes, sigo impresionado.

La casa es de arquitectura clásica, con extensos jardines, el tipo de lugar que exuda dinero antiguo. Pero viejo o nuevo, el dinero no debería usarse para controlar a otra persona.

Aparco, respiro hondo y salgo del coche.

Una empleada me recibe en la puerta, guiándome por las grandes escaleras hasta un estudio al final del pasillo. Al entrar, inmediatamente me golpea el aroma a cuero y madera pulida.

El Sr. Thornton se pone de pie cuando entro, sus penetrantes ojos azules evaluándome. Es alto, con una presencia imponente que me recuerda a Mara en algunos aspectos.

—Sr. Stone —dice, extendiendo una mano. Su apretón es firme—. ¿Qué le trae por aquí?

Tomo asiento cuando me indica una silla, mi mente buscando las palabras adecuadas.

—Quería hablar con usted sobre Mara —comienzo, yendo directamente al punto de lo que me trajo aquí.

Su expresión no cambia, pero hay un destello de curiosidad en sus ojos.

—De acuerdo —dice, reclinándose en su silla—. ¿Qué hay con ella?

Mi pulso retumba en mis oídos. —Amo a su hija, señor. Quiero casarme con ella.

Por un momento, solo hay silencio. Su expresión se congela, sus ojos se ensanchan ligeramente antes de que rápidamente componga sus facciones.

—¿Quiere casarse con Mara? —dice, su tono impregnado de incredulidad.

—Sí —digo con firmeza—. La amo más que a nada. Y sé cuánto importa su opinión para ella. Por eso estoy aquí, para pedir su bendición.

Su mirada es aguda e indescifrable. —¿Mara sabe que está haciendo esto?

Esto no está yendo como lo había imaginado. Claramente piensa que es una idea descabellada. Pero, ¿por qué? Cualquier hombre tendría suerte de tener a Mara como esposa.

Niego con la cabeza. —No. Pero sé lo mucho que valora su opinión. Pensé que era importante hablar con usted. —Dejo escapar una risa nerviosa—. Seré honesto, hice las cosas al revés primero. Le propuse matrimonio hace unos días.

Esta vez no oculta su sorpresa. —¿Y qué dijo ella?

El dolor me atraviesa cuando resurge el recuerdo de la respuesta de Mara después de que me expusiera completamente ante ella y mis padres. La forma en que parecía un ratón atrapado, buscando una escapatoria.

Aparto ese recuerdo y me concentro en el presente. —Dijo que necesitaba tiempo.

Sus facciones parecen relajarse después de eso, lo que me confirma que él es la razón por la que Mara dijo que necesitaba tiempo.

El Sr. Thornton exhala lentamente, frotándose la mandíbula con una mano. —Adrian —dice, su voz más baja ahora—. No soy un padre tradicional. Nunca he sido de grandes gestos o formalidades. Si Mara dice que sí, tiene mi bendición. Pero...

Se detiene, y su vacilación es imposible de pasar por alto.

—¿Pero qué? —pregunto, con el pecho oprimido.

Se acomoda en su silla, su expresión cautelosa. —Seré honesto con usted: estoy sorprendido. Y no puedo evitar preguntarme si lo ha pensado bien.

Frunzo el ceño, confundido por su reacción. —Por supuesto que sí. La amo. Quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Sus labios se aprietan en una fina línea, y por un momento, parece casi... triste.

—Señor —digo, con un tono cortante—. Si tiene algún problema conmigo, preferiría que me lo dijera directamente.

Su mirada vuelve a la mía, y por primera vez, veo un destello de algo... ¿remordimiento, tal vez?

—No es usted —dice, con un tono medido—. Pero hay cosas que Mara no le ha contado. Cosas que debería decirle antes de aceptar su propuesta.

Un escalofrío me recorre la columna. —¿Qué tipo de cosas?

Niega con la cabeza. —Eso es algo que le corresponde a ella decir, no a mí. Pero le diré esto, hijo, si la ama, si realmente quiere construir una vida con ella, debe permitir que sea ella quien acuda a usted con la verdad.

Sus palabras no tienen sentido. Me recuesto, tratando de procesarlas.

—Está diciendo que hay algo que no sé sobre Mara —digo lentamente—, ¿Y que podría cambiar lo que siento por ella?

No responde de inmediato, pero el silencio es suficiente.

—Lo que digo —dice finalmente—, es que la decisión de casarse con alguien debe tomarse con los ojos abiertos. Necesita saberlo todo, Adrian. Y Mara necesita confiar lo suficiente en usted para contárselo.

Asiento lentamente, aunque sus palabras dejan un nudo de inquietud en mi pecho.

—Gracias por su honestidad, señor —digo, poniéndome de pie.

Él también se levanta, ofreciéndome su mano nuevamente. —Les deseo lo mejor a ambos —dice.

Mientras me alejo de la finca de los Thornton, sus palabras resuenan en mi mente.

Hay cosas que Mara no le ha contado.

¿Qué podría significar?

El viaje al apartamento de Mara es borroso. La conversación con el padre de Mara se repite en mi mente, en un bucle interminable.

Mara es honesta, casi hasta la exageración. ¿Qué podría estar ocultándome?

En el camino, mi teléfono vibra. Es mamá.

—Hola, mamá —digo, reclinándome en mi asiento.

—Adrian, cariño —dice cálidamente—. ¿Has tenido noticias de Mara? ¿Te ha dado una respuesta?

—Todavía no —admito, pasándome una mano por el pelo—. Fui a ver a su padre.

—¿Oh? —dice, su voz curiosa—. ¿Y cómo fue?

Relato la conversación, sin escatimar en detalles. Cuando termino, hay una pausa al otro lado de la línea.

—Bueno, eso es extraño —dice mamá finalmente—. ¿Qué crees que quiso decir?

—No lo sé —digo, con frustración en mi voz—. Dijo que hay algo que Mara no me ha dicho y que podría cambiar lo que siento por ella. Pero eso es ridículo. Nada podría cambiar lo que siento por ella.

—Exactamente —dice mamá con firmeza—. Sea lo que sea, no importa. Lo que importa es que se aman. He visto cómo te mira, Adrian. Y he visto cómo la miras tú a ella. Hay amor verdadero ahí.

Sus palabras son como un bálsamo, calmando la inquietud que me ha estado carcomiendo desde mi conversación con el Sr. Thornton.

—Gracias, mamá —digo.

—Cuando quieras, cariño —dice—. Ahora, disfruta tu noche. Y no le des demasiadas vueltas.

—Lo intentaré —digo, con una pequeña risa antes de finalizar la llamada.

Respiro hondo, sintiéndome un poco más ligero. Sea lo que sea lo que el Sr. Thornton quiso decir, no cambia el hecho de que amo a Mara. Y haré lo que sea necesario para que vea que pertenecemos juntos.

Levanto la vista justo a tiempo para ver a Mara caminando hacia mí, su hermoso cabello cayendo sobre sus hombros y sus labios curvándose en una sonrisa.

Salgo del coche y le abro la puerta, pero no sin antes atraerla hacia un beso. Sabe a menta, y por un momento, el resto del mundo se desvanece.

—Hola —dice, ligeramente sin aliento cuando nos separamos.

—Hola —respondo, sonriendo.

El viaje al restaurante es rápido y amistoso. Entramos al restaurante, el tenue resplandor de la araña iluminando el acogedor interior. Un camarero nos recibe, conduciéndonos a una mesa tranquila cerca de la ventana y entregándonos menús.

Inmediatamente pido un whisky solo, esperando que calme mis nervios.

—¿Puedo traerle algo de beber, señorita? —le pregunta a Mara.

—Solo agua por ahora, gracias —dice, echando un vistazo al menú.

El camarero asiente y ambos pedimos platos de pasta, apenas prestando atención al menú.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunto, inclinándome hacia adelante.

—Ocupado —dice, sus ojos iluminándose—. Finalizamos la propuesta de Lerose y estoy segura de que Estratégica la conseguirá.

Sonrío, su entusiasmo es contagioso. —Eso es genial, Mara. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias —dice, sus mejillas sonrojándose ligeramente.

Me recuesto en mi silla y dejo que una pequeña sonrisa tire de mis labios. —Este fin de semana será un buen descanso antes de la presentación de Lerose. Ambos lo necesitamos.

Mara asiente, tomando un sorbo de su vino. —Definitivamente. Siento como si hubiera estado viviendo y respirando esa propuesta durante semanas.

—Y se nota —digo, manteniendo un tono cálido—. De buena manera, quiero decir. El equipo está impresionado, y sé que el grupo de Lerose también lo estará.

Ella sonríe, pero hay algo agridulce en su sonrisa. —Ha sido un esfuerzo de equipo, pero gracias. Tengo ganas de ver cómo se desarrollará todo.

La observo y recuerdo las palabras de su padre. Está equivocado. No hay nada en Mara que pueda hacer que la ame menos. —Has estado increíble, Mara. Siempre lo eres.

Ella agacha la cabeza ligeramente, sus mejillas coloreándose lo suficiente para hacerme sonreír. —Será agradable tomar un respiro antes del impulso final —dice.

—De acuerdo —respondo, inclinándome hacia adelante—. Napa será perfecta. Los viñedos, la tranquilidad... solo nosotros.

—Solo nosotros —repite, su voz más baja ahora.

Sonrío, una chispa de emoción encendiéndose en mi pecho. —Por cierto, tengo algo especial planeado para nosotros. Un paseo en globo aerostático al amanecer. Pensé que podríamos comenzar el sábado por la mañana con una vista de todo el valle.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, y parpadea. —¿Un paseo en globo aerostático?

—Sí —digo, mi sonrisa ensanchándose—. Siempre he querido probarlo, y pensé que sería algo que podríamos experimentar juntos. Además, dicen que es impresionante.

—Suena increíble —dice, y el asombro genuino en su voz me hace sentir que he hecho todo bien.

Extiendo la mano por la mesa, rozando mis dedos contra los suyos. —Lo haremos inolvidable.

Me devuelve la sonrisa, pero hay algo en su expresión, algo tenso, como si estuviera conteniendo algo.

Cuando el camarero llega con nuestra comida, colocando platos humeantes de pasta frente a nosotros, retiro mi mano y le agradezco. El aroma es rico, y por un momento, nos concentramos en la comida.

Aún así, las palabras de su padre de antes siguen volviendo, royendo los bordes de mis pensamientos. *Hay cosas que Mara no le ha contado. Podría sentirse diferente.*

¿Qué demonios habrá querido decir con eso? Mara y yo nos conocemos de adentro hacia afuera. ¿No es así?

La miro mientras ella gira su tenedor en la pasta, su rostro iluminándose mientras me cuenta sobre un error tipográfico ridículo en uno de los borradores de la propuesta de Lerose que hizo reír a todo su equipo. Su risa es contagiosa, y por un segundo, aparto las dudas.

Pero vuelven a aparecer.

¿Hay algo que está ocultando? ¿Algo que su padre cree que cambiará lo que siento por ella? La idea es absurda. No hay nada, nada, que pueda hacer que deje de amarla.

Pero el pensamiento no abandona mi mente. La forma en que su padre me había mirado, casi con lástima, hace que mi estómago se retuerza. ¿Debería mencionarlo? ¿Debería preguntarle directamente si hay algo que no sé?

La conversación cambia de un tema a otro. Momentos divertidos en el trabajo, la nueva cafetería cerca de nuestra oficina, y un titular ridículo que vio antes. Se ríe mientras habla, y el sonido es como un bálsamo para la inquietud que burbujea en mi pecho.

Debería estar relajado. Estoy cenando con la mujer que amo, pero, en este momento, parece un misterio que no puedo descifrar. No debería haber ido a ver al Sr. Thornton. No saqué nada de eso excepto más preocupación.

Mara se recuesta en su silla, sus ojos brillantes, y me bromea sobre mi incapacidad para pedir postre sin una razón.

—Por cierto —continúa, claramente de buen humor—. No me vas a hacer despertar a una hora impía para ese paseo en globo aerostático, ¿verdad?

Me río, la risa disipando parte de la tensión en mi pecho. —A las cinco en punto. Tienes suerte de que me gustes.

—¿Suerte? —dice, levantando una ceja—. Tú eres el que me está sacando de la cama antes del amanecer.

—Confía en mí —digo, sonriendo—. Te va a encantar.

Pone los ojos en blanco juguetonamente, y empiezo a relajarme realmente. Tenemos que tener esa conversación, pero podemos hacerlo más tarde. Después de la cena.

Por ahora, solo quiero disfrutar de esta cena con la mujer que amo.

El teléfono de Mara vibra, y ella mira la pantalla antes de darme una mirada de disculpa. —Tengo que contestar —dice, levantándose y alejándose de la mesa.

—Por supuesto —digo, observando a Mara mientras atiende una llamada en una parte tranquila del restaurante.

Cuando regresa, sé que algo anda mal. Sus movimientos son bruscos, sus hombros rígidos y su mandíbula está tensa. Se sienta, toma su copa de vino y da un largo sorbo sin mirarme a los ojos.

—¿Mara? —pregunto con cautela—. ¿Está todo bien?

Deja la copa con un movimiento deliberado, su mirada finalmente encontrándose con la mía. Sus ojos están fríos y me producen un escalofrío en la columna.

—Era mi padre —dice, con voz cortante.

Un escalofrío frío me recorre. *Maldición*. Mi mente corre en diferentes direcciones. Debería haber hablado con ella primero. Debería haber anticipado esto.

—Mara —comienzo, pero ella me corta con un brusco movimiento de cabeza.

—Me gustaría irme —dice, su tono no deja lugar a discusión.

Asiento, haciendo una señal al camarero para pedir la cuenta. La breve espera se siente

excruciante. Mara no dice ni una palabra más, su atención fija en el mantel. Está obviamente furiosa. He estropeado esto.

El viaje a su apartamento es silencioso. Mara mira por la ventana, con los brazos cruzados firmemente sobre el pecho. Agarro el volante, mi mente un caos de frustración y culpa. ¿Qué le habrá dicho su padre?

Cuando finalmente me detengo frente a su edificio y pongo el coche en estacionamiento, Mara se vuelve hacia mí, su rostro una tormenta de emociones.

—No tenías derecho —dice, su voz baja, pero temblando de ira.

Sorprendido por su tono, digo: —¿Derecho a qué? —Aunque sé exactamente a qué se refiere.

—A ir a mi padre sin hablar conmigo primero —espeta.

La miro, atónito por el veneno en su tono. —Mara, así es como funciona. El hombre va al padre de su novia para pedir su mano en matrimonio. Es tradición.

—¿Tradición? —repite, elevando la voz—. Adrian, esto no es el siglo XIX. No se puede ir a espaldas de alguien y hablar con su familia sobre algo tan personal como el matrimonio sin discutirlo con esa persona primero.

Sus palabras me golpean como una bofetada. —No estaba actuando a tus espaldas —digo, mi propia frustración empezando a burbujear en la superficie—. Lo hice porque sé lo mucho que significa para ti la aprobación de tu padre. Pensé que estaba haciendo lo correcto.

—¿Lo correcto? —dice, su voz llena de incredulidad—. ¿Tienes idea de lo humillante que es que mi padre me llame y me diga que viniste a hablar con él sobre casarte conmigo? Me has dejado totalmente desprevenida, Adrian.

—Estaba tratando de respetarte a ti y a tu familia. Pensé que lo apreciarías.

—Pues pensaste mal —dice, su voz quebrándose ligeramente, aunque su ira no disminuye.

Exhalo bruscamente, pasándome una mano por el pelo. —¿Por qué estás tan enfadada por esto, Mara? Si acaso, pensé que te conmovería que me importara lo suficiente como para hacer esto.

Me mira con furia, sus ojos brillantes. —No lo entiendes, ¿verdad? Esto no se trata de importar. Se trata de confianza. No confiaste en mí lo suficiente como para hablar conmigo primero. En cambio, fuiste a mis espaldas e involucraste a mi padre en esto. ¿Tienes idea de cómo me hace sentir eso?

Abro la boca para discutir pero la cierro de nuevo, dándome cuenta de que no tengo una buena respuesta.

El silencio se extiende entre nosotros, pesado y sofocante. Finalmente, Mara niega con la cabeza, su voz más baja pero no menos cortante.

—Necesito algo de tiempo para pensar, Adrian. Sobre todo esto.

Mi pecho se oprime. —Mara…

Levanta una mano, deteniéndome. —Por favor. Solo dame espacio.

Asiento a regañadientes, con la garganta apretada mientras la veo salir del coche y desaparecer en su edificio sin mirar atrás.

Mientras me quedo sentado en el coche vacío, me doy cuenta de lo injustificada que es la ira de Mara...

a menos que su padre tenga razón, y haya algo enorme que me está ocultando.

Capítulo 28: Mara

Estoy parada frente a la oficina de Adrian, con el corazón latiendo tan fuerte que es sorprendente que Kayla, su asistente, no lo escuchara antes de alejarse de su escritorio. El único sonido es el leve murmullo de actividad desde el interior de su oficina.

Estoy reuniendo el valor para llamar, pero mi mano se queda suspendida a pocos centímetros de la puerta. La conversación telefónica con mi padre se repite en mi mente.

—¿Cómo puedes hacerle esto a ese hombre, Mara? Él cree que ustedes dos tienen un futuro.

—No pensé que llegaría tan lejos —había dicho en tono defensivo, todavía asimilando la noticia de que Adrian había ido a ver a mi padre para pedir mi mano en matrimonio.

—Somos despiadados en los negocios, pero esto es una locura. Estás jugando con los sentimientos de un hombre. No puedo imaginar a Stacy jugando así con mi corazón.

Había intentado explicarme, pero ¿qué defensa tenía? ¿Cómo podría explicar lo inexplicable? Que había seguido queriendo más y más de Adrian hasta que me hundí demasiado profundo.

—Dile la verdad, Mara. No merece ser engañado de esta manera. Ganaremos ese contrato de todas formas.

Cuando había regresado a la mesa después de esa llamada, estaba furiosa con Adrian. ¿Cómo pudo haber ido a hablar con mi padre a mis espaldas sin decírmelo?

Pero ahora, parada aquí, sé la verdad. No era con Adrian con quien estaba enojada, sino conmigo misma. Era por lo que había hecho, lo que seguía haciendo. Y lo había pagado con él porque era más fácil que enfrentar mi propia culpa.

Lo último que quiero es que mis últimos días con Adrian estén llenos de tensión. Quiero recordar estos días como los más felices de mi vida, aunque también sean los más dolorosos.

La presentación en Lerose es el viernes. Para el martes, me habré ido. Le diré a Adrian que ha surgido una oportunidad repentina, algo que no puedo permitirme rechazar. Es la única manera de dejar Strategic Agency sin levantar sospechas.

Inhalo profundamente, obligándome a llamar a la puerta.

—Adelante —dice la voz de Adrian desde el otro lado.

Empujo la puerta y entro. Está sentado en su escritorio, revisando un documento, pero levanta la mirada en cuanto entro. Su rostro se suaviza y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

Todavía puede sonreírme, incluso después de las duras palabras que le lancé.

—Mara —dice cálidamente, dejando los papeles a un lado—. Qué agradable sorpresa.

Dudo por un momento, luego avanzo más en la habitación.

—¿Tienes un minuto?

—¿Para ti? Siempre —responde, señalando la silla frente a su escritorio—. Siéntate.

Me siento en la silla, con las manos fuertemente entrelazadas en mi regazo. Mi corazón late acelerado y me obligo a mirarlo.

—Quería disculparme por lo de la otra noche.

Adrian se recuesta en su silla, estudiándome.

—No entiendo por qué reaccionaste con tanta ira, Mara —dice, con un tono tranquilo pero inquisitivo.

Mi mirada cae a mi regazo, y jugueteo con el borde de mi manga.

—No debí haber reaccionado así. Lo siento —digo suavemente, sin saber cómo explicarme.

No responde de inmediato, y cuando levanto la mirada, su expresión es indescifrable.

—Hay algo más —dice, con voz medida—. Tu padre dijo algo cuando fui a verlo. Me dijo que hay cosas que no sé sobre ti. ¿De qué estaba hablando?

Mi mente da vueltas y el sudor se acumula en la nuca. Lucho por controlar mi respiración.

—Hay muchas cosas de las que necesitamos hablar —digo finalmente—. Pero no ahora. El momento adecuado llegará.

Adrian me mira fijamente durante lo que parece una eternidad. Su mirada intensa me hace querer hundirme en la silla, pero me obligo a mantener sus ojos.

Finalmente, se inclina hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio.

—Voy a confiar en ti, Mara —dice, con voz tranquila—. Te amo, y amar significa confiar en la otra persona incluso cuando no entiendes.

El alivio me invade.

Una sonrisa se extiende por su rostro mientras añade:

—Eso es lo que dice mi madre, de todos modos.

—Es una mujer sabia —digo, sintiendo que la tensión en mi pecho se afloja.

Adrian no está presionando, aunque tiene todo el derecho. Mi corazón se hincha de amor por él, tan fuerte que casi duele.

—Te amo tanto, Adrian —digo, con la voz llena de emoción.

Él sonríe, sus ojos cálidos.

—Eso es todo lo que importa. Yo también te amo.

Se recuesta, su sonrisa volviéndose juguetona.

—¿Seguimos con lo de esta noche?

—Oh, sí —digo, con entusiasmo genuino—. Es lo único que me ha mantenido en pie esta semana.

Me levanto y camino alrededor de su escritorio, inclinándome para besarlo. El beso se profundiza rápidamente, y antes de darme cuenta, me está atrayendo a su regazo. Sus manos están firmes en mi cintura, y el mundo fuera de su oficina se derrite.

Cuando finalmente me separo, sin aliento, me aliso el cabello y salgo de su abrazo.

—Debería irme —digo, con voz teñida de pesar—. Tenemos una sesión simulada de preguntas y respuestas con el equipo.

—Gran idea —dice Adrian, con tono de aprobación.

—Maria es increíble en su trabajo —añado—. He aprendido tanto de ella estas últimas semanas.

—Me alegro —dice, con orgullo en su rostro—. Tenemos grandes equipos y me alegro de que seas parte de él, aunque sea por poco tiempo.

Otro recordatorio de que nuestro tiempo juntos está llegando a su fin.

Me dirijo hacia la puerta, girándome para lanzarle una sonrisa.

—Oh, sí —digo nuevamente, esta vez con entusiasmo fingido, antes de salir de su oficina.

La sesión simulada de preguntas y respuestas es más divertida de lo que esperaba. Maria tiene un don para mantener las cosas animadas mientras mantiene un enfoque preciso. Nos divide en grupos de tres, y me toca interpretar el papel del equipo de Lerose, acribillando a mis

colegas con preguntas sobre nuestra propuesta.

Canalizo mi escéptica interior, haciendo preguntas incisivas sobre proyecciones de ROI y adaptabilidad al mercado. El equipo está a la altura del desafío, sus respuestas pulidas y seguras.

Adrian aparece en medio de la sesión y se sienta al fondo escuchando.

—Bien, Mara —dice Maria con una sonrisa—. Si esto no funciona, tienes futuro en las interrogaciones.

Todos se ríen, y me uno a ellos, la tensión que he estado cargando se alivia un poco. Estos momentos me recuerdan por qué amo este trabajo, y por qué dejarlo, y a Adrian, va a doler tanto.

Cuando la sesión termina, Maria junta sus manos.

—Buen trabajo, todos. Creo que estamos listos para arrasar el viernes.

Adrian me mira mientras el equipo comienza a dispersarse.

—Eres muy buena interpretando a la oposición —dice, acercándose a mí.

—Años de práctica siendo difícil —bromeo.

Él se ríe, negando con la cabeza.

—No me lo creo ni por un segundo.

Miro el reloj.

—Necesito irme, pero eso fue genial. Gracias de nuevo por darme esta oportunidad.

—Te la ganaste —dice, su expresión suavizándose—. ¿Te recojo a las 5:30?

—No puedo esperar —digo, sintiéndolo de verdad. Le lanzo un beso mientras entro en mi oficina para agarrar mi bolso.

Mientras salgo de la oficina, una extraña mezcla de emociones se agita dentro de mí. Emoción por el fin de semana que viene. Culpa por todos estos secretos. Y un dolor, profundo y persistente, porque sé que el martes próximo, este capítulo de mi vida habrá terminado.

Pero por ahora, me concentro en el fin de semana. En la risa, el vino y el hombre que se ha convertido en mi todo.

Si este es el final, quiero que sea hermoso.

Me apresuro a entrar en mi apartamento, con el corazón ligero de anticipación. La mañana había sido un torbellino de dudas, pero ahora, todo lo que siento es emoción. Adrian y yo vamos a Napa Valley, y por una vez, estoy decidida a vivir el momento.

Mi bolsa de fin de semana descansa abierta sobre la cama, aún vacía. No había hecho la maleta antes, no estaba segura de que fuera a seguir adelante con el fin de semana. Pero ahora, me muevo con propósito, doblando suéteres suaves y vestidos casuales, incluyendo un par de zapatos para caminar y añadiendo una chaqueta ligera por si acaso.

Después de una ducha rápida, me pongo unos vaqueros oscuros cómodos, una camiseta blanca ajustada y un suave cárdigan. Mantengo mi maquillaje ligero y recojo mi pelo en una coleta baja. No sé cómo viajaremos, pero estoy segura de que Adrian lo ha organizado.

A las cinco y cuarto, estoy abajo en el vestíbulo, charlando con el portero sobre el clima. Mi bolsa de fin de semana descansa junto a mis pies, y miro hacia la calle de vez en cuando.

Cuando el SUV de Adrian se detiene, mi corazón da un vuelco. El portero también lo nota, sonriendo con complicidad.

—Que tenga un maravilloso fin de semana, señorita Mara —dice mientras agarro mi bolsa.

—Gracias —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Nos vemos el lunes.

Adrian sale de la puerta trasera del pasajero, luciendo sin esfuerzo atractivo con pantalones

oscuros y una camisa a medida. Su sonrisa ilumina su rostro cuando me ve.

—Hola, preciosa —dice, inclinándose para un beso. Sus labios están cálidos, y el contacto hace que el mundo se desvanezca por un momento. Solo quiero envolver mi cuerpo en el suyo, pero tengo todo el fin de semana para hacerlo.

—Hola tú —digo, sin aliento, retrocediendo.

El conductor toma mi bolsa con un asentimiento educado y la guarda en el maletero. Adrian me abre la puerta del coche, y me deslizo dentro, el aroma del cuero y su colonia envolviéndome.

Mientras el coche se dirige en una dirección familiar, le digo a Adrian:

—Creo que tengo una idea de hacia dónde nos dirigimos.

Él se ríe, sus ojos brillando con picardía.

—¿Sí? Bueno, pensé que un paseo en helicóptero sería más divertido.

—Fantástico —digo, mi emoción burbujeando.

Él sonríe.

—Esas cosas son adictivas. Llegaremos con estilo.

Me río.

—El estilo es importante —Aparto el pensamiento de que este podría ser nuestro último fin de semana juntos y me concentro en el momento—. No puedo esperar.

El viaje al hangar no tarda mucho, y nos dirigimos al helicóptero que nos espera.

—Esto es encantador —digo, con los ojos bien abiertos.

Adrian me ayuda a subir.

—Solo lo mejor.

Nos recibe el piloto, un hombre alegre que nos ayuda a acomodarnos en los lujosos asientos de cuero del interior. Nos entregan auriculares y una vez que estamos abrochados, los rotores comienzan a girar, el sonido es un zumbido bajo que se convierte en un rugido poderoso.

Adrian se acerca, su voz llegando a través de los auriculares.

—¿Lista?

—Más que lista —respondo, agarrando su mano.

Mientras despegamos, la ciudad debajo se encoge, y en menos de media hora la vista cambia a un impresionante panorama de colinas onduladas y viñedos dorados. El piloto señala puntos de referencia del Valle de Napa.

Miro a Adrian, su perfil iluminado por la luz del atardecer. Su mano está cálida en la mía, y por ahora, el mundo se siente perfecto.

La vista desde el helicóptero es nada menos que mágica. Debajo de nosotros, el Valle de Napa se extiende como una pintura. Colinas ondulantes cubiertas de exuberantes viñedos, sus ordenadas hileras extendiéndose hasta el horizonte. El sol de la tarde baña todo en un resplandor dorado, y los sinuosos caminos que atraviesan el paisaje brillan como cintas de luz.

—Es impresionante —digo por el auricular, incapaz de apartar la mirada.

Adrian aprieta mi mano, su voz cálida en mis oídos.

—Espera a que estemos en tierra. Es aún mejor de cerca.

Lo miro, su rostro iluminado con una mezcla de emoción y satisfacción, y mi corazón se hincha. Por un momento, se siente como si fuéramos solo nosotros dos, suspendidos en el cielo, intactos por el mundo de abajo.

A medida que nos acercamos a nuestro destino, el piloto anuncia nuestra llegada al Four

Seasons. Desde el aire, el resort parece un paraíso aislado, enclavado entre los viñedos con una mezcla de encanto rústico y elegancia moderna.

El helicóptero desciende suavemente sobre la plataforma de aterrizaje privada, y somos recibidos por un pequeño equipo que nos espera. Tan pronto como los rotores disminuyen la velocidad, un amable miembro del personal se adelanta, ofreciéndonos cálidas sonrisas y una copa de vino espumoso frío.

Podría acostumbrarme a este tipo de fines de semana.

—Bienvenidos al Four Seasons Napa Valley, señor Stone, señorita Mara.

—Gracias —digo, sonriendo mientras tomo la copa.

—Estamos encantados de tenerlos con nosotros. Permítanme mostrarles su suite —dice la mujer con una sonrisa acogedora.

El camino hacia el edificio principal se siente surrealista. El resort es una obra maestra, con sus senderos de piedra, jardines cuidados y un telón de fondo de interminables viñedos. El aire huele a lavanda y tierra fresca, y la atmósfera es tan serena que es casi de otro mundo.

Por dentro, el vestíbulo es justo como cabría esperar del resort. Techos abovedados, cálidos acentos de madera y grandes ventanales que enmarcan las impresionantes vistas. Adrian mantiene una mano en la parte baja de mi espalda mientras nos escoltan por el espacio, y me siento como si estuviera flotando.

Nuestra suite es espectacular. Espaciosa, pero íntima, cuenta con una terraza privada con vistas a los viñedos, una chimenea de piedra y una lujosa cama king-size cubierta con sábanas blancas crujientes. Incluso había una botella de vino y una nota de bienvenida manuscrita esperándonos en la mesa.

—Es hermoso —digo, asimilándolo todo.

Adrian sonríe.

—Solo lo mejor para nosotros.

La empleada nos da un rápido resumen de nuestro itinerario.

—Mañana por la mañana, comenzarán con un paseo en globo aerostático al amanecer, seguido de un desayuno en nuestra terraza del viñedo. Más tarde, habrá una degustación de vinos privada con nuestro sommelier, y la cena en nuestro restaurante insignia por la noche.

—También hemos organizado una experiencia de spa en pareja el domingo por la mañana antes de su partida.

—Suena perfecto —dice Adrian, su mano encontrando la mía.

—Absolutamente perfecto —repito, con voz suave. Por un momento, realmente se siente como si nada más existiera sino nosotros dos y esta burbuja perfecta en la que estamos.

Cuando la puerta se cierra detrás de la empleada, Adrian me atrae a sus brazos, sus ojos buscando los míos.

—¿Feliz?

Sonrío, apoyándome en él.

—Creo que este podría ser el fin de semana más perfecto de mi vida.

—Bien —murmura, rozando sus labios contra los míos—. Porque planeo hacerlo inolvidable.

Adrian me acerca más, sus manos suaves en mi cintura. Sus labios rozan los míos, suaves al principio, luego más profundos, más insistentes. Mi corazón se acelera, y siento el calor de su

aliento mientras se inclina hacia mi oído, su voz baja y llena de emoción.

—He extrañado abrazarte —susurra, sus palabras enviando un escalofrío por mi columna vertebral.

Inclino la cabeza para mirarlo, mis dedos trazando la línea de su mandíbula.

—Yo también te he extrañado —murmuro, mi voz apenas audible.

Sus labios encuentran los míos de nuevo, esta vez con una urgencia que no deja lugar a dudas. Sus manos se deslizan por mi espalda, atrayéndome contra él, y me pierdo en el calor de su beso, el mundo exterior a nuestra suite desapareciendo por completo.

Las manos de Adrian exploran, cada toque enciende un fuego bajo mi piel. Mi respiración se entrecorta mientras me levanta sin esfuerzo, llevándome hacia la cama.

El tiempo parece detenerse mientras nos unimos, cada caricia, cada beso un recordatorio de lo profundamente conectados que estamos. El aire está lleno de suaves susurros y promesas no dichas, y por un momento, se siente como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

Las lágrimas corren por mi rostro sin cesar mientras hacemos el amor. Es tierno y lento y nunca quiero que termine.

Después, yacemos enredados el uno en el otro, la habitación silenciosa, excepto por el sonido de nuestra respiración. Adrian presiona un beso en mi frente, sus dedos trazando perezosamente patrones en mi hombro.

—Cena —dice finalmente, su voz un suave rumor contra mi oído.

Sonrío, reacia a moverme pero sabiendo que necesitamos hacerlo.

—Probablemente deberíamos prepararnos.

Él se ríe, sus brazos estrechándose a mi alrededor brevemente antes de soltarme.

—Prepararé la ducha.

Adrian desaparece en el baño, el sonido del agua llenando la suite momentos después. Me quedo en la cama un momento más, saboreando la calidez del momento antes de finalmente levantarme.

El baño está lleno de vapor, y Adrian ya está bajo la ducha cuando entro. Se gira y extiende una mano.

—Ven aquí, preciosa.

No dudo, entrando en la calidez del agua y en sus brazos. La ducha es pausada, sus manos suaves mientras se deslizan sobre mi piel, lavando los restos de nuestro amor.

Compartimos besos suaves y risas tranquilas, y para cuando salimos, estoy recargada y lista para la cena.

De vuelta en la habitación, me pongo un simple vestido de lana, la tela deslizándose sobre mi piel. Adrian lleva una camisa oscura y pantalones a medida que lo hacen parecer inalcanzable, excepto que ya es mío. Por ahora, al menos.

Me atrapa mirándolo mientras ajusta su reloj, su sonrisa lenta y apreciativa mientras me observa.

—Te ves impresionante —dice.

—Gracias —digo, luego hago una pequeña vuelta para él, lo que lo hace reír.

Capítulo 29: Adrian

Después de la cena, Mara y yo permanecemos en la mesa, con el murmullo de las conversaciones a nuestro alrededor mezclándose con la melodiosa música de la banda.

La noche se siente perfecta, la atmósfera íntima y relajada. Me reclino en mi silla, mis dedos recorren el borde de mi copa mientras miro a Mara. Solo nosotros dos durante dos días completos.

—Este ambiente es un buen recordatorio de las cosas importantes en la vida —dice Mara, con un tono pensativo.

—Estoy de acuerdo —digo—. Te hace pensar más allá de la rutina diaria.

Mara inclina la cabeza hacia un lado. —¿Qué cosas te importan a ti? Sé que el trabajo está entre ellas.

—La familia, y te incluyo ahí. Siempre he creído en ser yo mismo y ser sincero con las personas que amo. Es la única manera en que la vida tiene sentido.

Ella asiente, y una sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios. —Sí, puedo verlo. Eres muy diferente con tu familia de lo que eres en el trabajo. Más relajado, más tú mismo.

Me río. —Eso espero. Quiero decir, no es como si llevara mi personalidad de CEO a casa para cenar.

Mara sonríe y asiente.

—¿Y tú? ¿Qué cosas son importantes para ti?

Se toma un momento, con la mirada fija en su copa de vino, y luego me mira de nuevo. —La familia. Mis amigos. Y tú.

Una oleada de calidez surge en mi pecho con sus palabras, una sonrisa tirando de mis labios. —Que me incluyas en esa lista me hace feliz —digo, extendiendo la mano por encima de la mesa para tomar la suya.

—Y solo para que lo sepas, traje el anillo de compromiso, por si cambias de opinión.

Mara levanta una ceja, con una sonrisa juguetona en las comisuras de sus labios. —Realmente estás insistiendo con eso, ¿no? —bromea, pero hay cierta tensión en sus facciones.

No está lista, Adrian. Deja de presionarla.

Mara cambia de tema, preguntando por Amy y Connor.

—Han vuelto de su luna de miel —le cuento.

Mara suspira, un sonido nostálgico que capta mi atención. —Qué suerte tienen —dice, con voz casi melancólica.

Hago una pausa. Parece que les tiene envidia, pero ¿por qué? Ella podría tener lo mismo. Podríamos tener lo mismo. Sin embargo, no digo nada. No quiero presionarla, no esta noche.

—No creo que Amy haya estado nunca tan feliz como lo está ahora —digo—. Sus relaciones anteriores fueron desastres.

Mara se ríe. —Nos pasa a casi todos.

Comienza a sonar una melodía lenta y romántica, y miro hacia la pista de baile. Algunas parejas se mecen al ritmo de la música, perdidas en sus pequeños mundos. Mara sigue mi mirada y luego me observa.

—¿Te gustaría bailar? —pregunta—. Quiero hacer todo lo posible contigo este fin de semana.

Levanto una ceja, inclinándome más cerca con una sonrisa. —¿Todo lo posible? Eso deja muchas posibilidades, no todas ellas decentes.

Ella se ríe, negando con la cabeza. —Mantén tu mente fuera de la alcantarilla, señor.

Yo también me río. —Pero hablo en serio. Estoy dispuesto a lo que tú quieras.

Nos levantamos, tomo su mano y la conduzco a la pista de baile. La música nos envuelve y nos movemos juntos, lenta y fácilmente, como si lo hubiéramos hecho miles de veces antes.

Su cabeza descansa contra mi pecho, y puedo sentir su respiración contra mi piel.

Mientras bailamos, nuestros labios se encuentran, suaves al principio, luego más profundos, más urgentes. No puedo evitarlo, la necesidad de estar cerca de ella es abrumadora.

Ella se aleja ligeramente, su respiración acelerándose, y le susurro: —Probablemente sea buena idea que volvamos a la habitación pronto, o podrían arrestarnos por exhibición indecente.

Ella se ríe, un sonido sexy que hace que mi corazón se salte un latido. —Tal vez deberíamos —dice.

Caminamos de regreso a nuestra habitación, nuestras manos entrelazadas, el aire entre nosotros cargado de anticipación. En el momento en que la puerta se cierra tras nosotros, es como si todo lo demás desapareciera.

Nos acercamos el uno al otro con un sentido de urgencia, la necesidad de estar cerca uno del otro irresistible.

Nuestro beso se profundiza, lento y dulce, mientras nos desvestimos mutuamente. No hay nada apresurado en ello, después de todo, tenemos todo el fin de semana. Hacemos el amor lentamente, saboreando cada caricia, cada beso, como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros.

Después, nos tumbamos en la cama, enredados en las sábanas, nuestros cuerpos aún vibrando con las secuelas de nuestra pasión. Hablamos en voz baja, compartiendo pensamientos, sueños y todo lo demás.

Nos reímos, bromeando el uno con el otro sobre las cosas más mundanas. Es simple, pero lo es todo, simplemente estar con Mara así.

—Probablemente deberíamos dormir un poco —digo, con voz pesada por el sueño.

Mara asiente. —Sí, parece una buena idea si vamos a ir a ese paseo en globo aerostático.

El sueño llega fácilmente con Mara descansando sobre mi pecho. Sin dar vueltas ni permitir que los pensamientos interfieran con mi necesidad de dormir. Esto es perfecto. Esto es lo que quiero cada día por el resto de mi vida.

***

El amanecer está despuntando mientras nos dirigimos al globo aerostático. El aire matutino es fresco, pero reconfortante, impregnado con el aroma de las uvas y las flores. Sostengo la mano de Mara mientras caminamos. Tomar su mano entre las mías se está convirtiendo en un reflejo.

Ella luce radiante bajo la luz temprana de la mañana, con su cabello suelto y ondeando en la suave brisa, captando el oro del sol naciente. La forma en que se mueve, tan grácil y sin esfuerzo, hace que mi corazón lata un poco más rápido.

Llegamos al globo, y miro hacia arriba, a la enorme tela de colores extendida en el suelo. Es una visión impresionante. Los ojos de Mara están muy abiertos, reflejando la emoción que yo siento.

—Esto va a ser muy divertido —dice. Aprieto su mano en respuesta, sin necesitar palabras

para expresar cuánto estoy deseando esto. Todo con ella.

La tripulación comienza a preparar el globo, inflando el enorme lienzo.

Nos conducen a la cesta, y ayudo a Mara a subir, con mi mano en su cintura, guiándola mientras entra.

La cesta cruje ligeramente bajo los pies cuando entro después de ella. Es robusta, hecha de mimbre trenzado, con bordes reforzados que le dan sensación de seguridad, a pesar del diseño al aire libre.

Un leve silbido del gas liberado a los quemadores llena el aire mientras la tripulación en el exterior trabaja para preparar nuestro ascenso.

Hay un piloto con nosotros, un hombre de unos cuarenta y tantos llamado Greg. Es tranquilo y profesional mientras explica el proceso. —Estamos a punto de despegar. Solo relájense y disfruten del viaje. Yo dirigiré para mantener las cosas suaves.

Greg tira de la palanca del quemador, y un rugido de llama se dispara hacia arriba en el globo, llenándolo de aire caliente. La tela sobre nosotros, un caleidoscopio de colores brillantes, ondea y se estira, cobrando vida mientras se hincha contra el cielo.

—Estamos despegando —anuncia Greg.

El suelo bajo nosotros comienza a alejarse, y la sensación es a la vez estimulante y surreal. La tripulación en tierra nos saluda mientras subimos más alto, sus figuras haciéndose más pequeñas con cada segundo que pasa.

Mara jadea, su mano agarrando el borde de la cesta mientras mira el paisaje que se despliega debajo de nosotros. —Adrian, esto es surrealista.

Abajo, el viñedo se extiende en ordenadas filas, las vides verdes brillando bajo la luz del sol. Más allá, las ondulantes colinas del Valle de Napa parecen no tener fin.

—Lo es —digo, pero mis ojos no están en la vista. Están en ella. La forma en que su rostro se ilumina, la maravilla en su expresión; es mejor que cualquier cosa que podría haber planeado.

El globo se eleva constantemente, el rugido del quemador puntuando el ascenso, por lo demás silencioso. La brisa se vuelve más fresca a medida que subimos más alto, rozando mi piel y alborotando el cabello de Mara.

—Gracias por esto —dice—. Por todo.

Mara está impresionante, y no puedo evitar pensar lo afortunado que soy de estar aquí con ella.

—¿Estás nerviosa? —pregunto, con voz burlona.

—Para nada. Estoy emocionada. Esto es increíble —dice, sonriendo. Me encanta cómo abraza la vida, cómo siempre está lista para algo nuevo, algo emocionante.

Me coloco detrás de ella, rodeándole la cintura con el brazo, y ambos miramos el valle que se extiende abajo. El mundo se ve tan diferente desde aquí arriba, tan pacífico, tan extenso. Es como si estuviéramos en nuestra propia pequeña burbuja, simplemente flotando por encima de todo.

Me acerco, mis labios rozando su oreja. —Podría quedarme aquí arriba contigo para siempre.

—Creo que yo también —dice Mara, su voz una mezcla perfecta de burla y ternura.

El paseo en globo aerostático dura una hora y cuando aterrizamos, el sol ha salido por completo. Después de agradecer a la tripulación, Mara y yo nos dirigimos a la terraza del viñedo

del hotel para desayunar.

La terraza está elevada, ofreciendo una vista sin obstáculos de hileras e hileras de vides que se extienden en la distancia, sus hojas brillando con rocío.

Una serie de mesas y sillas de hierro forjado, adornadas con manteles blancos y pequeños centros florales, están dispersas por el espacio. Cada mesa tiene una vista perfecta del viñedo de abajo. Una pérgola se extiende a través de parte de la terraza, sus vigas cubiertas con frondosas enredaderas y racimos de uvas que se balancean con la brisa matutina.

El aire huele a tierra, uvas frescas y el suave aroma del café que emana del buffet de desayuno instalado a un lado.

Me siento frente a Mara, observándola mientras sorbe su café, sus ojos aún brillando por la aventura que acabamos de tener.

—Me encanta tu cabello despeinado así —le digo mientras bebo mi café—. Te hace parecer como si acabaras de salir de una sesión de fotos para una revista.

Un tono rosado se dibuja en sus mejillas. —Me mimas con cumplidos. Gracias. Podría decir lo mismo. Te ves rudamente guapo. Muy CEO-conoce-aventurero.

Me río, pasándome una mano por el pelo. —Gracias, pero sospecho que solo estás siendo amable.

Mara niega con la cabeza. —Para nada. Todas las mujeres de Strategic Agency tienen un flechazo secreto contigo. No puedo culparlas. —Agita un dedo—. Pueden mirar, pero no tocar.

Sonrío, reclinándome en mi silla y cruzando los brazos mientras la observo, completamente cautivado. —¿Es así? ¿Todas las mujeres de Strategic Agency, eh?

Mara asiente, su expresión burlona. —Oh, absolutamente. Eres como esta figura misteriosa y pensativa. Añade los trajes a medida y la forma en que dominas una sala... Es una receta para flechazos secretos en la oficina. Créeme, he oído los murmullos.

Levanto una ceja pero no digo nada. Me encanta su tono posesivo. Me provoca una emoción. —Ahora me estás reclamando, ¿eh?

—Por supuesto que sí —dice, sentándose más erguida, con la barbilla inclinada desafiante —. Eres mío. Ellas pueden soñar, pero eso es todo lo que podrán hacer.

Niego con la cabeza, riendo. —Eres imposible.

—Y sin embargo, aquí estás —bromea, levantando su taza de café en un brindis burlón.

—Aquí estoy —acepto, levantando la mía para encontrarme con la suya—. Completa y totalmente cautivado.

Su sonrisa se suaviza, y por un momento, la burla se desvanece. —Me siento igual —dice en voz baja.

Disfrutamos de un momento tranquilo, luego nos levantamos para servirnos en la mesa del buffet. El despliegue de desayuno hace que mi estómago ruja. Hay fruta fresca, bollería, huevos y todo tipo de opciones deliciosas.

Hablamos con facilidad mientras comemos, de todo y de nada.

Después del desayuno, decidimos dar un paseo por los viñedos. La niebla de la mañana apenas comienza a levantarse, y las hileras de vides se extienden ante nosotros como un mosaico de verde y oro.

El aire huele fresco, terroso, y lleno de vida. Deslizo mi mano en la suya, sintiendo el calor de su piel contra la mía mientras caminamos uno al lado del otro.

Es pacífico aquí, los únicos sonidos son el suave crujido de las hojas y el ocasional canto de un pájaro a lo lejos.

Mara mira sobre las vides. —Nunca he estado en un lugar como este.

Sonrío, apretando suavemente su mano. —Yo tampoco.

Mientras caminamos, hablamos sobre el futuro, sobre lo que está por venir. No es pesado, para nada, pero es real. Hablamos de nuestras esperanzas, nuestros sueños, las cosas que nos importan.

Me detengo por un momento, atrayéndola hacia mí, y nos quedamos allí, en medio del viñedo, rodeados por la belleza de la naturaleza. La beso suavemente, saboreando la dulzura de sus labios.

Tiene que decir que sí a casarse conmigo. La idea de vivir sin Mara es inconcebible.

Capítulo 30: Mara

Me despierto con la calidez del cuerpo de Adrian presionado contra el mío. Estamos enredados entre las sábanas, y no recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan contenta, tan en paz.

Pero también sé que esto es todo. Esta es la última mañana que tenemos juntos antes de que todo cambie.

Adrian se mueve a mi lado, apartando el cabello de mi rostro con la mano. Me besa la parte superior de la cabeza, su voz ronca por el sueño. —¿Quieres bajar a desayunar?

Niego con la cabeza, acurrucándome más profundamente en su pecho. —No —susurro, con la voz espesa. No quiero dejar este momento, este calor, esta comodidad. No quiero enfrentar la realidad de lo que viene después.

Ríe suavemente, su pecho vibrando debajo de mí. —Debí haberlo sabido. Estás demasiado cómoda aquí.

Cierro los ojos, tratando de saborear la sensación de estar tan cerca de él, sabiendo que es fugaz. ¿Cómo iba a vivir sin esto? ¿Sin él?

¿Cómo?

Contengo las lágrimas que amenazan con derramarse. Mantenerme entera es cada vez más difícil. Inhalo su aroma, queriendo absorberlo todo, para que cuando se vuelva insoportable, pueda recordarlo.

El fin de semana ha pasado demasiado rápido. Este es nuestro último día. Después de hoy, volveremos a nuestras vidas, nuestras vidas separadas. Adrian seguirá adelante. Encontrará a alguien más a quien amar.

Dios, no sé cómo dejarlo ir.

Un sollozo escapa de mi boca.

—Oye —dice Adrian, levantando mi barbilla con un dedo—. ¿Estás bien?

Parpadeo, tratando de aclarar las lágrimas que nublan mi visión. —Sí —digo, con la voz quebrándose ligeramente—. Solo estoy tan feliz, y no quiero que este día termine.

Sus dedos acarician suavemente mi mejilla, limpiando la lágrima perdida que escapa. —Habrá muchos más, Mara. Te lo prometo. No nos permitiremos estar tan absortos en el trabajo que nos olvidemos de nosotros mismos.

Es difícil imaginar un futuro donde no estoy con él, donde no compartimos mañanas como esta, donde no reímos, nos besamos y simplemente estamos juntos.

Pedimos servicio a la habitación, y por un tiempo, pretendo que todo es normal, como si no tuviera que despedirme pronto. Pasamos el resto de la mañana en nuestra habitación, hablando de nada y de todo, saboreando el tiempo que nos queda.

Trato de no pensar en lo inevitable, pero es imposible. Flota en el aire como una sombra de la que no puedo escapar.

Por la tarde, damos un paseo por los terrenos del resort, el sol brillando sobre nosotros mientras caminamos de la mano. Adrian está alegre y me duele saber que no tiene idea de lo que le espera.

Finalmente, llega el momento de irnos. Regresamos al helicóptero, y el nudo en mi estómago se aprieta. No estoy lista para esto. No estoy lista para dejarlo.

Mientras subimos al helicóptero, me pongo mis gafas de sol oscuras, esperando que oculten las lágrimas que han comenzado a caer. Adrian lo nota, por supuesto. Siempre lo hace.

—Estás tratando de pasar desapercibida, ¿eh? —bromea, con voz ligera, pero hay una suavidad que me indica que lo sabe. Sabe lo que estoy sintiendo, aunque yo no tenga las palabras para expresarlo.

Sonrío débilmente, asintiendo. —Sí, algo así.

El helicóptero despega, y veo cómo los viñedos debajo de nosotros se reducen a medida que nos elevamos más en el cielo. La vista es impresionante, pero todo en lo que puedo pensar es en cómo quiero aferrarme a esta sensación para siempre. Cómo quiero mantener a Adrian conmigo, mantener este momento congelado en el tiempo.

Pero sé que eso no es posible. Sé que tengo que dejarlo ir.

La ciudad aparece a la vista mientras nos acercamos a la plataforma de aterrizaje, y mi corazón duele con el conocimiento de que nuestro fin de semana realmente ha terminado. El tiempo que hemos compartido, el amor entre nosotros, todo se está escapando, y no sé cómo manejarlo.

Miro hacia Adrian, y por un momento, nuestros ojos se encuentran. También hay tristeza en su mirada, pero también ternura. Extiende la mano y aprieta la mía, y sé que pase lo que pase, siempre tendremos esto: este fin de semana, este amor, este momento.

Pero no es suficiente. Quiero más. Lo quiero todo de él, para siempre.

¿Por qué me torturo con estos pensamientos? Adrian no es mío. Nunca lo fue.

El helicóptero aterriza en el helipuerto de la ciudad, y el familiar zumbido de los rotores se desvanece lentamente mientras salimos. El conductor de Adrian ya está esperando, con el automóvil estacionado en el borde del lote.

Mientras caminamos hacia el vehículo, Adrian no suelta mi mano, sus dedos se entrelazan con los míos, aferrándose como si fuera consciente de que el reloj está corriendo.

El viaje de regreso a mi apartamento es corto. Las calles se vuelven borrosas mientras apoyo mi cabeza en el hombro de Adrian. Sé que parezco pegajosa, pero no puedo controlar mis emociones. Soy como un resorte a punto de romperse.

Trato de concentrarme en el sonido de la voz de Adrian mientras habla sobre el trabajo, pero mi mente sigue volviendo a lo inevitable. Mañana. De vuelta a la realidad.

Cuando llegamos a mi edificio de apartamentos, Adrian sale conmigo, sin soltar mi mano. Me acompaña hasta la entrada y entrega mi bolsa de fin de semana al portero, quien asiente y la toma con una sonrisa.

Luego se vuelve hacia mí y me atrae hacia un beso, lento y prolongado.

—Te prometo que habrá muchos más fines de semana como ese —dice, acunando mi mejilla.

Me inclino hacia su mano. Me ahogo con más lágrimas. —Lo sé.

—Te veré mañana en el trabajo —dice Adrian con un último beso ligero.

Asiento, tratando de aferrarme al momento. —Te veré mañana.

Me aferro a él, mis brazos rodeando su cuello, acercándolo más. No quiero dejarlo ir, no todavía.

Adrian ríe suavemente, sus labios rozando mi frente. —Debería llevarte a más fines de semana fuera —bromea, su tono lleno de afecto.

Me aparto ligeramente para mirarlo, una sonrisa tirando de mis labios. —Me gustaría eso —digo, tratando de ocultar el dolor que siento por dentro.

Con un último beso prolongado, finalmente lo libero y doy un paso atrás, forzándome a dejarlo ir. —Buenas noches, Adrian.

—Buenas noches, Mara —responde, sus ojos sosteniendo los míos por un momento más antes de que se gire y regrese al automóvil.

Lo veo irse, con el corazón pesado, antes de girarme y entrar al edificio.

Cada paso se siente como una despedida, y la puerta se cierra detrás de mí con un clic, dejándome sola en el tranquilo vestíbulo.

Entro en mi apartamento y por un momento, simplemente me quedo ahí, el silencio del lugar inquietante. Reanimándome, me dirijo a mi dormitorio, dejando caer mi bolsa de fin de semana sobre la cama.

Saco mi teléfono de mi bolso y lo enciendo, sorprendida de ver varias llamadas perdidas y mensajes esperándome.

El nombre de Harper aparece varias veces, y siento una sacudida de confusión. Le había dicho a ella y a Emma que estaría fuera el fin de semana, entonces ¿por qué estaría llamando con tanta urgencia? Toco la pantalla y le devuelvo la llamada, mi corazón comenzando a acelerarse.

—Hola, Mara —la voz de Harper suena tensa, e inmediatamente siento que algo anda mal—. ¿Has tenido noticias de tu padre?

El miedo se apodera de mí. Lo primero que pienso es que algo le ha pasado. Mi estómago se hunde, y siento que mi respiración se corta.

—No —digo, con la voz temblorosa—. ¿Por qué? ¿Le pasa algo?

Harper me tranquiliza rápidamente. —No, no, él está bien. Pero necesito que escuches. Hay algo circulando. No sé si ya lo has visto, pero quería asegurarme de que estuvieras al tanto.

—¿De qué se trata?

Harper duda antes de hablar, luego dice: —Es sobre Stacy. Hay una historia circulando por internet. Te he enviado un enlace.

Un nudo se forma en mi estómago mientras deslizo el dedo para abrir el enlace que me ha enviado.

El titular me detiene el corazón.

¡Esposa Trofeo de Multimillonario Atrapada en Escándalo!

Deslizo hacia abajo, mi pulso acelerándose. Debajo del titular hay una foto de Stacy, en un beso con un hombre que no reconozco. Mi respiración se detiene en mi garganta, y por una fracción de segundo, todo lo que puedo pensar es, Dios mío, ¿y si mi padre ha visto esto?

Sigo leyendo, y la sangre se drena de mi cara. El artículo no solo menciona a Stacy, sino también a mi padre. Nombres completos. Historia familiar. Y mi nombre y conexión con Stacy.

Me han vinculado con la empresa de mi padre, Optimal.

Mi mundo se inclina debajo de mí. Adrian podría ver esto. Lo verá. Mi estómago se revuelve ante la idea. Leerá este artículo, y entonces todo cambiará.

Trato de respirar y mantener mis emociones bajo control, pero las lágrimas comienzan a brotar de todas formas. Se derraman, calientes y rápidas, mientras sostengo el teléfono en mi mano. No puedo respirar. No puedo pensar.

Este es el final. El cuento de hadas ha terminado.

Caigo de rodillas en el suelo, mis sollozos sacudiendo mi cuerpo mientras el peso de todo se derrumba sobre mí. Pienso en la sonrisa de Adrian, su toque, la forma en que me abrazaba tan cerca, y sé que no puedo volver a Strategic Agency mañana.

No cuando todo sobre mí está a punto de ser expuesto.

Me odiará. No puedo soportar enfrentarlo cuando ocurra la transformación del amor al odio.

Este artículo lo ha arruinado todo. Adrian unirá todas las piezas. Por qué conseguí un trabajo en su empresa. Lerose.

Apenas duermo. Las horas se extienden, cada una más pesada que la anterior. Mi cuerpo está exhausto, pero mi mente no para. Cada vez que cierro los ojos, veo el rostro de Adrian, cómo me miraba, cómo me sostenía. Siento la calidez de su toque, y luego recuerdo el artículo. El lío en el que estoy. Recuerdo que esto es todo. Se acabó.

Lloro la mayor parte de la noche. Sollozos silenciosos que sacuden mi cuerpo, dificultando mi respiración. Lloro por el amor que tuve con Adrian, por el futuro que podríamos haber compartido si no hubiera ido a trabajar para él bajo falsas pretensiones.

Lloro por el dolor que le he causado, por la confianza que he destrozado. Y lloro porque sé que no puedo volver. No puedo tener un último día con él para despedirme.

La mañana llega demasiado pronto. Mis ojos están hinchados, mi cara manchada, pero no me importa. Me arrastro fuera de la cama y tomo un largo respiro inestable. Necesito manejar esto. Hay cosas prácticas que hacer.

Sé exactamente lo que Adrian hará cuando no me presente al trabajo esta mañana. Vendrá a buscarme y mi apartamento será su primera parada. Si es que no ha visto el artículo primero.

Tomo mi teléfono, mis dedos temblando mientras marco el servicio telefónico. Les pido que desconecten mi número. Se siente como una ruptura final del último vínculo que tenía con Adrian. Una parte de mí quiere gritar, decirles que lo mantengan activo, que no estoy lista para dejarlo ir.

Pero sé que tengo que hacerlo. Por el bien de ambos. No puedo permitir que me encuentre.

También me encargo de conseguir un nuevo número. Uno al que Adrian no pueda contactarme. La idea de que me llame, de escuchar su voz acusadora rompe algo dentro de mí.

Tengo que cortar todos los lazos. Sabía que llegaría a esto. Pero no sabía que sería tan difícil. Tan imposible.

Me obligo a bajar. Mis piernas parecen de plomo, pero sigo adelante. El portero está allí, como siempre, y le pido que le transmita un mensaje a Adrian si se pasa por aquí.

—Dile que me he mudado —digo con voz quebrada—. Y que no tienes ninguna dirección de reenvío.

El portero me mira, confundido. Solo puedo imaginar lo que está pasando por su mente. Anoche mismo, Adrian y yo nos besábamos en el vestíbulo y actuábamos como tortolitos.

No hace preguntas, y se lo agradezco. Simplemente asiente y dice: —Le haré saber.

No espero a que responda más. Me doy la vuelta y vuelvo arrastrando los pies al ascensor. Me apoyo en la pared mientras sube, mi energía agotada por el simple acto de bajar las escaleras.

Me derrumbo en la cama, acurrucándome entre las sábanas, enterrando mi rostro en la almohada. Las lágrimas vuelven, implacables y dolorosas.

Las horas se extienden. No como. No me muevo. Solo me quedo ahí, el peso de mis decisiones aplastándome.

Lloro por él. Lloro por mí. Y lloro porque sé que no importa cuánto desee que las cosas fueran diferentes, nunca volverán a ser las mismas.

Nunca conoceré a otro hombre como Adrian. Mi gran amor. Y termina así, conmigo actuando como una fugitiva.

Capítulo 31: Adrian

Llego temprano a la oficina, el silencio del edificio es un telón de fondo agradable mientras entro en mi despacho. Dejo mi maletín y aflojo mi corbata, acomodándome en mi silla. Pero en lugar de sumergirme en los correos electrónicos o en la pila de informes que me esperan, me encuentro mirando el horizonte, sonriendo como un idiota.

El recuerdo del fin de semana inunda mi mente. La risa de Mara resonando en el viñedo, la forma en que sus mejillas se sonrojaron durante el paseo en globo aerostático, sus ojos llenos de confianza y amor. Pero es el recuerdo de la última noche lo que sigue repitiéndose en mi cabeza, una y otra vez.

Ella no quería que me fuera. Tengo la sensación de que su respuesta a mi propuesta no está lejos. No es propio de Mara ser tan emotiva, pero lo fue, y me encantó.

Me obligo a entrar en modo trabajo, sabiendo que la veré en menos de una hora. A las ocho, Mara aún no ha llegado, pero lo atribuyo a un fin de semana agotador. Dulce, pero físicamente cansador.

Las horas se arrastran, cada una avanzando más lentamente que la anterior. Son casi las 10 de la mañana, y Mara no ha llegado. Ella siempre es puntual, siempre confiable. ¿Dónde está?

Intento apartar la sensación inquietante en mi pecho. Probablemente solo está ocupada con algo, me digo a mí mismo. Tal vez todavía se está recuperando del fin de semana. Le envío un mensaje de texto, luego llamo a su teléfono. Va directo al buzón de voz.

—Mara, soy Adrian. Solo comprobando si todo está bien. Llámame cuando puedas.

Cuelgo e intento concentrarme en el trabajo, pero la ausencia de Mara es como una presión que crece en mi pecho. Pasan dos horas y no puedo sacudirme la inquietud que me carcome. Algo está mal.

Tomo mi teléfono nuevamente, marcando su número. Otra vez, va al buzón de voz. Mi ritmo cardíaco se dispara. Esto no es propio de ella. No es como Mara simplemente desaparecer sin decir palabra. Siempre ha sido tan comunicativa.

Me levanto abruptamente, mi silla raspando contra el suelo. Ya no puedo quedarme quieto. Mi mente corre con una docena de pensamientos diferentes. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si está herida?

Agarro mi abrigo y salgo de la oficina. Ya estoy en el ascensor, con mi dedo presionando el botón de la planta baja, antes de darme cuenta de que no estoy seguro de adónde me dirijo.

Vale, piensa Adrian. Está en su casa o en casa de su padre. Me dirijo primero a su casa. Es el lugar lógico para empezar. Incluso si no está en casa, su portero tendrá información, como a qué hora se fue.

El sentido común me dice que debería mantener la calma y quedarme quieto, pero estoy seriamente preocupado. Necesito asegurarme de que está bien.

Cuando llego a su edificio, me apresuro a entrar, directamente a la estación del portero.

—¿Ha visto a Mara? —pregunto, tratando de mantener mi voz tranquila, pero sé que él puede oír la preocupación en ella.

El portero me mira, su rostro ilegible. Duda un momento antes de hablar.

—Se mudó —dice en voz baja—. No dejó ninguna dirección de reenvío.

Mi estómago se cae. Mi mente corre para darle sentido. ¿Mara se mudó? ¿Por qué?

¿Cuándo?

—¿Se mudó? —repito, tratando de procesar las palabras—. ¿Cuándo ocurrió esto?

—Hoy, esta mañana —responde el portero—. No dejó mucho, solo algunas cosas. No dijo nada sobre adónde iba.

¿De qué demonios está hablando? Mara no podría haberse mudado. ¿Para ir adónde? Y sin decírmelo. No, no es posible, pero por la expresión en la cara del portero, sé que es verdad.

Es como si me hubieran arrancado el suelo de debajo. Esto no tiene sentido. Mara no se iría simplemente sin decir nada. No me cortaría así.

Mi respiración se vuelve corta y superficial.

—¿Sabe si dejó alguna información de contacto? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Su teléfono estaba apagado. Sin su teléfono, o sin saber adónde ha ido, no tengo manera de contactarla.

Ojalá hubiera tomado los números de sus amigas, pero en el peor de los casos, sé donde trabaja Emma.

El portero niega con la cabeza. —No, señor. No dejó nada. Simplemente... se fue.

Le agradezco, con la mente dando vueltas, y regreso al coche. No sé qué hacer a continuación. Mis pensamientos son un torbellino, una mezcla de confusión, preocupación y pánico.

¿Dónde diablos está Mara? ¿Qué podría haber salido mal en el espacio de horas? ¿Tiene algo que ver conmigo? ¿O tiene que ver con lo que dijo su padre? Que Mara tiene algunas cosas que no me ha contado.

De acuerdo, contrólate Adrian. Entrar en pánico no resolverá nada. Necesito ir a casa de su padre. Él sabrá dónde está y podrá arrojar algo de luz sobre lo que está pasando.

Conduzco hasta la finca del padre de Mara, mi mente una tormenta de confusión y desesperación. Seguramente su padre sabe dónde está, me consuelo.

Me detengo frente a las enormes puertas de la finca Thornton y bajo mi ventanilla. El intercomunicador cruje y hablo en él, mi voz tensa por la urgencia.

—Me gustaría hablar con el Sr. Thornton, por favor.

La voz al otro lado es fría, impersonal.

—El Sr. Thornton no está disponible —dice el hombre detrás del altavoz con frialdad.

Empiezo a protestar, a explicar lo importante que es esto, pero la línea se corta antes de que pueda decir otra palabra. La frustración surge dentro de mí. ¿No puedo contactar a Mara y ahora la finca de su padre también me rechaza?

Me quedo ahí por un momento, mirando la puerta, con la mano agarrando el volante. Estoy a punto de alejarme cuando las puertas de repente se abren, las pesadas puertas de metal deslizándose lentamente. Un coche comienza a avanzar por el largo y sinuoso camino.

El coche se detiene frente a mí, y la ventanilla del pasajero se desliza hacia abajo.

Stacy.

Su rostro es ilegible, pero hay algo en la forma en que me mira que me revuelve el estómago. No es de extrañar que a Mara no le guste. La mujer emite vibraciones malignas.

—A juzgar por tu cara, supongo que finalmente has descubierto quién es Mara —dice, su voz goteando malicia.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, con el pulso acelerándose.

Sonríe con suficiencia, sus ojos brillando.

—Dios mío, todavía no sabes lo que hizo —dice Stacy, las palabras saliendo lentamente, como si las saboreara—. Bueno, será un placer decírtelo.

—¿De qué diablos estás hablando? —grito, mi frustración alcanzando el punto de ebullición.

—Mara vino a trabajar a Strategic Management para recopilar información sobre el proyecto Lerose —continúa Stacy, su voz casi alegre mientras explica—. Estaba trabajando con su padre para obtener información privilegiada, Adrian. Por eso estaba contigo. Te estuvo engañando todo el tiempo.

Las palabras me golpean como un tren de carga. Apenas puedo respirar, mi corazón golpeando en mi pecho. Quiero decirle que se calle. Esa no es mi Mara de quien está hablando.

Stacy sigue hablando, su voz elevándose con emoción mientras relata su versión de los eventos. Pero todo lo que puedo oír son las palabras "recopilar información" y "engañándote". Cada sílaba es un cuchillo en mi pecho.

La miro, pero no la veo. No me importa Stacy ahora mismo. Todo en lo que puedo pensar es en Mara. ¿Hay algo de verdad en las salvajes acusaciones de Stacy? Si es así, ¿significa que todo esto fue una mentira?

El pensamiento racional se apodera de mi mente. Por muy astuta que sea Stacy, no puede inventar una historia como esta. Cuando la verdad de lo que está diciendo me golpea, me desplomo en mi asiento.

¿Todo fue una mentira? ¿Todo lo que tuvimos, todo lo que sentí por ella, fue solo parte de algún esquema?

—¿Por qué? —logro decir ahogadamente—. ¿Por qué haría esto?

Stacy se encoge de hombros, una sonrisa cruel tirando de sus labios.

—Porque eso es lo que hace, Adrian. Juega con la gente. Los usa para conseguir lo que quiere.

No puedo procesarlo. Mi mente está en guerra consigo misma. No tiene sentido. Mara no era así. No podía serlo.

Pero las palabras de Stacy están alojadas en mi mente, retorciéndose y girando, haciéndome dudar de todo. Todo lo que creía saber sobre Mara, todo lo que creía que compartíamos.

—¿Dónde está? —pregunto.

Stacy se encoge de hombros. —No sé dónde está ahora mismo, probablemente escondiéndose. Pero puedes apostar tu dulce trasero a que mañana por la mañana estará en Optimal, de vuelta en esa empresa que ama más que a nadie.

Me alejo de Stacy, con el corazón pesado, la mente acelerada. Necesito encontrar a Mara. Necesito saber la verdad. Pero ahora mismo, todo lo que puedo hacer es sentir el peso de la traición hundiéndose, la aplastante realización de que todo lo que creía que era real podría haber sido una mentira.

Mi estómago se cae. ¿Optimal? Esa es la empresa de su padre. Nuestra competencia. Jesús.

No puedo esperar hasta mañana. Necesito encontrar a Mara ahora. Necesito respuestas. Necesito escuchar esto de su propia boca. Necesito que ella me mire y me diga que lo que Stacy dijo es una mentira.

Iré a Optimal ahora.

Enciendo el motor y piso el acelerador. Estoy acelerando por la carretera, mis manos

agarrando el volante tan fuertemente que mis nudillos están blancos. Mi teléfono suena, y casi no quiero mirarlo. ¿Y si son más malas noticias? ¿Y si es otro mensaje de Stacy, solo para echar sal en la herida?

Entonces pienso que podría ser Mara y me lanzo por el teléfono. Es un mensaje de Chloe. La decepción es aguda.

Abro el mensaje.

Creo que hay algo que deberías ver. Ha incluido un enlace. Hago clic en él, desesperado por cualquier rayo de esperanza.

Pero cuando el artículo se carga, mi mundo se hace añicos.

El titular dice: La esposa trofeo del multimillonario atrapada en un escandaloso romance.

Mi corazón se detiene. Debajo hay una foto de Stacy besando a un hombre, su amante, supongo. Pero eso no es lo que hace que mi sangre se congele. Es la parte del artículo que menciona el nombre de Mara, el nombre de su padre y Optimal.

Stacy no estaba mintiendo. Mara no era quien yo creía que era. Es alucinante. Se siente como si estuviera viviendo en un mundo alternativo donde todo está jodido.

Leo el artículo de nuevo. Está claro como el día. Mara es la hija de Arthur Thornton, CEO de Optimal Solutions.

Las palabras se difuminan. Mi mente no puede procesarlo. La traición corta más profundamente que cualquier cosa que haya sentido. Mara trabaja en Optimal. Ella estaba allí todo el tiempo. Y yo solo era un tonto.

La mujer que creía conocer, la mujer que amaba, me mintió. No era solo una asistente brillante y ambiciosa que tropezó en mi vida. Era una infiltrada calculada, una espía plantada por mi competidor para abrirse camino en Strategic Agency. En mi confianza. En mi corazón.

Mi pulso retumba en mis oídos, y una ola de náuseas me invade. ¿Cómo pude haber sido tan ciego? ¿Tan absolutamente estúpido?

El artículo todavía está abierto en mi teléfono, burlándose de mí con cada palabra. Las imágenes destellan en mi mente: la risa de Mara, la forma en que sus ojos se iluminaban cuando hablaba de sus sueños, las noches que pasamos juntos donde creí, verdaderamente creí, que lo que teníamos era real.

Golpeo mi puño contra el volante. Pero no alivia el dolor en mi pecho o la furia que corre por mis venas.

Mara me mintió. Me engañó. Me usó.

Agarro mi teléfono y me desplazo por mis contactos, mi pulgar suspendido sobre su nombre. Quiero llamarla, exigir respuestas. Pero sé que no la encontraré. Ahora tiene sentido por qué desconectó su teléfono. Por qué se mudó. El juego había terminado.

Bajé la guardia y me han apuñalado de la peor manera posible.

Mil preguntas corren por mi mente. ¿Alguna vez le importé? ¿Todo fue solo un juego? ¿Una estrategia para ganar alguna retorcida guerra corporativa?

Mi pecho está demasiado apretado, apenas puedo respirar. Esto no se trata de negocios. Se trata de todo lo que creía, todo lo que pensaba que teníamos. ¿Fue todo solo un juego para ella? ¿Fui solo un medio para un fin?

Respiro profundamente, tratando de calmarme. No puedo perderlo. Todavía no. Necesito respuestas. Necesito saberlo todo. Tomo el teléfono y llamo a alguien en quien confío, alguien

que puede conseguirme la información que necesito.

—Consígueme todo lo que puedas sobre Mara Thornton —digo, mi voz robótica—. Lo quiero todo: su historia, su familia, sus vínculos con Optimal. Envíamelo para esta noche.

Cuelgo y me desplomo en mi asiento, con la mente dando vueltas. No puedo concentrarme en la carretera, pero necesito llegar a casa. Necesito aislarme de todo por un momento. Necesito pensar.

Mientras conduzco hacia casa, mi mente se niega a quedarse quieta. Repaso cada interacción, cada momento que compartimos, buscando señales que pasé por alto. La manera en que dudaba cuando le preguntaba sobre su pasado. La manera en que parecía cargar con tantos secretos. Secretos que creía que el tiempo le permitiría compartir conmigo.

Cuando llego a casa, le digo a mi PA que cancele todas mis citas.

—Trabajaré desde casa hoy —digo, mi voz fría, distante—. Sin interrupciones.

Me siento en mi escritorio en casa, tratando de concentrarme en el trabajo, pero es imposible. El dolor en mi pecho es sofocante. Cada vez que pienso en Mara, cada vez que pienso en lo que ha hecho, siento que me están desgarrando. La traición es demasiada. No puedo pensar con claridad.

Ignoro las llamadas que entran, mi teléfono zumbando incesantemente. No quiero hablar con nadie. No ahora. No cuando todos mis sueños de un futuro con Mara acaban de desmoronarse.

Por la noche, llega el mensajero con el expediente que solicité. Lo abro de un tirón, mis manos temblando mientras empiezo a leer.

Está todo ahí: la muerte de su madre, los frecuentes viajes de su familia a España, sus casas allí. Todo. Empiezo a juntar las piezas, el rompecabezas lentamente entrando en foco. La reticencia de Mara para presentarme a su padre. La forma en que él reaccionó cuando pedí casarme con ella. La forma en que parecía tan distante, tan desinteresado.

Deben haberse reído de mí. De mi ingenuidad. De lo fácilmente que caí en la trampa.

Cierro los ojos, el dolor es insoportable. Pensé que conocía a Mara. Qué tonto fui. Caí directamente en sus brazos. Incluso le propuse matrimonio, joder.

El día siguiente se arrastra. El dolor en mi pecho no disminuye, no se desvanece. Está ahí, constante, royéndome, recordándome que me han engañado. El rostro de Mara me atormenta, y cada vez que cierro los ojos, la veo. Veo el amor que creía que compartíamos, el futuro del que hablábamos.

En algún momento, suena el intercomunicador. Lo ignoro, pero la persona no se va. Es Amy.

No quiero ver a nadie. No quiero hablar con nadie. Pero Amy es terca, y a regañadientes la dejo subir.

—Te ves como una mierda —dice mientras entra, sin molestarse con cortesías. Ella es así de directa.

Ni siquiera me molesto en tratar de ocultarlo. Debo parecer un desastre. Me siento como uno. Un minuto estoy tan enfadado que podría asesinar a alguien, y al siguiente, estoy lleno de tanta tristeza que siento que me estoy ahogando en ella.

Amy no se lo cree. Me conoce demasiado bien.

—¿Bien? Parece que no has dormido en días. ¿Qué demonios pasó? —Se sienta frente a mí, cruzando los brazos, esperando a que hable.

No quiero decírselo. No quiero revivirlo. Pero ya no puedo guardármelo todo. Le cuento

todo: sobre Mara, sobre Stacy, sobre el artículo, sobre la traición. Le cuento cómo descubrí los vínculos de Mara con Optimal, cómo todo lo que creía saber sobre ella era una mentira.

Amy escucha en silencio, su expresión seria, pero puedo ver las ruedas girando en su cabeza.

—Ella hizo todo eso para salvar la empresa de su padre —dice Amy después de una larga pausa—. Nunca esperó enamorarse de ti —Niega con la cabeza con incredulidad—. Dios mío, qué mujer. Yo no tendría ni la mitad del valor que tiene ella.

El disgusto crece en mi pecho. —¿Te estás escuchando? —espeto, mi voz afilada—. Estás admirando a una tramposa, una estafadora, una mentirosa. Me engañó, Amy. Me utilizó, ¿y ahora se supone que debo admirarla por ello?

El rostro de Amy decae, y me mira con lástima.

—No lo decía así —dice en voz baja—. Solo digo que... debe haber estado dividida. No esperaba enamorarse de ti. Pero eso no cambia lo que hizo. No lo hace correcto.

Me recuesto en mi silla, frotándome la cara con las manos.

—No sé qué es peor —digo—. Que me haya utilizado para llegar a mi empresa o que yo se lo permitiera. Confié en ella, Amy. La amaba. Quería casarme con ella.

Amy está callada por un momento, y puedo ver la simpatía en sus ojos. No quiero simpatía. Quiero que Mara esté aquí para responder mis preguntas. Para mirarme a los ojos y decirme qué tipo de perra fría hace algo así.

—No sé qué decir, Adrian —dice finalmente Amy—. Pero sí sé una cosa. Tendrás que decidir qué hacer con todo esto. No puedes seguir castigándote por lo que pasó. Tienes que dejarlo ir.

Asiento lentamente, pero no me siento mejor. Amy tiene razón, pero no sé cómo seguir adelante. No sé cómo olvidarla.

—Lo resolveré —digo, pero las palabras suenan vacías.

Amy se levanta, dándome una última mirada antes de dirigirse a la puerta.

—Cuídate, ¿de acuerdo? —dice suavemente—. Y no hagas nada estúpido.

No respondo.

Cuando la puerta se cierra tras ella, me quedo solo con mis pensamientos de nuevo. Solo con el dolor en mi pecho, la sensación corrosiva de que he perdido algo que nunca podré recuperar.

Capítulo 32: Mara

Me arrastro fuera de la cama, un escalofrío recorre mi cuerpo tan pronto como salgo de las cálidas mantas. Pisar el suelo se siente como si estuviera caminando por arenas movedizas y solo quiero volver a la cama, meterme en un agujero y no salir jamás. Pero no puedo. Tengo que enfrentar al mundo de nuevo. Tengo que enfrentar las consecuencias.

Me obligo a vestirme, poniéndome un vestido sencillo que se siente demasiado ajustado, demasiado restrictivo. No es el vestido, soy yo. Me estoy asfixiando. He pasado los últimos días escondida, llorando, tratando de encontrar una manera de arreglar lo que está roto. Pero sé que es demasiado tarde. Adrian conoce la verdad. Sabe quién soy realmente, lo que he hecho.

No merezco su perdón, y no lo espero. Pero tengo que presentarme. La vida debe continuar, incluso con el corazón roto.

Ni siquiera me miro al espejo cuando salgo de mi apartamento. No quiero ver en quién me he convertido.

El trayecto hasta Optimal Solutions se siente como una eternidad. La ciudad está viva, bulliciosa con gente, coches y ruido, pero todo se siente distante, como si lo estuviera viendo a través de una ventana empañada. Apenas puedo concentrarme en la carretera frente a mí. Todo en lo que puedo pensar es en Adrian. En cómo lo traicioné. En lo que estará pensando ahora.

Cuando finalmente llego al estacionamiento, dudo. No quiero entrar. Solo quiero volver a casa. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mis manos tiemblan mientras agarro el volante. No quiero enfrentarme a nadie.

Respiro profundamente y salgo del coche, obligando a mis piernas a moverse mientras camino hacia el edificio.

El vestíbulo está tranquilo cuando entro, el zumbido del aire acondicionado es el único sonido. Me dirijo al ascensor, mis pasos hacen eco en el silencio. No miro a nadie al pasar, solo murmuro saludos.

Cuando las puertas del ascensor se abren en el último piso, salgo, mis ojos escaneando la habitación. Todo sigue como siempre. La gente está hablando, tecleando en sus escritorios, pasando de una tarea a otra.

Pero todo se siente mal. Es como si estuviera caminando a través de un sueño, una pesadilla de la que no puedo despertar.

Me dirijo a la oficina de mi padre y echo un vistazo. La oficina está vacía.

Salgo solo para tropezar con Luis. Sus cejas se alzan sorprendidas al verme, pero rápidamente son reemplazadas por preocupación. —Mara —dice—. Tu padre no se ha puesto en contacto en toda la semana. Sus teléfonos están apagados.

¿Sus teléfonos están apagados? La angustia se asienta en la boca de mi estómago. Eso no es propio de mi padre. Nunca apaga su teléfono. Luis espera que le asegure que mi padre está bien.

Excepto que no lo sé. He estado tan envuelta en mi burbuja de dolor que no he pensado en nadie más. ¿Cómo he podido ser tan egoísta? No he pensado ni un momento en cómo la traición de Stacy afectó a mi padre.

Debe estar destrozándolo y ¿dónde está su hija? En ninguna parte. El odio hacia mí misma me atrapa. He estado tan consumida por mi propio lío que ni siquiera lo revisé.

¿En quién me estoy convirtiendo?

Luis continúa al ver que no ofrezco ninguna información sobre el paradero de mi padre. —Estamos haciendo la revisión final para la propuesta. Me alegra que estés aquí, ¿quizás puedas añadir algunas sugerencias?

—No creo que tenga nada que añadir —respondo bruscamente, con un tono más cortante de lo que pretendía.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Luis no ha hecho nada para merecer mi ira. No es su culpa que todo en mi vida se esté desmoronando. Respiro profundamente, suavizándome. —Lo siento, Luis. Eso fue innecesario.

Él asiente, su expresión comprensiva. —Está bien, Mara. Todos tenemos nuestros momentos. Te veré en la sala de conferencias cuando estés lista.

Suspiro, tratando de sacudirme el abatimiento. —Iré.

Entro en la sala de conferencias e inmediatamente veo a Steve, el hombre que dejó Strategic Agency. No puedo mirarle a los ojos. Mi vergüenza es demasiada. Me siento, tratando de concentrarme en la presentación, pero no puedo.

Mi mente está en otra parte, dando vueltas. Los números en la pantalla se difuminan, y apenas escucho lo que alguien está diciendo.

Llaman a la puerta, sacándome de mis pensamientos. La voz de la recepcionista corta el silencio. —¿Señorita Mara?

Me levanto, con el corazón acelerado. —¿Sí? —pregunto, con la voz tensa.

—Hay un señor Stone en la recepción. Quiere verla.

Se me corta la respiración. Adrian. Está aquí. En Optimal. La realización me golpea como una ola fría. No puedo enfrentarlo. No después de todo. No después de lo que he hecho.

—¿Qué le digo? —La voz de la recepcionista me saca de mis pensamientos en espiral.

La sigo fuera de la sala de conferencias para tener algo de privacidad. Todo el tiempo estoy pensando, no puedo mirar a sus ojos y ver la traición, la ira. No puedo soportarlo.

—Dile que no estoy aquí —le digo.

Me alejo rápidamente, dirigiéndome a mi oficina. Me siento en mi escritorio, mis manos temblando mientras miro por la ventana. Observo cómo Adrian cruza el estacionamiento, sus hombros encorvados, toda su persona nublada de tristeza.

Y entonces me doy cuenta. No puedo simplemente dejarlo irse así. No puedo dejarlo alejarse sin al menos intentar explicarle. No sé si escuchará, pero tengo que intentarlo.

Salgo corriendo de mi oficina, con el corazón latiendo fuerte en mi pecho. Empujo la puerta hacia el estacionamiento y lo veo. Adrian. Está de espaldas a mí.

—¡Adrian! —llamo, mi voz temblorosa.

Se da vuelta, y por un momento, veo la tristeza en sus ojos. Pero luego desaparece, reemplazada por algo más frío, algo enojado. Su mandíbula se tensa, y me mira como si fuera una extraña.

—Mara —la única palabra de su boca está llena de dolor.

—Adrian —susurro, su nombre apenas audible sobre los latidos de mi corazón.

Sus ojos, esos hermosos y cálidos ojos que una vez me miraron como si yo fuera todo su mundo, ahora están duros. Distantes.

Quiero alcanzarlo, tocarlo, borrar la distancia entre nosotros. Pero no lo hago. No puedo.

Mi pecho duele mientras observo cada detalle de su rostro: la tensión de su mandíbula, la

tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se cierran en puños a sus costados. Se está conteniendo, pero apenas.

Quiero contarle todo. Explicar. Suplicarle que entienda. Pero las palabras se atascan en mi garganta, enredadas con culpa y miedo.

Lo amo. Dios, lo amo tanto que duele.

Amo la forma en que sonríe cuando me está provocando, la forma en que escucha cuando hablo de mi padre o de mi trabajo, la forma en que me sostiene como si temiera que me escapara.

Amo la forma en que me hace sentir: vista, comprendida, atesorada.

Y ahora, de pie aquí, viéndolo mirarme como si fuera alguien que no reconoce, siento que estoy perdiendo una parte de mí misma.

Quiero gritar que no todo fue una mentira. Que nunca quise lastimarlo. Que nunca esperé enamorarme de él, amarlo como lo hago.

Pero ¿qué derecho tengo a pedir su perdón?

Le mentí. Guardé secretos. Traicioné su confianza.

Siento lágrimas pinchar en las esquinas de mis ojos, pero las aparto parpadeando. Llorar no ayudará. No cambiará lo que he hecho.

—Yo... —Mi voz se quiebra, y trago con dificultad, intentándolo de nuevo—. Adrian, yo...

Levanta una mano, deteniéndome. Su expresión no se suaviza. Si acaso, se endurece, y la visión de esto se siente como un golpe en el estómago.

—No —dice, con voz baja y afilada—. No digas nada, Mara. Aún no.

El silencio se extiende entre nosotros, pesado y sofocante.

Doy un paso hacia él, con el corazón en la garganta, pero él no se mueve. Abro la boca, pero las palabras quedan atrapadas. No sé cómo explicar. No sé cómo hacerle entender que nunca quise lastimarlo.

—Me mentiste. Me usaste. ¿Y ahora quieres explicar? Es demasiado tarde para eso —dice con un tono de voz que suena como el de un extraño.

Quiero suplicarle que entienda, pero no puedo. Sus ojos están duros ahora, llenos de odio, y sé que no hay vuelta atrás. Lo he perdido de verdad.

Intento hablar, pero no sale nada. Me estoy ahogando con las palabras que no puedo decir.

Sacude la cabeza, su rostro endureciéndose. —No tienes derecho a explicar. Ya me has mostrado quién eres. Y no quiero ser parte de ello.

El dolor es insoportable. Mi pecho se siente como si estuviera siendo aplastado bajo el peso de sus palabras.

—La única razón por la que vine fue para mirarte a los ojos y verte como eres realmente. Nunca quiero volverte a ver —dice, su voz fría, definitiva.

Me quedo ahí, congelada, mientras él se da la vuelta y camina hacia su auto. Quiero gritar, llamarlo.

Y luego se ha ido.

Vuelvo tambaleándome a mi oficina y solo me quedo un par de horas tratando de ponerme al día con los proyectos en curso. Apenas puedo mantener los ojos abiertos mientras me alejo conduciendo de Optimal.

Las palabras de Adrian hacen eco en mi mente, cada una un cuchillo dentado hundiéndose más profundo.

Llego a casa de mi padre, mis manos temblando mientras salgo del auto. La casa está silenciosa, casi demasiado silenciosa. La empleada abre la puerta con una expresión solemne, sus ojos llenos de preocupación.

—Señorita Mara, su padre no ha estado comiendo —dice—. Se ha quedado en su oficina, ni siquiera ha salido.

Asiento, con el estómago tenso. No puedo creer que haya dejado que llegara tan lejos. He estado tan consumida por mi propio lío que no me detuve a considerar lo que él podría estar pasando.

Me dirijo arriba. Cuando llego a su oficina, llamo, pero no hay respuesta. De todos modos, giro la manija y entro.

La visión de él me dan ganas de llorar. Mi padre se ve terrible. Sus ojos están inyectados en sangre, su rostro demacrado y pálido. Se ve mucho mayor que su edad y la culpa me inunda de nuevo.

—Mara —dice con voz apagada. Su mirada está llena de una mezcla de tristeza y arrepentimiento—. No pensé que podría sentirme tan perdido.

Entro y me siento en la silla frente a su escritorio. Quiero extender la mano, consolarlo, pero no estoy segura de tener la fuerza para hacerlo. Ambos parecemos estar desmoronándonos.

—Lo siento, papá —digo, mi voz quebrándose.

Sacude la cabeza, sus ojos distantes. —Extraño a tu madre —dice, su voz cargada de emoción—. No sé qué me hizo pensar que alguien como Stacy realmente estaría enamorada de mí. Era el dinero, ¿verdad?

Asiento, las lágrimas brotando en mis ojos. —Ella no te merece —digo suavemente, mi corazón rompiéndose por él.

Suspira, pasando una mano por su cabello. —Me hacía sentir joven otra vez, Mara. Me halagaba. Pensé que tal vez podría llenar el vacío que dejó tu madre. Pero estaba equivocado. Debería haberlo sabido mejor.

Mi pecho se tensa mientras lo escucho. No puedo culparlo. Solo estaba tratando de encontrar algo a qué aferrarse después de perder a mi madre. Pero odio que tuviera que ser Stacy.

—Lo siento, papá —digo de nuevo, mi voz temblando—. Lo siento mucho.

Me mira, su rostro arrugándose. —Ambos hemos metido la pata, ¿verdad? Tu madre estaría tan decepcionada de nosotros —Deja escapar una triste risita, pero no llega a sus ojos—. Ella siempre fue la que nos mantenía con los pies en la tierra.

Trago el nudo en mi garganta. —Saldremos de esto, papá. Lo resolveremos.

Asiente, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. —Ya no sé qué hacer, Mara. No sé cómo arreglar esto.

Extiendo la mano, colocándola sobre la suya. —Lo resolveremos. Siempre lo hacemos.

Hay una larga pausa, y luego mi padre me mira, su mirada suavizándose. —¿Cómo estás tú?

Me encojo de hombros. —Sobreviviendo —Apenas estoy sobreviviendo, pero mi dolor palidece en comparación con el de mi padre.

—Lo amas, ¿verdad? —pregunta.

La contundencia de la pregunta me toma por sorpresa. Mi corazón duele, el dolor de perder a Adrian regresando. Tomo un respiro entrecortado antes de responder.

—Sí —digo—. Lo amo más de lo que pensé que podría amar a alguien.

—Me caía bien. Era un caballero. Era honorable. Algo que no se ve mucho en estos días —dice papá.

A Adrian le habría encantado escuchar eso. Se preocupaba tanto por lo que mi padre pensaba de él. Si lo aprobaba como mi novio.

—Lo sabe todo y se acabó —digo.

—Lo siento —dice papá.

—Somos todo un caso, ¿verdad? —digo.

—Así es —dice papá.

Me quedo un poco más, luego me marcho.

No puedo soportar volver a mi apartamento. La idea de estar sola en ese espacio vacío, donde todo me recuerda a Adrian, es demasiado para manejar ahora mismo. Así que conduzco a casa de Emma en su lugar.

Cuando entro, Jodie está dormida en el sofá, acurrucada en una manta. Emma la lleva a su habitación y regresa. Se queda de pie mirándome, con las manos en las caderas.

—Te ves como una mierda —dice sin rodeos, pero no hay malicia en su voz, solo preocupación.

No tengo energía para responder, así que solo dejo que me atraiga a un fuerte abrazo.

El consuelo de sus brazos a mi alrededor es la primera cosa que se ha sentido remotamente bien en días. Me permito hundirme en ella, sintiendo las lágrimas brotar de nuevo, pero esta vez no intento detenerlas. Dejo que fluyan, dejando que el dolor y la culpa se derramen.

Después de un rato, nos sentamos con una botella de vino. Está tranquilo, excepto por el suave tintineo de las copas y algún que otro sollozo mío. No tengo ganas de hablar mucho, pero Emma no presiona. Simplemente me deja estar.

Entonces, mi teléfono vibra. Es una llamada de Luis. Suena agitado cuando contesto.

—Mara, tienes que hablar con tu padre —dice con un tono de voz alarmado.

Me siento más erguida, con el estómago hundiéndose. —¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ha cancelado la propuesta para Lerose —dice Luis—. No vamos a seguir adelante con ella.

El alivio me invade. No me había dado cuenta de cuánto había estado conteniendo la respiración hasta ahora. Mi padre es simplemente el mejor. No va a seguir adelante con la propuesta. Si estuviera aquí ahora mismo, lo abrazaría con fuerza, diciéndole gracias un millón de veces.

—Mara, hemos hecho tanto trabajo, prácticamente lo teníamos asegurado —continúa Luis, frustración en su voz. Pero no importa. Mi padre ha tomado la decisión, y estoy tan orgullosa de él.

Cuelgo el teléfono y dejo escapar un largo suspiro. Por primera vez en días, sonrío. Es pequeña, pero está ahí. La decisión de mi padre, su fortaleza, me da una sensación de alivio. Saldremos de esto con un poco de dignidad.

—¿Qué está pasando? —pregunta Emma, sus ojos llenos de preguntas.

La miro y sonrío. Puedo respirar de nuevo. No era consciente de cuánto me pesaba el contrato de Lerose.

Le cuento la conversación con Luis y cuánto significa que mi padre haya retirado nuestra propuesta.

Cuando termino, me siento cansada. Exhausta. Pero también hay una extraña sensación de alivio, como si un peso hubiera sido levantado de mis hombros. No puedo explicarlo, pero está ahí.

—¿Puedo dormir en tu sofá esta noche? —pregunto más tarde—. No creo que pueda conducir a casa.

Emma no duda. —Por supuesto —dice—. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

El agotamiento se asienta en mis huesos. Me acurruco en el sofá, tirando de una manta sobre mí, y cierro los ojos. Por primera vez en días, siento que realmente podría ser capaz de dormir.

Capítulo 33: Adrian

Estoy sentado en mi oficina, mirando fijamente la pila de papeles en mi escritorio sin realmente verlos. Me muevo por la vida detrás de un grueso panel de cristal. Los movimientos están ahí —firmar documentos, responder correos electrónicos— pero la pasión ha desaparecido. Estoy entumecido.

Un golpe en la puerta me saca de mi aturdimiento. —Adelante —digo, con voz monótona.

María entra, su rostro iluminado con emoción contenida. —Optimal no se presentó —dice, sosteniendo una tableta en sus manos—. Ahora tenemos prácticamente asegurado el contrato de Lerose.

La miro parpadeando, tardando un momento en procesar sus palabras. —Felicidades —digo mecánicamente. Mi voz carece de cualquier inflexión real, y puedo notar que ella lo percibe. Su sonrisa flaquea ligeramente, pero asiente.

—Gracias —dice.

Su expresión me devuelve al presente. Eso fue atroz. Han trabajado tan duro por esto y yo lo descarto con una felicitación superficial.

Miro mi reloj. —María —la llamo justo cuando está a punto de irse. Se detiene en la puerta —. Quiero reunirme con el equipo en la sala de conferencias en veinte minutos.

Asiente, un destello de sorpresa cruza su rostro antes de que se apresure a salir. No suelo convocar reuniones improvisadas, pero esta parece necesaria.

Optimal no se presentó. ¿Por qué no lo hicieron? Movieron montañas por este contrato. Incluso robaron a una de mis mejores empleadas. Sin mencionar que Mara vino a trabajar aquí para espiarnos. No tiene sentido.

Pero, de nuevo, nada relacionado con Optimal es mi preocupación ya. Aparto ese pensamiento a la fuerza, centrándome en las tareas que tengo delante. Hay trabajo que hacer, acuerdos que cerrar, una empresa que dirigir.

Aun así, mi mente me traiciona, volviendo a Mara y su padre. La traición de Stacy debe haberle golpeado con fuerza. No me pareció un hombre que se tomaría algo así a la ligera. Y Mara... Me pregunto si está en Optimal ahora.

La empresa que ama más que a cualquier persona. Las palabras de Stacy.

La ira estalla en mi pecho, ardiente e inoportuna. Golpeo con el puño el escritorio, el sonido brusco corta el silencio de la habitación. ¿Por qué estoy pensando en ella? Después de todo lo que ha hecho, después de todas las mentiras, no merece ni un solo momento de mis pensamientos.

Empujo mi silla hacia atrás y me levanto, paseando por la habitación para quemar la energía inquieta que corre por mi cuerpo. No puedo dejar que me persiga así. No puedo dejar que gane.

¿Por qué sigue teniendo este control sobre mí?

Camino por toda mi oficina. Mis pensamientos son un lío enredado, y no importa cuánto intente apartarlos, siguen volviendo a ella. Mara. Su nombre se siente como una herida que no ha sanado, cruda y dolorosa.

Me digo a mí mismo que no importa por qué Optimal no se presentó. No debería importarme.

El recuerdo de la cara presuntuosa de Stacy en la puerta de la casa del padre de Mara cruza

por mi mente. Sus palabras, goteando malicia, habían plantado semillas de duda y enojo que habían crecido hasta convertirse en este desastre que lo consume todo. Stacy se había jactado de la traición de Mara, de cómo me había utilizado.

Luego está el padre de Mara. ¿Les contó a sus amigos sobre el hombre tonto y enamorado que cortejaba a su hija? Los odio a todos.

Tan pronto como ese pensamiento se forma, me reprendo.

Stacy solo fue la mensajera. En cuanto al padre de Mara, no tengo idea de qué papel jugó en todo esto. Además, está lidiando con su propio dolor. Al menos tenemos eso en común.

Me detengo a medio paso, con la mandíbula tensa. ¿Y si hay más en esto de lo que sé? ¿Y si las razones de Mara no fueran tan simples o tan frías como Stacy las hizo parecer? El pensamiento me inquieta.

No quiero ablandarme hacia ella. No quiero creer que podría haber una explicación que hiciera que algo de esto tuviera sentido.

Me hundo de nuevo en mi silla, pasando una mano por mi cabello. La verdad es que ya no sé qué creer. Había pasado semanas construyendo una vida con Mara, pensando que la conocía. Pensando que la amaba. ¿Y ahora? Ahora, me quedan fragmentos de una historia que no encajan del todo.

Me alegro cuando es hora de ir a la reunión. Cada vez que empiezo a pensar en Mara, mis pensamientos se descontrolan y requiere una inmensa fuerza de voluntad para recuperarme.

Entro en la sala de conferencias y la charla muere al instante. Todos los ojos se vuelven hacia mí, el aire denso con anticipación.

Me sitúo en la cabecera de la mesa, mis manos apoyadas en su superficie lisa. —Felicidades —digo—. Este fue difícil, y todos ustedes cumplieron. El contrato de Lerose es nuestro gracias a su dedicación y arduo trabajo.

Un murmullo de aprecio recorre la sala. Entonces alguien habla —una estratega junior, su rostro brillando con orgullo—. —Sinceramente, no podríamos haberlo hecho sin Mara. Fue increíble durante las sesiones de lluvia de ideas.

Otra voz se une, un miembro senior del equipo esta vez. —Sí, Mara tenía una manera de cortar a través del ruido y llegar al corazón del problema. ¿Sus ideas para la propuesta? Brillantes. Llevo años haciendo esto, e incluso yo quedé impresionado.

Mantengo mi expresión neutral, asintiendo mientras hablan. En mi interior, sin embargo, sus palabras me golpean como un martillo. Debería haber sabido que había algo más en ella. Mara no era una asistente personal ordinaria.

Era demasiado buena proponiendo ideas, demasiado rápida para entender estrategias complejas. Las señales estuvieron ahí todo el tiempo. El papel de asistente personal era una artimaña, y yo caí en ella.

Pienso en los pequeños detalles que ignoré: el apartamento caro, el coche caro, el estilo de vida pulido que no cuadraba del todo para alguien en su supuesta posición. Decidí pasarlo por alto todo porque estaba tan malditamente enamorado.

Mi estómago se tensa mientras la realización se hunde más profundamente. No debería haberle resultado tan fácil infiltrarse en Strategic Agency. Debería haber sido más vigilante, más cauto.

Y luego estaban sus ideas para la propuesta de Lerose. ¿Por qué hizo eso? Esas ideas no solo

eran buenas, eran excepcionales. No el trabajo de una novata. No necesitaba llegar tan lejos, pero lo hizo. ¿Por qué?

Voy a volverme loco si sigo diseccionando esto.

Cuando el equipo termina su ronda de elogios, aclaro mi garganta. —Le transmitiré sus sentimientos a Mara —digo con calma.

Por lo que saben, ella se fue por alguna emergencia personal. La única persona que conoce las circunstancias detrás de la partida de Mara es Chloe, y ella es la personificación de la discreción.

—Me aseguraré de que sepa cuánto significaron sus contribuciones para el equipo —digo.

Asienten, satisfechos, y la reunión concluye.

Mientras camino de regreso a mi oficina, mis pensamientos se agitan. Incluso ahora, la estoy protegiendo.

El pensamiento me disgusta, pero es la verdad. No importa cuánto quiera odiarla, parece que no puedo dejar de protegerla de las consecuencias de sus acciones.

Obligo mi atención a volver al trabajo.

Miro el reloj. El día avanza con lentitud, cada minuto extendiéndose en una eternidad. Debería estar aliviado por el contrato de Lerose, pero la victoria se siente vacía. Nada parece importar ya.

Mi mirada se dirige a la ventana, el horizonte de la ciudad un borrón en la distancia. Me pregunto dónde está Mara ahora. ¿Estará pensando en mí? ¿Siquiera se arrepiente de lo que hizo?

Sacudo la cabeza, tratando de desterrar esos pensamientos. Esto es una tortura. No importa cuánto lo intente, los pensamientos de Mara siguen volviendo, implacables e inflexibles.

No importa cuánto quiera odiarla, no importa cuánto intente seguir adelante, una parte de mí todavía se preocupa.

En el momento en que atravieso la puerta de mi apartamento, me dirijo directamente a mi habitación. Me quito la ropa de trabajo y me pongo una camiseta y pantalones cortos para correr. Las paredes parecen cerrarse sobre mí, y necesito salir. Necesito correr, quemar esta asfixiante energía que araña mi pecho.

Golpeo el pavimento con fuerza, mis pies machacando contra el suelo en un ritmo castigador. El aire frío muerde mi piel, pero lo agradezco. Me empujo a ir más rápido, más fuerte, como si pudiera escapar de la tormenta que ruge en mi cabeza.

Mara. Su nombre resuena en mi mente, su rostro grabado en mi memoria. La veo en cada rincón de mis pensamientos —su sonrisa, su risa, la forma en que me miraba como si fuera el único hombre en el mundo.

Corro como si el mismo diablo me persiguiera, como si pudiera exorcizarla de mi alma si solo voy lo suficientemente lejos, lo suficientemente rápido. Mis pulmones arden, mis piernas duelen, pero no me detengo.

Cuando finalmente regreso tambaleándome a mi apartamento, con el sudor goteando por cada poro, estoy físicamente exhausto, pero aún no más cerca de encontrar paz. Me doy una ducha rápida, el agua abrasadora contra mi piel, pero no logra lavar los recuerdos.

La cena es una idea de último momento. Preparo algo rápido —tostadas y huevos revueltos — pero apenas los toco.

Esa noche, dormir es una batalla que no puedo ganar. Me revuelvo inquieto, las sábanas

enredadas a mi alrededor, su fantasma persiguiéndome en cada momento. Cierro los ojos e imagino su suave cuerpo acurrucado junto al mío, su cabeza descansando sobre mi pecho.

Su voz susurra en mis oídos, dulce y suave, diciendo las cosas que tan desesperadamente quiero escuchar. *Te amo, Adrian. Nunca te dejaré.*

Estoy perdiendo la cabeza lentamente.

Me despierto una y otra vez, cada vez más inquieto que la anterior. Cuando llega el amanecer, me siento como un hombre que ha pasado por una guerra.

Mara puede haberse ido, pero sigue estando en todas partes. En mi mente. En mi corazón. Y no importa cuánto lo intente, no puedo dejarla ir.

Capítulo 34: Mara

El sol de la mañana se filtra por la ventanilla de mi coche mientras conduzco hacia la oficina, con mis pensamientos cargados de preocupación por mi padre. Han sido semanas —semanas— desde que puso un pie en Optimal Solutions.

Ni una sola vez ha convocado una reunión o enviado una directriz. Ha estado encerrado en casa, perdido en su humillación después de la traición de Stacy.

Me preocupo por él constantemente. Mi padre siempre ha sido más grande que la vida misma, el tipo de hombre que podía dominar una sala con una sola mirada. Verlo replegarse en sí mismo ha sido desgarrador.

Mientras entro en el aparcamiento, pienso en lo lejos que he llegado en los últimos dos meses. Estoy empezando a mejorar, lenta pero seguramente. Harper y Emma han sido mis salvavidas, su apoyo constante me ha ayudado a perdonarme a mí misma por todo lo que pasó con Adrian.

Adrian. Su nombre es como un cuchillo en mi pecho, pero ya no es tan afilado como solía ser. Lo que no puedo dejar de lado es la culpa sobre su familia. La forma en que me recibieron en su hogar, me trataron como a una más de ellos.

Entro en la oficina, mis tacones resuenan contra el suelo pulido. La atmósfera se siente diferente hoy: cargada, viva. Hay un zumbido en el aire que no ha estado ahí en semanas.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a la recepcionista, que levanta la mirada de su escritorio con una sonrisa.

—El señor Thornton está aquí —dice, su voz teñida de emoción—. Llegó antes que nadie.

Mi corazón da un vuelco. ¿Mi padre está aquí? No espero más explicaciones y me dirijo directamente a su oficina, con el pulso acelerado por la anticipación.

Cuando abro la puerta, ahí está, sentado detrás de su escritorio, con la postura erguida y la expresión aguda y concentrada. Parece él mismo otra vez, y esa visión me llena de una alegría tan abrumadora que podría llorar.

—Mara —dice, con tono enérgico y profesional—. Entra. Tenemos mucho que discutir.

Entro, cerrando la puerta tras de mí. —Papá, yo...

Pero no me deja terminar. Ya está lanzándose a planes para la empresa, sus palabras salen rápidas y seguras. —Necesitamos replantearnos nuestro enfoque. Necesito tu opinión. ¿Qué debemos cambiar?

No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro. —No tienes idea de lo feliz que estoy de verte así —digo, con la voz cargada de emoción.

Me mira, una pequeña sonrisa tirando de sus labios. —Nunca debí haberme ido —admite—. Pero estoy de vuelta ahora, y vamos a llevar esta empresa de nuevo a la cima donde pertenece.

Asiento, tragando el nudo en mi garganta.

—Comenzaremos con la formación —dice, reclinándose en su silla—. Tú te encargarás de ello. Estoy seguro de que tienes una gran cantidad de conocimientos después de... hacer benchmarking en Strategic Agency.

Me río, el sonido burbujea desde mí antes de que pueda detenerlo. —¿Así es como lo llamamos ahora? ¿Benchmarking?

Su sonrisa se ensancha. —Sí.

—Me gusta cómo suena —digo, aún sonriendo.

Pasamos los siguientes minutos repasando planes, y me sorprende lo energizado que parece. Es como si hubiera vuelto a la vida, y estoy tan orgullosa de él.

—Tengo un plan a largo plazo —dice de repente, su tono cambiando—. Estaré aquí un año, como máximo. Luego te dejaré todo esto a ti.

Me quedo helada, asimilando sus palabras. —¿Adónde irás?

—A jubilarme. A viajar —dice, sus ojos iluminándose con la idea—. Será el momento de pasar el mando, y Optimal no podría estar en mejores manos.

Estoy conmovida más allá de las palabras, pero también siento una punzada de tristeza. Optimal Solutions es mi padre. La idea de que él no esté aquí es difícil de imaginar. Pero aún falta mucho tiempo. Podría cambiar de opinión. Espero que lo haga.

El resto del día es de la mejor clase de ocupado. La oficina está viva con actividad, todos recargados y enfocados en el futuro. Se realizan reuniones, se discuten estrategias, y por primera vez en mucho tiempo, me siento esperanzada de que Optimal saldrá de este bache.

Steve renunció hace un mes, lo que fue un gran alivio. Su partida fue una complicación menos con la que lidiar.

Para cuando termina el día, estoy exhausta pero satisfecha. Mi padre ha vuelto, la empresa está en recuperación, y el futuro se ve brillante. Solitario, pero brillante.

Mientras conduzco a casa, mis pensamientos dan vueltas con todo lo que ha sucedido hoy. La energía en Optimal, el regreso de mi padre, los planes para el futuro. Ha sido un buen día. Hasta que mi mente se dirige a la familia de Adrian.

Me atormentan, la forma en que me recibieron en sus vidas, su calidez y amabilidad. Y luego los traicioné. Traicioné a su hijo.

Antes de darme cuenta, estoy girando, dirigiéndome en una dirección que no había planeado. Es impulsivo, hasta temerario, pero no puedo detenerme. Para cuando me detengo frente a la casa de la familia Stone, mis manos están temblando.

Me quedo sentada en el coche por un momento, mirando la casa, tratando de reunir mi coraje. Finalmente, con piernas temblorosas, salgo y camino hacia la puerta principal. Mi corazón late con fuerza mientras presiono el timbre.

La puerta se abre, y ahí está: Patricia Stone, tan elegante y cálida como siempre. Su expresión cambia de sorpresa a algo ilegible.

—Señora Stone —digo, con voz pequeña.

—Es Patricia para ti, jovencita —dice con una sonrisa y el alivio me invade. Estaba preparada para cualquier eventualidad. Incluso que me echaran.

Entro, con el corazón martilleándome en el pecho. La sala de estar se siente a la vez familiar y extraña. Aaron Stone está allí, junto con Connor y Amy. Se quedan en silencio cuando me ven.

Me siento, con las manos fuertemente entrelazadas en mi regazo. Patricia es la primera en hablar. —Puedes entender por qué todos estábamos tan decepcionados contigo, Mara.

Asiento, con un nudo en la garganta. —Lo entiendo. Y lo siento mucho.

Tomo un respiro profundo y les cuento todo. Sobre Stacy, sobre la desesperación que me llevó a infiltrarme en Strategic Agency, sobre cómo todo fue para salvar la empresa de mi padre.

—Nunca esperé encontrarme con Adrian —digo, con la voz quebrada—. Nunca esperé enamorarme de él. Cada día que viví con la mentira, se hacía más difícil decir la verdad. No

sabía cómo decírselo sin perderlo.

Escuchan en silencio, sus expresiones una mezcla de shock y tristeza.

—No es una excusa —añado rápidamente—. Solo quería disculparme con todos ustedes. Me recibieron en su familia, y traicioné esa confianza. Pero quiero que sepan que realmente amaba a Adrian. Todavía lo amo, para ser honesta —digo con una risa temblorosa, secándome una lágrima.

Patricia suspira, su rostro suavizándose. —Oh, Mara. Qué lío.

—Fue una tontería —dice Aaron, su tono firme, pero no cruel—. Pero respeto que hayas venido aquí a explicar. No debe haber sido fácil hacerlo. Eso habla más de tu carácter que la otra tontería.

—¿Te quedarás a cenar? —pregunta Patricia, con voz suave.

Niego con la cabeza, forzando una sonrisa. —Gracias, pero debería irme.

Me levanto para irme, pero antes de que pueda dar un paso, hay un golpe en la puerta. El ambiente cambia, la tensión crepita en la habitación. Todos saben quién debe ser.

Patricia se levanta para responder, y en el momento en que la puerta se abre, Adrian entra. Sus ojos se posan en mí, y su expresión se congela, la sorpresa parpadea en su rostro antes de endurecerse.

—Mara —dice, su voz fría y cortante.

—Adrian —logro decir, con la voz temblorosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta, con tono seco.

—Vino a explicar —dice Patricia—. A disculparse.

Los ojos de Adrian se entrecierran, su mandíbula se tensa. —¿Explicar? ¿Disculparse? —Se ríe amargamente—. Nadie necesita sus explicaciones ni disculpas.

—Adrian, por favor —interviene Amy—. Solo escúchala.

—No se lo merece —espeta, su mirada nunca abandonando la mía—. No merece nada de mí.

Trago con dificultad, deseando estar en cualquier lugar menos aquí. —Solo quería decir que lo siento.

—Bueno, ya lo has dicho —dice fríamente—. Ahora vete.

Las lágrimas pican en mis ojos, pero me niego a dejarlas caer. Asiento, con el pecho doliendo mientras me doy la vuelta para irme.

Patricia toca mi brazo suavemente. —Cuídate, Mara —dice, su voz llena de una amabilidad que no merezco.

No miro atrás mientras camino hacia mi coche, pero en el momento en que estoy dentro, las lágrimas llegan, calientes e imparables. Me alejo conduciendo, con el corazón rompiéndose de nuevo.

Capítulo 35: Adrian

La puerta se cierra tras Mara, y el silencio que deja a su paso resulta asfixiante. Todavía puedo sentir su presencia, el eco de su voz, su disculpa resonando en mis oídos.

Miro a mi familia. Mi madre me observa con esa expresión conocedora que tiene cuando cree que estoy siendo demasiado duro. Mi padre se recuesta en su silla, con el rostro inescrutable, pero puedo notar que está pensando profundamente.

Connor está mirando al suelo, y Amy... Amy solo parece triste.

—No debería haber venido aquí —digo, rompiendo el silencio. Mi voz suena más áspera de lo que pretendo, pero no puedo evitarlo.

—Vino a disculparse —dice mi madre con suavidad.

—¿Y de qué sirve eso? —replico—. Una disculpa no deshace lo que hizo. No cambia el hecho de que me mintió, me utilizó.

—Adrian —dice mi padre, con un tono tranquilo pero firme—, no puedes decirme que no viste lo difícil que fue para ella venir aquí. Eso requirió valentía.

—¿Valentía? —río amargamente—. Es fácil ser valiente cuando ya has destruido todo.

—¿Lo es? —pregunta Amy en voz baja, y me giro hacia ella, sorprendido—. No tenía por qué venir aquí, Adrian. Podría haberse mantenido alejada, dejar que pensáramos lo que quisiéramos de ella. Pero no lo hizo. Vino a enfrentarnos, a enfrentarte a ti. Eso no me parece fácil.

No respondo. No quiero admitir que podría tener razón.

—Parecía destrozada —dice Connor, hablando por fin—. ¿Te diste cuenta de eso? ¿O estabas demasiado ocupado estando enfadado?

—Tengo derecho a estar enfadado —digo a la defensiva.

—Sí, lo tienes —dice mi madre con un tono amable. Así es mi madre. Perdona hasta el exceso. Yo no soy igual—. Pero no dejes que tu enfado te ciegue, Adrian. No dejes que te haga olvidar lo que tuviste con ella.

—Lo que tuve con ella fue una mentira —digo, con la voz quebrada—. Todo. Cada momento, cada palabra... todo formaba parte de su plan.

¿Por qué estoy hablando de esto otra vez? Mara ya ocupa demasiado espacio en mi cabeza.

—¿Realmente crees eso? —pregunta mi padre, inclinándose hacia adelante, con mirada penetrante—. ¿De verdad crees que todo entre vosotros fue una mentira?

Abro la boca para responder, pero las palabras se atascan en mi garganta. Pienso en la forma en que me miraba, la forma en que se reía de mis estúpidos chistes, la forma en que me hacía sentir como si fuera la única persona en el mundo.

—No importa —digo finalmente, con voz hueca—. Se acabó.

—Tal vez sea así —dice mi madre—. Pero necesitas preguntarte por qué sigues aferrándote a toda esta ira. ¿Es porque la odias, o porque todavía la amas?

Me levanto bruscamente, necesito salir de la habitación. —Voy a dar un paseo —digo, sin esperar respuesta.

Salgo afuera, el fresco aire nocturno me golpea como una bofetada. Camino sin rumbo, con las palabras de mi madre resonando en mi mente.

¿Todavía la amo?

La pregunta me desgarra, y no sé cómo responderla. Porque la verdad es que creo que nunca dejé de hacerlo.

Mientras camino, con el aire frío mordiendo mi piel, mi mente vuelve a cómo se veía Mara esta noche. Parecía triste, cansada y con el corazón roto. No quiero pensar en ella, pero es imposible no hacerlo. Su rostro, su voz, la forma en que me miraba.

Contrarresto mis pensamientos con recuerdos de sus mentiras. Las innumerables oportunidades que tuvo para sincerarse, para decirme la verdad, pero no lo hizo. Cada momento que pasamos juntos, cada risa, cada caricia, cada beso... todo estaba manchado por los secretos que guardaba.

Tuvo tantas oportunidades para arreglarlo, para decirme lo que estaba haciendo, pero no lo hizo.

Y sin embargo...

Una voz dentro de mí susurra que hubo cosas sobre las que no mintió. Cosas que eran reales.

Me presentó a sus amigas: Harper y Emma. Recuerdo lo nerviosa que estaba esa noche, cuánto quería que me cayeran bien. La gente no presenta a alguien a quien solo está utilizando a las personas más cercanas a su corazón.

Y Harper y Emma fueron amables conmigo, llegando a decir que nunca habían visto a Mara tan feliz. Eso no era mentira, ¿verdad? Yo la hacía feliz, igual que ella me hacía feliz a mí.

Pienso en cómo se reía cuando estábamos con ellas, en cómo se iluminaba su rostro cuando hablaba de ellas. Eso era real. Sé que lo era.

Pero entonces la ira vuelve a surgir. Si podía ser honesta sobre esa parte de su vida, ¿por qué no podía ser honesta sobre todo lo demás? ¿Por qué no podía confiar en mí lo suficiente como para decirme la verdad? Admitir que había cometido un error.

La habría perdonado, pero dejarme descubrirlo de la manera en que lo hice, eso fue cruel.

Dejo de caminar y me apoyo contra una farola, cerrando los ojos, tomo un respiro profundo. Mi pecho se siente oprimido, mis pensamientos enredados en una telaraña de ira, confusión y algo que no quiero admitir que podría seguir siendo amor.

Odio esto. Odio que ella todavía tenga este control sobre mí. Odio no poder simplemente olvidarla, seguir adelante, dejarlo pasar.

Pero, sobre todo, odio que una parte de mí todavía quiera creer que lo que tuvimos fue real. Que ella me amaba, aunque todo lo demás fuera una mentira.

Tal vez mi madre tiene razón.

El pensamiento llega silenciosamente, casi con vacilación, como si tuviera miedo de ser escuchado por encima del rugido de mi ira y resentimiento. Pero está ahí, persistente e inflexible.

Tal vez sea hora de soltar la ira que he llevado dentro de mí durante meses. Ha sido como un veneno, consumiéndome, retorciendo todo a su paso. No me ha traído paz. No ha deshecho lo que pasó.

Solo me ha dejado exhausto.

Dejar ir suena bien en teoría, pero la realidad de ello se siente vacía. ¿Qué queda después de la ira? Nada emocionante. Nada que esperar con ilusión. El futuro se extiende ante mí, gris y vacío, un largo camino sin final a la vista.

Me centraré en mi trabajo. Eso es algo que puedo controlar. Strategic Agency se convertirá en la mayor agencia de marketing del país. Volcaré todo lo que tengo en ella, la construiré hasta

convertirla en algo intocable.

¿Pero el amor?

He terminado con el amor.

No vale la pena el riesgo, no vale la pena el dolor. Amar a Mara fue como tocar fuego, hermoso y consumidor, hasta que me redujo a cenizas. No volveré a pasar por eso. No me permitiré ser tan vulnerable, tan ciego.

No, el amor está descartado.

Es hora de seguir adelante, aunque seguir adelante se sienta como caminar por arenas movedizas. Aunque el futuro parezca desolador y vacío. Porque, ¿qué otra opción tengo?

**

Los siguientes días son iguales. Ni mejores, ni peores. Apenas sobrevivo, pero estoy haciendo el trabajo.

Estoy en medio de la revisión de una propuesta de campaña cuando mi asistente llama por el intercomunicador.

—Sr. Stone —su voz suena a través del intercomunicador, tranquila, pero con un toque de curiosidad—, hay alguien aquí para verle.

Echo de menos a Mara como mi asistente. Ella nunca mostraba sus sentimientos personales. Kayla tuvo que volver a su puesto regular y esta nueva asistente es extremadamente entrometida.

—Es un tal Sr. Thornton.

Me quedo inmóvil, con el bolígrafo suspendido sobre la página. ¿El padre de Mara? ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Hazlo pasar —digo después de un momento.

La puerta se abre, y Arthur Thornton entra. Parece mayor de lo que recuerdo, sus hombros ligeramente encorvados, su rostro marcado por el agotamiento. Lleva un traje elegante, pero hay un cansancio en su postura que la tela a medida no puede ocultar.

—Sr. Stone —me saluda.

—Sr. Thornton —respondo, señalando la silla frente a mi escritorio—. Por favor, tome asiento.

Se sienta, y por un momento, ninguno de los dos habla. Me reclino en mi silla, estudiándolo, esperando a que dé el primer paso.

—Imagino que se pregunta por qué estoy aquí —dice finalmente.

—Se me pasó por la mente —admito, manteniendo un tono neutral.

Exhala, frotándose el rostro con una mano. —Vine a disculparme. Por todo.

Levanto una ceja, sorprendido. —¿Disculparse?

—Sí. Por lo que hizo mi hija. Por el papel que jugué en todo esto. —Hace una pausa, su mirada encontrándose con la mía—. Sé que ella le lastimó, y lo siento por eso. Nunca fue su intención causarle dolor.

Me siento más erguido, con la mandíbula tensa. —Con todo respeto, Sr. Thornton, sus intenciones no cambian el hecho de que me mintió. Me traicionó.

—Lo sé —dice en voz baja—. Y ella también lo sabe. Ha estado cargando con el peso de eso cada día desde que sucedió.

No respondo, la amargura subiendo por mi garganta.

Arthur se inclina hacia adelante, con expresión sincera. —Mara cometió un error, un error

terrible, pero no es mala persona. Estaba desesperada, tratando de salvar una empresa que significa todo para nuestra familia. Pensó que estaba haciendo lo correcto, aunque fuera un error.

Resoplo, negando con la cabeza. —Debería haber sido sincera. Tuvo muchas oportunidades para decirme la verdad.

—Tiene razón —dice, sorprendiéndome de nuevo—. Debería haberlo hecho. Pero tenía miedo. Miedo de perderle. Miedo de lo que la verdad pudiera hacer.

Desvío la mirada, con la ira burbujeando bajo la superficie.

—No estoy aquí para hacer excusas por ella —continúa Arthur—. Estoy aquí para decirle que ella le extraña. Intenta ocultarlo, pero la luz que solía tener ha desaparecido.

Mi pecho se contrae dolorosamente. No sé qué decir a eso. Sin importar lo que hizo, no quiero que la Mara que conocí cambie nunca.

Arthur se pone de pie, ajustándose la chaqueta. —No ocuparé más de su tiempo. Solo pensé que necesitaba escuchar esto de mí.

Duda en la puerta, volviéndose hacia atrás. —Mara le ama, y creo que usted también la ama. Arregle las cosas, Sr. Stone.

Y con eso, se va, la puerta cerrándose tras él.

Me quedo sentado, mirando el espacio vacío que dejó atrás.

Capítulo 36: Mara

Estoy de pie junto a la ventana, mirando la ciudad, cuando suena el timbre. Mi corazón da un vuelco mientras camino para abrir. El portero está allí, sosteniendo un gran ramo de flores en una mano y un casco en la otra.

Detrás de él hay un repartidor, que me mira expectante, como si estuviera esperando algo.

—Señorita Mara —dice—, una entrega para usted. Se requiere su respuesta.

Parpadeo, confundida. —¿Respuesta?

Él asiente, entregándome las flores y el casco. Los tomo, desconcertada. ¿Quién me enviaría un casco? ¿Para qué?

Leo la tarjeta adjunta a las flores, y se me corta la respiración.

La caligrafía es inconfundible. La letra de Adrian.

Trago con dificultad y leo la tarjeta.

Sería un honor si pudieras reunirte conmigo en el alquiler de bicicletas a las 11.

¿Qué? ¿Adrian quiere ir a montar en bicicleta conmigo? ¿Por qué quiere verme después de tanto tiempo? Un tiempo que no ha sanado mi corazón, solo ha suavizado los bordes del dolor.

Aun así, una sonrisa se dibuja en mis labios.

¿Qué significa esto? ¿Está intentando acercarse? ¿Es una oportunidad para hablar, o solo busca cerrar este capítulo? Mi corazón late erráticamente en mi pecho. No quiero hacerme ilusiones, pero todo dentro de mí grita que crea que esto es algo más.

El mensajero sigue allí, esperando una respuesta. —Estaré allí.

Él asiente, y tanto él como el portero se marchan.

Mis manos tiemblan mientras coloco las flores sobre la mesa, y me quedo mirando el casco, con la mente dando vueltas. Un paseo en bicicleta. Es exactamente lo que hicimos en nuestra primera cita.

El mismo lugar. Intento calmarme, alejar la emoción que crece dentro de mí. Pero es inútil. Tengo que ir. Tengo que verlo.

Rápidamente me cambio a algo cómodo, algo con lo que pueda montar. Agarro mi teléfono, miro la hora: 10:30. No tengo mucho tiempo. Cojo el casco, lo meto en mi bolso y llamo a un Uber.

Mis pensamientos están por todas partes mientras espero a que llegue el coche. ¿Y si solo hace esto para cerrar este capítulo? ¿Y si no me quiere de vuelta? No puedo hacerme ilusiones. No puedo.

Pero no puedo evitar que una pequeña esperanza crezca dentro de mí. Quiero creer que hay una oportunidad para nosotros de nuevo.

El viaje en Uber parece eterno, pero finalmente llego al lugar de alquiler de bicicletas. Salgo del coche, con las piernas temblorosas, mi corazón latiendo fuertemente en mi pecho.

Y entonces lo veo.

Adrian.

Está de pie fuera del alquiler de bicicletas, igual que la primera vez. Tiene dos bicicletas: nuestras bicicletas. Las que alquilamos en esa primera cita. Se ve tan guapo como recuerdo, y cuando nuestras miradas se encuentran, hay un momento de silencio.

Un entendimiento silencioso pasa entre nosotros. Ninguno habla, pero no hace falta. El aire

entre nosotros está cargado de algo que no puedo nombrar. Lo único que sé es que estoy muy feliz de verlo.

Adrian sonríe, y un calor se extiende por mi cuerpo. Es la misma sonrisa que me dio aquel día. La que me hizo sentir como si fuera la única persona en el mundo.

—¿Segura que estás lista para esto? —pregunta, con voz baja, juguetona. Es exactamente lo que dijo la primera vez.

Mi corazón se hincha en mi pecho, y sin pensarlo, respondo: —La pregunta es, ¿lo estás tú?

Su sonrisa se ensancha, y puedo ver un atisbo de alivio en sus ojos. No estoy segura si es por mis palabras o porque está tan nervioso como yo, pero no me importa. Lo único que sé es que estoy aquí con Adrian, y se siente tan bien.

Ambos subimos a nuestras bicicletas, la emoción recorriendo mi cuerpo. La misma oleada de emociones que sentí en todas nuestras citas. El viento en mi cabello, la libertad de la carretera abierta y la sensación de que todo podría estar bien entre nosotros otra vez.

Adrian reduce la velocidad mientras nos acercamos a un claro junto a la orilla del río, su bicicleta derrapando hasta detenerse en la hierba. Se baja de la bicicleta con facilidad, y yo hago lo mismo, mis piernas ligeramente inestables al pisar la tierra suave.

Ambos permanecemos allí por un momento, solo mirando la vista: el río fluyendo tranquilamente, los árboles meciéndose suavemente con la brisa. Tengo que luchar contra el impulso de seguir mirándolo fijamente.

Camina hacia la hierba y se sienta, dando palmaditas en el lugar junto a él. Lo sigo, con el corazón latiendo en mi pecho mientras me siento, frente a él. Se establece un silencio entre nosotros, una quietud que se siente tanto reconfortante como pesada.

Quiero decir algo, cualquier cosa, pero no sé por dónde empezar. Ha pasado tanto tiempo. Los sentimientos crudos que tenía se han convertido en una tranquila aceptación de todo lo que pasó entre nosotros.

Adrian clava su mirada en la mía. Hay vulnerabilidad en sus ojos, como si él también estuviera inseguro sobre dónde empezar. Entonces ambos sonreímos y la tensión se disipa.

Toma un respiro profundo y comienza a hablar, su voz suave, casi vacilante.

—Sabes, al principio, estaba nervioso —dice Adrian, sin apartar nunca su mirada de la mía —. Cuando te conocí, no sabía qué esperar, y definitivamente no sabía lo que estaba haciendo. Pero cuanto más te conocía, sentía que todo encajaba. Como si pudiera respirar más fácilmente contigo cerca. Como si mi vida finalmente tuviera sentido.

Mi corazón se hincha con sus palabras. —Me sentía igual.

Él sonríe y me mira con amor, creo.

—No lo sabía entonces, pero creo que te amaba, incluso entonces —dice Adrian—. No lo entendía, pero sabía que cuando estabas conmigo, me sentía en paz. Y ahora, después de todo lo que ha pasado, me doy cuenta de que había algo real entre nosotros desde el principio.

Parpadeo, tratando de contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos. Quiero decirle cuánto significan para mí esas palabras, cuánto he anhelado que las dijera. Pero sé que es importante dejarle terminar de hablar.

Adrian se mueve ligeramente. —Compartimos tanto, ¿verdad? Nuestros pensamientos, nuestros sueños, incluso nuestros miedos. No se trataba solo de las mentiras o la traición. Era algo más profundo. Algo en... lo que todavía creo.

El nudo en mi garganta se aprieta, y no puedo evitar que las lágrimas caigan. Las limpio rápidamente, pero siguen viniendo. Lo he echado tanto de menos. Cada día sin él ha sido una lucha. No pensé que una persona pudiera amar a alguien como yo lo amo a él. Es un amor que duele, que consume, que nunca se va realmente.

Adrian extiende la mano, rozando la mía, y levanto la mirada hacia él, con el corazón en los ojos.

—Tenía tanto miedo —digo finalmente, con la voz temblorosa—. Miedo de perderte. Miedo de que me odiaras cuando descubrieras la verdad. Te amaba, Adrian. Te amaba tanto, pero no sabía cómo decírtelo. No sabía cómo arreglarlo. Seguía pensando, cada día, que lo descubrirías y que nunca me mirarías de la misma manera.

Hago una pausa, mi pecho oprimiéndose con el peso de todo lo que he estado cargando. La culpa, la vergüenza, el miedo. Todo está aquí, derramándose frente a él.

—Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal —continúo, con la voz quebrándose—. Pero me dije a mí misma que lo hacía por la empresa de mi padre. Luego me enamoré de ti y se volvió tan complicado. Pensé que si podía ayudarte a conseguir el contrato de Lerose, podría redimirme. Pero el daño ya estaba hecho.

—Ya estaba viviendo una mentira y era demasiado tarde para ser sincera. No quería perderte.

Tomo un respiro tembloroso, mirando mis manos. —Nunca quise hacerte daño. Nunca quise traicionarte. Solo quería estar contigo.

Adrian no dice nada al principio, y me pregunto si he dicho demasiado. Pero, entonces, se inclina hacia adelante, sus ojos buscando los míos.

—Nunca tuviste que esconderte de mí, Mara —dice suavemente—. Solo desearía que hubieras confiado lo suficiente en mí como para decirme la verdad.

Asiento, mi corazón rompiéndose de nuevo. —Tenía miedo, Adrian. Tenía miedo de que no me amaras si lo supieras. Que me vieras como nada más que una mentirosa. Y no podía soportar eso. Todavía no puedo.

Él se acerca, acunando mi rostro suavemente en sus manos, sus pulgares limpiando las últimas de mis lágrimas. —No eres una mentirosa, Mara. Cometiste un error, sí. Pero no eres una mentirosa. Y no voy a dejar que ese error te defina. O nos defina.

Cierro los ojos ante su toque, sintiendo el calor de sus manos en mi piel. El mundo parece detenerse, y por un momento, olvido todo lo que ha pasado. Olvido el dolor, los errores, la angustia. Todo lo que importa en este momento es él.

—Te amo —digo, las palabras saliendo tan fácilmente ahora—. Siempre lo he hecho. Y, lo siento tanto por todo.

Adrian me atrae hacia sus brazos, abrazándome fuertemente, y me dejo fundir en él. El pasado todavía está ahí, pero ya no importa. Estamos aquí ahora. Y eso es todo lo que importa.

Nos besamos, lentamente al principio, como si ambos estuviéramos saboreando el momento, pero luego el beso se profundiza, y todos los sentimientos que he estado guardando durante tanto tiempo se derraman. Es todo lo que he querido, todo lo que he echado de menos.

Los labios de Adrian son cálidos y familiares, y parece como si no hubiera pasado el tiempo en absoluto. Es como si estuviéramos retomando justo donde lo dejamos, solo que esta vez, todo se siente diferente: mejor, más real.

Eventualmente, nos separamos, sin aliento, y Adrian se pone de pie, ofreciéndome su mano. —¿Lista para continuar?

Asiento, todavía aturdida por el beso, y volvemos a subir a nuestras bicicletas. Pedaleo pero siento como si estuviera flotando en el aire. Quiero contarle a todo el mundo mi buena noticia. Quiero que todos sean tan felices como yo lo soy en este momento.

Paseamos junto al río, el sol brillando sobre nosotros, y nos detenemos en un camión de helados que está estacionado al lado del camino.

Adrian se vuelve hacia mí, con un brillo juguetón en sus ojos. —¿Todavía fresa? —pregunta, levantando una ceja.

—Nah —respondo, sonriendo—. Vayamos a lo salvaje hoy. Tomaré una mezcla de todo.

Él se ríe. —Realmente estás viviendo al límite ahora, ¿eh?

Yo también me río, sintiéndome más libre de lo que me he sentido nunca. —¿Por qué no? La vida es demasiado corta para siempre jugar a lo seguro.

Nos sentamos en la hierba, nuestras bicicletas tendidas junto a nosotros, y disfrutamos de nuestros helados. La dulzura fría se derrite en mi lengua mientras saboreo el simple placer de este momento.

—Entonces, ¿cómo está tu papá? —pregunta Adrian, lamiendo su cono.

Asiento, tomando un respiro profundo. —Está bien. Planea jubilarse en aproximadamente un año. Quiere viajar, ver el mundo.

—Eso es genial —dice Adrian—. Dile que le mando saludos la próxima vez que lo veas.

—Lo haré —respondo, sonriendo—. ¿Y cómo está tu familia? ¿Cómo están todos?

—Todos están bien —dice Adrian, su voz suavizándose—. Te extrañan, sin embargo. Todos lo hacemos.

Sus palabras hacen que mi corazón se hinche. Nunca esperé sentirme tan bienvenida por su familia, especialmente después de todo lo que pasó. Significa más de lo que puedo expresar. Son las personas más amables que he conocido y ahora podré ser parte de sus vidas otra vez.

Adrian hace una pausa, luego mete la mano en el bolsillo de su chaqueta. Mi corazón da un vuelco cuando saca una pequeña caja de terciopelo. Me mira, su expresión seria, y se me corta la respiración.

—Traje esto conmigo —dice, en tono juguetón—. Pensando que tal vez la segunda vez es la vencida.

Se incorpora, arrodillándose frente a mí. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras lo observo, incapaz de hablar.

—Mara Thornton —dice, con la voz llena de amor—, sé lo que quiero, y eres tú. ¿Te casarías conmigo?

Las lágrimas se acumulan en mis ojos mientras lo miro, con el corazón acelerado. —¿Con todo y defectos? —pregunto, con la voz temblorosa.

—Con todo y defectos —dice, su sonrisa llena de calidez.

Asiento, apenas capaz de creer que esto es real. —Sí. Sí, me casaré contigo.

Desliza el anillo en mi dedo, y nos besamos de nuevo, esta vez con la promesa de la eternidad.

Pero entonces, justo cuando estoy perdida en el momento, suena el teléfono de Adrian, interrumpiéndonos. Él gruñe, alejándose a regañadientes, y contesta la llamada.

—Es mi mamá —murmura para mí, su mano todavía sosteniendo la mía—. Ha estado esperando esto. —Pone la llamada en altavoz.

—Adrian —la voz de su madre suena a través del teléfono—, ¿ya se lo has preguntado?

—Sí, mamá —dice Adrian, su tono exasperado pero afectuoso—. Y el acuerdo era que ustedes esperarían hasta que yo llamara.

Hay una pausa, luego la voz de su hermana Amy interrumpe. —Nos estamos muriendo de anticipación aquí. ¿Qué dijo ella?

Adrian me sonríe con picardía. —Dejaré que ella les diga.

—Hola, chicos —digo, mi voz todavía un poco temblorosa por la emoción—. Y sí, dije que sí. —Hago una pausa, incapaz de hablar por las emociones que corren por mí—. Gracias por darme otra oportunidad.

—Te queremos, Mara —dice la madre de Adrian cálidamente.

—Bueno, ahora pueden dejarme a solas con mi prometida —dice Adrian, riendo mientras desconecta la llamada.

Me mira, su expresión suave y llena de amor. —Te amo tanto, Mara.

—Te amo más, Adrian Stone —respondo, con el corazón lleno.

—No es posible —dice con una sonrisa.

Me río, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en meses. —Supongo que esta será una discusión constante a lo largo de nuestras vidas.

Adrian se ríe, acercándome más. —Creo que es una de la que nunca nos cansaremos.

No puedo creer que esto esté sucediendo realmente. Adrian me ama. Quiero decirlo una y otra vez, para asegurarme de que es real. Pero por ahora, solo lo abrazo, y en este momento, todo se siente perfecto.

FIN

Epílogo: Mara

Un año después

El suave crujido de mi vestido de novia mientras camino por el pasillo es el único sonido que escucho. Todo lo demás se desvanece en una bruma: los murmullos de los invitados, el silencioso roce de zapatos en el suelo, el suave clic de los obturadores de las cámaras.

Solo existimos el hombre que amo y yo, y parece como si el mundo contuviera la respiración.

Estamos en el Valle de Napa, el lugar donde Adrian y yo compartimos nuestro fin de semana más romántico. Los viñedos ondulantes, las colinas bañadas por el sol y el entorno íntimo del patio exterior de la bodega son el escenario perfecto para nuestra boda.

Es sencillo, pero impresionantemente hermoso. El aire huele a tierra fresca y flores en flor, y siento una sensación de calma mientras me preparo para casarme con el amor de mi vida.

Respiro profundamente, mirando a mi padre a mi lado. Su mano descansa sobre mi brazo mientras me guía por el pasillo. Sus ojos están llenos de orgullo y amor, pero también hay un toque de tristeza.

Supongo que entregar a tu única hija en matrimonio no es fácil, pero, como le dijo a Adrian, sabe que estoy en buenas manos.

Luego está su jubilación, que marca el final de una era para él. Hemos superado tantas cosas juntos. Optimal tiene un nuevo futuro. Tenemos planes para fusionarla con Strategic Agency, y mi padre no podría estar más complacido al respecto.

—¿Estás lista, pequeña? —pregunta mi padre, con la voz ronca por la emoción.

Le sonrío, apretando su brazo.

—Nunca he estado más lista.

Él ríe suavemente, sus ojos recorriendo la sala, luego me mira, su expresión suavizándose.

—Estoy orgulloso de ti, Mara. Has recorrido un largo camino.

Trago el nudo en mi garganta.

—Ambos lo hemos hecho, papá. Ambos hemos recorrido un largo camino.

Antes de entrar a la iglesia, me tomo un momento para mirar a las mujeres que están a mi lado. Han estado conmigo en todo—los momentos altos, los bajos, y todo el desorden intermedio.

Emma, Harper y Amy. Cada una de ellas radiante de emoción y apoyo. Nunca me he sentido tan agradecida por las amistades que me han sostenido en los momentos más difíciles.

Emma me sonríe, con su hija Jodie de tres años en brazos.

—¿Puedes creer que finalmente está sucediendo? —dice, con los ojos húmedos por la emoción.

Emma es mi dama de honor. Ella y Harper lanzaron una moneda al aire y Emma ganó. Harper aceptó la derrota con gracia, pero sigue en la alineación como mi dama de honor.

—Todavía no puedo —admito, con la voz cargada de felicidad—. Pero estoy tan lista.

Harper coloca una mano en mi hombro.

—Te lo mereces, Mara. Has trabajado tan duro para este momento.

Ha sido un año de trabajo duro para Adrian y para mí. Recuperar la confianza destruida no

es fácil, pero hemos trabajado en ello, viendo a un terapeuta individualmente y como pareja. Estamos listos para este próximo paso.

Asiento, con la garganta apretada por la emoción.

—Gracias, a todas. No podría haber hecho esto sin ustedes.

Amy, la hermana de Adrian, me sonríe cálidamente.

—Todos hemos recorrido un largo camino. Tú y Adrian, juntos. Es perfecto.

Mientras nos dirigimos a la entrada, mi padre me da una última sonrisa, apretando su mano en mi brazo. La música comienza, y los invitados se ponen de pie. Siento una avalancha de emociones: alegría, emoción y una sensación de paz.

Los meses de incertidumbre, dolor y anhelo parecen tan lejanos ahora.

La ceremonia es sencilla, íntima, pero perfecta. Los invitados están sentados en filas de sillas blancas, las flores en los ramos combinan con los colores del atardecer. Es todo lo que siempre he soñado.

Al llegar al frente, mis ojos se encuentran con los de Adrian. Su rostro se ilumina mientras camino hacia él. Su sonrisa lo es todo, tan llena de amor, tan llena de promesas. No puedo creer que estoy aquí, a punto de casarme con él.

Mi padre coloca mi mano en la de Adrian. Se inclina cerca.

—Cuídala, Adrian. Es todo mi mundo.

Adrian sonríe, sin apartar sus ojos de los míos.

—Lo haré. Lo prometo.

Mi padre le da a Adrian una última mirada, una de aprobación, antes de retroceder hacia su asiento. Los invitados guardan silencio y Adrian y yo nos enfrentamos.

Su voz es apenas un susurro, pero es el único sonido que escucho.

—Estás hermosa.

Río suavemente, sintiendo que las lágrimas amenazan con derramarse.

—Siempre dices eso.

—Lo digo en serio cada vez —dice, con una amplia sonrisa, con los ojos llenos de nada más que amor—. He esperado tanto tiempo este momento. Por ti.

Mi corazón se hincha hasta casi explotar.

—He esperado mucho tiempo este momento. Te amo.

—Te amo más —responde, su mano acariciando suavemente mi mejilla.

La ceremonia continúa, pero son los momentos silenciosos entre nosotros los que hablan más fuerte. Cuando el oficiante nos declara marido y mujer, Adrian me toma en sus brazos y me besa.

Todos ríen por su incapacidad para esperar a que el oficiante le pida que me bese. Rodeo su cuello con mis brazos y le devuelvo el beso, igualando su fervor.

—Puede besar a su esposa —dice el oficiante con buen humor y todos reímos.

Después de la ceremonia, camino con Adrian fuera de la iglesia, tomados de la mano. Hemos construido algo hermoso a partir de las ruinas, y ahora estamos listos para comenzar de nuevo.

Al salir a la luz del sol, los invitados nos siguen, animando, aplaudiendo. Miro a Adrian, y su sonrisa es todo lo que siempre he querido. Me atrae a sus brazos, y siento el calor de su abrazo, sabiendo que nunca más nos separaremos.

—No puedo creer que esto sea real —digo, con la voz llena de asombro.
—Es real —responde, con la voz llena de certeza—. Y es solo el comienzo, señora Stone.
—Señora Stone. Me gusta cómo suena —digo.

FIN

Más novelas de romance

BOOK 01: CASÁNDOSE CON SU HERMANO : Un Romance de Matrimonio Arreglado con un Multimillonario

BOOK 02: Amor Después De La Angustia: Un Romance De Matrimonio Falso Con Un Multimillonario (Segunda Oportunidad, Romance De Oficina)